

RAÚL DIEZ CANSECO TERRY

ADELANTE



ADELANTE

RAÚL DIEZ CANSECO TERRY



FONDO
EDITORIAL

Adelante

© Raúl Diez Canseco Terry

Primera edición, enero de 2018

© De esta edición

Universidad San Ignacio de Loyola

Fondo Editorial

Av. La Fontana 750. La Molina

Teléfono: 3171000, anexo 3705

Dirección editorial: José Valdizán Ayala

Editor: Luis Alberto Chávez

Coordinación: María Olivera Cano

Corrector de estilo: Rafael Felices Taboada

Diseño y diagramación: Sergio Pastor Segura

Fotografía de portada tomada a bordo del BAP Unión.

Setiembre, 2017

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

Nº 2017-18125

Impresión:

Tarea Asociación Gráfica Educativa

Psje. María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Publicado en enero de 2018

Enero 2018

Tiraje 2000 ejemplares

Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin permiso expreso del Fondo Editorial.

ÍNDICE

Palabras liminares	11
Mis primeros años	
Con ojos de niño	31
Aprendiendo a crecer	39
Abriendo trocha	53
S.M.O.	61
Los 67 del 67	69
Emprendimientos	
La Academia	79
Raíces políticas	91
Emprender es perseverar	99
Sí, soy político	
Violeta, amor y coraje	117
Fernando, en cuerpo y alma	127
Militante de Acción Popular	143
Venciendo el terror	153
En la arena electoral	
El 10 de Diez Canseco	169
Lima para todos	183
Contra viento y marea	195
Primero el Perú	
De regreso a Palacio	209
Promoviendo país	227
Consejos presidenciales	245
Calumnia y conspiración	267

Emprendedores que forman emprendedores

Emprendedores de la Educación	285
Crear para crear	301
Beca al talento	317
Puente al futuro	325

El árbol de la vida

Nuevo Amanecer	349
----------------	-----

Índice onomástico

358

*A los miles de jóvenes y a sus padres,
que a lo largo de mi vida confiaron en mí
en el desarrollo de proyectos emprendedores
para ayudar a construir un país con visión de
futuro y con oportunidades para todos.*

*“Este no es el final. No es ni siquiera el principio del final.
Puede ser, más bien, el final del principio”.*

Winston Churchill

PALABRAS LIMINARES

Bogotá, DC, diciembre 18 de 2017

Celebro la publicación de *Adelante*, una obra que recoge la experiencia y trayectoria de un peruano sobresaliente, quien encarna la afortunada simbiosis de dirigente empresarial y hombre público, comprometido siempre con los intereses superiores de su Patria, el licenciado Raúl Diez Canseco Terry.

Raúl ha tenido en el servicio a los demás un elemento transversal de su existencia. Esta condición lo ha acompañado en sus negocios, en sus iniciativas por la educación y en la política. Servicio al abrir trocha en la Amazonía como asistente de topógrafo, servicio en la Marina de Guerra del Perú, servicio en la Academia de Preparación Preuniversitaria San Ignacio de Loyola, hoy convertida en la consagrada Universidad San Ignacio de Loyola-USIL; servicio en sus prósperos emprendimientos, servicio en la gestión del programa de gobierno Cocinas Familiares y servicio en las altas dignidades que ha ocupado como viceministro de Turismo, diputado, primer vicepresidente de la República y ministro de Industria, Turismo, Integración y Negociaciones Internacionales.

Las ideas y decisiones del licenciado Diez Canseco se han anticipado a las exigencias de los tiempos. Él es ejemplo de la

importante y silenciosa revolución social que se logra cuando se trabaja por la inversión privada con responsabilidad social y por la educación como herramienta fundamental para abrir espacios de movilidad social, para generar prosperidad, justicia y equidad.

En su ejercicio público, y fiel al legado del presidente Fernando Belaunde Terry, se ha dedicado exclusivamente a servir el interés colectivo de la hermana nación peruana, recorriendo cada uno de sus rincones y siempre defendiendo la democracia y sus valores. Como bien lo expresa, *“la política es el espacio natural para realizar las grandes transformaciones que un país necesita”*, y así se confirma en la impronta que ha dejado en un sector tan importante para el Perú, como lo es el sector turístico, por mencionar uno.

Su larga trayectoria no ha sido ajena a retos y vicisitudes, pero en todos ellos ha demostrado un sólido liderazgo, derivado de la consistencia de sus tesis, sus firmes convicciones, su capacidad de estudio, su disciplina y su vocación de encontrar soluciones a grandes problemas de su Patria.

Tengo que agradecer sus generosas páginas y referencias sobre algunos aspectos de los gobiernos que presidí. A él me unen sentimientos de amistad que convergen en el indeclinable compromiso que ambos tenemos con el bienestar de nuestros pueblos y que acertadamente se resume en una frase: *“La mejor recompensa que tiene el servicio público es, precisamente, ese: servir”*.

Presento con sincero entusiasmo el libro *Adelante*, para que las nuevas generaciones se inspiren en los renglones y en el ejemplo vivo de quien relata su propia marcha.



Álvaro Uribe Vélez

Lima, diciembre 19 de 2017

Querido Raúl:

He leído los originales de tu nuevo libro con gran interés, más aún por tratarse de una obra tan personal. Sin duda, unas memorias solo se escriben cuando un hombre alcanza un punto crucial de su recorrido vital y es capaz de mirar hacia atrás con entereza y lucidez. Por tanto, considero un privilegio que hayas querido compartirlas conmigo y convertirme en uno de sus primeros lectores.

Intuyo que escribir un libro de esta naturaleza no es un asunto sencillo. Evocar una vida puede resultar una tarea incómoda, sobre todo si se tiene el propósito de hacer un balance sin concesiones, con la ecuanimidad que nos permite la distancia de los hechos. En ese sentido, admiro tu voluntad de indagar en el pasado para rescatar experiencias que, al ser examinadas bajo la luz de la madurez, adquieren otra significación. Después de todo, efectuar las sumas y restas de una existencia solo importa en la medida en que podamos valorar debidamente nuestros actos y lograr una mejor comprensión de nosotros mismos.

Me ha gustado mucho el recuento que haces de tu infancia y adolescencia, primero en Chaclacayo y luego en Lima, en el

seno de una familia que se esmeró por inculcarte firmes valores desde temprana edad. En ese periodo de aprendizaje, una de tus pasiones fue la natación, a la que te dedicaste con empeño cuando estudiabas la secundaria y que sería decisiva para moldear tu carácter. “La natación me enseñó a ser competitivo, a ser consistente e insistente en las metas que uno se traza en la vida, a vivir y comer sano, a ser disciplinado”, escribes. Y agregas un juicio que, en mi opinión, trasciende el ámbito deportivo, pues distingue muy bien los roles que uno asume como individuo y como miembro de una sociedad: “Cuando te subes al podio y te lanzas al agua como una saeta, tienes dos competencias. La primera, que es contigo mismo, prueba el resultado de tu trabajo previo, recompensa tu esfuerzo y constancia. Esa competencia solo la ves tú. La segunda es la que te pone a prueba en relación con los demás, mide tus logros en comparación con los de otros, te asigna un lugar en el orden de llegada. Esa es la competencia que ven todos”.

También me llamó la atención que, a los 17 años, en lugar de esperar tranquilamente el momento de volver a postular a la universidad, decidieras buscar un trabajo en la construcción de la Carretera Marginal de la Selva, aquel proyecto fundamental para la integración y el desarrollo que emprendió el presidente Fernando Belaunde Terry. Y allá fuiste, dejando las comodidades a las que estaba acostumbrado un joven miraflorentino, para desempeñarte como simple ayudante de topógrafo en el tramo Tingo María-Moyobamba. Te instalaste en un campamento ubicado en medio de la selva virgen y debiste enfrentarte a una realidad hostil, donde imperaban el calor, la lluvia y las enfermedades. Esa primera experiencia laboral fue como un bautismo de fuego, ya que sufriste en carne propia los embates de la naturaleza. Se te infectaron las heridas causadas por las picaduras de unos insectos y tuviste que ser evacuado de la zona.

Sin embargo, esos largos meses que pasaste en la selva fueron muy aleccionadores.

Antes que nada, te descubrieron el Perú profundo y te hicieron consciente de las enormes necesidades y carencias que afectan a la mayor parte de nuestra población.

Otro episodio destacado es tu cumplimiento del servicio militar obligatorio, luego de haber concluido tu etapa amazónica. Habías salido sorteado y, como te encontrabas sin trabajo y aún no habías ingresado a la universidad, no podías ser exonerado. Por supuesto, siempre había la posibilidad de recurrir a las artimañas de las que se valían las familias acomodadas para librar a sus hijos de esa obligación. No obstante, tus padres se guiaban por otros principios. Es verdad que fueron a hablar con el presidente Belaunde Terry, quien era tu tío, pero no lo hicieron para procurarte una dispensa. Por el contrario, le pidieron que fueras admitido en la Marina de Guerra, institución por la que sentían una especial afinidad. Y así fue. Por segunda vez, tomaste contacto con parajes desconocidos del país y pudiste confraternizar con jóvenes conscriptos que provenían de distintas regiones, a la par que aprendías las artes marineras. Como bien dices, el orden, la disciplina y el trabajo en equipo a los que te habituaste durante el servicio militar serían determinantes para ejecutar con eficiencia tus planes futuros.

Más adelante, recuerdas tus estudios profesionales y tus inicios en la actividad empresarial. “La vida me ha enseñado que el emprendimiento nace por necesidad y se hace por oportunidad”, afirmas con convicción. Y, en efecto, ambas condiciones se dieron cuando, a raíz del golpe del general Velasco Alvarado, tu padre perdió su empleo. Por suerte, gracias a tu buen rendimiento, la Universidad del Pacífico te concedió una beca para que pudieras continuar tu carrera. Ante la falta de recursos, por sugerencia

de tu madre, comenzaste a impartir clases en la cochera de tu casa, dirigidas a escolares que querían reforzar sus nociones de matemáticas.

Aquel sería el germen de un proyecto mayor, tu primer emprendimiento: la creación de la Academia San Ignacio de Loyola. Este instituto no solo ofrecía el adiestramiento para aprobar el examen de ingreso a la universidad, sino que funcionaba como un centro de formación que enseñaba a los estudiantes a desarrollar un espíritu de estudio, investigación y disciplina acorde con las exigencias del sistema universitario. De ahí su rápido crecimiento y éxito arrollador. Lo más sorprendente era que recién cursabas el segundo año de Economía y apenas contabas 20 años.

Ha transcurrido medio siglo desde entonces. Tu carrera profesional siguió un rumbo ascendente y tiene como emblema principal la fundación de la Universidad San Ignacio de Loyola, aparte de otras instituciones y empresas. En esa perspectiva, ha sido muy interesante conocer de primera mano las múltiples vicisitudes que has afrontado en tu afán por hacer realidad tus sueños. Coincido contigo en que “emprender es más que una forma de comenzar una empresa; es una filosofía de vida, una actitud, un modo de ser que busca permanentemente lo nuevo, lo diferente, lo imposible”.

El título del libro, *Adelante*, no solo alude al lema que acuñó el presidente Belaunde Terry, sino que puede ser tomado como una declaración de intenciones. Como adviertes, el ejercicio de la política está enraizado en tu familia desde hace varias generaciones. Y tú no eras ajeno a esa tradición, aunque con una particularidad: en tu caso, el político coexiste con el empresario. Por tanto, dada tu vocación de servicio, es comprensible que quisieras alcanzar una posición que te permitiera desarrollar

proyectos en beneficio de la comunidad. En ese proceso, has podido desempeñarte como parlamentario, ministro de Estado y primer vicepresidente de la República, además de ser candidato a la Alcaldía de Lima y Presidencia del Perú. De todo ello tratas aquí y, en especial, de los conflictos que motivaron tu renuncia a la vicepresidencia y tu alejamiento de la política.

Termino de leer tus memorias con la sensación de que representan no tanto el final de un ciclo como un nuevo comienzo. Conociendo tu energía y tenacidad, tu ímpetu creativo y voluntad inquebrantable, estoy seguro de que te encuentras listo para asumir otros retos y emprendimientos. Solo me queda agradecerte por haberme confiado estas páginas esclarecedoras que, más que un testimonio íntimo, son una lección de vida. Aprovecho la ocasión para extenderte un cálido abrazo.



Dionisio Romero Seminario

Asunción, diciembre 29 de 2017

Es una enorme y a la vez grata responsabilidad la que me encomendó el querido amigo Raúl Diez Canseco Terry, al pedirme que prologue este libro. Para encarar esa tarea, me sumergí en su lectura, lo que me permitió comprobar que el autor pone, en este relato autobiográfico, la misma pasión e intensidad que transmiten todos los actos de su vida.

Como en el primer teleférico que, relata Raúl, contribuyó a construir sobre la selva peruana, el viaje a través del libro es vertiginoso, sobrevolando múltiples escenarios, desde su tierna infancia, su inquieta juventud, su incursión arrolladora en el mundo de la educación, de los negocios, de la política.

Pero si hay un rasgo que me parece descollante, y que exhibe en todos esos ámbitos, es su condición de emprendedor, que fue precisamente lo que me llevó a conocerlo y a cultivar su amistad en un interés común, que es el de la educación de calidad. Ambos coincidimos en que el futuro de nuestros países pasa imperiosamente por ese camino, sin el cual seguiremos transitando las penurias del atraso.

Como él mismo lo menciona, el término “emprendedor” no tenía el mismo sentido que hoy le atribuimos, y que describe

a cabalidad la personalidad de Raúl: la de quien observa a su alrededor con una mirada inquieta, desafiante, presta a descubrir los desafíos y oportunidades, y a encararlos con decisión y coraje. Está dispuesto a correr riesgos, anima y entusiasma a quienes le acompañan y persevera pese a todos los obstáculos.

Esa condición de emprendedor la desarrolló en todas sus iniciativas, desde la Academia San Ignacio de Loyola que inició en su juventud, la introducción al Perú de franquicias internacionales de gran prestigio, y la que puso en juego en su azarosa pero fructífera vida política, en la que actuó también con coraje, visión clara y un empeño infatigable.

Mi amistad con Raúl se remonta a la década de los 90, en la cual nos asociamos para iniciar en el Paraguay, mi país, la innovación educativa. En ese entonces, el Paraguay estaba iniciando una inédita experiencia democrática. Luego de más de medio siglo de regímenes autoritarios, en 1989 caía la dictadura de Alfredo Stroessner y el muro de Berlín. La guerra fría cedía el paso a la globalización, con nuevas oportunidades políticas y económicas para nuestras naciones.

Raúl recorre las peripecias que el Perú debió transitar a fines del siglo XX: el terrorismo indiscriminado y salvaje, la crisis económica y, como respuesta a ambas, la irrupción de un nuevo autoritarismo cívico – militar, tras lo cual regresa, aun vacilante e incierta la democracia. Describe en estas páginas todos los pormenores de ese proceso, y concluye su itinerario retomando lo que había sido su impulso inicial: la aventura educativa. Fue precisamente en esa encrucijada que nuestros caminos se encontraron. El acercamiento se debió a mi interés en reproducir en Paraguay la experiencia educativa que él impulsaba con la Academia y la Universidad San Ignacio de Loyola.

En mi caso, a diferencia del suyo, decidí con mi esposa Raquel Riart de Manzoni, iniciar con el Colegio San Ignacio de Loyola,

ya que la educación paraguaya ingresaba en un proceso de reforma largamente postergado. Tímidamente, en el sector educativo privado surgían nuevas iniciativas que se atrevían a elevar la apuesta por la excelencia, y en esa perspectiva decidimos situar nuestra institución, sin transigir con la mediocridad.

Raúl ingresó como socio en ese emprendimiento, que hoy está en plena madurez y señalando rumbos en la educación paraguaya, desde el nivel inicial y primario hasta el secundario, y luego en el terciario, en lo que hoy es ya la pujante realidad de la Universidad San Ignacio de Loyola en mi país. Nos propusimos —y lo logramos— que los egresados del Colegio y la Universidad pudieran proyectarse a cualquier centro de Estudios Superiores de prestigio en cualquier lugar del mundo, en condiciones de paridad con otros postulantes, para luego devolver a su patria los conocimientos adquiridos.

Adelante, sintetiza cabalmente una trayectoria de vida siempre orientada a construir el futuro con una proyección que no se limite a nuestras fronteras nacionales, sino que se proyecte a la región y al mundo. Agradezco los conceptos que Raúl emite sobre mi persona y sobre mi familia, ya que concordamos, sin duda, en los valores y principios que vertebran nuestras conductas.



Miguel Ángel Manzoni

Enero de 2004

En la soledad de mi biblioteca escribo mi carta de renuncia irrevocable a la Primera Vicepresidencia de la República del Perú. Decidí dejar el cargo para recuperar mi honor, lo más sagrado que tiene uno en la vida.

Me acusan, sin fundamento, de aprovechar mi cargo para favorecer intereses privados.

Esto me lacera y me ha hecho un profundo daño. En el plano personal, estoy alejado de mis hijos; algunos de mis amigos ya no lo son. En unos casos me han juzgado; en otros me han sentenciado.

Desde que apareció la denuncia en mi contra, los hechos se desencadenaron en cascada. Trepidaron hasta convertir la hojarasca en un tornado político. En noviembre del 2003 renuncié al Ministerio de Comercio Exterior y Turismo. Pasaron dos meses de eso, pero nada calma al licántropo, ese monstruo despiadado en que a veces se convierte la política.

Homo homini lupus. El hombre es el lobo del hombre.

Con una inusitada rapidez, la Comisión de Fiscalización del Congreso de la República me investiga y está decidida a iniciar un

proceso ante la Subcomisión de Acusaciones Constitucionales. Se plantea inhabilitarme por 10 años para ejercer la política.

Mi vida privada ya no existe, y la intimidad de mis sentimientos se ha ventilado en todos los medios de comunicación. Han publicado tantas mentiras y medias verdades que han llevado a las personas que más amo, y a mí mismo, a vivir un auténtico *vía crucis*. Incluso un diario local ha llegado a decir falsamente que he intentado suicidarme. Es demasiado. No se puede vivir de este modo.

Entre el derecho que me impuso el pueblo en las urnas y el deber a defender mi honor, que me enseñó mi padre, he optado por lo segundo. *“Lo único que te dejó, hijo, es tu apellido; llévalo con honor y defiéndelo siempre”*.

Noviembre de 2017

En su momento decidí renunciar irrevocablemente al Ministerio de Comercio Exterior y Turismo y a la Primera Vicepresidencia de la República para despojarme de cualquier atisbo de poder y defenderme como un ciudadano cualquiera ante la justicia. Sin armadura política.

¿Hice bien? ¿Me apresuré? ¿Debí mantenerme hasta el final del mandato?

Esas interrogantes las respondo aquí, en este libro.

Defendiendo mi verdad, sí, conocí y atravesé el círculo de fuego de la justicia.

Asistí a citaciones, diligencias, audiencias, y aunque encontré gente honesta —fiscales, jueces, secretarios—, que ennoblece su trabajo, tuve indicios serios de intromisión política.

Pasé 10 años de mi vida en procesos judiciales. Nunca había tenido un problema con la justicia. Mis opositores quisieron

liquidarme políticamente, tal vez porque pensaban que podía postular a la Presidencia de la República y me consideraron un peligro político para sus intereses.

Fue en la Corte Suprema donde sentí la mano fuerte de la presión política. En primera y segunda instancia, los tribunales me dieron la razón. Pero, en la Corte Suprema, el caso fue en recurso de casación a la Sala Civil Permanente, que le dio la razón a la contraparte sin argumentación ni lógica jurídica que la sustentara.

Los años pasaron y vino luego la apelación ante la Sala Civil y Constitucional de la Corte Suprema. Se concedió la apelación. El expediente volvió a la Sala Civil Permanente, que me dio la razón. Pero nuevamente la parte demandante apeló la sentencia, y el caso fue derivado a la Sala Civil y Constitucional.

Diez años después de iniciado el proceso, en el 2014, esta sala declaró improcedente la apelación de la Sunat y cerró el caso.

Al final, en la máxima instancia del Poder Judicial, ante 20 jueces supremos, demostré mi inocencia. Nunca hubo ni exoneración tributaria, ni beneficio económico, ni tráfico de influencias.

Puedo decir, con la frente en alto, que soy un hombre que nunca en su vida fue sentenciado por algún hecho deshonesto.

He cometido muchos errores en la vida, como todo ser humano, pero insistiré, hasta el final de mis días, en que estos no tienen que ver con la corrupción, con la falta de lealtad a mis principios y valores que me inculcaron mis padres, a quienes tengo presente todos los días, y el presidente Belaunde Terry, a quien siempre admiré.

El apellido limpio que heredé de mis padres permanece intacto y se lo dejo en pie a mis hijos. No manché ni mi nombre, ni mi honor, ni mi legado.

Diciembre de 2017

Suceda lo que suceda, aun en los días más difíciles, el tiempo pasa y todo lo cura. Hoy la vida me ha brindado la oportunidad de reconciliarme con mis hijos, me regaló la dicha de volver a amar y formar un nuevo hogar.

Aprecio y amo la vida como cualquiera.

Hoy escribo este testimonio para decirles a mi familia, colaboradores y amigos que solo tengo paz en mi alma y gratitud en mi corazón por todo lo que la vida me ha regalado.

Las páginas que siguen esbozan mis recuerdos de infancia y juventud, mis vivencias personales y profesionales, y las experiencias que he ido aquilatando a lo largo de mi vida en sus diversas facetas: como ser humano, como emprendedor y como político.

Hoy veo la vida con optimismo y agradecido por todo lo que me regala día a día, en especial, la dicha más grande de conformar otra vez una familia.

Soy, realmente, un hombre que vive tranquilo con su conciencia.

Siento sosiego, y puedo mirar a mis hijos, a mis nietos y a mi esposa a los ojos, y compartir con ellos los sueños que, gracias a Dios y a la Virgen Santísima, pude hacer realidad.

Ya no doy vueltas al pasado, pues no lo puedo cambiar: vi mi entierro estando vivo. Pero sobreviví a él. Y sigo viviendo, repito, con mucha paz.



Raúl Diez Canseco Terry

PENSANDO EN EL PERÚ

Había terminado de escribir este libro cuando el Congreso inició un proceso de vacancia contra el presidente de la República. Los peruanos estuvimos en vilo ante los ojos del mundo, viendo qué pasaba con nuestra joven democracia.

En medio de esta situación de crisis política, no podía permanecer en silencio. Por esa razón, sostuve en los medios de comunicación que debíamos reflexionar, respetar el debido proceso y actuar pensando en el país.

Finalmente, el Perú remontó uno de los momentos más críticos de su historia republicana y primó la razón. Eso demuestra que, cuando queremos, los peruanos podemos. Aquí no hay ganadores ni perdedores. Lo que hemos ganado es tiempo y oportunidad.

Tiempo para que las instituciones de la Patria cumplan con el debido proceso que todos hemos reclamado y realicen el trabajo que les corresponde.

Y oportunidad para que el presidente de la República lidere un proceso de unificación y convoque a los mejores peruanos, sin distinción de credo o color político, con valores y amor por el Perú.

Corresponde ahora trabajar por la unidad nacional y la conciliación efectiva, expresada no solo en compromisos líricos, sino en la acción. ¡Enrumbemos al Perú al Bicentenario!



BAJO EL SOL DE CHACLACAYO.

**MIS
PRIMEROS
AÑOS**



CON OJOS DE NIÑO

Los primeros años de vida transcurren en una estancia a 20 kilómetros de Lima, donde el sol brilla todo el año y se descubre el mundo. Es una casa de campo, en la cual la vida se desarrolla tranquila en el seno del hogar.

A mediados de 1950, Chaclacayo era un remanso de paz. Los días transcurrían en un ambiente bucólico propio de las provincias serranas del Perú, donde el murmullo del río Rímac y el bramido del Ferrocarril Central, que pasaba tres veces al día llevando el mineral del centro del país al Puerto del Callao, animaban la vida diaria.

En este recodo del 'Río Hablador' vivía mi familia. Mi padre, Julio Raúl Diez Canseco Magill, gerente general de Galletas Fénix; mi madre, Eva Terry Montes, mujer dedicada a sus hijos, de gran fuerza e iniciativa; y nosotros, sus hijos: Rosario, Carlos y yo.

La casa alquilada de Chaclacayo es la primera de la que tengo claros recuerdos. Vivíamos aquí porque mi hermano Carlos, llamado con cariño 'Calín', padecía de asma y los médicos les habían recomendado a mis padres que buscaran un lugar con clima benigno para ayudarlo en su recuperación.

Chaclacayo tiene un clima seco y templado, y es la contraestación de Lima; es decir, mientras en la capital hace frío, en Chaclacayo hace calor.

Las casas tenían amplios jardines que los separaban unas de otras y, por lo general, de lunes a viernes quedaban vacías. Los

fin de semana, en cambio, se abrían las cortinas de los grandes ventanales de las casas y estallaban de algarabía.

Las familias venían de visita y solían reunirse los domingos para almorzar. En los jardines se encendían las parrillas y se escuchaba música variada, desde *rock and roll* hasta los vales de los Embajadores Criollos, mientras los chicos nos dedicábamos a corretear por los jardines de los vecinos, explorábamos los cerros, montábamos bicicleta, trepábamos los árboles frutales, en busca de nidos de aves, o nadábamos en las piscinas.



Los mejores momentos de mi vida de niño fueron aquellos que disfruté en esta casa, en el seno de mi familia pequeña y unida.

Mi madre era el pilar del hogar. Como la mayoría de mujeres de la época, su vida giraba en torno a la familia: nuestra crianza y la organización de la casa. La recuerdo siempre cariñosa y sumamente ordenada.

Era justa en distribuir las tareas para que ayudáramos en los quehaceres domésticos, y estricta para que las tareas se cumplieran: mis hermanos y yo debíamos tender nuestras propias camas todos los días.

Pasaba horas de horas cosiendo o tejiendo. Su habilidad para la confección de prendas le permitió, más tarde, emprender un pequeño negocio de venta de ropa. Como fiel sierva de Dios, la lectura de *La Palabra* siempre iluminó su vida y la nuestra.

Raúl, mi padre, fue un ejemplo de trabajo: lo hizo durante toda su vida.

Fuerte y parsimonioso, nunca lo oí quejarse ni lamentarse de nada.

Era un hombre silente, de poco hablar, y cuando lo hacía, sus palabras eran reflexiones que han quedado grabadas en mi mente y mi corazón como grandes enseñanzas. Un día me comentó que en su trabajo habían decidido comprar una de las maquinarias más modernas para la fabricación de chocolates y que los fabricantes lo estaban invitando a visitar la planta en Milán. Les preguntó cuánto costaba ese viaje en el que, por supuesto, incluían a mi madre. Y, enterado de que se trataba de un pasaje muy costoso, les solicitó amablemente que descontaran de la factura el importe del boleto de ella. La fábrica era del Grupo Prado, y comprenderán que hubiera sido un viaje muy lindo para mi madre, quien nunca en su vida había abordado un avión.



MIS PADRES: JULIO RAÚL DIEZ CANSECO MAGILL
Y EVA TERRY MONTES.

Ese es el padre que hizo conmigo y mis hermanos la docencia más grande de nuestras vidas: llevar siempre con honor el apellido.

Con Rosario, Charito, compartíamos nuestras alegrías y tristezas. En la época de los exámenes en el colegio, estudiábamos juntos casi todo el tiempo. Las jornadas eran memorables y de dedicación total. Mi madre nos concentraba y establecía estrictos horarios para el estudio y el juego. Ella tenía mucha habilidad para las matemáticas. Dominaba las cuatro operaciones básicas: suma, resta, multiplicación y división. Resolvía ejercicios y efectuaba cálculos mentales con una habilidad asombrosa. De ella aprendí esta destreza con los números que luego definiría mi vida. Sacaba precios, costos y porcentajes en un santiamén. Nunca fue a la universidad. Mi padre tampoco. Las oportunidades de educación superior eran escasas, y las condiciones para el estudio, muy diferentes a las de hoy en día. Como muchos padres de su época, con una sólida educación primaria y secundaria, ellos formaron a los niños y jóvenes de mi generación.

En una de las casas-hacienda en Chacacayo vivía la familia Prado, una de las más ricas e influyentes del país que durante mucho tiempo gobernó el Perú. Los Prado tenían un potrero impresionante. Solía levantarme muy temprano, casi de madrugada, solo para ver cabalgar a los caballos montados por el entrenador Fortunato. En ocasiones intentaba acercarme, pero Fortunato me alejaba con un ademán; era un hombre de gesto adusto y de pocas palabras.

Mi madre acostumbraba a juntar ropa que la familia dejaba de usar para regalarla en albergues infantiles o casas de ancianos. Un día, después de haber experimentado la negativa de Fortunato, hurgué entre esas prendas y encontré varias corbatas

de papá. Tomé un par y convencí al cuidador de que las aceptara a cambio de que me dejara montar uno de sus corceles.

No me costó mucho convencerlo. Las corbatas eran muy finas, y él estuvo dispuesto a tener su propia colección conmigo. Con el tiempo nos hicimos amigos y me dejó cabalgar. Al comienzo daba sólo unas vueltas, pero luego de un tiempo aprendí a manejarlos con cierta destreza con los caballos. Montarlos me enseñó a lidiar con el miedo, esa primera sensación que se activa ante lo desconocido. Luego, aprender a nadar me enseñó a vencerlo.

La casa tenía una alberca, no una piscina, sino una poza construida con altos muros de concreto y cemento. Recuerdo estar parado desprevénido al borde de la alberca y, de pronto, ver a mi madre lanzándome de un empujón al agua para que



Raúl Diez Canseco Terry

perdiera el miedo y aprendiera a nadar. Aprendí en la primera lección. En los días siguientes me zambullía solo y nadaba con cierta agilidad. Así descubrí mi afición a la natación y la competencia.

Mis padres nunca supieron de mis travesuras con los caballos y las corbatas. Mi hermana Charito, dos años mayor que yo, era la única que conocía este secreto. Éramos como siameses y cómplices en todas nuestras aventuras. Éramos, más que hermanos, amigos y confidentes. Andábamos juntos por todos lados. Sus amigas eran mis amigas, y mis amigos eran los suyos.

Hubiese deseado continuar mi infancia en Chaclacayo, pero un accidente motivó la decisión de mis padres de mudarnos; nos fuimos a Miraflores.



«Nuestra casa en Chaclacayo estaba frente a un cerro. Cuando teníamos un examen complicado, Raúl y yo subíamos la cuesta y orábamos, arrodillados, ante la gruta de la Virgen María. Luego dejábamos una cartita. Y rezábamos. A veces nos daba resultados. A veces no. Aprendimos que la oración, para ser efectiva, debe ir acompañada de esfuerzo propio. Dios ayuda al que se ayuda a sí mismo».

Rosario Diez Canseco Terry

«De chico, Raulito era muy travieso. Cuando quería tener un carrito de juguete, no me decía nada. No me lo pedía. Él solito hacía cualquier cosa: empastaba libros, los renovaba, los vendía y se compraba el carrito. Siempre fue así. Cuando mis hijos crecieron y querían hacer sus fiestas, primero debían hacer algo. Pintaban el comedor, arreglaban el jardín. Les inculqué el valor del trabajo».

Evita Terry de Diez Canseco (†)



APRENDIENDO A CRECER

El traslado a la ciudad coincide con el desarrollo personal. Es la etapa de la adolescencia y los nuevos escenarios y situaciones que esta trae consigo: el colegio, el barrio, el deporte, los amigos.

Una noche en que mi papá regresaba del trabajo rumbo a casa, en Chaclacayo, chocó violentamente su auto con la parte trasera de un pesado camión que había frenado de manera intempestiva en la Carretera Central. Esa autopista, que comunica Lima con la sierra central del Perú, sigue siendo hasta hoy una vía de alta peligrosidad, no solo por la imprudencia de los conductores de medios de transporte público y privado, sino también por la carencia de iluminación, señalización y mantenimiento de su infraestructura.

El accidente nos asustó a todos, especialmente a mi madre, quien de manera resuelta recuerdo que dijo: “*Hasta acá nomás. Nos vamos*”. Para ella, el funesto suceso fue un aviso del Todopoderoso para regresar a Miraflores.

Así llegamos a la cuadra 6 de la avenida Angamos.

Esta avenida no era la vía de negocios y comercios que conocemos actualmente. Era, más bien, un barrio tranquilo, con viviendas espaciosas y jardines interiores, que conservaba quintas y solares estrechos en sus bocacalles laterales.

Nuestra casa era de dos plantas. Los dormitorios estaban ubicados en el segundo piso, y en el primero quedaban la sala

Raúl Diez Canseco Terry

y el comedor. Una hermosa higuera crecía en el jardín interior. Mis hermanos y yo esperábamos con ansias la temporada de higos, a mediados de diciembre, poco antes de la Navidad, hasta febrero, para cosecharlos.

La familia Cieza Castellano era nuestra vecina. Su casa es la única que conserva hasta hoy la arquitectura de mediados de la década del 50. Allí vivía Roxana, una de las hijas, a quien mi madre le pedía que llevara a Daniel al colegio. El otro hijo de la familia, Carlos Alberto, contemporáneo de 'Calín', ingresó a la Marina de Guerra del Perú y fue un destacado infante. En 1984, mientras servía a la Patria en Ayacucho, una emboscada terrorista acabó con su vida. Es un héroe nacional.

Muy cerca de casa también vivía Carlos Zúñiga, uno de mis amigos de esquina, conversador ameno y de trato agradable, con quien más tarde iniciaríamos los primeros emprendimientos, ya como socios.



EN SU BARRIO, LA CDRA. 6 DE LA AV. ANGAMOS, MIRAFLORES.

Frente a nuestro hogar, en la esquina con la calle Arica, quedaba Oscar's, un negocio donde se expendían sándwiches al paso y al que se ingresaba con vehículo. Pero si queríamos pasar una buena tarde más allá de nuestro barrio, nos íbamos al Oh, Qué Bueno, en San Antonio, una famosa heladería donde solíamos comprar refrescos, emparedados y butifarras, o comer dulces o helados. Por 3 soles podías deleitarte con un sándwich, una bebida y un helado.

Los domingos, la familia completa salía de casa, caminábamos dos cuadras, doblábamos por Comandante Espinar, hasta llegar al Óvalo Gutiérrez, e ingresábamos a la iglesia María Reina, a misa. Al frente de la iglesia, donde ahora se ubica una playa de estacionamiento de un conocido supermercado, se encontraba el Bar B&Q, reconocido por sus helados 'zambito', hamburguesas, papas fritas y juegos para niños.



CON MI MADRE EVA Y HERMANOS CAMINO A MISA.

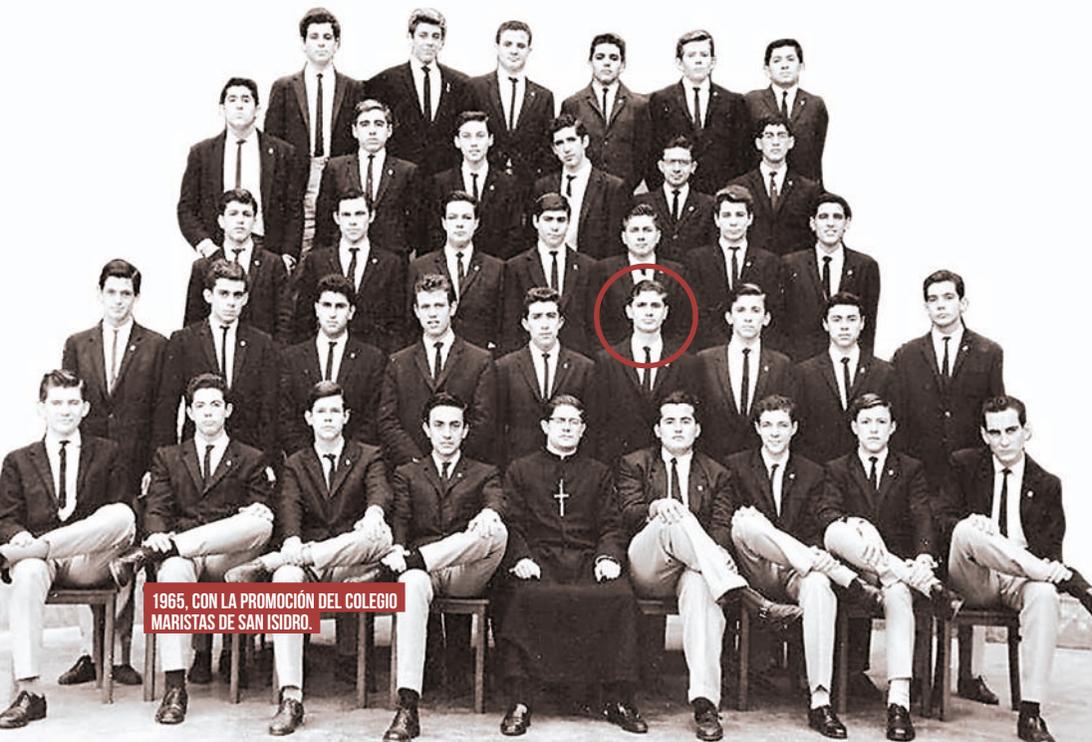
Mis estudios continuaron en Lima. Mi hermana se fue a estudiar al colegio Santa Úrsula, centro educativo privado de mujeres fundado en Lima, en 1936, por la Congregación de Madres Ursulinas Alemanas, y mi hermano y yo fuimos al colegio La Inmaculada, en la avenida La Colmena, en el Centro de Lima, un antiguo colegio jesuita que inició sus actividades en 1878 y donde fui formado por grandes maestros que, además de la exigencia académica, me inculcaron la vocación de ser un agente de cambio para servir a los demás, en especial a los más

Raúl Diez Canseco Terry

pobres. En estas mismas aulas estudiaron mi padre y mi abuelo Pedro, el papá de mi madre.

Los últimos años de la secundaria los cursé en el colegio Maristas de San Isidro, centenario colegio religioso de varones fundado en 1927 por la Congregación de los Hermanos Maristas. Ahí conocí a grandes amigos con los cuales, aunque con menos frecuencia, nos vemos hasta hoy, como Francisco Miró Quesada Rada, Luis Caravedo, Manuel Luque, Bruno Espósito, Óscar Torres, entre otros.

Uno de los profesores que todos recordamos, por su forma tan didáctica y amena de enseñar, es Luis Martell Rivera, quien dictaba el curso general de Letras (Historia, Geografía y Literatura) y que en aquella época era un jovencito de solo 22 años recién licenciado de la Universidad de Educación Enrique Guzmán y Valle, La Cantuta, donde había obtenido el primer puesto de ingreso.



En honor a la Virgen María, durante un mes, todos los días de mayo, el colegio acostumbraba a que asistiéramos a misa. El resto del año, todos los primeros viernes de cada mes, también teníamos que ir a la ceremonia religiosa. Debíamos, además, ir en ayunas, confesarnos y comulgar. Al final de la misa, para no desmayarnos, los curas nos daban chocolate y bizcocho.

Tuvimos muchos profesores religiosos a quienes llamábamos “Hermanos”, como Francisco Martínez; el Hermano Miguel, un italiano radicado en Perú, o el Hermano Felipe, “Piolín”, que nos enseñaba inglés y a quien llamábamos así por su calvicie prematura y su cuerpo delgado y frágil. Fue el Hermano “Piolín” quien, un 22 de noviembre de 1963, ingresó de pronto al salón con el rostro compungido y nos dio una noticia que nos dejó atónitos: en Dallas, Texas, habían asesinado a balazos al presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy.

Estábamos en tercero de secundaria cuando ocurrió este hecho que nos conmovió a todos. Yo pensé de inmediato en mi tío Fernando Belaunde Terry, quien en julio de ese mismo año había asumido la Presidencia de la República en el Perú. La política resonaba en nosotros en su forma más cruel y bárbara: el magnicidio.

En esa época no existían escuelas mixtas. Hombres y mujeres estudiábamos separados, pero a la salida del colegio nos juntábamos todos. O, al menos, eso intentábamos. El Maristas estaba en Camino Real y Choquehuanca, así que al término de las clases nos íbamos en grupo por Conquistadores alborotando un poco las tranquilas calles de San Isidro y Miraflores, aún con tranvía, casas de uno o dos pisos y pequeñas bodegas en las esquinas, administradas por chinos, japoneses o italianos. No había edificios multifamiliares de vivienda ni tráfico desordenado.

En el camino se iban distribuyendo los amigos. Manuel Luque se quedaba al iniciarse El Olivar, donde vivía, muy cerca de Constantino Revoredo; mientras que Lucho Caravedo avanzaba un poco más, hasta la cuadra 41 de la avenida Arequipa, muy cerca del teatro Canout. Yo me quedaba en Angamos, y Fernando Esparza iba hasta el final del bosque El Olivar.

La vida transcurría entre el colegio y el barrio. La mayor parte del tiempo, cuando no teníamos exámenes, nos íbamos a jugar básquetbol o fútbol. En mi caso, además, practicaba natación.

En la cuadra 7 de Angamos vivía otro amigo mío que no estudiaba con nosotros, sino en el Champagnat de Miraflores, Octavio Cabero, con quien solía ir a explorar otras calles. Así llegamos junto con los muchachos a un barrio formado por una sola cuadra, entre Arequipa y Petit Thouars: el barrio de Payán. Era una zona tranquila donde vivían chicos y chicas de nuestra edad. Con el tiempo nos fuimos conociendo, algunos se enamoraron, formaron parejas y luego familias. Luis Caravedo era el organizador de los partidos de fútbol, de nuestras correrías por la playa, el cine y las fiestas que se organizaban en las casas. Se bailaba de todo, principalmente rock, twist, merengue y chachachá.

En algunas oportunidades, cuando visitaba al presidente Belaunde en el Palacio de Gobierno, invitaba a alguno de mis amigos a ver el cine en una pequeña sala que se había acondicionado en la Casa de Pizarro. Algunas películas eran de estreno, como *El gran escape*, con Steve McQueen, que vimos una tarde de 1963.

Todo iba muy bien en el colegio hasta que un día, de pronto, amanecí con un intenso dolor abdominal que se agravó cuando intenté levantarme de la cama y caminar.

Mi madre, preocupada para que no faltara al colegio, me preparó una infusión creyendo que era solo una indigestión, pero el dolor persistía. Me llevaron a una clínica que quedaba cerca de la casa y, tras una serie de exámenes, llegaron a la conclusión de que tenía una apendicitis aguda y que debían operarme de emergencia.



DE JOVEN ESCUCHABA MÚSICA CLÁSICA, PERO TAMBIÉN A CONNIFF, POURCEL Y AZNAVOUR.

La intervención fue relativamente rápida y volví pronto a casa, pero en los días siguientes presenté un cuadro febril, incluso con escalofríos, que me llevó a volver a la clínica. Me diagnosticaron una sepsis, producto de una gasa que el médico había olvidado en mi estómago. Debí ser operado de nuevo. Quedé muy debilitado, y mi recuperación fue lenta, al punto que perdí el año escolar.

Este descanso obligado no fue impedimento para que continuara con mis lecciones bajo la celosa mirada de mi madre. De ella aprendí que el tiempo es oro. Un día me administró un test para medir la inteligencia. Sin que yo viera los resultados, me dijo con firmeza: “Desde hoy no te permito notas más bajas de 15”. Mis calificaciones mejoraron notoriamente, y los padres jesuitas creyeron que copiaba. Me tomaron un examen oral para comprobar mis notas y salieron de dudas. En mi casa no se aplicó el dicho “la letra con sangre entra”, sino la amorosa firmeza de mi madre que me incentivó a estudiar con empeño. Con tacto y sabiduría, me generó la confianza para el desarrollo de mis conocimientos y habilidades.

Al año siguiente volví al colegio Maristas más animoso y disciplinado para continuar practicando una de mis pasiones: la natación.

Todos los días, de lunes a viernes, a las cinco y media de la mañana, dos hermanas nadadoras, Inés y Concho Changanaqui, me recogían de la casa para llevarme a la piscina del Campo de Marte a entrenar.

Concho llegó a destacar en la historia de la natación peruana: ganó cuatro sudamericanos, batió 13 récords de campeonatos de similar nivel, 41 récords nacionales individuales y nueve récords nacionales colectivos. En aquella época, el Perú tuvo una generación brillante de nadadores.

En el verano del 64 se inauguró la Piscina Olímpica del Club Regatas con un torneo denominado Estrellas Mundiales de la Natación. A dicho certamen concurren nadadores de Argentina, Brasil, Chile, Estados Unidos, México y Ecuador.

Entre las estrellas que vinieron a nuestro país figuraban Luis Alberto Nicolao, de Argentina, récord del mundo en 100

mariposa; también, Sharon Finneran y Donna de Varona, de Estados Unidos. Por el Perú estuvieron Juan Carlos Bello, Walter Ledgard, Consuelo Changanaqui y Augusto Ferrero Costa, entre otros destacados nadadores.

Los principales colegios de Lima presentaron sus equipos para participar en una competencia interescolar antes del torneo oficial. Es uno de los recuerdos más gratos que tengo de mi paso por la natación: haber participado en la inauguración de una piscina olímpica y haber sido telonero del gran Nicolao. La natación me enseñó a ser disciplinado y competitivo. Aprendí que para triunfar se necesita mucha decisión para hacer las cosas bien y rápidamente.



A diferencia de los jóvenes de mi generación que soñaban con cambiar el mundo cuestionando el orden instituido, yo deseaba un futuro más promisorio, más justo y más equitativo, pero nunca me convencieron el movimiento hippie, ni el cabello largo, ni el mundo psicodélico y evasivo que venía con él.

Fui un muchacho con el cabello corto que gustaba de la música clásica de Mozart, Beethoven, Bach y Verdi, y escuchar los instrumentales de las grandes orquestas de la época, en particular de Ray Conniff y Franck Pourcel, y la inconfundible voz de Charles Aznavour. Tal vez soñaba con los ojos abiertos, pero tenía los pies bien puestos sobre la tierra.

En un contexto juvenil en el que todo estaba en debate, la política no me fue ajena. Mi tío Fernando Belaunde Terry había sido elegido presidente del Perú en 1963 y era, por cierto, protagonista de debates en las aulas. Sin embargo, por esa misma condición de ser sobrino del primer ciudadano del país, mi obligación de destacar en los estudios estuvo siempre presente. Me preocupaba qué carrera seguiría, dónde estudiaría.

Entre las habilidades que creo tener, mi buena relación con los números me hizo apostar por la Ingeniería o la Arquitectura, antes que por las Humanidades o la Medicina. Eso lo tenía claro. Incluso para el anuario escolar, en nuestra promoción 1965, cuando me preguntaron qué carrera seguiría, después de pensar



en todas las ingenierías posibles, elegí una: “Electrónica”. Sin duda, la más relacionada con la modernidad.

Lo que no estaba tan claro era dónde estudiaría. En los 60, la tradición decía que Medicina se estudiaba en San Fernando de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos o en la Universidad Cayetano Heredia; Letras y Humanidades, también en San Marcos; Ciencias Sociales, en la Pontificia Universidad Católica, y todas las ingenierías, en la Universidad Nacional de Ingeniería, la famosa UNI, muy reconocida por su exigencia académica y en donde Fernando Belaunde fue el primer decano de la Facultad de Arquitectura.

Por ello, al terminar mis estudios en el colegio Maristas, decidí postular a la UNI confiando en mis altas calificaciones en matemáticas, pero no me alcanzaron para aprobar el examen de admisión. Esa fue mi primera frustración. Comprobé que los jóvenes que salíamos del colegio secundario no solo estábamos desconectados del nivel superior, sino que el colegio no nos preparaba para la universidad.

El Perú vivía un ciclo de modernización y crecimiento económico que demandaba profesionales nuevos, especialmente en el campo de la administración, economía, finanzas y negocios. Sin embargo, durante décadas, la educación superior se había quedado congelada en estereotipos tradicionales, al punto que, hasta casi la primera mitad del siglo XX, el país tuvo solo cinco universidades públicas y una privada. Los profesionales que ocupaban los puestos de dirección de las empresas no eran los egresados de esas universidades, sino de afuera.

Si bien el gobierno militar de Juan Velasco Alvarado había reformado la educación y había dividido la formación secundaria en común, técnica y comercial, no realizó transformación alguna que articulara la secundaria con la universidad.



Me sentí descorazonado. Debía esperar un año para poder postular nuevamente a la universidad, pues los exámenes de admisión eran anuales. Mientras tanto, decidí trabajar y esperar una segunda oportunidad para intentarlo. No me quedaba otra.

Mis padres hablaron con el presidente Belaunde y le pidieron que me diera la oportunidad de trabajar en uno de los proyectos emblemáticos que el Gobierno iniciaba: la construcción de la Carretera Marginal de la Selva.

Sin mayores dilaciones, con un futuro incierto entre manos, pero decidido, empaqué mis cosas y me fui a la selva para trabajar como ayudante de topógrafo. Por un tiempo, esta opción me alejó de la familia pero, a la vez, me permitió conocer otra realidad, en muchos aspectos, desconocida e inexplorada: el corazón de la región amazónica y sus necesidades.

«Raúl siempre ha tenido un espíritu dadivoso, abierto, desprendido, que quizás no todos han logrado percibir. Pero conmigo, mientras estuvimos juntos en el colegio, siempre fue generoso. Cuando iba a su casa a visitarlo, siempre me convidaba galletas, caramelos o tofees. Es muy carismático».

Luis Caravedo, compañero del colegio Maristas



EN EL PUERTO DE YURIMAGUAS, INICIANDO LOS TRABAJOS EXPLORATORIOS DE LA CARRETERA MARGINAL DE LA SELVA.

ABRIENDO TROCHA

La primera experiencia de trabajo ocurre apenas termina el colegio. En medio de la espesura de la selva, un joven ayudante de topógrafo inicia el camino de su autodescubrimiento.

El destino me llevó a la selva. Era 1966 y había cumplido 17 años. El primer empleo no era en una oficina, sino en un campamento móvil que avanzaba conforme se desbrozaba la selva virgen.

De la noche a la mañana, luego de mi desafortunada postulación a la Universidad de Ingeniería, pasé a tener un aprendizaje práctico de la vida de un ingeniero.

Pasé de la comodidad de la vida de un joven miraflorentino a la sacrificada labor en casi la mitad de la selva. Mi trabajo como asistente de topógrafo consistía en anotar diariamente datos sobre altura, coordenadas y puntos de referencia de los progresos de la construcción de la Carretera Marginal de la Selva.

No obstante las dificultades, fue emocionante participar en los inicios de uno de los más grandes sueños de Fernando Belaunde: la construcción de una obra inimaginable en aquella época.

El presidente había planteado la construcción de una carretera transcontinental. Tuvo la sagacidad y la visión geopolítica para colocar al Perú en un contexto de desarrollo sudamericano trazando una carretera desde Arauca, en el punto fronterizo entre Colombia y Venezuela, hasta la selva de Bolivia, donde

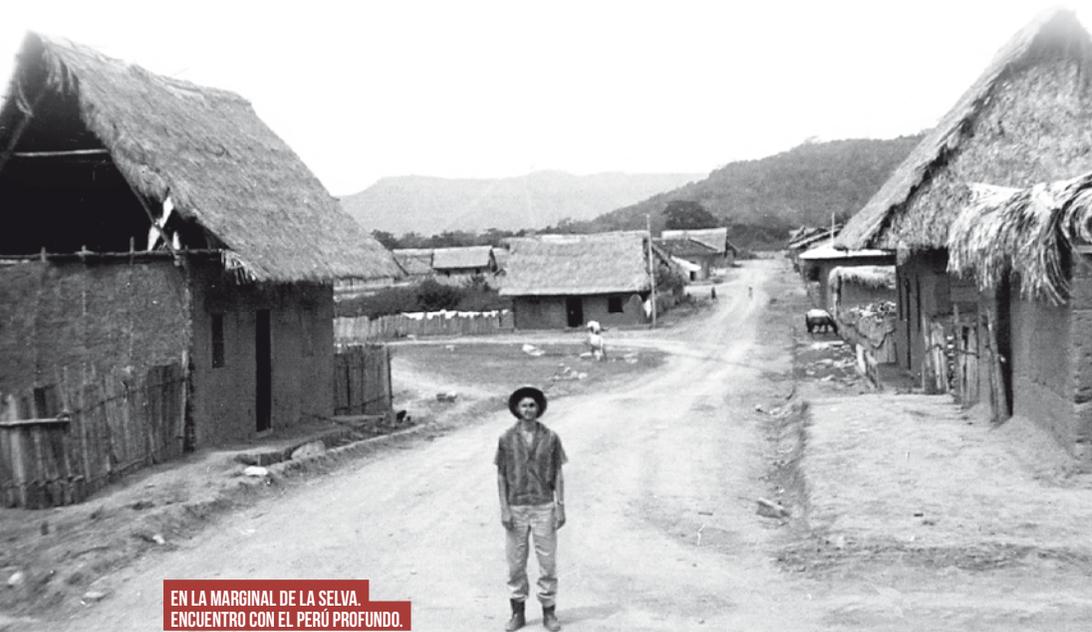
Raúl Diez Canseco Terry

empalmaría con el ferrocarril de Santa Cruz. El Amazonas, el Orinoco y La Plata –las tres cuencas fluviales de Sudamérica– se unían a lo largo de un trazo carretero que permitiría, además, integrar la selva al Perú y ganar cuantiosas tierras de cultivo.

En *La conquista del Perú por los peruanos*, Belaunde señalaba que no se podía hablar de emancipación alimentaria y abastecimiento pleno (hoy, la FAO le llama Seguridad Alimentaria) si no se ampliaba la frontera agrícola. Ese fue el objetivo central de la Marginal de la Selva: la tierra y su potencial económico.

Al año de haber iniciado su primer gobierno, Belaunde logró que Perú, Colombia, Ecuador y Bolivia acordaran en Lima iniciar esta portentosa obra.

En nuestro país, los trabajos comenzaron en el tramo Tingo María-Moyobamba. Cuesta creerlo, pero no existía una carretera que uniera Lima y Pucallpa, de manera que los primeros estudios y levantamientos topográficos en plena selva se hicieron en los tramos que unieron Tarapoto con Juanjuí, Campanilla y Moyobamba, en San Martín.



A esta zona fui a trabajar. Era selva virgen. Vivíamos, como ya dije, en un campamento, alejados de la civilización. El caserío más cercano estaba a una hora de nuestras rústicas tiendas.

Allí comprobé que, en efecto, en la selva no hay estrellas. Era vivir en un mundo desconocido, donde la soledad, las enfermedades, las lluvias y los lodazales compiten con la terquedad y el instinto innato del hombre por la supervivencia y el dominio de la naturaleza. Las torrenciales lluvias y los frecuentes deslizamientos de tierras nos dejaban muchas veces aislados.

Solo la oscuridad más intensa, que todas las noches descendía como un manto sobre nuestras cabezas, nos hacía pensar y añorar a la familia bajo los cantos y ruidos más extraños producidos por la fauna amazónica.

Los fines de semana, los trabajadores podían salir de los campamentos hacia los pueblos más cercanos e interactuar con la población. Allí podían comer algunos platos de la zona o tomarse unas cervezas. Algunos nativos e inmigrantes también llegaban cerca del campamento con la expectativa de trabajar en las operaciones de abrir trochas.

Una de las provisiones de alimentos que más extrañábamos los trabajadores limeños era el pan ‘francés’ para acompañar el desayuno y el almuerzo. Mi hermana Charito, que trabajaba como *fly hostess* de la aerolínea Lansa, cada vez que llegaba a Pucallpa me traía, entre otros víveres, pan desde Lima. Los compañeros, al conocer mi ‘almacén’, pronto fueron mis clientes. Oportunidades que te ofrece la vida.

Las Fuerzas Armadas no fueron ajenas a esa acción civilizadora. Fui testigo de cómo tanto los hombres del Ejército, como de la Marina y la Aviación, llevaron a cabo una importante obra en apoyo del desarrollo e integración de la población nativa.

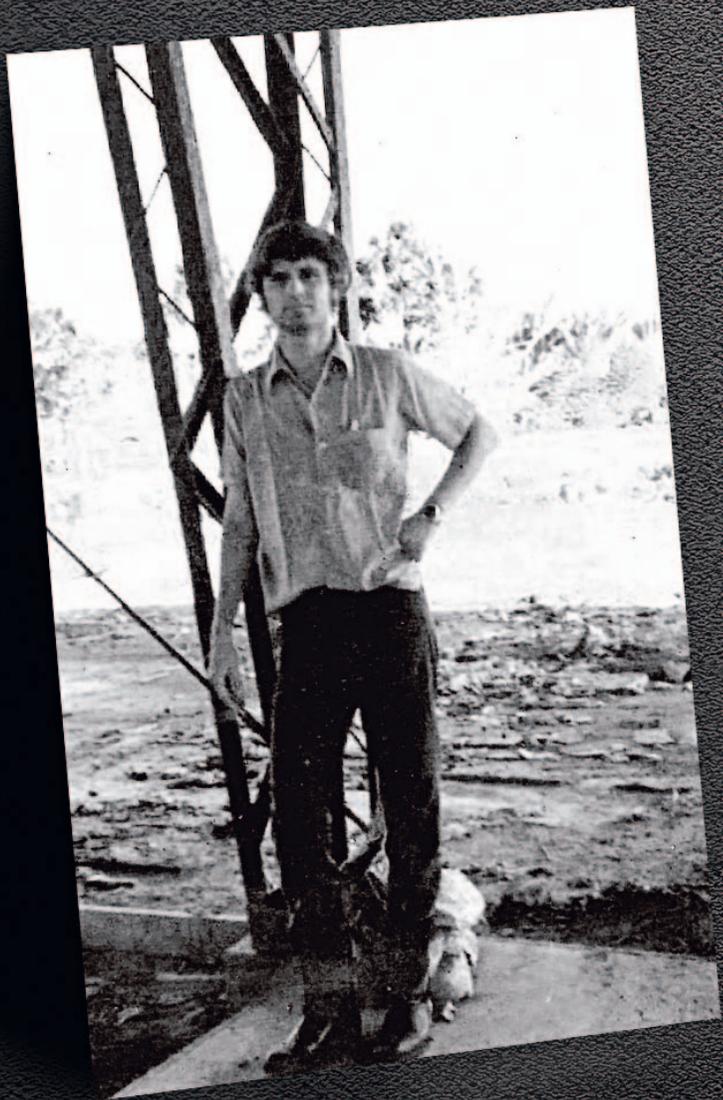
La labor del Ejército se concretó fundamentalmente en la construcción de carreteras de penetración a la montaña, gracias a las cuales se incorporaron a la producción tierras de cultivo en la selva alta. La Marina, por su parte, realizó una valiosa obra social. Las naves recorrían periódicamente los ríos de la Amazonía proporcionando atención médica, odontológica, educativa y técnica a las poblaciones ribereñas. La Fuerza Aérea apoyó la creación de núcleos de colonización, dándoles transporte y abastecimientos.

El golpe militar de Velasco amengó la velocidad de la construcción de la Marginal, pero en 1980, al retornar la democracia, Belaunde le dio un nuevo impulso a la obra en su segundo mandato constitucional.

Los efectos positivos de la carretera se aprecian hoy a través del crecimiento de ciudades y valles como Jaén y San Ignacio, Bagua y el Valle del Utcubamba, Rioja, Moyobamba y el Valle del Mayo. A su paso por Tarapoto y Yurimaguas, la Marginal ha transformado esta zona en un centro de importancia regional; y, más al sur, apoya el desarrollo de las áreas de Juanjuí, Tingo María y Tocache. Ha facilitado, al mismo tiempo, el crecimiento de Satipo.

La Marginal se terminó de asfaltar en 2004, en el gobierno de Alejandro Toledo, cuando yo lo acompañaba como primer vicepresidente de la República, y pasó a llamarse carretera Fernando Belaunde Terry, en homenaje al hombre que hizo realidad un sueño: integrar el país a través de bosques, ríos y quebradas. Pero eso sería muchos años después.

En el campamento, durante meses soporté picaduras de una lluvia de insectos y la amenaza siempre latente del ataque de animales salvajes. Hasta que una noche, sin candil, me atacaron los *isangos*, unos pequeños ácaros, conocidos también



como vinchuca o bicho rojo, que anidaron en mi piel en pocos días, lacerándola. Las lesiones se infectaron, y tuvieron que trasladarme a Tarapoto y, luego, a Lima para mi curación.

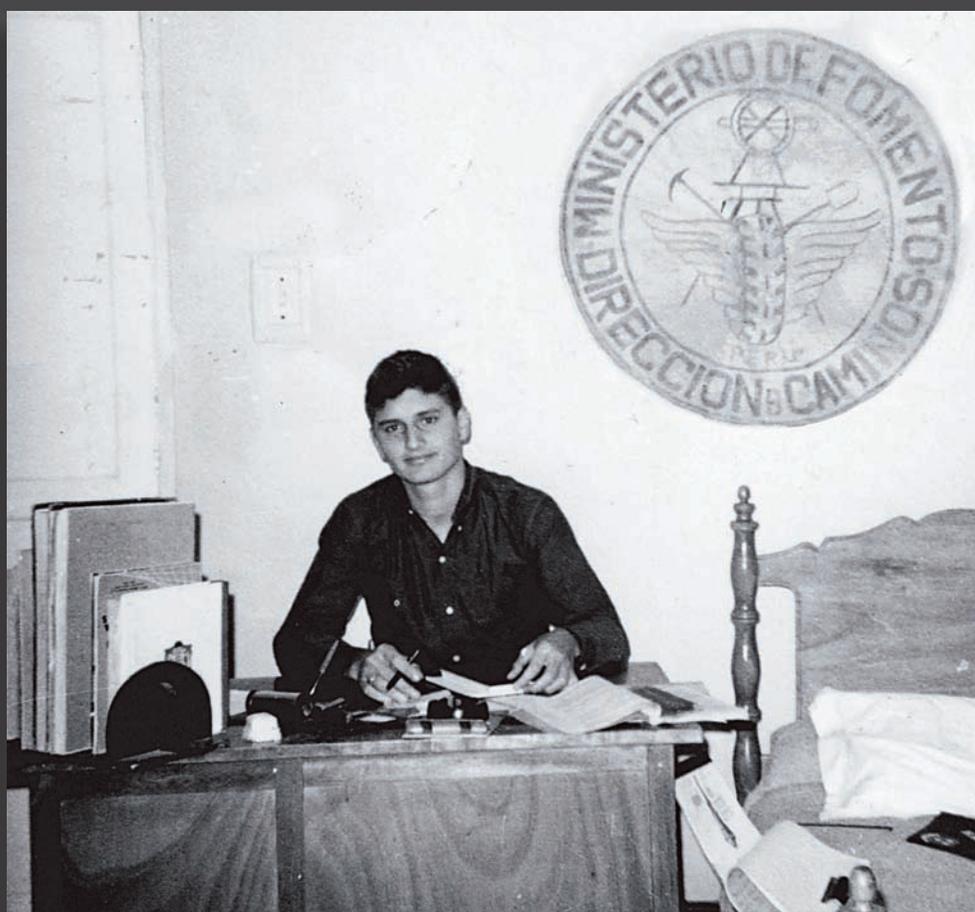
A mi regreso a la capital recibí el llamado de la Patria: el Servicio Militar Obligatorio. La obligación se extendía a todo peruano desde los 18 hasta los 50 años de edad. El reglamento precisaba que, en tiempos de paz, el servicio correspondía a los peruanos entre los 18 y 23 años seleccionados por sorteo, enrolados y voluntarios.

Bajo esta ley, el sistema de enrolamiento se efectuaba mediante la leva, uno de los métodos de reclutamiento militar más cuestionados. Los camiones militares se llevaban a indocumentados, y a muchos solo les quedaba servir en los cuarteles. La leva era temida porque los jóvenes debían servir, salvo que tuvieran problemas físicos o mentales evidentes. Sin trabajo y sin estudios universitarios, no había forma de exonerarme de esta obligación.

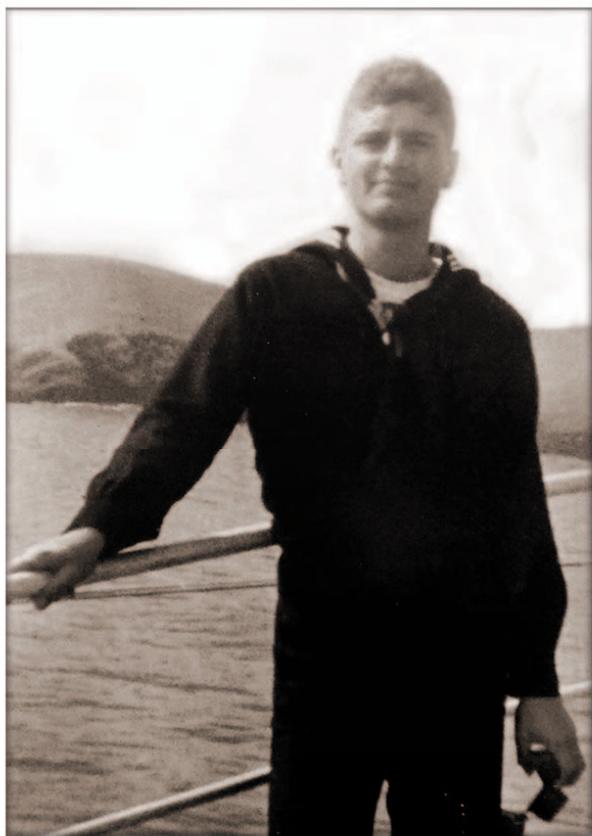
Entonces, una vez más, mis padres fueron a hablar con el presidente Belaunde.

«Nosotros hemos duplicado potencialmente la frontera agrícola del Perú. Por un lado, en la Carretera Marginal de la Selva, directamente, a cinco kilómetros del eje de la pista, corresponde 1 millón 500 mil hectáreas; y por otro, en las penetraciones fluviales desde puntos de la carretera por los cuales se puede ir en lancha, como en la de Moyobamba al río Mayo, por ejemplo, en estas penetraciones de 100 kilómetros, suman otras 500 mil hectáreas».

Fernando Belaunde Terry, expresidente de la República



APRENDIZ DE TOPÓGRAFO, MI PRIMER TRABAJO EN LA SELVA.



El servicio militar se convierte en una oportunidad para conocer el Perú. Durante meses, el joven marinero se forma en un ambiente de disciplina y respeto a la jerarquía.

Pensé que mis padres hablarían con el tío presidente para solicitarle la exoneración del servicio militar. Gruesa equivocación. Fue todo lo contrario: su visita fue para pedirle que me aceptaran en la Marina de Guerra del Perú, institución con la que mi familia sentía una especial identificación.

Me asignaron a servir al BAP Lobitos, un buque petrolero hecho en las instalaciones del SIMA en 1966, que formaba parte de la armada de guerra y se usaba como elemento de apoyo de combustible en los puertos instalados en el Mar de Grau.

Alisté mis cosas, las metí en un maletín y me presenté a mi unidad, en Chucuito, Callao. La primera noche la pasé en blanco. Pensaba en el futuro inmediato. Para algunos reclutas, la vida en el mar era desconocida y les causaba temor; para mí, este futuro dudoso fue una nueva oportunidad. Me empezó a agradar la suerte de haber sido alistado en la Marina.

De nuevo lejos de la familia y de los amigos, aprendí las artes y la praxis marinera al lado de cientos de grumetes provenientes de diferentes regiones del país. El modelo de conducta y de valores como integridad y liderazgo del héroe de Angamos, el almirante Miguel Grau, nos inspiraba a todos los que vivíamos día y noche en el BAP Lobitos.

No había cumplido mi primer mes en el servicio cuando un 17 de octubre de 1966, a media tarde, sentimos un movimiento anómalo del mar. Una fuerte crecida de la marea agitó las aguas.

Enormes olas se levantaron de pronto y amenazaron con impactar en el buque petrolero, por lo que maniobramos para colocar la proa de forma perpendicular a las olas con la finalidad de remontarlas, en lugar de que nos impactaran por babor o estribor.

Era un terremoto de magnitud 8.1 grados que golpeó la costa central del Perú y afectó seriamente las ciudades de Huacho, Huaura y Barranca.

En Lima, el sismo se sintió fuertemente en La Molina, Puente Piedra, Rímac, el Cercado y Barrios Altos. Las transmisiones que captamos por radio indicaban que la costa del Callao había desaparecido y que, como réplica, se esperaba un maremoto.

Nuestro buque navegaba de Supe al Callao, de manera que el terremoto nos sorprendió en medio de la travesía. ¿Y dónde vamos a atracar?, nos preguntábamos. Al final, el capitán decidió realinear el barco y dirigirnos a toda máquina al primer puerto.

Las noticias reportaban más de 200 muertos, mil 800 heridos y 258 mil damnificados. Solo en Huaura y Huacho hubo más de mil heridos. Al día siguiente, el presidente Belaunde, acompañado de sus ministros de Economía y de Guerra, viajó a Huacho para conocer *in situ* la magnitud del desastre.

Hay momentos en nuestra historia en que los sismos y terremotos han puesto al pueblo de rodillas. Durante días, las plegarias no cesaron en las puertas de las iglesias derruidas, donde se habían colocado imágenes del Señor de los Milagros, rogando que calmara su ira.

Nuestro buque sirvió para llevar ayuda a cientos de damnificados, y fue una de las pocas veces que pude bajar a puerto. Mis superiores, por lo general, no me dejaban hacerlo. Cada vez que navegábamos y tocábamos tierra en algún puerto o caleta, formaba en la fila, como todos los demás grumetes, y esperaba que me sellaran mi papeleta de salida para bajar a tierra.

Pero antes siquiera de que llegara a la rampa, alguien me pisaba los zapatos, ensuciándomelos, para beneplácito del oficial de turno que tronaba:

—¡Ajá, otra vez zapatos sucios, ¿no?... Diez Canseco, no sale!

Con el tiempo entendí que no era porque me agarraran de punto o de 'lorna', como se decía por aquel entonces, sino para cuidarme, por una orden expresa del presidente, de no exponerme a peligros en algunos puertos donde la vida no era vida si no se es un 'faite' o un 'guapo' y si no se anda con una 'máquina' (arma de fuego). Entrar por error a un barrio bravo era jugar con la muerte.

134

Registro de Inscripción Naval

Nombre y Apellidos DIEZ CANSECO TERRY **RACE** RACE

ESTADO CIVIL

Nacido el 23 de enero de 1948 Distrito de Miraflores Provincia de Lima

Departamento de Lima Domiciliado en Av. Angamos 691 Distrito de Miraflores Provincia de Lima

Hijo de Raúl Departamento de Lima

y de Eva

Oficio o Profesión Estudiante Estado Salto

Número del Sorteo 2783 = 240143448

Número de la Libreta de Conscripción 10

GRADOS DE INSTRUCCIÓN

Civil (1) Superior 1^o

Civil (2) Superior

Fecha en que termina el servicio

Deberá pasar a

Señales particulares no

Sorteado de la clase de 1968

Número de inscripción en el Distrito 295

Número del talonario de inscripción

Edad 20 años

Raza Blanca

Color Blanco

Cara Oval

Frente Hediondo

Cabellos Castaños

Pilosebades en la cara no

Estatura 1 m 81

Ojos Azules

Cejas Regulares

Nariz Hojas

Boca Delgada

Labios Redondeados

Barba de afeitado

Señales particulares no

Raúl Diez Canseco Terry

Cuando no era ‘castigado’, bajaba a puertos más tranquilos y visitaba los mercados, donde compraba víveres y provisiones para el rancho, siempre acompañado por un oficial: las órdenes del presidente se cumplían al pie de la letra.

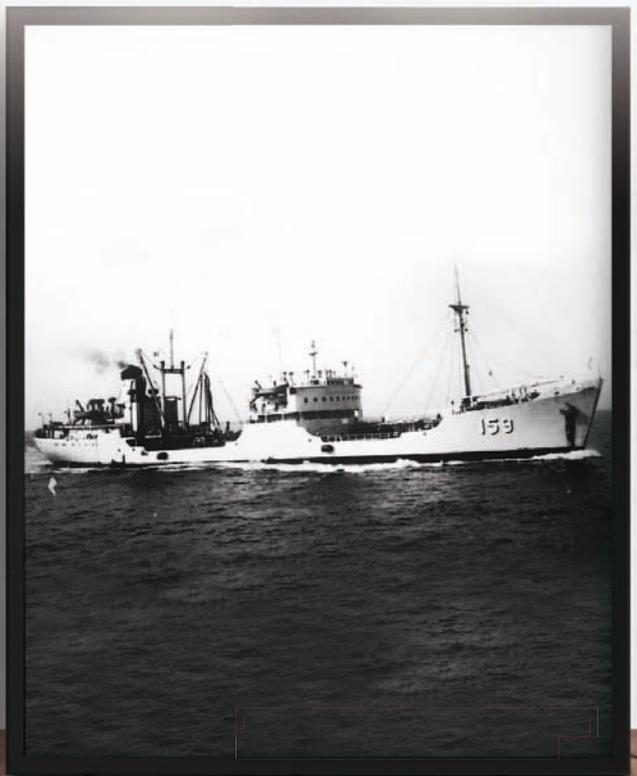
Así conocí toda la costa peruana.

Viajamos por caletas y puertos a lo largo del litoral. En cada zona en que desembarcábamos pude comprobar el poco progreso y la pobreza del interior del país. Los servicios eran deficitarios, y las condiciones de vida de la población se desarrollaban con muchas limitaciones.



Todos los días a las 4 de la mañana, antes de que despuntara el alba, el toque del clarín indicaba que la jornada empezaba con la rutina de ejercicios y procedimientos navales. Fueron días intensos de trabajo, disciplina e instrucciones. Hice las tareas que todo grumete hacía sin distinción: lavé platos, ayudé en la cocina, limpié pisos, baños y la cubierta del buque.

Hacer las tareas, respetar órdenes, antigüedad y grados te enseña el valor de trabajar y de cumplir tus obligaciones y responsabilidades. La vida militar te disciplina y forma para toda la vida. Aprendí también a entrenar y educar mi cuerpo. Los diestros usábamos la mano izquierda para comer, escribir,



peinarnos, mientras los zurdos lo hacían con la diestra. El objetivo era dominar funciones con ambas manos, una manera de preparar al soldado para que fuera ambidiestro en caso de que perdiera una de ellas.

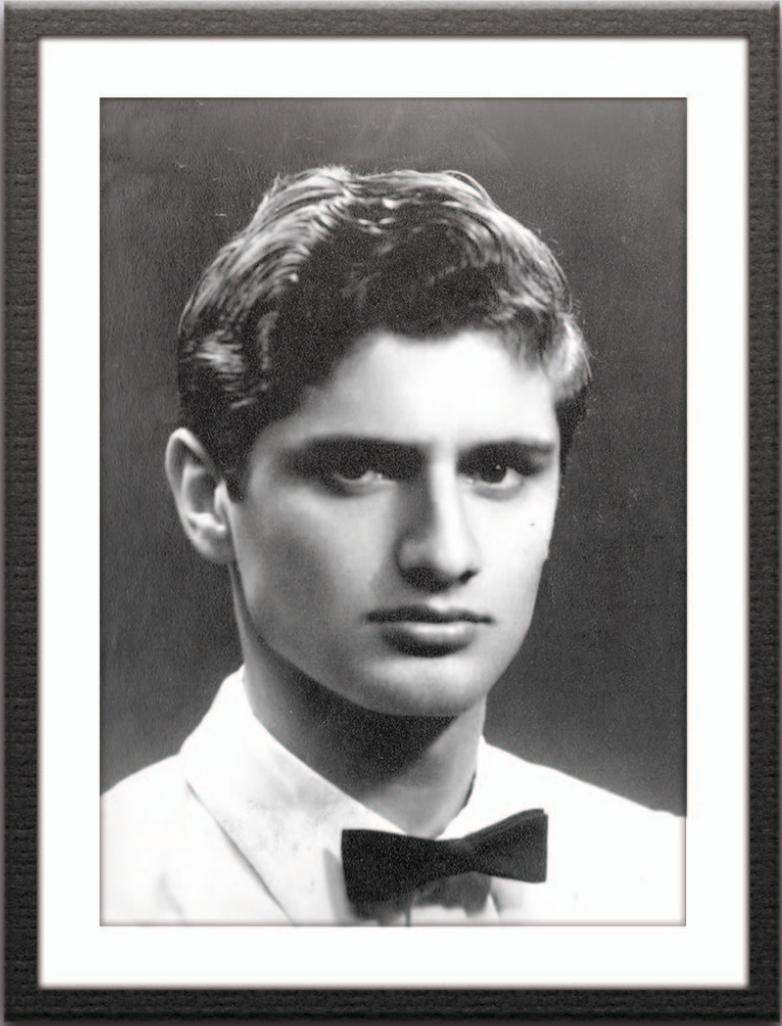
Ya me había acostumbrado a la vida naval cuando un día amanecí con un intenso dolor en la zona del abdomen, con náuseas y vómitos. Fui al tóxico y el médico me diagnosticó una hernia inflamada que requería un intervención quirúrgica inmediata que, a la postre, ocasionó mi baja de la Marina.

Del buque petrolero pasé al hospital y del hospital a mi casa. Luego de mi recuperación fui a visitar a mis compañeros de armas, quienes sintieron mi partida tanto como yo. Como en los eventos de clausura, sentí que una etapa de mi vida concluía.

Entraba en un espacio fronterizo entre la juventud temprana y la adultez, donde todo se define, donde todo depende del siguiente paso que das... a favor o en contra.

*«Estoy feliz
pero eso me llena de miedo.
Es que hacía tanto tiempo que no
conocía una noche tranquila
y un despertar despejado.
Acaso todo lo que estoy viviendo
algún día será realidad.
Jesús, tú que todo lo sabes,
que todo lo encaminas, ayúdame
a llegar a mi nueva meta.
Amén»*

Raúl Diez Canseco Terry.
Manuscrito de la época.
Archivo personal.



LOS 67 DEL 67

Se inicia la etapa universitaria en medio de una gran exigencia académica y de una alta competitividad. El país necesita nuevos profesionales, y la carrera de economista es una de las más promisorias en la Universidad del Pacífico.

Tras mi repentina salida de la Marina, y de vuelta a casa, los días y las noches se hicieron interminables. No era la incertidumbre lo que me desvelaba, sino la ansiedad para que llegara la fecha de postular nuevamente a la universidad.

Ser ayudante de ingeniero, abriendo trocha en la Amazonía, y luego grumete marcarían mi existencia. Ambas experiencias me sirvieron para aprender que la vida no es fácil. Muy joven salí de mi estado de confort, asumí riesgos y responsabilidades, y aprendí a trabajar con personas de toda edad y condición social.

Antes de mi baja, ya tenía clara mi decisión de postular nuevamente a la universidad para ‘sacarme el clavo’ y, así, cada vez que me quedaba ‘castigado’ en el buque, me encerraba en mi camarote y revisaba mis apuntes y libros para prepararme con miras al examen de admisión.

Continué mi preparación para la universidad en casa porque no había dinero suficiente para pagar los servicios de una academia preuniversitaria.

Tenía claro que mi vocación me llevaba por una carrera de ciencias o negocios, más relacionada con números que con letras. En ese entonces, la Universidad del Pacífico (UP) era un

flamante centro privado de estudios superiores que había sido fundado en 1962 por un grupo de empresarios peruanos con la colaboración de la Compañía de Jesús.

En una época de modernización del país, la universidad se enfocó en las áreas de economía, gestión, empresa y derecho, y muy pronto adquirió un gran prestigio, principalmente desde que la Compañía de Jesús se hizo cargo de su marcha administrativa y académica. Decidí postular a ella.

Mis noches de encierro, alejado de las fiestas, sin escapadas a la playa, finalmente dieron resultado: ingresé a la UP en el puesto 12 entre 160 postulantes. Ese año ingresamos 67 cachimbos. Fuimos los 67 del 67.

A diferencia de lo que pasaba en otras universidades de la época, especialmente las públicas, en ella la política era una materia de estudio, no de agitación o propaganda. Había un curso de Realidad Nacional y otro de Sociología que nos introducían al conocimiento de los problemas nacionales e internacionales, pero no existía, ni por asomo, la efervescencia política partidaria que animaba a otros centros de estudios.

Aunque no recuerdo que hayamos salido a las calles a protestar o unírnos a los actos de resistencia cívica para rechazar el golpe militar, sí fuimos una generación contestataria e inconforme con el *statu quo* que habíamos heredado. A pesar de la modernización económica impulsada por los gobiernos democráticos de Manuel Prado y Fernando Belaunde, éramos conscientes de que subsistían problemas urgentes en el país, como la educación, la salud, la vivienda y la reforma agraria, que no habían sido atendidos.

Nos educamos en medio de una corriente nacionalista, antioligárquica y antiimperialista impuesta desde el poder

militar, que estableció un régimen estatista, expropió las tierras, controló los sectores estratégicos en minería, energía, pesca, banca y finanzas; promovió una industrialización sustitutoria de importaciones, y manejó los precios de los productos de primera necesidad a través de subsidios. Los resultados fueron económicamente catastróficos.

En la UP entendíamos la economía como la generación de la riqueza, y no como la administración de la pobreza. Si bien no había partidos políticos organizados en las aulas universitarias, nos interesaba sobremanera la confrontación de las posiciones doctrinarias. Recuerdo mucho que pertenecía a un círculo de estudios que se reunía los sábados para debatir acerca de la historia política y económica del país, y del enfoque que tenían



UNIVERSIDAD DEL PACÍFICO,
1967, MI ALMA MATER.

los partidos políticos al respecto. Las clases no eran solo en las aulas, sino también en las casas de los profesores. Eran unas charlas amenas, pero a la vez rigurosas, que generaban unos intercambios de ideas intensos y efusivos.

En los años que duró mi carrera de Economía, mi rendimiento fue de menos a más, siempre en el tercio superior. El primer año fui quinto de 35 alumnos. Al año siguiente, segundo. Al tercero, nuevamente quinto. Y el último año ocupé el segundo lugar y fui delegado de la facultad.

Estudiábamos Administración, Contabilidad, Economía, Geografía Económica, Historia de la Economía, Matemática, Análisis Matemático, Derecho Mercantil, Estadística General, Psicología Industrial, Economía Internacional, Economía del Trabajo, Mercadeo, Estadística Aplicada, Teoría Monetaria, entre otros cursos. Por su inspiración jesuita, también nos enseñaban Eclesiología y Cultura Católica, que eran cursos

«Los cuadernos de Raúl en la universidad eran los más ordenados y pulcros de la promoción. Eran grandes, cuadriculados y espiralados. Recuerdo mucho el cuaderno de Economía Internacional. Tenía títulos, subtítulos, cuadrantes, subrayados, notas al margen; perfectos. Se los pedí para prepararme para mi examen de grado y me los prestó. Me sirvieron mucho».

Henry Barclay Rey de Castro
Economista, promoción de la Universidad del Pacífico, 1970

obligatorios. Frente a mis compañeros, yo tenía una ventaja sobre las materias teóricas: una experiencia vivida de la realidad peruana.

Los estudios –hay que decirlo– fueron exigentes. De los 67 ingresantes, en 1970, logramos graduarnos 45: en Economía 11 y en Administración de Empresas 34.

Fue una promoción brillante: Carlos Boloña Behr fue ministro de Economía; Henry Barclay Rey de Castro ingresó al Banco Central de Reserva, y luego lo convoqué a la Universidad San Ignacio de Loyola, donde fue vicerrector académico; Henry Harman Guerra llegó a ser director de la Beca Fulbrighth; Raymundo Morales Bermúdez es el actual director del Centro de Innovación Científica, Ecológica y Académica de la Universidad Peruana Cayetano Heredia; Ana Cox Álvarez del Villar, Vilma Massa Valles, Alda Rossi Velasco, Enrique Acha Cruz, Juan Moretti Vidal, Jaime Pedreros Fitzgerald, amigos todos, muy competitivos en sus respectivos campos profesionales.

Uno de los maestros que cambió mi perspectiva profesional fue Estuardo Marrou. Enseñaba Mercadeo. Fueron lecciones inolvidables que me permitieron conocer el desarrollo y el comportamiento del mundo de los negocios. Años más tarde, Estuardo Marrou sería uno de los grandes rectores de la Universidad del Pacífico.

El profesor Marrou no era mucho mayor que nosotros. Había estudiado Administración en la Pontificia Universidad Católica del Perú, pero las huelgas lo habían desanimado de continuar sus estudios en ella. Un día se enteró de que en el Centro de Lima se abriría una nueva universidad especializada en Ciencias Administrativas y Economía; entonces se dio una vuelta por el jirón Camaná y se encontró con la novísima Universidad del Pacífico.

Fue alumno de la primera promoción. Allí conoció a otro estudiante, 'Tito' Chocano, quien sería su gran amigo y socio de un emprendimiento muy parecido al que yo iniciaría años después.

Una tarde en que Marrou y Chocano asistían a clases, observaron que uno de sus profesores llegaba en un Mustang del año. Les asombró que un maestro universitario tuviera ese tipo de lujo. Era Benjamín Sandoval Tirado, quien, además de enseñar en la UP, era dueño de la popular y muy concurrida Academia La Sorbona, uno de los más antiguos y exitosos centros de preparación preuniversitarios de Lima.

Entonces, Marrou y Chocano decidieron incursionar en la misma actividad empresarial del profesor Sandoval, y poco tiempo después abrieron un local en la cuadra 44 de la avenida Petit Thouars, a la espalda de La Sorbona, usando uno de los principios del mercadeo: el mejor lugar para ubicar un negocio es donde se encuentra la competencia.

El nuevo local, al carecer de nombre, fue bautizado simplemente como "La Academia" por los postulantes que se preparaban allí para ingresar a la UP. El negocio fue viento en popa y creció con rapidez.

Mientras la academia progresaba, Marrou y Chocano terminaron su carrera y decidieron hacer sus maestrías en los Estados Unidos. Al concluir sus estudios, cada quien decidió seguir su propio camino. Chocano resolvió quedarse en Estados Unidos como funcionario internacional. Marrou, en cambio, regresó y continuó como profesor en la Universidad del Pacífico. En ese reacomodo personal y profesional, La Academia quedó desactivada.

28 de Noviembre de 1972.

Dr. Licenciado
Raúl F. S. Laureles
Amorfilobos.

Muy querido Raúl:

He terminado de leer en tesis y de inmediato le escribo. No solamente quiero agradecerle la dedicación, por sí misma y por lo que ella significa dentro de circunstancias sobradamente chuscas por ambos y que la convierten en un gesto que le honra a usted, por su valentía y su fidelidad para con el amigo. Leses, tan bien, felicítalo muy calurosamente por su trabajo. Ha escrito usted algo que tiene hondura, que merece ser leído y publicado y que es un tema de gran importancia nacional. Está tan bien y es de tal oportunidad que me permito aconsejarte que lo publique. La primera intuición me sugiere que le mande usted una copia al Sr. Decano de la Comercio, quien asistió a la reunión de C.A.D.E. y está muy interesado en el tema.

Le agradezco, así mismo, la buena referencia que se hizo a mí en la reunión de la Academia. Para mí ha sido una revelación conocer lo que usted hacen allí. He pensado mucho en ello y creo que podrían conseguir que el Pontificio de Educación se interesara. Si lo desea usted, venga a conversar conmigo del asunto, pues en ese lugar hay una persona a quien podría recomendarlo.

Quisiera mil gracias y mil felicitaciones. Un abrazo a todos de su viejo amigo

Fernando



EMPRENDIMIENTOS



LA ACADEMIA

Surge el primer emprendimiento educativo que cambió la forma de entender la educación. Más que una academia de preparación, es un centro de formación para lograr el éxito en la etapa universitaria.

La vida me ha enseñado que el emprendimiento nace por necesidad y se hace por oportunidad. El primero surge de una situación límite, un apuro económico o situación traumática en la que no parece haber otra salida más que actuar para sobrevivir. El segundo requiere una observación profunda, un momento propicio y la convergencia de factores, a veces imperceptible, que desencadena una idea que te conduce a actuar.

A lo largo de mi vida he experimentado ambas sensaciones.

Mi primer emprendimiento —ahora lo sé— combinó las dos perspectivas: la necesidad y la oportunidad. Ocurrió un día en que mi padre le comunicó a la familia que había perdido el empleo. Él era gerente de Galletas Fénix, una fábrica que pertenecía a los Prado, el vecino que vivía enfrente de nuestra casa alquilada en Chaclacayo.

El gobierno militar de Velasco Alvarado había concebido una mal llamada política nacionalista, y desató una serie de confiscaciones y expropiaciones de tierras, negocios y propiedades.

Muchas familias perdieron sus bienes y tuvieron que cerrar sus negocios. Los Prado fueron una de esas familias afectadas. Un día, la fábrica de galletas cerró y mi padre se quedó sin empleo.

Fue un golpe económico para mi familia. Cursaba el segundo año de Economía y mis estudios universitarios peligraban. De no haber sido por la ayuda del rector de la Universidad del Pacífico, el padre Raimundo Villagrasa, S.J., la historia de mi vida tal vez habría sido diferente.

Generosamente, la universidad me otorgó una beca hasta la culminación de mis estudios, a condición de que mantuviera mi rendimiento académico, cosa que naturalmente hice. Pero, de todas formas, había muchas necesidades en casa.

Mi madre me sugirió que diera clases de matemáticas. Algo de experiencia tenía enseñando. Mi hermana Charo recuerda que en la cochera de la casa, en una mesa que instalamos allí, dicté un curso de vacacional a chicos del barrio para reforzar sus conocimientos escolares en esa disciplina.

Abrir una academia de preparación preuniversitaria requería, sin embargo, un esfuerzo mayor. Con la bendición del padre Villagrasa, un día fui a dar una charla al colegio La Inmaculada, regentado por el padre Benito García, S.J., para invitar a los estudiantes a que se prepararan conmigo en su intento de acceder a la universidad. Logré convencer a 16 estudiantes, quienes trajeron a cuatro amigos más, y así, con 20 chicos, inicié este emprendimiento.

El padre Guillort, S.J., de la parroquia Nuestra Señora de Fátima, en Miraflores, nos permitió usar gratuitamente la sala de retiro de aquella. Fue él también quien nos abrió las puertas del convento. Cuando le manifesté que no tenía recursos para pagar el alquiler, me dijo: *“No te preocupes, sabemos sobre tu problema.*

Has sido alumno jesuita, también tu papá y tu abuelo, Pedro Terry, de modo que aquí nadie te va a cobrar”.

Coincidentemente, en 1969, la universidad convocó a un concurso que alentaba a los alumnos a presentar iniciativas de desarrollo empresarial. Yo presenté una monografía titulada: “Aspectos a considerar para el éxito de una Academia”. Era un resumen de mi propia experiencia y un ensayo de lo que hoy sería un estudio de mercado, donde analizaba la necesidad del estudiante, la brecha que existía en el sistema educativo y la manera en que una academia de preparación debía propender no solo a asegurar el ingreso al nivel superior, sino a mantenerse en él, lo que significaba impartirle al alumno una nueva metodología de estudio. Con ese trabajo gané el concurso.



EN LA DIRECCIÓN DE LA ACADEMIA SAN IGNACIO DE LOYOLA.

Raúl Díez Canseco Terry

Cuando me enteré de que el profesor Marrou había cerrado su academia, fui a verlo. Se sorprendió de mi decisión de crear una academia preuniversitaria. La mayoría de los jóvenes buscaba realizar sus prácticas o trabajar en alguna empresa para ganar experiencia, mas no crear su propia empresa.

La palabra emprendimiento no existía por entonces para definir un negocio propio. El profesor me contó cómo había decidido abrir la academia y me alentó a continuar. Y, para mi sorpresa, me obsequió el balotario resuelto de todos los cursos de los exámenes de ingreso a la Universidad del Pacífico. Visto en perspectiva, ese material fue oro en polvo. En el verano del 69, mientras cursaba el segundo año de Economía, estábamos listos para dar el gran salto, y fuimos la primera academia de formación preuniversitaria de exclusiva preparación para dicha universidad.



En gratitud al valioso apoyo brindado por los sacerdotes jesuitas, bautizamos este primer emprendimiento como Academia de Preparación Preuniversitaria San Ignacio de Loyola (ASIL).

La academia empezó a crecer rápidamente. El éxito en el ingreso se propaló de boca en boca entre los jóvenes. Para el verano del 70 nos mudamos al local del colegio Maristas, en San Isidro. Enseñábamos en los mismos salones donde se dictaba clases a los alumnos de secundaria y donde, no hacía mucho, yo mismo había estudiado.

La sala de profesores del colegio fue compartida con los maestros de la academia. En los meses de verano, durante las vacaciones, el plantel quedaba vacío y teníamos clases durante el día, pero cuando empezaba el año escolar trasladamos el horario de la academia a las noches.

La necesidad de tener un local para desarrollar nuestras actividades sin ninguna restricción se convirtió en una necesidad imperiosa. Augusto Sotomayor, estudiante de Derecho de la Católica, quien se había incorporado a la academia para trabajar con nosotros, consiguió una casa en la avenida Arequipa, en el número 4310. Fue nuestro primer local alquilado y marcó el inicio de nuestro despegue.

Conocí a Augusto a través de un amigo en común. Un día me lo presentaron y desde entonces ha sido un compañero inseparable; cultivamos una amistad que se convirtió luego en hermandad, indestructible al paso de los años, hasta hoy. Augusto desarrolló su propia carrera, y con el tiempo se convirtió en uno de los notarios más decentes, respetados y honestos que haya tenido el Perú.

Desde su fundación, la ASIL fue un laboratorio de ideas en Administración y Marketing, y un semillero en Recursos

Humanos entre su joven profesorado y personal administrativo. Los mejores alumnos que pasaban por la academia regresaban al poco tiempo como jefes de práctica, profesores o tutores, siendo todavía estudiantes universitarios.

Tuve la fortuna de encontrar gente valiosa y entusiasta que compartía el sueño de crear un centro de formación diferente que no solo les permitía preparar a los estudiantes, sino que también les posibilitaba trabajar y continuar sus estudios universitarios y graduarse como profesionales.

Funcionábamos no solo como una academia de preparación sino, principalmente, como un centro de formación. Esta diferencia es básica para entender el elemento singular de este emprendimiento. Teníamos grupos de estudio para reforzar las materias, tal como existía en la universidad, con tutores para la atención personalizada de los alumnos.

Pero, además, organizábamos actividades motivacionales, artísticas, culturales. Albarracín recuerda los concursos de teatro que hacíamos con los alumnos. Se inscribían como 30 *sketches* o representaciones, seleccionábamos la mitad y los presentábamos en festivales, los fines de semana, en el patio de la iglesia Virgen de Fátima. Asistían las familias de los chicos. Llegamos a tener entre mil y mil 200 asistentes por función.

Para celebrar el aniversario de la academia, el 10 de noviembre, Augusto Sotomayor alquilaba el auditorio de la iglesia Virgen del Pilar y organizaba concurrecidos concursos de preguntas y respuestas entre los estudiantes, al mejor estilo de los populares programas concurso de la televisión.

Fuimos pioneros en estos temas de generar comunicación interna o dinámicas de identificación de marca, con festivales de teatro, música y deporte, mucho antes de que un supermercado

local hiciera estos festivales, que luego convirtió en corsos que desfilaban en las calles de Miraflores.

En el ámbito académico, instituímos los Exámenes Tipo Ingreso (ETI) todos los domingos, también conocidos como simulacros de examen de ingreso. Los alumnos transitaban por todas las etapas de un examen de admisión: desde que ingresaban al aula, pasando por el método de responder sus pruebas, hasta verificar su puntaje con el mismo sistema de cómputo que utilizaban las universidades.

Esto nos permitió realizar una “selección natural” de alumnos. Los que sacaban mejores puntajes iban a las aulas A o B. De esta manera, modulamos mejor nuestros métodos de enseñanza, ajustándolos al nivel que requería cada grupo de estudiantes para, gradualmente, obtener cada vez mejores resultados.

Nuestra especialidad al comienzo, tal como he señalado, fue preparar para el ingreso a la UP. La cuota de ingreso en esos primeros años fue altísima. Colocábamos avisos en los periódicos con nuestro éxito, lo cual generaba que cada vez se matricularan más alumnos con nosotros. Pronto tuvimos que ampliar nuestros servicios de ingreso para las universidades Católica, Lima –proyecto que desarrollamos con el apoyo desinteresado de Manuel Luque Casanave, quien había sido mi amigo en el colegio–, Ricardo Palma, UNIFÉ y Montemar.

El entusiasmo y la seguridad que teníamos en la preparación de los alumnos estaban tan arraigados en la academia que el día de la prueba de ingreso contratábamos buses para llevar a nuestros chicos a rendir su examen de admisión. En el camino los motivábamos para que logran sentirse ganadores. Y lo eran.

En 1970, al terminar mi carrera de Economía, me dediqué a tiempo completo a la academia. Las universidades estaban convulsionadas. En febrero de 1969, el régimen militar había aprobado el Decreto Ley 174737, que disponía la intervención de todas las universidades del país, cesaba a casi todas sus autoridades y suponía un cambio profundo en su organización y régimen de gobierno.

El decreto ley desató poco menos que el caos en todos los centros de estudios superiores, particularmente en las universidades nacionales.

Por fortuna, la academia continuó creciendo. Los resultados exitosos de los postulantes fueron nuestra mejor carta de recomendación.

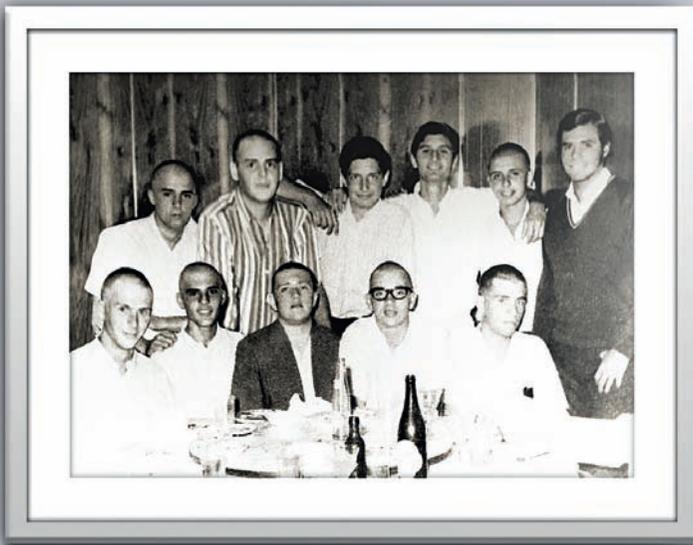
Con el paso de los años, la ASIL se convirtió en una auténtica familia: Carlos Zúñiga, Luis Salazar, Toribio Arce, Augusto Sotomayor, Alfredo Llosa, Juan Albarracín, José Martínez, Juan Alfaro, Jorge Tataje, Juan Carmona, María Chamochumbi, Alejandro Desmaison (quien sería más tarde el primer gerente general de KFC, franquicia que trajimos al Perú), Willy Valdivia (quien fuera nuestro último director de la academia San Ignacio y que hoy es el director ejecutivo que nos representa en el proyecto emprendedor que es la Universidad San Ignacio de Loyola en Asunción, Paraguay), Octavio Cabero, María Fernanda Alvarado, Norma Macera, Manolo Guzmán, son algunos de los nombres que se me vienen ahora a la memoria.

El joven Daniel Diez Canseco nos ayudaba en la imprenta con los estenciles, y mi hermano 'Calín', a quien quiero tanto, era el jefe de publicaciones. Por esa época, nuestra secretaria, que hacía de todo, era María Chamochumbi Durán, quien hasta ahora sigue trabajando con nosotros en la Universidad San Ignacio de Loyola. Hubo muchos más que entraron y salieron a

lo largo del tiempo, a quienes agradezco su dedicación, empeño y aportes en el desarrollo institucional.

A la par de mi dedicación a la academia, inicié otros emprendimientos y puse en práctica mi formación profesional. Con un socio nos juntamos para desarrollar campañas de promoción y ventas de productos electrodomésticos ‘obsequiando’, además, otros bienes al cliente. Era una pequeña empresa con poco capital, pero muy dinámica y creativa para *marketear* y vender.

Uno de nuestros primeros éxitos fue tener como cliente a Sunbeam, la famosa marca norteamericana. Con él desarrollamos un producto que consistía en obsequiar un juego de vasos o un azafate con tazas por la compra de una batidora



CON LA PRIMERA PROMOCIÓN DE INGRESANTES A UNIVERSIDADES QUE SE PREPARARON EN LA ACADEMIA SAN IGNACIO DE LOYOLA.

Raúl Díez Canseco Terry

o una licuadora Sunbeam. Nosotros nos encargábamos de adquirir los componentes del regalo y la comercialización del producto final al cliente. Así todos ganábamos.

Luego creamos otra empresa dedicada a promociones y comercialización de termos insulados, de plástico por fuera y acero inoxidable por dentro, que tuvieron una gran demanda por muchos años.

Sin embargo, la situación política y económica en el Perú en la década de 1970 se fue agravando. Y la vena política siempre estuvo ahí, hasta que empezó a latir.

ACADEMIA SAN IGNACIO DE LOYOLA

R. G. 21881170

La Academia agradece a todos sus alumnos la confianza depositada en ella y animamos, en particular, en presentar los resultados obtenidos:

UNIVERSIDAD DEL PACIFICO

De los 43 postulantes que aprobaron el Examen de Ingreso, 33 fueron preparados por esta Academia, obteniendo 34 siguientes puestos:

<p style="text-align: center;">MARIANA OLACHEA San. PUEBLO</p> <p style="text-align: center;">134 puntos (desarrolló sobre un máximo de 120 puntos).</p>  <p>MOLANDA VELASCO San. PUEBLO 131 puntos</p>	<p style="text-align: center;"></p> <p>49 Piqueras, Luis 51 Carrasco, Olimaria 52 Espinoza, Wladimir 53 Labarrosa, Robinson 54 Durillo, Carlos 55 Salazar, Carlos 56 Salazar, Rosanna 57 Garcia, Carlos 58 Tapalaco, Sara 59 Andino, Cecilia 60 Quispe, Jorge 61 Lescano, Alfredo 62 Vazquez, Maria 63 Bustos, Roberto</p>	<p>72P Gonzalez, José 73P Chavez, Miguel 74P Ledo Pineda, María 75P Alvarado, Ludovico 76P Ponce, Maricela 77P Lema, Juan 78P Chirinos, Diana 79P Chiriac, Liliana 80P Melchor, Marcos 81P Romero, Carlos 82P Escobar, Roberto 83P Barrio, Alicia 84P Mayra, Fátima 85P Alvarez, Aracely 86P Chumbar, Carlos</p>
--	--	--

UNIVERSIDAD DE LIMA

De los 31 alumnos preparados por nosotros, ingresaron 24, obteniendo el 2º PUESTO con la alumna GRACIELA BUSTALOE.



UNIVERSIDAD CATOLICA

En Ingeniería, obtuvieron el 180º de Ingreso en Mecánica el 80º y en Letras, el 80º.

La Dirección de ASES, agradece la colaboración y dedicación de sus profesores Augusto Domínguez, Edú Salazar, César Bustaloe, Alfredo Lima, Carlos Díaz Castro, Jorge Panto, Ricardo Vici, Felipe Pérez, Cynthia Arce, Carlos Sáez, Jorge Tafel, Fernando Bustos y Giovanni Montalvo, sin los cuales no hubiera sido posible el éxito que se ha obtenido.

La Academia comedia que el examen de sus Cursos preparatorios para el Ingreso a la Universidad Católica (Lima) del 7 y a la Universidad de Lima (Lima) se realizará el lunes 13 de Abril. En la que respeta el nivel de preparación para la Universidad del Pacífico, los cursos comenzarán el martes 2 de mayo.

El número de vacantes por curso es de 20.

MATRÍCULA E INFORMES: AV. ARSQUIPA 4210 - MIRAFLORES
TELÉFONO 46414

3º 8802 RAUL DIEZ CANSECO TERRY
DIRECTOR

UNA DE LAS PRIMERAS EXITOSAS PROMOCIONES DE LA ACADEMIA SAN IGNACIO DE LOYOLA.

«En la época que se formó la academia, la mayoría éramos unos imberbes menores de edad. En 1969, Raúl cumplió 21 años, pero Carlos y yo teníamos 19 años. Nosotros convocábamos a reuniones de padres de familia que nos doblaban la edad. Y a veces más. Nos sentábamos en una mesa y hablábamos con ellos sobre lo que debían hacer con sus hijos, lo que no debían hacer. Y nosotros no éramos ni psicólogos ni pedagogos. ¡Qué atrevidos éramos! ¿Y sabes cómo terminaban esas reuniones? ¡En aplausos!».

Augusto Sotomayor, exnotario de Lima

«Fue en el año 1973. Lo recuerdo perfectamente. Estábamos en una reunión de directorio, haciendo balances y examinando las perspectivas de crecimiento de la academia. Éramos unos muchachos aún, entre 20 y 25 años. Todos hablaban y daban sus impresiones. De pronto Raúl, muy serio, dijo: ‘Ustedes lo van a ver. Yo les puedo afirmar que, algún día, esta institución que hoy dirigimos, San Ignacio de Loyola, será una universidad. Eso se los puedo asegurar’. No sé si lo dijo para inspirarnos o si realmente lo creía y lo tenía planeado. Pero lo dijo. Y lo hizo».

Toribio Arce, USIL - Estados Unidos



RAÍCES POLÍTICAS

A medida que la vida transcurre, la política, lenta pero inexorablemente, empieza a cobrar protagonismo. No solo en su forma más pura de gobernar, sino también en su lado más doloroso de la lucha por el poder y sus consecuencias.

Mis raíces políticas vienen de ambos padres y se remontan a cuatro siglos. Por el lado materno, los Terry, el tronco aparece en Irlanda, y sus ramas se expanden hacia España, Italia y América.

Francisco Antonio Terry llegó al Perú a mediados del siglo XVIII para establecerse definitivamente aquí. A él le suceden José Antonio Terry y Álvarez Campana, Pedro Terry Salazar, Teodorico Terry y, finalmente, Pedro Terry García, mi abuelo materno.

Yo, personalmente, recuerdo a mis tíos Jorge y José Terry Montes. Este último vivía al lado de la casa de mi abuela Eva Emperatriz, en Miraflores, cuando yo ya me había mudado allí para acompañarla. Llegó a ser director de Gobierno en el primer mandato del presidente Belaunde. Por sus convicciones democráticas, fue perseguido por Velasco Alvarado, encarcelado y desterrado por la dictadura militar.

Por el lado paterno, mis parientes más tempranos son tres hermanos generales: Pedro, Manuel y Francisco Diez Canseco. El general Pedro Diez Canseco fue cuñado del mariscal Ramón Castilla y Marquesado (gobernante entre 1845-1851, 1855-1858 y 1858-1862) y segundo vicepresidente de la República.

Desempeñó el mando supremo hasta en tres oportunidades: 1863, 1865 y 1868.

Manuel Diez Canseco llegó a ser diputado y senador, aunque murió muy joven: a los 45 años.

Francisco fue prefecto de Lima y segundo vicepresidente de la República en el gobierno de José Balta (1868-1872). Con valentía sofocó la revolución de los hermanos Gutiérrez, quienes atentaron contra la vida del presidente Balta.

Carlos Diez Canseco de la Romaña, mi abuelo, fue subprefecto de Cutervo, Jaén, Huari y Dos de Mayo, y luego prefecto de Huancavelica, Huánuco y concejal de Lima. También sufrió persecución política y destierro en varias oportunidades por sus actividades políticas.

En tiempos contemporáneos, Javier Diez Canseco Cisneros fue mi primo hermano, diputado y senador de izquierda, fundador del Partido Unificado Mariateguista (PUM), reconocido dirigente de Izquierda Unida, ya fallecido. Un político consecuente con sus ideas y su accionar. Renunció a todas las comodidades que pudo darle la familia para vivir en austeridad. Estuvo a mi lado y me ayudó a redactar, en el año 2004, la carta de renuncia a la Primera Vicepresidencia.

La política ha estado siempre en la sobremesa de la casa. Además de escuchar las largas conversaciones sobre el poder y el arte de gobernar, es la primera campaña de Fernando Belaunde, en 1956, apoyada fervientemente por mis padres, la que mejor guardo en mi memoria. Recuerdo a mi madre manejando una moto por las calles y mercados de Chaclacayo, y yo atrás, arrojando volantes de Acción Popular. Tenía ocho años de edad.

En la campaña del 62, ya con 14 años, apoyé junto con mi hermana y mis primos –los hijos de José Terry, hermano de

mi madre— en trabajos de pintas en las paredes, y no pocas veces tuvimos que defendernos a brochazos de los grupos que apoyaban al APRA y al odriísmo.

Cuando se produjo el golpe militar contra el gobierno de Belaunde, yo tenía 20 años y estudiaba en la universidad. Aquella madrugada del 3 de octubre de 1968, estando en la casa de mi abuela Eva, escuché el timbre del teléfono y, luego, una voz que avisaba que el presidente estaba siendo derrocado. El llamado fue para que se alertara a mi tío José Terry, director de Gobierno Interior, quien vivía en la casa contigua, para que se pusiera en guardia.

Él tenía bajo su mando a la Policía y a los prefectos de todo el país, y por ser un cargo de confianza en la estructura del Gobierno, guardaba una gran lealtad a Belaunde. El tío Pepe fue uno de los principales blancos del golpe de Estado. Velasco ordenó su encarcelamiento.



Raúl Díez Canseco Terry

Sus hijos—mis 11 primos—y toda la familia nos pusimos en acción y organizamos marchas de protesta que fueron acompañadas por movilizaciones en diversos puntos del país. Sin embargo, las Fuerzas Armadas sofocaron, armas en ristre, cualquier intento de protesta democrática.

Velasco se ensañó con la familia. El hermano de mi padre y mi padrino de bautizo, Santiago Díez Canseco, gerente del Banco Popular, terminó también preso, primero en la Carceleta, luego en El Sexto y, finalmente, en el penal de Lurigancho. Con mi padre íbamos a las audiencias para llevarle su almuerzo. La intención del Gobierno fue que involucrara a Mariano Prado, dueño del Banco Popular, en malos manejos financieros y conspiración contra el régimen.

Allí vi la entereza de mi tío Santiago de no comprometer a nadie injustamente. No le sacaron una palabra contra ninguna persona. Lo tuvieron preso durante dos años en Lurigancho, donde sufrió



MI HERMANA CHARO ACOMPAÑANDO A DON RAFAEL BELAUDE EN LA DESPEDIDA A FERNANDO BELAUDE LUEGO DEL GOLPE DE VELASCO ALVARADO.

un infarto y lo enviaron al hospital Carrión del Callao. No había cuándo ni cómo acusarlo hasta que, finalmente, lo sentenciaron por negligencia, a lo que correspondía dos años de prisión, pero, como la carcerería se había excedido, lo dejaron libre.

El 26 de julio de 1974 fue un día negro para el periodismo nacional. Fueron confiscados los medios de comunicación, como La Prensa, El Comercio, Última Hora y OJO, cuya expropiación se sumó a la clausura de los diarios Expreso y Extra, la revista Caretas y las radioemisoras Radio Noticias y Radio Continente.

Nuevamente mis primos, los hijos de Pepe Terry, y toda la familia salimos a protestar. Las movilizaciones contra el abuso se iniciaron en el parque Kennedy, en Miraflores, y pronto se extendieron por todo el distrito. En provincias hubo también conatos de lucha de la gente que rechazaba la prepotencia del régimen.

Ante la carencia de medios propagandísticos, los volantes utilizados en las convocatorias a las protestas los imprimía yo mismo. Allí denunciábamos la supresión de los derechos a las libertades de prensa, de expresión, de información y de opinión. Fueron jornadas memorables.

Todos mis primos fueron víctimas del abuso dictatorial. A Semich Terry, director de Radio Nacional, lo involucraron en un juicio para hostilizarlo. Sus hermanos José y Tomás, así como dirigentes del partido como Luis Felipe Alarco, Ricardo Monteagudo, Felipe y Miguel Alva, y Alejandro Acosta, fueron tomados presos y conducidos a El Potao, en el Rímac. Hubo más de 400 detenidos aquella vez. Junto con ellos estaba un joven Martín Acosta, quien se vio obligado a salir del país y terminó asilado en Bolivia, luego pasó a Ecuador, a Colombia y, finalmente, a Venezuela, donde se quedó hasta 1977.

En esos momentos, Acción Popular (AP) actuaba en la clandestinidad. El 31 de mayo de 1974, dos meses antes de los incidentes del parque Kennedy, el Gobierno había declarado al partido fuera de la ley en circunstancias en que se realizaba un congreso nacional ordinario. La excusa fue relacionar a la organización partidaria con un movimiento de protesta gestado en la Marina de Guerra.

El Comunicado Oficial N° 52 del Ministerio del Interior acusó directamente a Acción Popular de desarrollar, en el Perú y en el extranjero, *“una campaña contrarrevolucionaria llena de insidia y falsedad... con el propósito de mellar el prestigio del Gobierno Revolucionario y la unidad de la Fuerza Armada, haciendo llamados a la subversión...”*.

Ese mismo comunicado disponía *“expatriar a Javier Arias Stella y Javier Alva Orlandini, prohibir las actividades del partido y clausurar sus locales políticos”*.

El Gobierno cerró el local de AP en Miraflores, y el congreso tuvo que terminar en la casa de Norka del Carpio. Caímos en un periodo oscuro de vulneración de derechos, de asfixia de la libertad política y económica, que marcaría también, de alguna manera, mi destino.

En 1975, la situación del Perú empeoró. El descontento popular alcanzó a la Policía, postergada por el régimen de las Fuerzas Armadas, que la consideraba solo como una fuerza auxiliar y con sueldos bajos. El 5 de febrero de ese año se produjo una huelga policial, y Lima quedó completamente desguarnecida. Una serie de revueltas y saqueos de casas comerciales en la capital fueron sangrientamente reprimidos por el Gobierno.

El ‘Limazo’ agravó la crisis política, y muchas empresas y empresarios se fueron al extranjero en busca de seguridad y

mejores oportunidades. Nuestra familia, intimidada por el Gobierno, no tuvo más camino que seguir los mismos pasos.

Un viaje, por más cerca que sea el destino, comienza con el primer paso y es el inicio de una nueva vida: Ecuador fue el país elegido. Me fue difícil tomar esa decisión. Fue una especie de autoexilio, junto con mi familia recién formada, y un volver a empezar. A veces hace falta el infortunio para construir nuestro propio destino.



**EL DESCONTENTO POPULAR SE AGRAVÓ EN 1975,
Y MUCHAS FAMILIAS EMIGRARON A ECUADOR.**



EN LOUISVILLE, EE.UU., CON EL CORONEL
HARLAND DAVID SANDERS, CREADOR DE KENTUCKY FRIED CHICKEN.

EMPRENDER ES PERSEVERAR

Instalado el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, muchas familias sufren acoso y persecución, y se ven obligadas a dejar el Perú para instalarse en el vecino país del norte y comenzar de nuevo.

Los 70 fue la década de los golpes de Estado en América Latina. Así como en el Perú, en Ecuador el general Guillermo Rodríguez Lara interrumpió, en 1972, el gobierno constitucional de Velasco Ibarra, derrocándolo por la vía de la fuerza. Pero, a la par de esta interrupción de la vida democrática en el país del norte, un *boom* petrolero dio inicio a una etapa de relativa bonanza económica. De este modo, Ecuador fue el punto de llegada obligado para muchos empresarios peruanos hostilizados, perseguidos o, simplemente, expulsados por el gobierno militar de Juan Velasco Alvarado.

Una de las familias que ayudó a muchos de nuestros connacionales que llegaron a Guayaquil o a Quito es la conformada por Antonio Baduy y su querida esposa Meche. Él es un libanés acantonado en Ecuador que conoce y quiere mucho el Perú, y había entablado amistad con familias peruanas que estaban en su mismo negocio de procesamiento de artículos de plástico.

Mi entrañable amigo Antonio Baduy actuó casi como un cónsul honorario. Recibía a familias enteras y las ayudaba a establecerse en la ciudad; organizaba reuniones y almuerzos; buscaba contactos para que los recién llegados pudieran restablecer sus vidas en el menor tiempo posible.

Raúl Díez Canseco Terry

Cuando llegué a Ecuador, Luis Salazar, uno de mis ejecutivos de la academia, ya se había establecido en Guayaquil. Era gerente de ventas de una fábrica de plásticos y vidrios, y con mi llegada reactivamos el deseo de tener una empresa propia. Con él formé una empresa de mercadeo y promoción que logró éxitos comerciales con firmas grandes como Coca-Cola, Unilever, Rexona. Lucho tiene hoy la representación de los productos de Marvel, Cartoon Network, Disney, entre otras, de gran valor en el mercado, y maneja una compañía con oficinas en diversos países de América del Sur y América Central.

Comprobé que el consumo y el mercadeo tienen rasgos comunes en cualquier parte del mundo, siempre que se respete la calidad y las características esenciales del bien o servicio. Así fue como descubrí el fascinante mundo de las franquicias.



**DESPUÉS DE 40 AÑOS VOLVÍ A LA IGLESIA DE URDESA (GUAYAQUIL)
EN COMPAÑÍA DE CRISTÓBAL E IGNACIO.
AL LADO, REENCUENTRO CON MI AMIGO DE TODA LA VIDA, ANTONIO BADUY.**

A mediados de los 70, Guayaquil era una ciudad pequeña, no la moderna metrópoli que es ahora. El crecimiento económico hizo que el centro de la ciudad, especialmente su zona residencial, el barrio de Urdesa, se transformara en un burbujeante espacio comercial. Allí, un conjunto de tiendas ofrecía desde ropa y artículos para el hogar hasta servicios de comida, cines y entretenimiento en general.

Urdesa se convirtió en un centro gastronómico con ofertas de comida no solo ecuatoriana, sino también mexicana, americana y árabe. Los fines de semana solía pasear por aquel lugar con mi generoso y entrañable amigo libanés y su familia. Eso me ayudó a descubrir lo que, por entonces, era un modelo de negocio nuevo en muchas partes del mundo: las franquicias.

Hoy, por supuesto, hemos avanzado mucho en esta modalidad comercial, y tenemos marcas peruanas que son franquicias exitosas.

En la segunda mitad de los 70 había que tener una alta dosis de manejo del riesgo para asumir una actividad de este tipo, sobre todo si únicamente posees las ganas de tener un negocio propio, pero no cuentas con el capital requerido.

Si busco en mis recuerdos algo que me haya dejado un sabor duradero, ha sido Kentucky Fried Chicken. Como si fuera ayer, recuerdo haber salido de la misa dominguera en Urdesa y observado, muy cerca de allí, a una fila de personas que esperaban pacientemente, una detrás de otra, para ingresar a un local de donde salían con una cajita roja de la que se desprendía un sabroso aroma de pollo.

Hicimos la cola, por supuesto, y probamos el producto. Nos encantó. Era algo nuevo: crujiente por fuera, suave y jugoso por dentro. Me volví un cliente asiduo del KFC, pero al mismo

tiempo me preguntaba si un negocio así funcionaría en el Perú, donde predominaba el pollo a la brasa.

Los orígenes de la receta de este plato en Lima nos remontan al restaurante La Granja Azul, en la localidad de Santa Clara, situada a 20 kilómetros al este de la capital. Los pollos eran asados al carbón o leña de una manera uniforme empleando un horno con un sistema rotatorio especial que hacía girar las aves. A fines de la década del 50, en la avenida Benavides, se abrió otro restaurante de esta comida, El Rancho, que se volvió emblemático debido a su atmósfera rural, que permitía a los pobladores evitar el desplazamiento hasta Santa Clara.

En sus inicios, el consumo del pollo a la brasa era exclusivo de los sectores medios, pero, a partir de 1970, su consumo se masificó como efecto de la política económica del régimen militar. La escasez de divisas para la importación de alimentos originó que escasearan varios productos de primera necesidad, entre ellos la carne de res. El Gobierno decretó que se vendiera carne de res solo 15 días al mes; los otros 15 días se vendía vísceras: mondongo, hígado, corazón, productos básicos de nuestra comida de casa, etiquetada más tarde como ‘Comida Criolla’, de gran éxito en nuestra identidad gastronómica. Esto hizo que la población buscara otro alimento alternativo, y lo encontró en el pollo.

El hecho de que el pollo a la brasa y el pollo broaster fueran, por entonces, dos de los platos de mayor consumo en los restaurantes limeños no nos desanimó. Acudimos a la Embajada y al Consulado de los Estados Unidos en Guayaquil buscando información sobre este nuevo tipo de negocio.

Allí descubrimos la palabra *Franquicia*, un modelo de emprendimiento en el que una empresa (en este caso la franquiciadora) cede u otorga el derecho a otra (el franquiciado)

para utilizar su marca empresarial durante un tiempo y lugar determinados. A cambio, el franquiciado debe pagar una cantidad de dinero (regalía o *royalty*) por dicho uso.

Además, minimiza los riesgos de empezar un negocio nuevo y desconocido, pues la investigación de mercado, el manejo del flujo de caja y el proceso de producción y mercadeo del negocio ya están desarrollados por la empresa franquiciadora. Es un negocio 'llave en mano', pero que requiere un trabajo y disciplina ejemplares para cumplir con los estándares de calidad, de manera que lo que se ofrece en un lugar sea igual en cualquier parte del mundo.

En nuestras mentes se cruzó la idea de crear un pequeño negocio para trabajar con KFC, cuya marca poseía una notable notoriedad en el mercado internacional, pero que no se conocía en el Perú. Sin embargo, tenía la corazonada de que un pollo frito preparado, servido y *marketead* al estilo KFC sería un éxito. Con el correr de los días, mi palpito se volvió una intensa pasión por lograr la franquicia, costara lo que costara, y decidí no descansar hasta obtenerla. Escribí innumerables cartas a diferentes oficinas y personas de la empresa pidiendo informes, y nunca tuve respuesta.

En el local de KFC en Guayaquil pregunté cómo podía contactarme con los encargados de la franquicia. Me comentaron que, de forma imprevista, la oficina matriz en Estados Unidos enviaba a un cliente fantasma o cliente misterioso, *mystery shopper*, que actuaba como un



cliente común, realizando una compra o consumiendo el servicio en el local, y luego se identificaba ante el administrador del mismo.

Espere el día, hasta que este llegó. El *mystery shopper* se apareció en el local de KFC en Urdesa y me invitó a que lo visitara. Grande fue mi sorpresa cuando el señor Guenter Hueschmann, gerente regional para América Latina y el Caribe, me dijo estar sorprendido por la perseverancia de mis cartas solicitando información y detalles sobre cómo operaba la franquicia y pidiendo una oportunidad para obtener la licencia. Fue una amistad a primera vista, nos caímos bien, pero lo único que me dijo es que, si tanto me interesaba el negocio, pronto me enviaría información.

Pocas semanas más tarde recibí una caja llena de formularios con una serie de requisitos para cumplir. Mi atención se centró en uno de ellos que llevaba por título: “Inversión y referencias financieras”. El inicio del negocio requería una montaña de dinero, más o menos 200 mil dólares de la época, y de referencias crediticias no tenía ninguna: ni ahorros, ni propiedades, ni garantías. Nada, salvo la fuerza latente de mi pasión y la esperanza de que se me diera una oportunidad.

Entonces se me ocurrió reemplazar el título de ese formulario con otro: “Razones para obtener la franquicia”, y detallé mis expectativas acerca del negocio en Lima y el esfuerzo que le pondría si me la concedían. En definitiva, lo que me importaba era que se conociera cuánta pasión pondría en el trabajo que realizaría.

No fue nada fácil. Me enteré de que, en el Perú, el poderoso Grupo Bertello, del Banco Comercial, estaba entre los postores para obtener la licencia. No tenía ninguna posibilidad de competir con ellos. Pero tanta fue mi insistencia que, un día,

Hueschmann me llamó y me dijo que la razón por la que los empresarios no se decidían a invertir de inmediato era porque no se tenía la certeza de quién ganaría las elecciones generales de 1980.

Los empresarios y banqueros peruanos tenían sus razones para postergar las negociaciones: el panorama político era incierto; salíamos de un gobierno militar que había sido muy hostil con las empresas y el Gobierno estadounidense, al punto de prohibir el uso de nombres en inglés y, también, la remisión de regalías al extranjero. Por otro lado, las encuestas otorgaban grandes posibilidades a Armando Villanueva, del Partido Aprista, para ganar las elecciones. Sin embargo, yo estaba convencido de que las ganaría el expresidente Fernando Belaunde.

En los negocios no basta la buena fe, es preciso mostrarla. Hueschmann envió una carta a los postores, entre ellos al Grupo Bertello, notificándoles que, si antes de las elecciones no tenían respuesta, sus solicitudes serían desestimadas. Luego me abrió una nueva puerta que, francamente, fue una muy buena señal para mis intereses: fijó una fecha para una reunión donde me daría la respuesta definitiva.

No esperé la cita previa ni que llegara ese día y, haciendo un esfuerzo económico, viajé a Louisville, capital de Kentucky, en Estados Unidos, para visitarlo en su oficina. Llegado el momento, cuando entraba a su despacho, se sorprendió de que estuviera allí, esperándolo. Me había ofrecido darme la opción si los otros no contestaban; claro, ninguno lo había hecho. Pero yo no tenía cómo saberlo.

Sin salir del asombro que le causaba mi insistencia y confianza, me dio una carta en la que se concedía 90 días para que buscara socios y obtuviera los 200 mil dólares que se necesitaban para

iniciar el negocio. Muy emocionado, y con mi cartita en el maletín, regresé a Lima.

En el Perú, el expresidente Belaunde tenía una gran chance de triunfar en las elecciones y volver a Palacio de Gobierno. En el ambiente político se respiraba aires de democracia y libertad, y las expectativas económicas eran muy favorables.

Sin importar el rigor del verano en 1979, comencé a buscar uno por uno a mis amigos para invitarlos con entusiasmo a que compartieran el proyecto. No obstante, con el pasar de los días, mi ánimo parecía desvanecerse y perder el vigor inicial al escuchar numerosas respuestas negativas y poco optimistas. Me argumentaban que era descabellado competir con el pollo a la leña, a la brasa, o el pollo broaster, ampliamente aceptado por los limeños.

Sin embargo, insistí, resistí y persistí. Cuando las puertas se me iban cerrando una tras otra, logré que un amigo convenciera a su padre de que invirtiera en el negocio. Luego se uniría otro socio, y yo quedé como accionista minoritario. De esa manera superé el primer gran desafío del financiamiento.

El segundo gran reto fue hallar el lugar adecuado donde establecer el primer local de KFC en Lima. El contrato señalaba que su ubicación, así como la selección de los proveedores, tenían que ser aprobadas por la casa matriz. Se tuvo que hacer un estudio especializado porque no había antecedentes en el Perú sobre ese tipo de negocios. Por cuestiones de estrategia comercial, y por indicaciones expresas de la empresa, los locales debían ubicarse en la convergencia de dos avenidas donde transitara mucho público. Esta demanda era novedosa, y nos condujo a gestionar ante los municipios las ordenanzas necesarias que hicieran posible el desplazamiento de locales en plena esquina.



EN LA INAUGURACIÓN DEL PRIMER LOCAL DE KFC EN EL PERÚ.

Ningún obstáculo doblegó mi espíritu. Los astros se alinearon y, más por insistencia y resistencia, nos dieron la licencia de KFC. Inicié este emprendimiento con el 38% del capital total del negocio. Junto con tres socios, logramos abrir la primera tienda en mayo de 1981. Estaba ubicada en la cuadra 43 de la avenida Arequipa, donde había funcionado la Academia San Ignacio de Loyola. A la inauguración asistió el presidente Belaunde acompañado de su edecán, el coronel Ángel Aguilar (†), quien sería una persona preponderante en mi vida.

Los primeros funcionarios de KFC salieron de las canteras de la ASIL. Juan Albarracín ocupó la gerencia, Alejandro Desmaison la subgerencia, y el jefe de mantenimiento fue el ingeniero Jorge Tataje. Ingrid Valega, mi secretaria en la academia, fue también la primera en la nueva empresa.

Mis socios en KFC también fueron directores y profesores en la ASIL: Carlos Zúñiga y Luis Salazar. El primero enseñó letras, y el segundo fue un fuera de serie en álgebra y trigonometría. Alejandro Desmaison fue corrector de las pruebas de prácticas y, con el tiempo, pasó a ser secretario general de la academia, cuando llegamos a tener más de mil alumnos. Él estudió Administración en la Universidad de Lima y, al terminar su carrera, pasó a trabajar en KFC, donde primero fue asistente de gerencia en el local de la avenida Aviación; luego, gerente, gerente general, y ahora, 35 años después, es director.

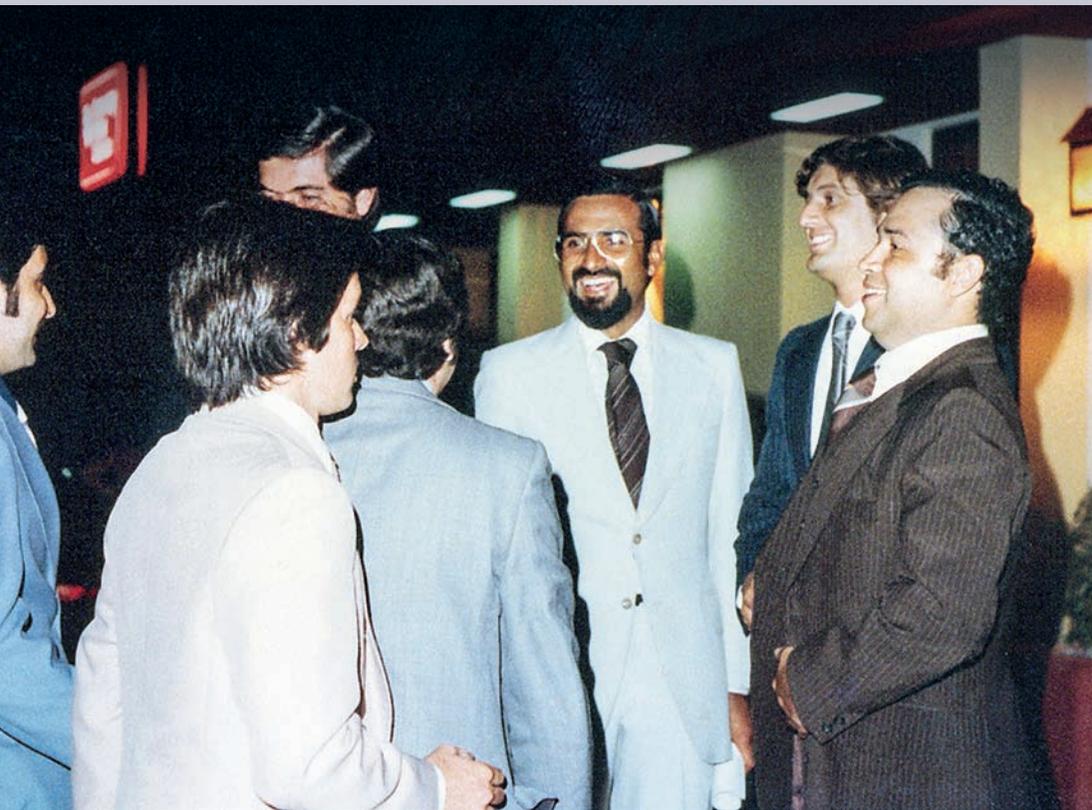
El éxito de KFC fue efervescente. En los primeros ocho meses se vendió 1 millón de dólares. Ese año, 1981, no cerramos en Navidad ni en Año Nuevo. La fila de clientes esperando ser atendida era interminable y daba la vuelta en la esquina de la cuadra 43 de la avenida Arequipa. Personalmente atendía las mesas, saludaba y conversaba con los clientes.

La llegada de las franquicias al Perú trajo consigo un nuevo modelo de negocio y un concepto moderno de servicio al público. El *self service* no existía en el país. La atención estuvo a cargo de chicos y chicas universitarios que, de esa manera, obtenían un ingreso que les servía para ayudarse en sus estudios. Cambiamos el hábito de trabajo de los jóvenes.

Nuestras tiendas eran impecables, y los pollos e ingredientes, de calidad A1. Con excepción de las papas precocidas y la salsa con la fórmula secreta, el resto de los ingredientes era de origen nacional. El pollo debía pesar 850 gramos como máximo. Su alimento en granja no podía exceder 7% en harina de pescado. Llegamos a comprar 150 mil pollos al mes. La harina para la preparación del pollo frito era nacional. Fuimos a la misma fábrica Nicolini para analizar un tipo específico de harina y evaluar su empleo en nuestras tiendas. Absolutamente todo estaba estandarizado.

Vigilando todos los detalles, trabajando con ahínco y evaluando lo logrado, todos los negocios prosperan. En junio del 83, cuando aún estábamos en la primera ola de crecimiento de KFC, trajimos Pizza Hut. Un año después abrimos Burger King. Teníamos pollo, pizza y hamburguesas, las tres opciones de la nueva forma de comida –*The Fast Food*– que trajimos al Perú.

Desde niño siempre he sido agradecido con las personas, y mucho más con el Todopoderoso, la Santísima Virgen y San Ignacio de Loyola, que han escuchado mis plegarias y llenado mi vida de satisfacciones. En la generación de mis emprendimientos siempre ha existido una gratitud muy profunda con San Ignacio de Loyola. Las razones sociales de las empresas que se formaron, todas, son acrónimos del nombre del santo fundador de la Compañía de Jesús. KFC se llamó DELOSI S.A. (De Loyola San Ignacio), Pizza Hut fue SIGDELO S.A. (San Ignacio de



FUNDADORES Y SOCIOS DE KFC EN PERÚ.
DE IZQUIERDA A DERECHA: ALFREDO DE FERRARI (OCULTO),
CARLOS ZÚNIGA, RAÚL DIEZ CANSECO Y LUIS SALAZAR.

Loyola), Burger King fue SIGDEL S.A. (San Ignacio de Loyola), y Chili's fue SAIDEL S.A. (San Ignacio de Loyola). Como ven, nuestro querido santo nos acompañó y bendijo durante toda nuestra existencia y desarrollo emprendedor.

No puedo terminar esta parte importante de mi vida sin agradecer a tres personas de quienes siempre guardo un imborrable recuerdo. A Carlos Zúñiga Quiroz, quien fuera no solo mi vecino, sino también mi compañero de ruta en todos mis emprendimientos de esa época auroral. Carlos no fue una persona de grandes fortunas, pero sí de nobles gestos humanos y espirituales, que siempre estuvo a mi lado en los momentos felices y en las dificultades de mi adolescencia.

Mi otro socio fue Luis Salazar Mourré, Lucho, a quien conocí desde que fue un extraordinario alumno, con una inteligencia superdotada. Nunca tomaba nota de lo que se dictaba. Y si por alguna razón se le pedía que repitiera lo dictado, con una memoria prodigiosa, respondía como si lo hubiera grabado. Lucho fue corrector de exámenes, jefe de prácticas, subdirector y, finalmente, director general de la Academia San Ignacio de Loyola. Pude convencerlo para emigrar a Ecuador cuando me fui un tiempo a trabajar por allá, donde también fundamos una empresa de mercadeo y promoción comercial. Fue el primero al que motivé con la idea de traer el KFC al Perú. Y fue uno de mis socios a quien aprecié mucho.

Finalmente, a pesar de que a él no le gusta que lo mencionen, debo recordar a un socio muy importante que, en su momento, nos extendió su mano generosa, Alfredo de Ferrari, gracias a cuyo padre maravilloso, Aldo de Ferrari Morello, logramos conseguir los recursos que se necesitaban para echar a andar el proyecto de KFC. Alfredo además nos abrió las puertas de un importante banco de Lima para acceder a las cartas de crédito e

importar los equipos. Sin él, esta parte de la historia de mi vida no hubiera sido posible contarla. Debo recordar que, en esos tiempos, fue un amigo muy especial para mí.

Sin la amistad, el mundo del emprendimiento es un desierto. Como pueden apreciar, este proyecto que revolucionó el mundo de los negocios de las franquicias y el expendio de comida rápida en el Perú, hace casi 40 años, comenzó con cuatro jóvenes emprendedores sin recursos económicos, pero a los que nos sobraba el espíritu y las ganas de labrar nuestro propio destino.

Han pasado muchos años, y estoy desvinculado de ese negocio. Pero, qué duda cabe, marcó mi vida.

Hoy, gracias a KFC, Pizza Hut, Burger King, Chili's, se han desarrollado en el Perú nuevos e innovadores conceptos de negocios, muchos de ellos exitosos y exportándose como franquicias al mundo. Debo destacar, principalmente, nuestra contribución a la generación de empleo para miles de jóvenes de toda condición social, en especial de estudiantes universitarios, en los que siempre he depositado mi confianza de tener un Perú mejor.

El destino no suele enviar grandes emisarios, sino que utiliza siempre heraldos humildes. Habiendo consolidado dos grandes emprendimientos en los rubros de la educación y la alimentación en tan poco tiempo, mi crecimiento personal y empresarial era muy favorable. Nada hacía presagiar lo que el azar me tenía preparado: ser convocado para servir a las familias más necesitadas de mi país, y llenar los estómagos de niños, ancianos y madres que vivían en los barrios de los alrededores de la gran capital, Lima.

«Si Raúl tiene que llevar mil personas el día X a la punta del cerro, él te va a decir: 'Ok, a qué hora las quieres, a las 12, muy bien, cómo las quieres'. Entonces te pide el detalle, y el día X, a las 12, vas a tener a las mil personas conforme las has pedido. Para ello, durante los tres días siguientes, él va a trabajar incansablemente y va a hacer que un grupo de personas y un equipo trabaje junto con él para lograrlo».

Alejandro Desmaison, director de KFC



ACCION
POPULAR

**SÍ,
SOY POLÍTICO**



VIOLETA, AMOR Y CORAJE

Se abre un ciclo de emociones personales intensas, señales de fe inexplicables y la oportunidad de iniciar el servicio público, de la mano de Violeta Correa, apoyando a las madres de los sectores más vulnerables. La vida no sería la misma nunca más.

El año 1983 fue un periodo de profundas emociones, todas grabadas a fuego en mi corazón y en mi mente.

En el plano familiar, mi padre enfermó y tuve un encuentro cara a cara con Ignacio de Loyola —el santo—, un símbolo milagroso en todos los emprendimientos que he realizado a lo largo de mi vida.

Ocurrió el 8 de marzo de 1983. Habiendo comprometido casi todos los ahorros familiares para que sometieran a mi padre a una intervención quirúrgica de alto riesgo que le salvara la vida, logramos internarlo en uno de los mejores hospitales de los Estados Unidos, en el Fort Lauderdale Hospital de Miami. Hasta ahí lo habíamos llevado.

Ese día, mientras esperábamos noticias sobre su intervención, un grupo de médicos salió del quirófano y anunció una ingrata noticia para el Perú: la gran compositora y cantante de música criolla Chabuca Granda había fallecido en la mesa de operaciones.

La angustia se apoderó de toda la familia al conocer que el mismo grupo de médicos operaría, ese mismo día por la tarde, a mi padre. Deambulé por los pasillos del hospital, como un

autómata, sin rumbo. Sin noción del tiempo ni del lugar, de pronto me vi frente a una capilla. Entré. La imagen de San Ignacio de Loyola estaba allí.

–No, no te lo puedes llevar–, le dije en voz alta.

–Déjame unos años más a mi lado. Déjame corresponderle como hijo algo de todo lo que él me dio como padre. Te prometo que me tendrás como tu servidor para siempre en todo lo que haga–, imploré.

La operación fue exitosa. Mi padre salió caminando del hospital y me acompañó largos años más para alegría de todos.

En aquel verano del 83, la academia se desbordó de alumnos, a tal punto que alquilamos un nuevo local para aumentar el número de aulas. En ese trimestre, el monto de la utilidad fue exactamente el mismo que había costado la operación de mi padre. Ni un centavo más, ni un centavo menos. Un misterio de los muchos que San Ignacio ha tenido conmigo.

En ese mismo verano de 1983, en la memoria de los abuelos no se tenía recuerdo de lluvias torrenciales o desbordes de ríos que hubieran azotado con inaudita violencia la costa norte del Perú. Según datos periodísticos, solo se tenía noticia de que un fenómeno con esas características se había presentado en 1925, durante el gobierno de Leguía.

Aquel año se desató la ira descomunal de la naturaleza. Tumbes, Piura y Lambayeque fueron prácticamente inundados por lluvias torrenciales que duraron meses. Según el balance de daños, 113 mil hectáreas de tierras agrícolas fueron afectadas, mil 685 kilómetros de carreteras destruidos, 36 puentes dañados y más de 15 mil viviendas arrasadas.

Mientras lluvias torrenciales y desbordes de ríos arreciaban en la costa norte, en el sur se registraba una sequía histórica. El 'Mega-Niño', por exceso de agua o su carencia, afectó a más de 17 departamentos. Ese año, el PBI cayó -13%. En todo el país hubo un total de 1 millón 330 mil personas afectadas, de una población que bordeaba los 19 millones.

Con la sensibilidad en la piel por la milagrosa recuperación de mi padre, y ante el desamparo de miles de familias, decidí donar al programa Cocinas Familiares 10 mil choclos comprados para las tiendas de KFC. Fue una contribución al programa diseñado por el Gobierno para paliar el hambre de los más pobres y que estaba dirigido por la esposa del presidente Belaunde, Violeta Correa.

Violeta conocía mi experiencia en la gerencia de restaurantes de comida rápida, me llamó a su oficina y, con una sonrisa en



CUADRO FAMILIAR CON MIS PADRES: EVA TERRY MONTES Y JULIO RAÚL DIEZ GANSECO MAGILL.

los labios, me pidió que la ayudara a gestionar el manejo de las Cocinas Familiares. Ese llamado cambió mi vida.

Visitar el comedor de Condevilla Señor fue mi primera tarea. Llegué al comedor conducido por Rosa Silva. Yo no la conocía. La primera vez fue cuando, un día de visita en Palacio de Gobierno, me sorprendió su voz enérgica en la puerta exigiendo ingresar a una reunión convocada por Violeta Correa. Resulta que la guardia le pedía identificarse con el carné de Acción Popular. Le comenté a Violeta el incidente, quien se ofuscó y me



**APOYANDO A LOS CENTROS COMUNALES
Y COMEDORES FAMILIARES.**



dijo: *“La pobreza y la necesidad de nuestra gente no tienen color político. Llámale la atención a la seguridad de Palacio y que entren todas”*.

Hice ingresar al grupo de humildes madres, y Violeta tuvo la gentileza de presentarme en términos muy cariñosos:

–Les presento a Raúl. Él tiene todas las ganas de trabajar. Va a estar con ustedes para enseñarles a gestionar nuestras cocinas familiares para que sean autosuficientes. No se preocupen. Él es muy joven, pero sabe muchas cosas que ustedes van a aprender–, dijo.

Recién allí conocí la historia de Rosita.

Ella era –y, de alguna manera, todas las mujeres como ella lo son– una joven madre que eludía la pobreza, pues era consciente de que, tarde o temprano, el fantasma de la miseria perturbaría la vida de sus hijos.

Llegó a Lima muy pequeña, cuando su madre invadía los terrenos baldíos de Villa María del Triunfo. Se casó a los 16 años, sin haber terminado la secundaria, con un vecino de quien aprendió a cavar zanjas, levantar columnas, construir paredes y techos, y participar en la inauguración de modestas viviendas. Había colaborado también en la remoción de suelos para la construcción de pistas y veredas, así como en la edificación del primer local del Club de Madres de su zona.

En su trajinar por Villa María del Triunfo, Rosa se enteró de la construcción de un centro comunal a cargo del programa de gobierno Cooperación Popular, pero que adolecía de falta de mano de obra para concluirlo a tiempo. El ‘maestro’ encargado de la construcción pidió el apoyo del Club de Madres y, gracias a la ayuda de estas mujeres maravillosas, el centro comunal fue inaugurado en la fecha señalada. Ese día, esta combativa lideresa de Villa María del Triunfo llegó al corazón de Violeta.

Con Rosita visité el Comedor Popular de Condevilla Señor, en el populoso distrito de San Martín de Porres. Aquí, como en los poblados situados en el cinturón urbano que rodea la capital de la República, la pobreza estaba en todos lados y se mostraba con mayor crudeza. Quien no tiene trabajo no come. Buscar el alimento era una pesadilla diaria.

La respuesta a esta situación angustiante vino de las mujeres. Fueron ellas quienes generaron una respuesta creativa, de emergencia, para darles de comer a sus hijos. Se organizaron alrededor de sus cocinas, en sus humildes viviendas, y prepararon menús económicos –sopa, segundo plato y refresco– por un precio casi simbólico.

Llegar al comedor de Condevilla, sentir la ternura de los hijos de las madres de familia y percibir la solidaridad de las mujeres para enfrentar el infortunio y satisfacer una necesidad elemental de sus hijos, alimentarlos, me impactó sobremanera. Esa noche no concilié el sueño. Al día siguiente tomé una decisión de la que nunca me arrepiento: renuncié a la gerencia general de KFC y me quedé sólo como miembro del directorio de la empresa.

Acepté el encargo de Violeta y me dediqué a tiempo completo, y *ad honorem*, a gestionar los comedores familiares que con tanto cariño y esfuerzo había creado. Desde entonces no me he alejado de estas mujeres maravillosas.

Mi aporte fue ayudarlas a manejar los comedores con criterio emprendedor. Al comienzo cocinaban solo cuando recibían donaciones privadas y del Estado. Con el tiempo aprendieron a administrar con eficiencia los escasos recursos y a obtener un capital para comprar, ellas mismas, sus propios productos para cocinar.

En ese tiempo me levantaba a las 4 de la mañana para acompañarlas al Mercado Mayorista de Lima, La Parada,

a comprar verduras, abarrotes y carnes. Las organizaba por distritos, y a cada zona le asignaba un camión y una ruta de distribución de productos. De 100 y 150 menús diarios, pasaron a vender 1,000 raciones por día. El 10% de los menús se entregaban gratuitamente a los enfermos y huérfanos.

Rosita pasó de ser una dirigente comunal a ser una dirigente zonal, luego metropolitana y, finalmente, regional. Llegó a administrar 106 comedores en Lima y Callao.

Si el mejor amor es de los niños, el mejor olor es del pan recién salido del horno. Ese fue el pensamiento de Violeta para equipar las cocinas familiares con hornos para elaborar pan y brindar desayunos a los escolares. Me envió a Villa El Salvador, uno de los principales centros de la pequeña y mediana empresa metalmecánica de Lima, para indagar acerca de las características de estos equipos. Allí conocí a Antonia Surco.



**VIOLETA CORREA FUE LA GESTORA DE LAS COCINAS FAMILIARES.
"EL MEJOR OLOR ES DEL PAN RECIÉN SALIDO DEL HORNO" ERA SU PENSAMIENTO.**

Antonia era una mujer alta, de contextura robusta y de decisión segura. Me brindó una información pormenorizada de los tipos de horno: la profundidad de la zanja, el volumen de los fierros, la cantidad de ladrillos necesarios y hasta la calidad del cemento a emplear.

—Estará sorprendido de todo lo que yo sé. Estas manos morenas lo hicieron, don Raúl—, me dijo y me enseñó sus palmas encallecidas.

Antonia era parte de Cooperación Popular, un programa que Belaunde había implementado desde su primer gobierno y a través del cual el Estado entregaba a los pueblos organizados los recursos materiales, los ingenieros y la dirección técnica, y la población construía obras de interés social. Ella apoyó en centenares de proyectos. Siguió cursos de capacitación, fue becada por un programa de Violeta y viajó a los Estados Unidos. Hasta ahora vive por allá.

Violeta me enseñó a querer ese otro Perú, a esos miles de hombres y mujeres que salieron de sus lugares de origen en busca de mejores oportunidades en la capital. Un Perú que desbordó al Estado, como bien señaló José Matos Mar, y al que durante mucho tiempo se le dio la espalda.

El esfuerzo de Violeta atendió la emergencia de la alimentación. Era claro que para superar definitivamente esa situación se necesitaba un modelo económico que generara riqueza, empleo; que permitiera más y mejores oportunidades, y que encauzara esa fuerza natural que encontré en los sectores populares, esa capacidad para el trabajo y el ahorro, en especial, que tienen las mujeres: el emprendimiento.

Esta experiencia me marcó y sirvió para que me iniciara en mi carrera política.



«La señora Violeta nos dio un incentivo para empezar a trabajar, que eran alimentos. El señor Raúl nos enseñó a convertir esos alimentos en capital. Se preocupaba de cómo debíamos cortar el pollo, el pescado. Nos enseñó a hacer Libro de Ingresos y Libro de Egresos. Revisaba los cuadernos para ver las ventas. Con él aprendimos a no depender del Estado y a hacernos autogestionarios».

Rosa Silva, expresidenta de las Cocinas Familiares
de Lima y el Callao



FERNANDO, EN CUERPO Y ALMA

Las enseñanzas políticas y los valores que ellas encarnan van de la mano con dos personajes que la ejercieron con honor, lealtad y decencia. Seis meses antes de que terminara el segundo gobierno de Belaunde, llega la responsabilidad de asumir el Viceministerio de Turismo.

Mi experiencia en los comedores populares dirigidos por las madres de familia y la lacerante situación de los sectores más humildes del Perú me enseñaron que la política es el espacio natural para realizar las grandes transformaciones que un país necesita.

Cuando se asume una responsabilidad en el Estado es que se tiene la facultad de actuar sobre la realidad para transformarla en favor de las clases más necesitadas. Estas lecciones de vida las aprendí de dos personajes que admiro: Fernando Belaunde y Violeta Correa.

El mismo Belaunde fue un ejemplo de peregrinaje permanente por el Perú, de predicamento constante, persistente, tenaz, para proponer, convencer y ganar voluntades, antes, durante y después de llegar al poder.

El ejemplo del coraje cívico de Belaunde está marcado desde su nacimiento político, en aquella épica jornada del 1 de junio de 1956. Aquí, una síntesis de este episodio. Belaunde estaba en Cajamarca cuando se enteró de que el Jurado Nacional de Elecciones (JNE) se negaba a inscribir su candidatura a la Presidencia de la República en representación del Frente Nacional de Juventudes Democráticas. Retornó de inmediato

Raúl Diez Canseco Terry

a Lima y, enfrente del local de Acción Popular de la calle Tarapacá, decidió encabezar una marcha hacia Palacio de Gobierno. Cuando estaba a la altura de la iglesia La Merced, en el Centro de la capital, se encontró con la Policía, que buscaba impedir su ingreso a la Plaza de Armas. Las fuerzas chocaron, inevitablemente.

Chorros de agua se dirigieron contra Belaunde. Fue allí donde, bandera en alto, pronunció el célebre “Ultimátum de La Merced”, acción reconocida por la historia como “el manguerazo al hombre de la bandera”. Le dio un plazo de media hora al Jurado para que inscribiera su candidatura. Los universitarios que lo seguían, muchos jóvenes provincianos, no se moverían hasta que el JNE respondiera el ultimátum. El veto que pretendía ejercer contra el flamante candidato no prosperó y, finalmente, la candidatura fue inscrita.



A Belaunde le robaron las elecciones del 56, y a los 30 días estaba recorriendo nuevamente el país para retomar la siguiente campaña. Postuló en 1962 y volvió a hacerlo en 1963, cuando finalmente se le reconoció el triunfo. Su enseñanza fue nunca bajar los brazos, persistir en el peregrinaje y la difusión de ideas, y no doblegarse ante la adversidad.

Belaunde fue un hombre que nunca anidó rencores. La venganza iguala a la víctima con el agresor; sin embargo, perdonando se muestra superior a él. Lo que pasó con el general Rafael Hoyos Rubio lo pinta de cuerpo entero.

Hoyos fue el jefe de la División Blindada del Rímac que el 3 de octubre de 1968 ingresó a Palacio de Gobierno para derrocar a Belaunde. Doce años después, en 1980, cuando retorna al poder por la vía democrática, Javier Alva Orlandini, elegido vicepresidente y senador de la República, le exigió al ministro de Guerra, Jorge Muñiz Luna, de manera terminante: *“Pase al retiro al general Hoyos, porque ese fue el que metió los tanques a Palacio y sacó a empujones a Belaunde”*.

El general Muñiz le llevó al presidente la resolución de pase al retiro. Belaunde lo miró extrañado, porque él no la había pedido. *“General, ¿qué le corresponde al general Hoyos, de acuerdo con su escalafón militar?”*, preguntó el presidente. Desconcertado, el general Muñiz le contestó: *“Señor presidente, si no lo mandamos a retiro, usted tiene que nombrarlo jefe del Comando Conjunto, porque le corresponde”*.

Yo escuché toda esa conversación, por casualidad, estando en Palacio de Gobierno. Belaunde agregó: *“Anule esta y tráigame la del ascenso del general Hoyos, y dígame que quiero hablar con él a las 4 de la tarde, pero no le diga de qué se trata”*.

Nacido en Cajamarca, Hoyos ingresó al Ejército como soldado voluntario y pasó a estudiar en la Escuela Militar de Chorrillos.

A lo largo de su carrera prestó servicios en las diferentes guarniciones de la República, y siendo general de Brigada se había desempeñado como ministro de Alimentación durante el gobierno de Velasco Alvarado.

El general Hoyos llegó a las 4 de la tarde. Belaunde le entregó una hoja con el decreto y le pidió que la leyera. *“No es necesario, señor presidente, yo sé de qué se trata. Solamente quería decirle que yo recibía órdenes de mi Comando”*. Belaunde insistió: *“General Hoyos, la va a leer usted o la leo yo”*.

Hoyos empezó a leerla y, conforme avanzaba a la parte resolutive, las lágrimas rodaron por su rostro. Era su nombramiento como jefe del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas.

El general Hoyos Rubio fue el hombre más leal que un presidente puede tener. Se volvieron entrañablemente amigos. En 1981 tuvo a su cargo las operaciones de la Cordillera del Cóndor, actuando en el punto de Falso Paquisha en la confrontación con Ecuador. En junio de ese año, mientras realizaba una visita de comando, un accidente aéreo segó su fructífera vida. Belaunde fue a su entierro y lloró sobre su ataúd.

El presidente Belaunde no consideraba el reconocimiento público como un preciado tesoro, sino la lealtad y la buena fe de los amigos. Un día lo vi muy sumido en la tristeza, decepcionado por una noticia de la que se había enterado, y le alcancé a escuchar: *“Qué triste es llegar al final del gobierno y enterarte de que hubo gente que te traicionó”*. Me acerqué a él y le prometí que, cuando terminara su gobierno, yo lo acompañaría a recorrer nuevamente el Perú. Me miró con nostalgia y nos abrazamos. Hacía muchísimo que no lo hacíamos.

Su fiel acompañante, Violeta, me permitió ingresar –como ya lo dije– a la gestión de gobierno. Gracias a ella fui servidor público *ad honorem* y conocí las necesidades inmediatas de la gente.



**BELAUNDE Y EL GENERAL HOYOS RUBIO FUERON GRANDES AMIGOS.
EL ARQUITECTO VALORABA MUCHO LA LEALTAD.**

Fernando y Violeta fueron mis segundos padres. A ambos los vi en su etapa de esplendor, en pleno ejercicio del poder, gobernando el país como misioneros, imbuidos de mística y amor por el Perú, y pude también gozarlos en el tranquilo descanso del retiro político, en la intimidad de su hogar.

Faltaban seis meses para que terminara su gobierno cuando ingresé al sector público, en una carrera contra el reloj. Durante mucho tiempo, el ministro de Industria, Álvaro Becerra, había presentado el proyecto al Ejecutivo para que el sector Comercio, que estaba adscrito al Ministerio de Economía y Finanzas, pasara a su ministerio. Belaunde aceptó y nació el Ministerio de Industria, Turismo, Integración y Negociaciones Internacionales (Mitinci).

En ese momento, el viceministro de Turismo, Raúl Ortiz de Zevallos (†) —hombre brillante, gran colaborador del presidente Belaunde y de gran confianza del ministro Álvaro Becerra Sotelo—, pasó a Comercio, dejando vacante el Viceministerio de Turismo.

Álvaro Becerra me había visto trabajar en los pueblos jóvenes con Violeta y en algunos encargos personales de la Presidencia, como la mudanza de 500 cubanos que en 1980 habían invadido la Embajada del Perú en La Habana, a los que el Gobierno



*El memorable
desajuste
de los "Repatriados"
18-1-85*

*A Raúl, personificación
del ideal populista*

*Violeta
23-1-85*

trajo a Lima y que vivían hacinados bajo el puente Santa Rosa, en el Centro de Lima. Tuve la misión de coordinar su traslado a Pachacámac, donde se había construido un complejo habitacional para ellos.

Coordiné con la Marina de Guerra para que nos apoyaran con sus vehículos. La prensa, al ver que los cubanos eran movilizados en grandes camiones de la Armada, informó que estaban siendo desalojados en contra de su voluntad. Sin embargo, grande fue su sorpresa al constatar, poco después, la alegría de los embarcados al enterarse de que Belaunde les había construido sus casas.

Becerra le propuso al presidente Belaunde mi designación como viceministro de Turismo y le llevó el decreto supremo.

—¿Este Raúl Diez Canseco Terry es mi sobrino? ¿El que trabaja con Violeta?—, me contaría luego el ministro Becerra que le dijo Belaunde.

—Sí, presidente, él mismo.

—Oiga, ministro, ¿y qué experiencia tiene el joven Diez Canseco en el sector público para que sea viceministro?

—La misma que tuve yo, presidente, cuando usted me nombró ministro.

Acto seguido, Belaunde rubricó el decreto supremo que me nombraba viceministro de Turismo, a solo seis meses de que concluyera su mandato. En la actividad pública, seis meses es lo que demoran los funcionarios en conocer su sector. Yo no podía darme ese lujo, e imprimí el ritmo de trabajo al que estaba acostumbrado en la actividad privada a primera hora de la mañana: 7 y 45 a.m.

San Isidro, 17 de enero de 1985.

Señor Ingeniero
ALVARO RECERFA SOTELLO
Ministro de Industria, Comercio,
Turismo e Integración
Presente.

Señor Ministro :

Quisiera aprovechar la oportunidad para agradecerle una vez más por la especial deferencia que tuvo con mi persona al haberme escogido como uno de sus más cercanos colaboradores, designación que desde ya me compromete con usted y con el país.

Asimismo, señor Ministro, solicito a usted ordene a quien corresponda que la remuneración asignada al cargo de Viceministro de Turismo que ocupó, quede sin efecto ya que he venido a trabajar en forma totalmente ad-honorem para de esta manera poder contribuir con un pequeño grano de arena en los graves momentos que vive el Perú, muchos de ellos por consecuencias de orden internacional.

Para mí, señor Ministro, la mayor compensación que puedo tener, es la satisfacción y honor de poder trabajar por mi patria, en beneficio siempre de los más necesitados.

Atentamente,

PAUL DIEZ CANSECO TERRY
Viceministro de Turismo

RDT/mvd.
17-01-85



Paul Terry
17/01/85
1.20 p.m.

No tenía tiempo para ejecutar alguna obra física, por lo que me propuse resolver tres problemas concretos del sector que ayudaran a dinamizar el turismo.

Mi primera acción fue llamar a todos los asesores y funcionarios del Viceministerio, entrevistarlos uno por uno –sacando el máximo provecho de su experiencia en el sector– y confrontar sus ideas con las mías. Recuerdo a muchos técnicos jóvenes y antiguos funcionarios muy bien capacitados, algo nerviosos al comienzo, pero que, sin duda, conocían lo que hacían y que esperaban se les diera la oportunidad de poner en práctica lo que sabían. Uno de ellos, con el que simpaticé desde el primer momento por su rapidez mental y de actuar, fue el director general de Infraestructura Turística, el arquitecto Ramiro Salas.

Con el tiempo, entre Ramiro y yo se forjó una relación entrañable, más que de amigo, de hermano. El paso de los años ha ido consolidando este afecto y cariño que siento tanto por él –hombre leal, noble y de espíritu inquebrantable– como por su esposa, Patty Rodríguez, mujer de gran inteligencia, temple y sensibilidad.

Ramiro nació en Cusco. Es arquitecto de profesión, director turístico y políglota. Además del español, domina el quechua, el inglés, el alemán, el francés y el italiano. Nadie mejor que él para encabezar una dirección tan estratégica. Me comentó que para atraer el turismo internacional era necesario desatar el nudo gordiano: acceder a Machu Picchu, el más importante patrimonio arqueológico del Perú.

Para empezar, me dijo que los turistas hospedados en el Cusco debían levantarse a las 5 de la madrugada, tomar el tren de las 7 de la mañana, viajar cinco horas y llegar al atiborrado y desbordado pueblito de Aguas Calientes, donde debían subir a un bus para ser trasladados a la ciudadela inca, pasear pocas

Raúl Diez Canseco Terry

horas e, inmediatamente, regresar y estar en Cusco a las 10 u 11 de la noche. Una visita turística de vértigo propia de atletas.

Para ello, Ramiro planteó una solución: diseñar un sistema de transporte tipo ‘cerrojo’ que le permitiera al turista ir a Machu Picchu en horarios diferentes a lo largo del día —lo que significaba tener una forma más rápida de llegar del Cusco a Urubamba—, continuar a Ollantaytambo y, de aquí, dirigirse a Machu Picchu.

El sistema requería poner en funcionamiento unos autovagones que el Perú le había comprado a España y que desde hacía tiempo estaban casi olvidados en el puerto de Matarani, en Arequipa, a casi 600 kilómetros del Cusco.

—¡Fantástico, hay que hacerlo!—, le dije a Ramiro luego de las explicaciones técnicas.



CON RAMIRO SALAS, EXTRAORDINARIO AMIGO,
EN LA INAUGURACIÓN DEL SISTEMA DE TRANSPORTE HACIA MACHU PICCHU.

Vi su cara cuando le dije que se fuera al día siguiente a Arequipa para arreglar el tema de los autovagones. *“Deja una foto en tu casa, porque no te verán en estos seis meses que estaré al frente del Viceministerio”*, le alcancé a manifestar antes de que se repusiera de la sorpresa. Literalmente, trabajamos a toda máquina para rehacer el sistema de transporte a Machu Picchu.

Construimos una nueva línea desde el Hotel de Turistas de Urubamba para facilitar el traslado de los visitantes. Encontramos mil y un problemas en la implementación. Los ejes montados de los autovagones resultaron algo anchos, por lo que debimos adecuarlos a la vía férrea instalada. Suscribimos un convenio con el Servicio Industrial de la Marina (SIMA) para el ensamblaje de los vagones, y otro con Enafer Perú para adecuar la vía férrea a las nuevas especificaciones técnicas.

En cinco meses se mejoró el transporte a Machu Picchu.

Los turistas podían ahora trasladarse desde el Cusco al Valle Sagrado, alojarse en un estupendo hotel de Entur Perú en Urubamba; de allí, tomar cómodamente el tren, y luego el bus, para llegar al primer patrimonio arqueológico del país y una de las maravillas del mundo.

El sistema fue inaugurado por el presidente Belaunde el 25 de junio de 1985, un mes y días antes de que terminara su mandato. Hasta ahora hay una placa en la estación de Ollantaytambo recordando ese hecho.

El segundo objetivo tuvo que ver con una maravillosa idea de Violeta Correa. Ella afirmaba que una de las razones por las cuales la capital se veía tan descuidada era porque no se conocía, en su real valor, la riqueza cultural que representaba. En sus charlas con el equipo de trabajo del Viceministerio, hablaba con entusiasmo de la monumentalidad de Lima, no solo en su etapa

colonial y republicana, sino desde tiempos prehispánicos, y creía necesario que los niños conocieran esa riqueza histórica.

Fue así que diseñamos el programa Los Peregrinos de Lima, dirigido por Juan Segalá. Todos los domingos, a partir de las 9 de la mañana, desde distintos puntos de la capital, buses trasladaban gratuitamente a escolares para recorrer los principales atractivos turísticos de la ciudad: museos, iglesias, plazas públicas, edificios monumentales.

En el trayecto, gracias al apoyo y a donaciones de entidades privadas, se repartía pequeños refrigerios a los niños y jóvenes. Comprometimos también como guías a estudiantes de Cenfortur, un instituto especializado en turismo. Fue uno de los programas más prometedores porque apuntó a sensibilizar a los escolares con su historia, reforzando su identidad como ciudadanos y como peruanos.

Lamentablemente, el siguiente mandato desapareció el programa de un plumazo. Siempre me he preguntado qué habría pasado si hubiera continuado. Quizás habríamos tenido más jóvenes que no solo conozcan su ciudad, sino que la quieran y la respeten más.

El tercer proyecto no fue en Lima, sino en un sector de la carretera Los Libertadores-Wari, en Huancavelica, camino a Ayacucho.

Tiempo atrás, Belaunde, quien conocía palmo a palmo las nevaduras del Perú profundo, había iniciado un proyecto nacional para construir una cadena de hoteles de turistas. Uno de ellos estaba en Huaytará, un pueblito que en el pasado fue un enclave inca, construido en tiempos de Pachacútec y que permitió extender la presencia inca hacia la costa, a los actuales Pisco, Chincha e Ica.



En este pueblo se encuentra la iglesia San Juan Bautista de Huaytará, única en su género. Su base es una estructura arquitectónica con paredes de piedra labrada y ventanas de forma trapezoidal. Al llegar los españoles, construyeron una iglesia sobre dicha base, lo que la convierte en una pieza de arte inca y colonial. Como arquitecto, Belaunde admiraba esta construcción mestiza por la forma en que dos culturas diferentes habían logrado armonizar sus características en un monumento religioso. Él mismo había supervisado los planos de diseño del hotel, de manera que no había forma de no terminar la obra. Y, sin embargo, el proyecto estaba paralizado por trabas burocráticas que son, a veces, las que se interponen entre la decisión del gobernante y los resultados que se esperan de él.

Nos propusimos terminar ese proyecto, y lo cumplimos. En el camino fui dejando algunas ideas y proyectos sectoriales que me perseguirían toda la vida.

De Fernando y Violeta me queda siempre el recuerdo de la honestidad y la discreta prudencia y frugalidad con la que vivieron después de dejar el poder.

Tuve la dicha de acompañarlos a almorzar los lunes de cada semana en el pequeño departamento de Conde de la Monclova, en San Isidro.

De cuando en cuando, este sosiego del que ambos disfrutaban era interrumpido por los acontecimientos políticos, siempre urticantes, que removían el país, pero la mayor parte del tiempo vivían en un ambiente de sobria soledad que suele acompañar a los exmandatarios cuando se retiran del Gobierno.

Esta es una de las paradojas de la vida del político: cuando terminas el mandato, las luces del poder se apagan y muy pocos 'amigos' van a visitarte.

Es la soledad del poder.

La actividad pública apenas me había dado la primera oportunidad de servir a mi país. Terminada aquella experiencia, llegué a la conclusión de que era el momento de asumir la carrera política como una vocación de más largo aliento. Había llegado la hora de inscribirme en un partido, volverme un militante.

Al terminar su segundo gobierno, Belaunde formó una comisión reorganizadora de Acción Popular que presidió Sandro Mariátegui y que tenía siete miembros. Uno de esos siete era yo.

«Un día, don Fernando me entregó un par de zapatos sumamente usados, con un hueco en la suela. Me pidió que por favor los hiciera reparar, y yo los llevé a una renovadora en Surquillo. En el trayecto sonó mi celular: era Raúl Diez Canseco. Me llamaba desde Londres para preguntarme qué regalo le podía comprar a su tío Fernando. Le comenté el tema y, al llegar a Lima, Raúl se apareció con dos pares de zapatos. Cuando don Fernando se los probó, no le entraba la punta. Dijo que parecía que estaban un poco chicos. Raulito me miró como diciendo: 'Te equivocaste', metió la mano dentro del zapato y estaba lleno de algodón. Cuando lo sacó y el presidente se los probó nuevamente, le quedaron perfectos, como guante.

En cada homenaje por el Día del Padre, Navidad o cumpleaños, Raúl me llamaba para preguntarme qué cosa podía regalarle a su tío Fernando o a su tía Violeta. Yo le tenía la respuesta exacta. Don Fernando tenía en su dormitorio un televisor de 14 pulgadas, muy chiquito, en el que veía sus noticieros. Los televisores de antes tenían una puertita que se abría para cambiar los canales, y esa puertita estaba parchada con cinta adhesiva. Ese era el televisor del presidente de la República. Aquella vez fue el regalo de Navidad. Raulito llevó un televisor nuevo, lo cambió, y el anterior lo tiró al tacho de la basura. Raúl se preocupaba mucho por su tío».

Edwin Huaranga, asistente de Fernando Belaunde Terry

VOTA POR LA RENOVACION



**RAUL
DIEZ CANSECO
TERRY**

SECRETARIO GENERAL
DEPARTAMENTAL DE LIMA
1987 - 1989



MILITANTE DE ACCIÓN POPULAR

El segundo mandato de Belaunde termina, y con él, como una sombra, se yergue la soledad del poder. Llegan también nuevas responsabilidades en el partido y el momento de probar lealtades y compromisos asumiendo nuevos roles.

Nunca milité formalmente en partido político alguno en mi juventud, pero viví toda mi vida en Acción Popular. Por mis venas corre sangre populista, prácticamente, desde que nació.

Siempre me interesó la política, no lo negaré. Ya he contado cómo en la universidad participaba en un grupo de estudios para conocer y debatir sobre historia, política y doctrina política. Fuimos la generación del golpe militar, y esto probablemente generó un bache en nuestra formación política activa.

La experiencia en los comedores familiares de Violeta reafirmó mi convicción en la solidaridad con los más pobres. Cuando ves las necesidades de la gente, viviendo en los arenales, sin agua, sin energía eléctrica, con los hijos mal alimentados, sin medios para ir al colegio, solo pueden ocurrir dos cosas: permaneces impávido e inmóvil, no haces nada y buscas que esa realidad no te afecte, o te rebelas ante ella y tratas de cambiarla.

Es un sentimiento de responsabilidad que te impulsa a actuar, que va más allá de tus compromisos personales y familiares, y te impele a abrigar causas justas, responsabilidades sociales, obligaciones mayores, que te señalan que una situación así de lacerante no puede continuar y es necesario transformarla.

Alguna vez comenté esto directamente con el presidente Belaunde, quien sabía responder este tipo de inquietudes.

—Se puede cambiar—, me dijo, y agregó: La única manera de hacerlo es vía la democracia. Y para eso tienes que militar en un partido político y llegar al poder.

A partir de ese día, Belaunde transformó mi agenda de vida en la agenda del Perú.

Las primeras páginas de esa agenda se empezaron a llenar con mi experiencia como viceministro de Turismo, en la que me planteé el reto de administrar con eficiencia el servicio turístico que brindaba el Gobierno. Pero, así como empecé a conocer el poder en su arista de servicio público, pude ver también su expresión en el ámbito humano, el ocaso y la soledad con el que termina.

Hoy entiendo con mayor claridad que el ejercicio del poder desgasta y hace que el gobernante pase por tres fases bien marcadas: llegar en multitud, gobernar en austeridad y retirarse en soledad.

Belaunde no fue la excepción.

Lo acompañé en su salida de Palacio de Gobierno, el 28 de julio de 1985, y lo llevé en mi vehículo a donde pidió ir: el Callejón de Huaylas, en Áncash.

—Os dejo intacta la libertad—, le había dicho Belaunde a Luis Alberto Sánchez, hacía unos minutos, al entregarle la posta del poder a su sucesor, Alan García Pérez.

Nos acompañó en ese viaje Matilde de Zela Hurtado, amiga entrañable de Fernando y Violeta, y casada por entonces con Sandro Mariátegui (†), prominente político de Acción Popular. También fue con nosotros un amigo entrañable de ambos, lastimosamente recién desaparecido, Carlitos Pestana.

En el camino, los recuerdos de su gobierno, las cosas que se hicieron y lo que quedó pendiente se sucedían como *flashbacks* de un pasado reciente que se dejaba atrás, pero que era necesario traer nuevamente al presente para aprender lecciones de vida.

Durante ese viaje sentí a un hombre que gobernó el país con el corazón.

Belaunde hablaba citando de memoria autores, leyes o situaciones. Conocía la historia de cada pueblo, nevado o laguna que encontrábamos en el recorrido. Hablaba de la grandeza del poblador peruano, no con nostalgia, sino con orgullo. Y de las enseñanzas que había dejado para las generaciones futuras y que Acción Popular había sintetizado en su doctrina y programa.

Fernando Belaunde no solo fue un político. Fue un peruanista, un amante del Perú. Nadie como él había encontrado en la tierra que lo vio nacer, en su gente, y en su pasado histórico, las bases filosóficas para sustentar su propuesta para el país.



La dificultad geográfica y de clima desarrolló en el hombre andino la capacidad de resolver problemas de manera única. Combinó lo racional con lo mítico y lo natural con lo científico. El aporte de su conocimiento, el equilibrio hombre-tierra y la supervivencia de la persona en todos los niveles, libre de hambrunas, hicieron de las culturas prehispánicas sociedades basadas en el ser humano viviendo en armonía con los elementos de la naturaleza.

Fue en ese viaje, mientras escuchaba hablar al expresidente del Perú y de las raíces conceptuales de Acción Popular, que decidí participar activamente en el partido. Él tenía claro que AP debía continuar su obra y que, para ello, debía superar la derrota electoral de 1985.



Las inundaciones destructivas en el norte del país –simultáneas con sequías en los campos agropecuarios del sur–, la crisis de la deuda externa y la inflación crecientes –contraídas durante el régimen militar–, la baja del precio internacional de las exportaciones y los comienzos de la lucha armada por parte del grupo maoísta Sendero Luminoso, fue la factura que Acción Popular debió pagar en dicho proceso electoral.

Se encargó a un grupo de dirigentes la reestructuración del partido bajo el liderazgo del exsenador Sandro Mariátegui. Es así que Edmundo del Águila Morote, Jorge Díaz León (†), Raúl Freundt, Javier Velásquez, Graciela Espinoza, Nina Martán, Luis Enrique Gálvez y yo asumimos el honroso encargo de reestructurar y encaminar AP a su modernización en infraestructura, organización y pensamiento.

No había semana en que no viajáramos, toda o parte de la delegación, al interior del país. Esto me permitió recorrer el territorio de Tumbes a Tacna y de Lima a Loreto –identificando líderes regionales y provinciales–, crear comités partidarios, inaugurar locales e incorporar nuevos militantes y simpatizantes que apostaran por un partido enraizado en el mensaje telúrico de nuestra civilización andina y de mentalidad abierta a los cambios globales de la sociedad contemporánea.

El local central, en Paseo Colón, símbolo de tantas batallas y victorias, fue remozado. Allí instalamos una biblioteca abierta al público, donde los jóvenes tenían material de acceso para sus estudios. Pusimos en funcionamiento una cafetería que generó ingresos al partido, y propiciamos la adquisición de terrenos para nuestros locales partidarios, principalmente en provincias.

Al año, los cambios eran notorios y los partidarios comenzaron a reagruparse. El 1 de junio de 1986 decidimos realizar un mitin en Iquitos. Algunos pensaron que era muy temprano. Alan

García estaba casi empezando a gobernar, y lo mejor –decían quienes preferían tomar las cosas con más calma– era no agitar las aguas.

Belaunde pidió que no se convocara a la gente en el aeropuerto, para que así se concentrara en la plaza. Sin embargo, eso resultó imposible. Su llegada fue esperada por familias enteras. La gente desbordó Iquitos. Hubo una caravana inmensa desde el aeropuerto hasta la Plaza 28 de Julio que hasta hoy se rememora.

Fue un homenaje a Belaunde por su identificación con la Amazonía, por la construcción de la Carretera Marginal y, en especial, por la Ley 15600, que concedía beneficios tributarios a esta región y que, años más tarde, cuando llegué al Congreso, me cupo defender con ardor para que se mantuviera.

Un año después, el congreso nacional aprobó la nueva estructura de AP que sentó las bases de su transformación partidaria. Edmundo del Águila fue elegido secretario general, y yo, secretario departamental de Lima. Entre los dirigentes del nuevo Comité Ejecutivo Nacional (CEN) estuvieron Valentín Paniagua, Juan Incháustegui, Jaime D'Althaus y Carlos Delgado.

En esos años, cuando nadie hablaba en el país de democracia interna en las organizaciones políticas, sin ley de partidos ni nada parecido, nosotros, un paso adelante en forjar democracia desde las bases, propusimos el democrático sistema de elección interna: un militante, un voto.

Como corolario se desarrolló un congreso ideológico en Chiclayo para debatir acerca de las bases filosóficas y políticas del partido a partir del pensamiento de Belaunde publicado en su libro *El Perú como doctrina*, que encierra una propuesta humanista de mirar la grandeza de nuestra civilización originaria y, al mismo tiempo, nutrirnos de lo más avanzado del pensamiento global.

Con el partido remozado, encaramos la campaña municipal de 1989. Las bases de AP me lanzaron como precandidato a la alcaldía, pero en una carta pública, en pro de la unidad del partido, desistí. AP presentó al ingeniero Juan Incháustegui como candidato a Lima en alianza con el Fredemo. Al final, se perdió la elección provincial, pero ganamos más del 50% de los distritos de la capital.

En esa campaña se probó la nueva organización y funcionamiento del partido. Estábamos listos para la campaña presidencial de 1990.

Nuestro objetivo era que Belaunde aceptara nuevamente representarnos. Trabajábamos con esa ilusión. Pero él tenía otros planes, me confesó que ya era un hombre mayor (tenía 78



CON BELAUNDE RECORRIENDO EL PERÚ.

Raúl Diez Canseco Terry

años) y que no era sensato ni responsable de su parte exponer al país a una angustia o sobresalto por lo que podría sucederle. En Cusco, finalmente, anunció su decisión.

Ese día, el sol radiante calentaba las piedras de la plaza Huacaypata. El Perú nos pedía una lección de lealtad, de compromiso, de desprendimiento, de amor; expresó ante 60 mil almas allí reunidas. Era el momento de la renovación, anunció. Había decidido declinar. En multitud, con un vibrante discurso, cerró un capítulo más de una vida entera entregada al Perú. Renunció a la candidatura presidencial y nos dejó a todos con el corazón en la mano.

Su idea fue promover nuevas generaciones de políticos.

Lo que vino inmediatamente, como una cascada de situaciones, fue un trabajo arduo, minucioso, nada fácil, de construir consenso y unidad política bajo el paraguas del Frente Democrático (Fredemo), formado por Acción Popular, el Partido Popular Cristiano (PPC) y el Movimiento Libertad, que culminó con la designación de Mario Vargas Llosa como candidato presidencial en 1990.

Ese momento fue, también, mi primera experiencia como candidato en una elección popular.



CON EL ESCRITOR MARIO VARGAS LLOSA RECIBIENDO EL CALOR POPULAR DURANTE LA CAMPAÑA ELECTORAL DE 1990.

«En su obra, Raúl Diez Canseco precisa que el ser humano es el fin supremo de la sociedad y del Estado; recuerda las diferencias que existen entre la desigualdad formal y la real, explicando que es fácil acabar con la desigualdad formal, pero no es posible cambiar, por decreto, la real.

En este contexto, la democracia no solo debe ser justa, sino eficaz. Para ello es preciso asegurar la búsqueda de un sistema social y económico que nos permita preservar la libertad y garantizar el bienestar de todos; construir una democracia eficaz no solo en lo económico, sino también en lo social, creando las bases para asegurar el destino de todos los peruanos en una sociedad justa, plural y solidaria, que brinde a todos igualdad de oportunidades para la realización de su destino.

En estas palabras subyacen elementos característicos de la ideología de Acción Popular: humanismo, democracia, justicia social y solidaridad».

Dr. Francisco Miró Quesada Rada,
exdirector del diario El Comercio



ATENTADO CONTRA EL LOCAL DE KFC DE LA AVENIDA AREQUIPA A PRINCIPIOS DE LOS 90.

VENCIENDO EL TERROR

A la par que la recuperación de la democracia surge en el Perú, en 1980, un ciclo de violencia armada que desata el terror en el campo y la ciudad. Es el periodo de la antipolítica, cuyos últimos rezagos pueden sentirse hasta hoy y que ya ha cobrado más de 69 mil muertos.

Los 80 y principios de los 90 fueron años de miedo y terror; de ideas equivocadas, de radicalismos e ideologías violentistas. El Perú había anidado las posiciones extremistas en los 60. Tuvimos guerrillas y focos insurreccionales guevaristas en aquella época. La larga noche de gobiernos militares en el Perú y América Latina sofocó en la región muchos de los movimientos alzados en armas. Pero no terminó con las raíces de exclusión y pobreza que los alimentaban.

En los 80, el Perú regresó a la democracia, con partidos políticos que se desperdiciaban de su letargo.

Un hecho, sin embargo, llamó la atención del país.

En la víspera de las elecciones, la noche del 17 de mayo de 1980, un grupo de desconocidos atacó el pueblo de Chuschi, en Ayacucho, y quemó las ánforas y actas electorales. El acto simbolizaba el inicio de la guerra contra el Estado peruano.

En diciembre de ese año aparecieron perros colgados en los postes de la avenida La Colmena, en la capital, con la inscripción “*Teng Siao Ping, hijo de perra*”, en rechazo a la política de apertura económica impulsada en China. Costó un tiempo entender el mensaje y la posterior magnitud de tales actos demenciales. El

Perú había entrado en una espiral de violencia de la que nadie saldría indemne.

A la organización maoísta Sendero Luminoso se sumaría luego el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), grupo terrorista de tendencia marxista, antiimperialista, con inspiración más cubana que china. Fueron años de odio y desencuentro, de asesinatos selectivos y coches bomba. Fueron décadas que sumieron al país en una larga noche oscura, de la que no se sabía cuándo amaneceríamos.

Fueron tiempos de sufrimiento y de chantaje terrorista.



**FUERON TIEMPOS DE SUFRIMIENTO
Y DE CHANTAJE TERRORISTA.**

Conforme la ola de violencia avanzaba, sin darnos cuenta, la guerra se trasladó del campo a la ciudad. Ante la ineficacia del Estado para proteger a sus ciudadanos, aparecieron empresas de seguridad privadas, con hombres de uniforme marrón que reemplazaban a la Policía en empresas, negocios y edificios públicos. Los vecinos de los sectores medios colocaron alambres con púas en lo alto de sus fachadas, y en las zonas más pudientes se instalaron cercos eléctricos y cámaras de vigilancia. Las casas, los parques y las calles fueron enrejados, dándoles a los barrios un aspecto de gigantescas prisiones.

Salir a cenar a un restaurante o, sencillamente, pasear implicaba una logística de seguridad, cambio de rutas y, en casos extremos, cambio de autos.

En el país se respiraba temor e inseguridad.

Si algo se esperaba con absoluta puntualidad los fines de año eran los apagones. Los senderistas volaban las torres eléctricas que circundaban la ciudad, provocando gigantescos cortes de energía. En medio de la oscuridad, grandes mecheros encendidos formaban la hoz y el martillo en el cerro San Cristóbal, ubicado entre los distritos del Rímac y San Juan de Lurigancho, a 500 metros del Palacio de Gobierno.

El terrorismo tocaba las puertas de la ciudad.

El MRTA, en cambio, centró su trabajo en la ciudad y en la zona de selva y ceja de selva. Los métodos emerretistas se parecían más a los de una fuerza combatiente tipo las FARC de Colombia, aunque mucho menor en logística, organización, militancia y capacidad de fuego. Para financiar sus actividades terroristas, el MRTA optó por el secuestro directo a empresarios y el chantaje.

Esta última modalidad la viví en toda su extensión.

El viernes 1 de marzo de 1985, luego de asistir a una entrevista que me hicieron en Panamericana Televisión, Canal 5, me encontré en las escaleras del edificio con una famosa vidente de Lima, Coty Zapata. La saludé y, sin que le dijera nada, me tomó del brazo, me miró la palma de la mano y, súbitamente, su rostro cambió de expresión.

—¿Qué has visto, Coty?—, le pregunté.

—No, nada— balbuceó.

En su cara noté un rictus de pánico por lo que supuestamente había ‘visto’ en mi mano.

—Raúl, cuídate, por favor—, me advirtió y se alejó. No dijo más.

Minutos más tarde llegué a la sede de KFC. Mi secretaria me entregó un sobre manila que venía con mi nombre. Entonces, entendí el asombro de Coty. Dentro del sobre había un texto amenazador del MRTA y un talonario de diversas denominaciones en soles para que “colaborara” con su causa. Eran los cupos de guerra que enviaban a diferentes empresas a cambio de no hacerles daño.

La primera sensación que se tiene frente a una amenaza y extorsión es miedo. Es una angustia ante la posibilidad de que puedan atentar contra tu familia. La segunda impresión es impotencia. Te sientes indefenso y vulnerable.

En la Marina había aprendido a encarar este tipo de actos: enfrentar la amenaza con inteligencia, es decir, actuar con planificación. Me enseñaron que de lo que hay que tener miedo es del propio miedo.

Lo que hice fue llamar al coronel Ángel Aguilar, exedecán del presidente Belaunde, formado en la base policial de Los Sinchis

y experto de acciones tácticas, como paracaidismo, labores de inteligencia, rescate y combate subversivo. Aguilar era responsable policial de seguridad del área sur de Lima. Lo había conocido en Palacio de Gobierno, donde acudí con mis socios –Alfredo de Ferrari, Carlos Zúñiga y Luis Salazar– para invitar al presidente a la inauguración de la primera tienda de KFC, en la avenida Angamos, y fue al primero que encontré en la antesala del despacho presidencial. Nos atendió con amabilidad y, desde entonces, mantuvimos una amistad que creció con el tiempo. Lamentablemente, falleció hace un año.

Fue el coronel Aguilar quien me recomendó que no cediera al chantaje.

–Si pagas ahora, no habrá forma de que no sigas pagando después y cada vez más–, me dijo con firmeza.

Decidí no ceder ante el chantaje. A cambio, los terroristas se ensañaron con nosotros. El 20 de marzo volaron tres tiendas de KFC: la de la avenida Javier Prado, la central de la avenida Arequipa y la de la avenida Benavides. Fue un ataque sincronizado, todos a la misma hora.

Al día siguiente, el diario La República dio cuenta de los hechos con este titular: “Comando terrorista incendia tres locales del Kentucky Fried Chicken”. En su nota detallaba que el MRTA había iniciado la escalada de terror en la tienda ubicada en la avenida Javier Prado, “en la que desde el exterior arrojaron bombas molotov, causando pánico entre los comensales y el grupo de trabajadores del establecimiento. El ataque se produjo a las 20:05 horas”.

“A los pocos minutos, el mismo grupo extremista ingresaba al local ubicado en la cuadra 43 de la avenida Arequipa, en donde redujeron a los parroquianos y trabajadores, y los obligaron a

tirarse al suelo advirtiéndoles que nada pasaría. Luego de haber rociado con gasolina el establecimiento, exigieron a los presentes que se retiraran sin hacer ruido”.

La noche de terror continuó: “Diez minutos después se producía otro ataque cuando el grupo armado de metralletas y revólveres redujo a los policías particulares que se hallaban en los exteriores de la tienda ubicada en la cuadra 52 de la avenida Benavides. En este local, y a diferencia de los anteriores ataques, los empleados recibieron antes una llamada anónima que indicaba que había un asalto en el lugar, hecho que los sorprendió pues hasta ese momento todo se desarrollaba de manera normal. A los pocos minutos se produciría el ataque...”.

En su estrategia de locura, KFC era “representante del capital imperialista norteamericano”, como decían los emerretistas en sus volantes. ¡Qué equivocados estaban! Lo único gringo que teníamos era el logo con el rostro sonriente del general Sanders. Todo lo demás era inversión peruana.

Nos golpearon varias veces. Y su poder de fuego fue en aumento. Empezaron con gasolina en 1985, luego usaron dinamita y, finalmente, el explosivo plástico anfo en 1992. Gracias a Dios, no tuvimos una víctima que lamentar; solo nos causaron daños materiales, nada que la voluntad y el coraje de los propios trabajadores no pudiera solucionar de inmediato. Nos atacaban un local, y nuestra respuesta era abrir al día siguiente, si era posible.

En algún momento me pregunté, como muchos en esa época, si valía la pena quedarme en el Perú, exponiendo mi vida y la de mi familia. Con el tiempo, dos de mis socios se fueron a vivir a Argentina. No era para menos. Otros empresarios se fueron a Miami o Europa.

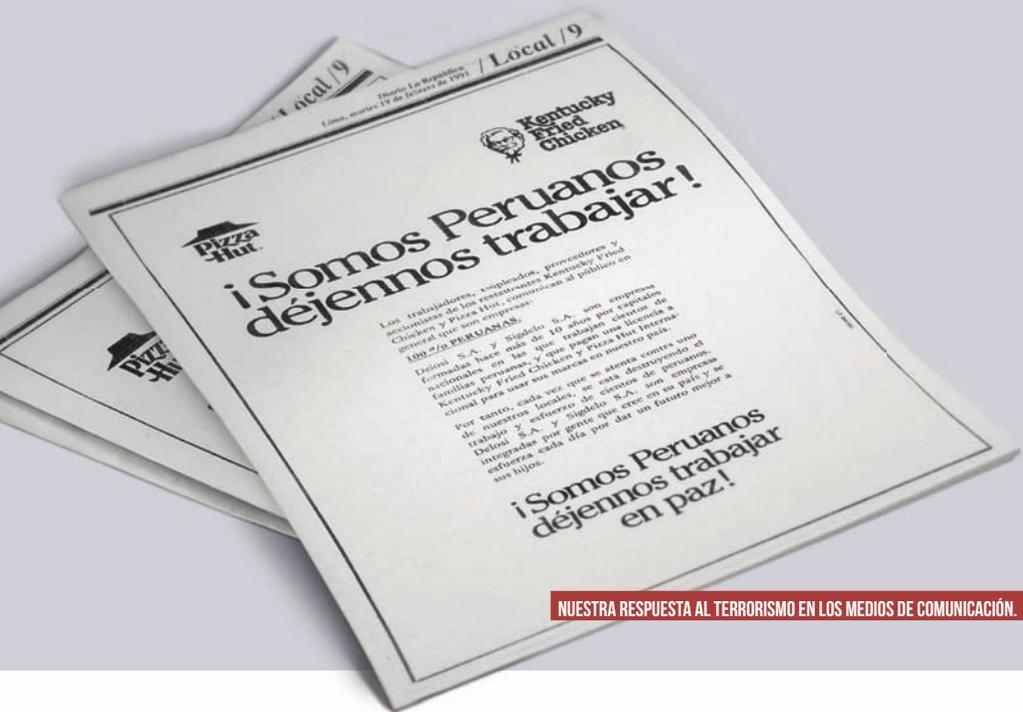
El día que nos volaron el local de la avenida Arequipa comprendí que debía quedarme y, de alguna manera, enfrentarlos. Teníamos como empresa encargada de manejar la publicidad a la prestigiosa J. Walter Thompson, dirigida en el Perú por el publicista Fernando Otero, quien formaba parte de varios directorios, muchos de ellos dedicados a promover inversiones mineras y apoyar a los bomberos y la lucha contra las drogas. Tiene hoy en su haber decenas de campañas publicitarias exitosas, algunas dirigidas a crear conciencia sobre las ventajas para el país de promover la inversión privada, sea esta nacional o foránea.

Ese año, Otero había sido elegido presidente de la Asociación Peruana de Agencias de Publicidad, y también fue víctima de amenazas terroristas. Un día, su casa amaneció pintarrajeada de rojo con una frase que no dejaba dudas de las intenciones que tenían contra él: “*¡Mueran los soplones!*”. Otro día, una de sus hijas –Luisa Fernanda– lo llamó aterrada porque había encontrado un paquete en el jardín interior de su domicilio. Cuando llegó la Policía, halló varios cartuchos de dinamita dentro de una caja.

Fernando Otero tuvo la misma disyuntiva que yo: irse del país o quedarse y enfrentar las consecuencias. Sus jefes internacionales le recomendaron que se fuera, pero su razonamiento fue muy parecido al mío cuando resolví la encrucijada: cualquiera que se quedara en nuestro lugar sufriría las mismas amenazas y chantajes. No había otro camino. Había que quedarse y enfrentar el terrorismo.

La historia de la campaña de publicidad que hicimos para responderla arremetida terrorista la he contado en mi libro *El arte de emprender*. Pusimos un aviso a página completa en varios periódicos que decía:

“¡Somos peruanos, déjennos trabajar!”.



Nuestra respuesta al terror fue siempre la misma: trabajar. Cada vez que atentaban contra un local, respondíamos refaccionándolo al instante y anunciando su reapertura en avisos de publicidad. Los clientes respondían acudiendo masivamente.

Los “*cupos de guerra*”, las amenazas de muerte a los amigos y los atentados a las fuerzas del orden me alertaron sobre el nivel al que había escalado la violencia terrorista.

Tras reiterarme que no pagara, el coronel Aguilar me recomendó que me preocupara en serio por mi seguridad personal. Le pedí que me ayudara.

—No se preocupe. Le enviaré a mi hombre de confianza... Le enviaré a mi ‘chacal’—, me dijo.

Así conocí a César Chacaltana, suboficial de la Policía que vino por tres meses y que ya tiene 27 años conmigo. Es mi sombra.

‘Chacal’, como lo llaman con cariño, también se había formado como policía antisubversivo en la Escuela de Suboficiales de Mazamari. Era un ‘Sinchi’, hombres-comando, leopardos que trabajan solos y en silencio, y que tienen como lema: *“Solo merece vivir quien por un noble ideal está dispuesto a morir”*.

Este noble y leal suboficial de la PNP había combatido contra el terrorismo y el narcotráfico en zonas de emergencia en la selva, Puno, Ayacucho, Huancavelica, Tocache, de manera que experiencia de combate y manejo de situaciones de tensión había tenido, y no solo en su entrenamiento, sino también en acción directa.

Esta etapa de mi vida fue de mucha acción y sobresalto. Cambiábamos de ruta y de autos en el camino. Rompíamos la



rutina para evitar el ‘reglaje’ y ser presa de los terroristas. En sus momentos libres, ‘Chacal’ instruía al chofer en maniobras evasivas, en estudio de calles y salidas rápidas. A medida que el peligro aumentaba, elevábamos el nivel de seguridad. Usamos palabras en clave para indicar si convenía o no ir a un lugar: si me llamaba por mi nombre completo, por ejemplo, significaba que, por más que quisiera ir a determinado sitio, no era recomendable que lo hiciera.

No siempre fue posible cumplir las estrictas medidas de seguridad. Había momentos en que era imperativo estar presente en algún lugar, como sucedió muchos años después –cuando ya era primer vicepresidente de la República–, el 29 de diciembre de 2001, en el incendio del mercado Mesa Redonda, en el Centro de Lima, o el 20 de marzo de 2002, en el atentado con coche bomba frente a la Embajada de los Estados Unidos, en el Centro Comercial El Polo, que ocurrió solo tres días antes de que se concretara la visita del presidente George W. Bush a Lima.

El diario La República informó así sobre este demencial ataque terrorista:

“A las 10:30 de la noche, uno de los vehículos explotó frente al local del Banco de Crédito, provocando la muerte de varios transeúntes y creando un tremendo pánico. Una patrulla de Serenazgo de la Municipalidad de Surco llegó rápidamente, y de la camioneta en que se movilizaba bajó el agente Rafael Barzola con un extinguidor en las manos tratando de apagar el fuego. Fue entonces que estalló un segundo coche bomba frente al restaurante de la botica Pharmax, y el valeroso sereno salió despedido con violencia y murió instantáneamente al estrellarse contra el pavimento”.

La visión dantesca nos devolvió brutalmente el recuerdo de los peores años de la barbarie senderista. Los heridos sangrantes clamaban por urgente auxilio, y muchas personas, presas de un pavor incontenible, corrían en diferentes direcciones buscando refugio y a sus familiares.

Media hora antes de la primera explosión, a las 10:00 de la noche, tres agentes de la Unidad de Protección de Embajadas (UPE) habían sido alertados de un coche bomba por una llamada telefónica anónima. También hubo otra llamada al Serenazgo de Surco, lo cual explicaba la inmediata movilización de la camioneta de ese cuerpo de seguridad ciudadana.

Cuando los tres custodios de la embajada norteamericana inspeccionaban los vehículos estacionados alrededor del Centro Comercial El Polo, observaron una camioneta combi blanca —probablemente robada— de la que salía humo. Estaban haciendo una revisión en el momento en que detonó el explosivo. Como consecuencia, murió instantáneamente el agente de la PNP Saúl Díaz Herrera. Sus dos compañeros recibieron lesiones muy graves y fueron conducidos a la clínica Tezza, a una calle del lugar. Cerca de la 1:00 de la madrugada, se informó que otro miembro del cuerpo del Serenazgo de Surco había fallecido en el quirófano.

Las explosiones fueron tan violentas que una de las víctimas —un joven no identificado— fue lanzada a una distancia de 50 metros y quedó tirada frente a la Embajada de Estados Unidos.

Aparentemente, los asesinos utilizaron anfo, lo que vincularía a los autores del hecho con los que atacaron la agencia de Telefónica en Los Olivos, donde se había usado la misma sustancia. Las explosiones se sintieron en varias cuadras a la redonda, y los daños materiales se extendieron a residencias particulares. Uno

de los locales más dañados –después del Banco de Crédito– fue la agencia del Banco Santander ubicada al frente.

Los primeros estimados de los peritos policiales calculaban que los coches bomba estaban cargados con dinamita y no menos de 80 kilos de anfo, lo que explica la tremenda fuerza de las ondas expansivas. Producido el atentado, fue impresionante la movilización de las fuerzas policiales.

En cuestión de minutos, la Policía cercó la zona trágica mientras ingresaban al lugar mismo de las explosiones unidades del Escuadrón de Emergencia, Águilas Negras, SUAT, UDEX, DINCOTE, así como varias compañías de bomberos”.

El ministro del Interior, Fernando Rospigliosi, declaró alerta total. Yo estaba encargado de la Presidencia de la República debido a que el presidente Toledo se encontraba de viaje en México. De inmediato dispuse el patrullaje de lugares estratégicos de la capital. La seguridad de Palacio de Gobierno, del Congreso y de otros edificios públicos fue reforzada con fuerzas especiales.

Acudí rápidamente al lugar del atentado y manifesté a la prensa mi rechazo y condena por la acción cobarde y criminal. No me importó mi seguridad personal, pero sí que la ciudadanía confiara en sus gobernantes y demostrarle a la gente que no le teníamos miedo al terror.

Esto último me pasó cuando perdí a uno de mis trabajadores más leales, el señor Reyes, quien vivía en Villa María del Triunfo. Nada pudimos hacer para salvarlo del cáncer de estómago. Murió en los primeros días de julio de 1992, pocos meses después de que recibiera el diagnóstico.

Cuando decidí asistir a su velorio, me alertaron que no lo hiciera porque, el día anterior, Sendero Luminoso había marchado en el lugar con banderolas y armas. Todos los vecinos estaban

aterrados. Pese a las recomendaciones, decidí ir. Al llegar, en las paredes se veían las pintas rojas de Sendero con la hoz y el martillo recién hechas. Ingresé al velorio, consolé a su esposa e hijos, y me retiré preguntándome como Zavalita en *Conversación en La Catedral*: ¿En qué momento realmente se había jodido el Perú?

Como respondiendo a esta pregunta, el 16 de julio de ese mismo año, a las 9:20 de la noche, un automóvil marca Datsun, sin placa de rodaje, que contenía 400 kilogramos de dinamita combinada con anfo, explotaba en la calle Tarata, en Miraflores, dejando como secuela 25 personas sin vida, 155 heridas y cinco desaparecidas.

La guerra, con toda su insania, se había instalado en la ciudad.

«Hay una característica que la vas a encontrar en Raúl y que la tienen pocos hombres: la capacidad para liderar equipos diversos y estar pendiente de las tareas que desarrolla cada uno. Es muy versátil en eso. Sabe escoger a la gente que lo ayuda. Aunque a veces ha sufrido también decepciones en este aspecto».

Fernando Otero, publicista, exdirector para América Latina de la agencia Walter Thompson



CONGRESO DE LA REPÚBLICA, 1990. DIPUTADO POR LIMA.

**EN LA ARENA
ELECTORAL**

Alimentando a nuestro pueblo...

Raúl Diez Canseco



Trabajando junto a la comunidad, como miembro de un equipo comprometido con los mismos ideales, se hizo realidad el Proyecto de Alimentación Masiva para los Pueblos Jóvenes, en beneficio de miles de peruanos.

Raúl Diez Canseco conoce las necesidades de los más pobres, y desde el parlamento trabajará para solucionarlas.

Raúl Diez Canseco es el diputado que Lima necesita.

El gran cambio!



FREDEMO



DIPUTADO

...se devolverá la alegría al país.

EL 10 DE DIEZ CANSECO

La década de los 90 trae el inicio de una carrera en el Congreso como diputado. Las tensiones entre el Ejecutivo y el Legislativo, sin embargo, van en aumento. El cierre del Congreso, el 5 de abril de 1992, pone fin a esta etapa.

Fui diputado del último Congreso bicameral del siglo XX que tuvo el Perú. En la víspera del inicio del proceso electoral de 1990 solicité al Comité Político del Frente Democrático (Fredemo), liderado por Mario Vargas Llosa, un número en la lista parlamentaria, y me dieron el 10 en la lista por Lima: el 10 de Diez Canseco. Era mi cábala.

Desarrollé mi campaña en la periferia de la ciudad, en los barrios populares de la nueva Lima, en donde tres de cada cuatro habitantes vivían en cerros, extensos arenales o peligrosas quebradas de los ríos, que habían sido poblados con viviendas construidas con esteras, cartones y plásticos, y que carecían de servicios básicos.

En la precariedad económica de las familias, la poca y mala educación recibida por la niñez, y la ausencia o insuficiencia de servicios públicos, estaba la raíz de la pobreza. Pero, en esas condiciones de pobreza o pobreza extrema, la prioridad en todo orden de cosas por parte de las madres era proveer el alimento a sus hijos.

La vida me ha demostrado que a menudo encontramos nuestro destino por los caminos recorridos. Después de muchos años, volví a esos mismos barrios donde las madres habían organizado

los comedores populares, y me reencontré con muchas de ellas. La figura de Violeta Correa y las agotadoras jornadas de trabajo no habían pasado al olvido; al revés, eran recordadas alegremente con mucha frecuencia. Una sonrisa en el rostro del pobre significa mucho, dura un segundo, pero su recuerdo, a veces, nunca desaparece. Me apoyaron decididamente.

En estos lugares germinaba ya un pulso emprendedor familiar que hacía brotar pequeños talleres y rudimentarias fábricas que más tarde crecieron, se modernizaron y asociaron para formar verdaderos emporios comerciales e industriales en madera, metalmecánica, cuero y textiles. Esos conglomerados comerciales e industriales están ahora en Lima Norte, Lima Centro, Lima Este y Lima Sur.

“Alimentando a nuestro pueblo se devolverá la alegría al país”, decía uno de los primeros avisos que publicamos en los periódicos en la segunda semana de enero de 1990. *“Me comprometo a trabajar por la alimentación popular”*, señalaba otro, en la primera semana de abril. Hicimos la campaña por toda Lima, recorriendo asentamientos humanos, urbanizaciones populares y comedores comunitarios.

En ese momento éramos 22 millones de peruanos y teníamos un Poder Legislativo compuesto por 180 diputados y 60 senadores. En el orden de méritos, con el voto preferencial, obtuve el cuarto lugar con 49 mil 143 votos. Lima fue representada, en total, por 14 integrantes del Fredemo, nueve de Cambio 90, siete del Frente Independiente Moralizador (FIM), seis del Partido Aprista Peruano (PAP), dos de Izquierda Unida (IU) y dos de Izquierda Socialista (IS). Fue una representación política bastante equilibrada.

No habíamos empezado siquiera a acomodarnos en nuestras curules cuando, el 8 de agosto de 1990, el gobierno de Fujimori decretó un conjunto de medidas económicas, anunciadas en

televisión por el entonces premier y ministro de Economía, Juan Carlos Hurtado Miller, quien terminó con una frase que quedó grabada para siempre en la memoria de los peruanos: “Que Dios nos ayude”.

El valor de la moneda se hizo polvo: el galón de gasolina de 84 octanos pasó de 21 mil a 675 mil intis (30 veces más), y los productos de la canasta familiar también se dispararon: la lata de leche pasó de 120 mil a 330 mil intis; el kilo de azúcar blanca, de 150 mil a 300 mil, y el kilo de fideos, de 200 mil a 775 mil intis.

La medida fue conocida como ‘Fujishock’, una respuesta económica ante el desastre en el manejo fiscal y monetario dejado por el gobierno de Alan García. El Perú, con un proceso hiperinflacionario sin precedentes, había sido declarado ilegible en el mundo.

Fue un cambio de rumbo de Fujimori, quien durante la campaña había prometido que no realizaría ningún ajuste económico. No obstante, la realidad dictaba que no había más opción que actuar de un modo radical y rápido para evitar el colapso final. Para los más pobres, el shock fue una operación sin anestesia.



Al día siguiente del mensaje del ministro, ningún comedor popular atendió. Todo el mundo quedó como atontado. En la calle, la gente se desplazaba como autómatas. En algunas provincias hubo conatos de violencia; en Lima, algunos mercados sufrieron saqueos. Medio país fue declarado en emergencia, y las Fuerzas Armadas salieron a enfrentar las respuestas de inconformidad ante las medidas económicas.

En los días subsiguientes, la lideresa de los comedores familiares, Rosa Silva, me fue a buscar al Congreso, pero no me halló. Fue entonces a mi hogar, a la avenida Angamos, y le dijeron que estaba en casa de mi abuela Eva Emperatriz, a quien quería como a mi propia madre. Su deceso me impactó tremendamente. Rosita no sabía qué decirme. Me dio el pésame. Y mientras le correspondía con un abrazo, le susurré al oído: *“Mi abuelita está descansando, pero nuestra gente está sufriendo en estos momentos. Anda con ellos. Haz que todos los comedores abran y se preparen. Mañana voy contigo nuevamente a La Parada”*.

Muchos comedores habían cerrado durante el gobierno de García debido a la utilización política que se le dio a la ayuda alimentaria. A diferencia de lo que hizo Violeta, el APRA buscó politizar y carnetizar la ayuda social. Solo ayudaban a las mujeres que se identificaban con dicho partido. A esas humildes mujeres, que vieron de nuevo el fantasma del hambre en sus familias, les pedí que reabrieran los comedores.

Como diputado, enfoqué mis primeras tareas en medidas legislativas que ayudaran a proteger la economía familiar. En la primera semana de setiembre del 90, luego de que fuera elegido presidente de la Comisión de Industria de la Cámara de Diputados, presenté un proyecto de ley para defender a los consumidores de los cobros abusivos de los servicios de luz, agua y teléfono. Presenté, igualmente, otro proyecto de ley que

obligaba a las empresas de transporte masivo a publicar su estructura de costos que justificara cualquier alza en el precio de los pasajes.

El debate parlamentario se centró en el manejo económico del Gobierno. Por un lado, el régimen de Fujimori hacía esfuerzos por reinsertar al Perú en la economía mundial, pero en lo político mantenía una crítica áspera contra el Parlamento y los partidos, a los que calificaba como tradicionales y obsoletos. Era un enfrentamiento entre los dos poderes del Estado que los medios de comunicación se encargaron de exacerbar.

Yo estaba de acuerdo con las medidas económicas, la privatización de las empresas públicas quebradas y la apertura internacional, y sostenía, asimismo, la importancia de la inversión extranjera para el crecimiento económico, pero sin someter al país a obligaciones leoninas.

En esas primeras semanas en el Parlamento estaba ansioso por participar en el debate. Sin embargo, recordaba una frase de Ernest Hemingway, quien decía que el hombre necesitaba dos años para aprender a hablar y el resto de su vida para aprender a callar, y me preguntaba: ¿cuál es el momento más importante en un político novato que recién llega al Congreso para hacerlo?

En una visita que le hice a Belaunde en esos días de agosto, luego del 'Fujishock', le comenté que había pedido hacer uso de la palabra en el Congreso y quería su consejo.

Le llevé mi discurso escrito, y ni lo miró. Lo dobló y me dijo: *“Querido Raúl, yo creo que tu pregunta no debe ser qué voy a decir, sino si este es el momento oportuno para que hables”*.

Entonces, yo le manifesté con entusiasmo que estaba preparado, que consideraba que era el momento oportuno. Y Belaunde me

Raúl Diez Canseco Terry

replicó: *“Este es mi consejo: solo debes hablar cuando lo que tengas que decir sea más importante que tu silencio”*.

Agarré mi discurso, me lo metí al bolsillo y no hablé por varias sesiones. Opté por escribir.

En un artículo periodístico, sostuve que sin inversión extranjera, sin repatriación de capitales, y sin una política de sana competencia, era imposible salir adelante. Ponía como ejemplo el caso de China, que había dado pasos fundamentales para salir de su aislamiento y abrirse al mundo. Ese país había logrado sacudirse de su dogmatismo ideológico y político para crear regímenes de promoción específicos destinados a captar inversiones, garantizando la repatriación y rentabilidad del capital y flexibilizando la contratación laboral y comercial. El artífice de este cambio notable que hizo despertar al ‘Dragón Chino’ fue Deng Xiaoping, sucesor de Mao Tse Tung.

Invitado por el Partido Comunista Chino, y por gestiones del arquitecto Eduardo Orrego, logré viajar a China y constatar la modernización de su economía, basada en cuatro grandes transformaciones: agraria, industrial, defensa y ciencia y tecnología, bajo un esquema de apertura gradual.



Desde entonces, China triplicó la renta per cápita nacional y sacó de la pobreza a casi 800 millones de personas. Entre 2012 y 2016, en el país asiático han dejado de ser pobres 13,9 millones de personas por año.

En términos económicos, yo abogaba por una política de apertura comercial y la conquista de nuevos mercados. En lo político, proponía un nuevo concepto de emprendimiento económico y social sustentado no en el populismo y el subsidio sin control, que tanto daño nos había hecho, sino en otro basado en el apoyo con recursos indispensables aportados por el Estado para el despegue de la pequeña y la microempresa.

Por otro lado, me sorprendía mucho el duro lenguaje que el presidente Fujimori usaba contra los partidos políticos y sus representantes en el Congreso, prácticamente desde que se instaló en la Casa de Pizarro. Sus declaraciones a los medios de comunicación connotaban un ánimo de enfrentamiento contra la clase política, para mí incomprensible e innecesario.

Mi amigo Rafael Rey, sin embargo, consideraba que, en no pocas ocasiones, los debates largos, infructuosos, muchas veces estériles del Congreso, parecían darle la razón al mandatario.

El 28 de agosto de 1990, en Tacna, durante las fiestas patrióticas por su reincorporación al Perú, el presidente criticó la labor parlamentaria que, por segundo día consecutivo, mantenía a todo el gabinete en el Congreso debatiendo la política general de gobierno que había presentado el premier y ministro de Economía, Hurtado Miller.

Algunas de las frases que utilizó el presidente no dejaban duda de su espíritu confrontacional:

“Sin pretender dar consejos a nadie, sería bueno que se le pregunte al pueblo qué espera de los largos debates en el Parlamento”.

“Las maratónicas jornadas oratorias solo sirven para engordar los libros de debates”.

“No estoy en contra de los partidos, sino en contra de un estilo de hacer política que siempre rechazó el pueblo”.

“En junio, el pueblo votó mayoritariamente contra un estilo político signado por la demagogia y el clientelismo”.

Las críticas de Fujimori a la clase política fueron subiendo de tono, tanto que el 12 de octubre de 1990, cuando llevaba 11 semanas en el poder, publiqué un artículo en el diario Expreso donde afirmaba: *“Los excesos verbales del presidente Alberto Fujimori y las últimas medidas que ha dictado revelan un intento de legislar de espaldas al Congreso, y sus enfrentamientos con los poderes públicos implican una grave responsabilidad histórica en la medida que puede provocar la quiebra del orden constitucional”.*

Lamentablemente, el tiempo se encargaría de confirmar que Fujimori había decidido quebrar el orden democrático.

Un mes después, el propio presidente tuvo otra desafortunada declaración en la que se enredó hablando de *“golpes de sotana y golpes militares”*. De inmediato salió el ministro de Defensa, general EP (r) Jorge Torres Aciego, a aclarar el supuesto malentendido. Pero, en lugar de hacerlo, corroboró la sospecha acerca de las intenciones del mandatario.

Además, el tono marcial de su intervención en las escalinatas del Congreso, ante una nube de periodistas, solo alimentó las sospechas de que algo no andaba del todo bien: *“Las Fuerzas Armadas están más cohesionadas que nunca y apoyan totalmente al gobierno democrático elegido por el pueblo; en consecuencia, no hablemos de golpes”*, dijo a su salida del Senado, a donde había acudido para coordinar con el presidente de ese poder del Estado, Felipe Osterling Parodi, los ascensos militares de fin de año.

A principios de 1991, el gobierno de Fujimori pretendió derogar la Ley 15600, que declaraba zona liberada de impuestos a la selva peruana por un plazo de 15 años, decreto que había sido dado por Belaunde en Iquitos, en setiembre de 1965, y cuyo vencimiento había sido prorrogado hasta diciembre de 1990. El Gobierno proponía eliminarlo, y el Congreso llamó al ministro de Economía para interpelarlo.

En ese momento, hice uso de la palabra. Está grabado en los archivos del Parlamento. Dije:

“...el señor ministro de Economía nos ha venido a dar hoy una lección de igualdad. Bien claro queda que no conoce nada del Perú. Porque si conociera la selva peruana, donde las inclemencias de la naturaleza son terribles, donde no hay agua potable, donde en algunos lugares solo se puede llegar en avión, donde los maestros toman horas de horas en llegar por río a la escuela; esto quiere decir que esa igualdad que el Gobierno pregona y exige tener es, en realidad, tratar desigualmente a quienes tienen condiciones de vida desiguales”.

El proyecto de derogación de la ley fue archivado.

El ministro dejó de hablarme durante muchos meses, y aprendí una lección: aunque a veces es mejor decir en breves segundos lo que pensamos y no callar, tenemos que cuidar mucho las buenas formas y el respeto al adversario político. De lo contrario, tendremos toda una vida para arrepentirnos.

Todo el año 91 seguí impulsando mi trabajo parlamentario en temas de turismo, zonas francas, fortalecimiento industrial y apertura económica. En el área de la fiscalización, promovimos una investigación sobre el mal uso de los dólares del Mercado Único de Cambios (MUC), que terminó solicitando una acusación constitucional contra César Vásquez Bazán, exministro de Economía y Finanzas del gobierno aprista, por

haberse comprobado que durante la campaña electoral dilapidó cerca de 300 millones de dólares para dar la falsa impresión de bienestar y, así, evitar el colapso electoral de su partido.

En el rubro legislativo, nuestra propuesta de crear un Consejo Nacional de Inversiones –lo que más tarde sería Pro Inversión–, para facilitar y fomentar la captación de inversiones en proyectos de desarrollo en diferentes puntos del país, fue bien recibida.

Presentamos, además, un proyecto de ley para promover el turismo social, creando a su vez un Viceministerio de Turismo y estimulando a los gobiernos regionales para que elaboraran planes y programas de turismo social en sus circunscripciones.

El enfrentamiento entre el Ejecutivo y el Legislativo se hizo cada vez más frecuente y corrosivo. Y como bien reza el dicho popular “*cuando el río suena es porque piedras trae*”, en marzo del 91 el presidente Fujimori ofreció una entrevista al diario El Mundo de España, donde admitió lo que para entonces era un rumor *sotto voce*: entre las Fuerzas Armadas circulaba un documento que proponía la necesidad de instalar un gobierno cívico-militar. La clase política expresó su rechazo de inmediato.

En aquellas circunstancias, hablar de un gobierno cívico-militar era más que preocupante.

En el verano del 92, unas semanas antes del autogolpe del 5 de abril, finalmente realicé un acto que, ahora pienso, habría cambiado el rumbo de la historia: promoví una reunión secreta entre legisladores de varias tiendas políticas con el presidente Fujimori. El objetivo de la cita era poner fin al clima político que había crispado al país.

Me contacté con el ministro de Transportes y Comunicaciones, y hombre muy cercano al primer mandatario, Jaime Yoshiyama,

y le manifesté el interés de varios senadores y diputados de sostener un diálogo directo con el jefe de Estado.

Recuerdo haber ingresado a Palacio en el auto de Jaime Yoshiyama por la puerta de la residencia que da a la Estación de Desamparados. Llegaron a la cita más de 30 parlamentarios.

Fujimori nos recibió en el Gran Comedor. Me senté a su izquierda; Lourdes Flores, a su derecha.



—Señor presidente, los congresistas no somos obstruccionistas. Nos agradecería conocer las razones por las que usted nos califica de esta manera y, si existiera algún motivo, estamos en condiciones de conversar sobre ello—, le dije al iniciar el diálogo.

Fujimori hacía el ademán de tomar notas y sorbía agua mineral. Esa noche estuvo muy reservado. No hizo gesto alguno que permitiera conocer su estado de ánimo o su aprobación o rechazo a lo que cada parlamentario planteaba.

La reunión duró hasta las 2 de la madrugada. En todo ese tiempo, el presidente no cambió su actitud. Su silencio fue la respuesta más compleja a las preguntas que le hicimos esa noche.

Antes de despedirme, me dijo:

—Ahora estará muy contento porque finalmente se realizó la reunión que usted promovía.

—Todo lo contrario, señor presidente. Me voy más preocupado que cuando llegué. No se ha despejado ninguna de nuestras preocupaciones, ni se ha contestado de manera convincente pregunta alguna, como tampoco sabemos de su interés para la aprobación de los proyectos de ley presentados por el Ejecutivo al Congreso—, le respondí cortésmente.

Salí decepcionado de la reunión.

Abordé nuevamente el auto de Jaime Yoshiyama y, camino a casa, tuve el presentimiento de que Fujimori ya había optado por el recurso del autogolpe para dirimir las controversias, y esto representaría una derrota de la razón y un quebrantamiento del orden democrático. Mi sexto sentido político no se equivocó: el domingo 5 de abril de 1992, Fujimori disolvía el Congreso.

Supongo que Vladimiro Montesinos lo convenció de que esa medida era la mejor, que era un atajo para enfrentar la crisis. Las

opiniones respecto al autogolpe todavía ocasionan un encendido debate. Una encuesta de Ipsos de 2017 revela que, para el 50%, el cierre del Congreso de la República fue una medida necesaria; el 40% cree que se debió optar por otras alternativas; mientras que 19% no precisó una respuesta. De acuerdo con el sondeo, Lima es donde se encuentra la mayor aprobación, con 55%.

A pesar de que el autogolpe de Estado quebró el orden constitucional, debo entender también a quienes sufrieron los embates del terrorismo y la crisis de la economía. Había una psicosis colectiva, y la hecatombe económica era terrible.

Sin embargo, 25 años después, todavía tenemos las secuelas de partidos políticos estériles, de instituciones precarias y de una ciudadanía poco participativa.

En el rubro del fortalecimiento de las instituciones democráticas, hay aún muchísimo por hacer.

Supuesta Junta Cívico-Militar es condenada. Parlamentarios rechazan rumores golpistas. (...) NOTA: El diputado populista Raúl Diez Canseco dijo que el propósito de crear un gobierno cívico-militar es realmente preocupante. Estamos en un gobierno democrático elegido en comicios libres por toda la ciudadanía, que ha escogido este esquema de gobierno a través de sus representantes en el Ejecutivo y el Parlamento.

«La democracia, por más imperfecta que sea, es el mejor sistema para alcanzar el desarrollo y progreso de nuestra Patria. Es sumamente preocupante que el presidente haya admitido este propósito en un momento en que se da un enfrentamiento entre el Ejecutivo y el Legislativo, precisamente provocado por el jefe de Estado».



COMO CANDIDATO A LA ALCALDÍA DE LIMA
EN 1993 EN COMPAÑÍA DE FRANCISCO MIRÓ QUESADA RADA.

LIMA PARA TODOS

Surgen nuevos personajes y nuevos movimientos en la escena política: los independientes. Los partidos políticos sufren las consecuencias. En esas circunstancias, se asume la candidatura a la Alcaldía de Lima Metropolitana.

Todos los días Ricardo Belmont, desde que creó Red Bicolor de Comunicaciones (RBC Televisión), en 1986, prendía las luces de su estudio, a una cuadra de la plaza Manco Cápac, en La Victoria, y conducía su programa de TV, que permitía a la ciudadanía ingresar con opiniones por teléfono y desflemarse.

Era –lo sigue siendo– un tipo telegénico, con una facilidad de palabra, dicción y entonación digna de un locutor. Es, en realidad, un *broadcaster* que condujo un programa de opinión en radio que llevó luego a la televisión y en el que alternaba comentarios políticos con pensamientos, frases célebres o citas que él llamaba “pastillas para levantar la moral”.

Tenía su chispa y era campechano al hablar. La gente lo identificaba como un tipo bonachón, con ‘cancha’, atributo que haría de él un personaje político exitoso.

Habla el pueblo se llamaba su programa, una tribuna abierta que durante años canalizó el descontento popular de mucha gente que se sentía disgustada con los políticos y la política.

Con su estilo de hablar espontáneo y directo, el ‘Colorao’ Belmont se ganó el cariño de la gente. Su ingreso a la política fue un fenómeno social, y para los estudiosos de la política, fue el primer campanazo de alerta al *establishment* político.

En 1989 fundó el Movimiento Cívico Independiente OBRAS, postuló a la Alcaldía de Lima y venció de lejos a los representantes de todos los partidos políticos, entre ellos al candidato del Fredemo, el ingeniero Juan Incháustegui. Tan arrollador fue su triunfo que incluso ganó en distritos donde ni siquiera había tenido candidatos al sillón municipal.

Su carta de presentación política fue identificarse como un independiente, distante de los partidos “tradicionales”; fue la antesala de la victoria de Alberto Fujimori en 1990, el ingeniero agrónomo que, siendo un desconocido en la política nacional, logró ser elegido presidente de la República.

Las elecciones municipales siguientes debían llevarse a cabo en noviembre de 1992. Pero con la disolución del Congreso, en abril de ese año, fueron postergadas para enero de 1993.

En 1993, Lima era la representación desbordada del Perú.

La capital de la República tenía cerca de 7 millones de habitantes, de los cuales casi 2 millones vivían en condiciones de pobreza y la mitad de ellos en extrema pobreza.

Del millón y medio de viviendas existentes, al menos 200 mil no tenían luz y 400 mil carecían de agua y desagüe. Miles de familias que huían de la violencia terrorista en el campo migraban a la capital e invadían terrenos públicos y privados para tener un precario techo donde vivir.

No había ni orden, ni planificación, ni visión conjunta de ciudad, ni espíritu de desarrollo.

El Centro Histórico de Lima lucía abandonado, sucio, inseguro y violento. El transporte público era ya —y hasta ahora lo es— caótico. El desempleo empujaba a la gente a miles de actividades informales, como el comercio ambulatorio y las fábricas clandestinas.

En el local de Acción Popular discutíamos semanalmente los problemas del país, y el estudio de la gestión municipal de Lima Metropolitana era un tema que estaba siempre en la agenda. Había mucho entusiasmo por afrontar la responsabilidad de elegir un candidato a la alcaldía capitalina que representara al partido en los siguientes comicios edilices.

Muchos correligionarios formaron sus equipos de trabajo y empezaron a visitar comités distritales en busca de apoyo a sus precandidaturas. Sin embargo, el autogolpe de Fujimori motivó el rechazo enérgico de este quebrantamiento del orden constitucional y, tras un amplio debate, Acción Popular decidió no participar en las elecciones al Congreso Constituyente Democrático (CCD), lo que alejó a muchos de nuestros dirigentes de la praxis política.

En esas circunstancias, y con muy pocos correligionarios que quisieran asumir el compromiso de organizar un equipo de



MI POSTULACIÓN AL SILLÓN MUNICIPAL TRAS EL AUTOGOLPE DE 1992,
ERA COMO NADAR CONTRA LA CORRIENTE DEL DESÁNIMO.



PANIAGUA, INCHÁUSTEGUI, RDCT, DEL ÁGUILA Y ACURIO VELARDE, SÍMBOLOS DE ACCIÓN POPULAR.

trabajo, hacer un plan de gobierno municipal y postularse por Lima, asumí –impulsado por mi agrupación política– la candidatura a alcalde como un compromiso partidario.

Fue una decisión difícil. Era nadar contra la corriente del desánimo, pero entendía que era conveniente mantener activo al partido. No era la primera vez que me enfrentaba a una situación adversa. Mi experiencia en la actividad privada me había curtido como un hombre ejecutivo y, durante mi paso por la administración pública, creo que los resultados positivos nos habían acompañado en las cocinas familiares y en la promoción del turismo nacional. Así es que acepté el reto.

Una de mis primeras acciones fue convocar a un grupo de especialistas que me ayudara a identificar, ordenar y plantear soluciones a los problemas de la ciudad. Me reunía cada semana con los profesionales y técnicos para discutir y avanzar lo que, al final, se convirtió en un documento de trabajo que hoy, volviéndolo a revisar, en muchas cosas mantiene vigencia: el Plan de Gobierno Municipal para Lima.

En aquellas páginas están las bases de la modernización que Lima necesitaba. Colaboraron en dicha tarea, como integrantes

de la Comisión de Plan de Gobierno, Domingo Palermo, Francisco Miró Quesada Rada, Juan Incháustegui, Miguel Romero Sotelo, Edgardo Quintanilla, Augusto Martinelli, Luis Ortega Navarrete y Valentín Paniagua Corazao.

El tema recurrente en todos los diagnósticos que hicimos de Lima era la hipertrofia que había generado el centralismo, un crecimiento concentrado, desordenado, caótico, que las cifras ayudan a comprender. En la capital de la República estaba el 72% de los establecimientos industriales, el 70% de la actividad comercial y el 90% de las colocaciones bancarias. Esto la convertía en un foco para la migración.

A partir de los 60, el crecimiento de la capital fue vertiginoso. Cada año, su población aumentó en 250 mil habitantes, lo que equivalía a la población entera del Cusco. No había forma de atender con servicios básicos e infraestructura a los ciudadanos que recién llegaban. En resumen, Lima concentró la economía y, también, los problemas.

Los asuntos más importantes y urgentes eran agua, desagüe, energía, abastecimiento mayorista y transporte público. A ellos se sumaba la necesidad de diseñar proyectos técnicos de envergadura, respaldados financieramente. Sin planes, ni estudios, ni financiamiento, no podía hablarse seriamente de solución a los problemas municipales de la capital.

Esto fue lo que le pedí al equipo de asesores: que preparara planes y proyectos innovadores para Lima. Los resultados me sorprenden hasta ahora.

Llegamos al convencimiento de que, en el futuro inmediato, las relaciones, más que entre países, serían entre ciudades. Se calculaba por entonces que hacia el nuevo siglo XXI habría no menos de 21 “grandes metrópolis”, con una población

Raúl Diez Canseco Terry

mayor a 10 millones de habitantes. De estas, 18 estarían en países en vías de desarrollo. Y al ritmo que veníamos creciendo nosotros, Lima estaría entre una de esas megaciudades; como, finalmente, ha sido.

Los alcaldes debían, pues, ser gestores creativos y brazos ejecutores eficientes para atender la creciente demanda de servicios ciudadanos.

Fuimos los primeros en hablar de proteger el medio ambiente. El tema del reciclaje lo trajimos directamente de Curitiba, Brasil, la ciudad de 2.2 millones de personas que había revolucionado la gestión pública municipal. Curitiba era un ejemplo claro del cambio fundamental hacia el que caminaba el mundo.



LA ALIMENTACIÓN POPULAR ES
UNA DE MIS PREOCUPACIONES MÁS IMPORTANTES
PARA ALIVIAR LA POBREZA DE LOS SECTORES HUMILDES.

El artífice del cambio había sido su alcalde, Jaime Lerner, arquitecto de profesión y amigo del también arquitecto Eduardo Orrego Villacorta, por quien guardaba enorme cariño y respeto.

Con un grupo de nuestro equipo técnico viajamos a conversar con él para ver los avances que había logrado en el desarrollo de su ciudad. Nos recibió en su despacho y, entre todos los temas que abordamos, hubo uno que tenía un enorme potencial en Lima: el recojo ordenado y clasificado de la basura, conocido como la industria del reciclaje.

Lerner había empezado en 1970 con programas de bajo costo para construir áreas verdes, reconvertir la disposición final de residuos sólidos, promover la construcción de viviendas dignas para los pobres y desarrollar sistemas de tránsito moderno en la ciudad.

Nosotros propusimos atacar de manera integral el problema de la basura transfiriendo el barrido de calles, la recolección, el transporte y la disposición final de los residuos a la actividad privada.

Desde el municipio, planteábamos, debían aplicarse nuevos métodos, modernos y eficientes, para recolectar 5 mil toneladas diarias en operaciones separadas para la basura doméstica, la industrial hospitalaria y la proveniente de parques y jardines; la ubicación y construcción de plantas de transferencia y su depósito final en rellenos sanitarios.

Inspirados en esta experiencia internacional de buenas prácticas municipales, para nuestros asentamientos humanos diseñamos un programa que llamamos “Basura que no es basura”, el cual consistía en canjear basura por vales de alimentos en los Almacenes de la Familia, lo que suponía recoger productos para reciclar —preclasificados en casa— una vez por semana y, a su

vez, desligar criterios paternalistas y políticos de la asistencia alimentaria, logrando, en cambio, educar y limpiar la ciudad.

Con respecto al transporte público, concluimos que si usáramos unidades de 100 pasajeros ayudaríamos a resolver el caótico sistema, habría más orden en el tránsito y menos contaminación ambiental. Mientras que el comercio mayorista lo proponíamos resolver no solo terminando el Mercado de Santa Anita, sino construyendo cuatro mercados mayoristas más: en Lima Norte, Lima Sur, Lima Este y Lima Oeste.

La prensa y los analistas políticos reconocieron que tuvimos el mejor plan de gobierno para la ciudad.

Ricardo Belmont fue reelegido para seguir durante tres años al frente de la alcaldía. Unas semanas antes, Pablo Gutiérrez, exalcalde de Chorrillos y candidato a Lima, a quien Fujimori apoyaba, se retiró para evitar una derrota bochornosa. Entonces, el mandatario se apresuró a ‘subirse al carro’ del posible vencedor, según las encuestas, y le expresó su apoyo a Belmont.

El día de las elecciones, un coche bomba y disparos de mortero sobre un colegio electoral dejaron un muerto y varios heridos. Los resultados de las elecciones mostraron, una vez más, la ascensión de los independientes.

En la noche del viernes 29 de enero, tras conocerse los resultados de los escrutinios, fui a casa de Belmont para entregarle nuestro plan de gobierno municipal. Un apretón de manos selló el fin de esa campaña electoral.

Aprendí mucho en todo ese tiempo: la pronta frustración de una carrera política, primero con el cierre del Congreso y, luego, con la desafortunada candidatura al palacio municipal.



Por supuesto, los fracasos seguidos y tan rápidos me afectaron, pero fueron lecciones aceleradas de lo mejor que podía hacer por mi país bajo circunstancias tan adversas y, sobre todo, de que en ningún momento dejara de intentarlo.

Porque la rueda de la política no se detiene nunca. Si ganas, te corresponde trabajar para quienes te eligieron, y si pierdes, tienes que reflexionar en qué se falló y continuar preparándote y proponer nuevas alternativas para resolver los urgentes problemas de la gente.

El político no está hecho para la derrota, puede ser destruido, pero no derrotado. Dos años después de aquella experiencia, estaba otra vez embarcado en un viaje diferente para afrontar un nuevo desafío: la Presidencia de la República.

«Raúl era un personaje que ya tenía cierta presencia en el ambiente político y social del país. Cuando salió a la palestra, la gente se fijó en él. Hizo una carrera meteórica que le permite quemar etapas. Pero, en mi opinión, debió persistir. Yo aún lo veo en política. Tiene inquietudes. Si se presenta un momento adecuado, él va a asumir nuevamente su responsabilidad».

Domingo Palermo, exministro de Educación



ENTREGA A RICARDO BELMONT,
ALCALDE DE LIMA, LAS PROPUESTAS DE ACCIÓN POPULAR
PARA EL DESARROLLO DE LA CAPITAL.



CONTRA VIENTO Y MAREA

Fueron las elecciones generales más extrañas. En plena campaña estalla un conflicto bélico con el Ecuador. Hay denuncias de utilización del aparato del Estado en la campaña reeleccionista. Acción Popular pierde su inscripción como partido político y se libra una tarea titánica para su reinscripción.

En las elecciones generales de 1995, Fujimori se presentaba a la reelección. Aunque su imagen internacional había quedado seriamente dañada luego del autogolpe de 1992, los golpes asestados al terrorismo de Sendero Luminoso y a la hiperinflación de la administración aprista eran los dos logros más valorados por la población de los barrios más pobres de Lima y provincias en ese año.

En aquel momento yo era secretario general de Acción Popular, y nuestro candidato natural era el expresidente Belaunde. Sin embargo, declinó y confirmó su voluntad de no aceptar más ser candidato presidencial, como lo había sido en los años 56, 62, 63 y 80.

Entonces, dirigí todos mis esfuerzos a lograr una candidatura presidencial de consenso bajo el liderazgo del doctor Javier Pérez de Cuéllar. Insistí en varias oportunidades con esta opción e, incluso, sostuvimos varias reuniones con Alfredo Barnechea, muy vinculado al exsecretario general de las Naciones Unidas. Lamentablemente, no fue posible. El doctor Pérez de Cuéllar decidió formar Unión por el Perú y, con lista propia, presentarse a las elecciones.

En algunas tertulias privadas, Belaunde ya me había dado a entender de manera sutil que todos los acciopopulistas

teníamos “un deber cívico que cumplir”. La propuesta para que representara a Acción Popular como candidato presidencial me la hizo él mismo tras un caluroso mitin que tuvimos en Huancayo.

Le pedí tiempo para pensarlo. Pero me dijo que ya era tiempo de entregar la posta y de que alguien del partido asumiera tamaña responsabilidad.

Mis aspiraciones políticas para dicho proceso se orientaban a encabezar una lista parlamentaria y a superar los 50 mil votos que había obtenido por Lima en 1990. Sin embargo, la decisión partidaria ya estaba tomada: el 17 de setiembre de 1994, el plenario nacional de Acción Popular formalizó mi candidatura a la Presidencia de la República. En la fórmula me acompañaban el ingeniero Juan Incháustegui Vargas, a la Primera Vicepresidencia, y el ingeniero Edmundo del Águila Morote, a la Segunda Vicepresidencia.

Para ser candidato presidencial del Perú, primero hay que conocer el país, orillar su costa y parar en cada caleta y pueblo de pescadores desde Zarumilla, en Tumbes, hasta Santa Rosa, en Tacna; subir las nevaduras de los Andes; recorrer sus ciudades y llegar a las zonas rurales, a las comunidades altoandinas; internarse en la selva y navegar sus ríos por horas para llegar en balsa a los pueblos más distantes.

Ser candidato es ser un caminante, como Belaunde lo fue. Él recorrió el país de palmo a palmo, y conocía no solo la geografía del lugar, sino también la historia y las necesidades de cada pueblo. Ha quedado en mi memoria esa lección de civismo que dio en 1956 a un grupo de jóvenes del Frente Nacional de Juventudes que lo había invitado a ser su candidato a la Presidencia: *“Ni ustedes ni yo podemos lanzar una candidatura. Tenemos*

que recorrer previamente el país para saber si tiene o no receptividad, auscultar el sentir de la opinión pública”.

El destino quiso que tomara la posta. Toda la bitácora de aquella campaña la tengo documentada y contada en un libro, desde el sábado 3 de setiembre de 1994, con el primer mitin en Piura, hasta el miércoles 5 de abril de 1995, con nuestro cierre de campaña en el local central del Paseo Colón. Día a día, pueblo por pueblo. Allí están graficadas las enseñanzas, las esperanzas y los sueños que alimentaron mi visión de país.

Dos días antes de celebrarse el acto electoral, le escribí una carta a Belaunde. Aquí, dos párrafos:

“Al cabo de meses interminables, días inacabables, horas de intensa actividad y miles de minutos de gran tensión, y muchas veces de soledad, debo manifestarle que hice todo lo que estuvo a mi alcance por tratar de lograr una victoria justa para nosotros y, de esta manera, reivindicar a nuestro partido, injustamente maltratado por este gobierno”.



1995. EDMUNDO DEL ÁGUILA, RAÚL DIEZ CANSECO
Y JUAN INCHÁUSTEGUI EN LA FÓRMULA PRESIDENCIAL.

Raúl Diez Canseco Terry

“Hubiera querido, señor Presidente, tener más fuerzas, mayores recursos económicos y, ciertamente, más tiempo y capacidad personal para poder transmitir al Perú este mensaje que usted, hace más de 38 años, lleva por sus pueblos, donde la solidaridad es el eje central de nuestro pensamiento y doctrina”.

No fue una campaña limpia. El candidato-presidente tuvo todas las ventajas. Además, un conflicto con el Ecuador en plena campaña desvió la atención en las propuestas y centró el debate en los temas de soberanía y frontera.

En diciembre de 1994, a una semana de la Navidad, mi comitiva sufrió un atentado en el kilómetro 470 de la carretera que conduce de Tingo María a Huánuco. El diario La República, en su edición del 19 de diciembre del 94, detalló el incidente: “Disparan contra Raúl Diez Canseco”, tituló en primera plana. En sus páginas interiores relataba que “la vida del candidato presidencial por Acción Popular, Raúl Diez Canseco, así como la de su hija de 12 años y la de los integrantes de su comitiva, corrieron grave peligro cuando una patrulla militar disparó una ráfaga contra los vehículos en que viajaban”.



Definitivamente, no fue una campaña normal. Hubo múltiples denuncias de proselitismo y utilización de recursos del Estado, las cuales estuvieron dirigidas contra funcionarios públicos, traducándose –en algunos casos– en la presentación de denuncias fiscales ante las autoridades judiciales. Se respiró un ambiente de fraude. Yo mismo denuncié públicamente los casos de los cuadernos escolares que se regalaron en colegios y a los que se les había impreso una foto del candidato-presidente, así como el uso de miembros de las Fuerzas Armadas que repartían propaganda electoral.

La denuncia del caso de Huánuco, conocido como ‘Huanucazo’, constituyó la más seria de las denuncias al comprobarse votos fraguados a favor de candidatos del oficialismo. Lo mismo sucedió en la etapa post-votación, con la denuncia de la desaparición del material electoral.

Los resultados electorales del domingo 9 de abril fueron abrumadores: el candidato-presidente ganó en primera vuelta. Nuestra votación fue apenas una magra representación de lo que vimos en las calles y plazas del Perú. Una sombra, una cosa de no creer.

Mi reacción inmediata fue poner mi cargo de secretario general de Acción Popular a disposición del partido, y así lo hice. Sin embargo, consideré necesario hacer una declaración pública a través de los medios de comunicación. Esto fue lo que les dije:

“Queridos compatriotas,

*Como decían nuestros antepasados, son usos de la guerra vencer y ser vencidos.
Hoy me ha tocado perder.*

En estos momentos difíciles para mí, manifiesto mi profundo agradecimiento al pueblo generoso que me abrió sus puertas durante mi campaña. Debo reconocer que no llegué a convencerlos.

Expreso también mi gratitud a los militantes y amigos de Acción Popular, que hicieron posible una campaña sacrificada y sustentada en una propuesta al país.

Hago un llamado a los acciopopulistas, a persistir en nuestros ideales y valores, que son el sustento de nuestra organización, sobre cuya base cumpliremos nuevos retos, que la situación hoy nos exige. (...)

El pueblo ha dado su veredicto. Ojalá sus esperanzas sean satisfechas y que el Perú logre salir adelante.

Finalmente, en lo que a mí respecta, asumo la responsabilidad política de estos resultados y debo manifestarles, sinceramente, que la lección ha sido aprendida”.

¡Y claro que la lección fue aprendida!

La primera lección fue que no teníamos tiempo para procesar la derrota. La televisión anunció los resultados electorales, pero yo pensaba en todo lo que nos había pasado y cuál sería nuestro siguiente movimiento. No eran los resultados lo que me alarmaba. Sabía que el Gobierno había manipulado todo el proceso, pero no podía discernir con exactitud el nivel de tamaña osadía.

En algunos casos, la manipulación resultó grosera. En la selva, que fue siempre el bastión natural de Acción Popular, por ejemplo, no tuve votos. No es que hubieran anulado votos; simplemente, los desaparecieron. En Requena, Nauta y algunos distritos de Iquitos, donde teníamos comités y bases distritales abiertas... ¡no obtuvimos un solo voto! Era algo insólito, pero así se manejaba el país en aquel entonces.

Hay derrotas que a veces tienen más dignidad que el triunfo. Nosotros nos enfrentamos no a candidatos que competían en

una limpia y justa democrática; nos enfrentamos a un candidato que buscaba perpetrar su reelección.

En ese tipo de reflexión estaba –no había pasado ni media hora del anuncio del resultado oficial– cuando comuniqué en voz alta mi decisión al equipo de campaña:

–Mañana, a primera hora, hay que ir al JNE a comprar planillones para reinscribir el partido. Me entregaron un partido legalizado; lo menos que puedo hacer es recuperar su plenitud jurídica... eso haré.

Listo. Esa fue nuestra siguiente movida. No parar. Ni aun en la derrota.

Al día siguiente, lunes 10 de abril, los funcionarios del Jurado Nacional de Elecciones (JNE) se sorprendieron al ver a nuestra gente, en la puerta de sus oficinas, esperando para comprar planillones de inscripción electoral. Se negaron a atendernos aduciendo que los resultados electorales aún no habían sido oficializados. Ante nuestro enérgico reclamo, pues no existía argumentación jurídica para negarnos la compra de un nuevo kit electoral, fuimos atendidos y empezamos la titánica tarea de recolección de firmas por todo el país.

Belaunde, Violeta, mis padres y la militancia salimos a las calles para solicitar firmas y reinscribir a AP, mientras los demás partidos procesaban su derrota electoral. Una semana después llegaron los primeros paquetes de firmas, desde todos los rincones del país. Tuvimos que disponer de un ambiente para procesar, clasificar y almacenar la data. Nuestros ingenieros desarrollaron un software para digitar la información y transferirla a las computadoras de manera rápida y fácil. El trabajo fue febril, intenso y diligente. Durante semanas enteras pasamos varias noches sin dormir.

Más o menos a los 30 días de haber empezado el trabajo, nos llegó una noticia: el Gobierno preparaba un proyecto de ley para terminar de liquidar a las organizaciones políticas. Proponía subir de 1% a 5% el número de adherentes para inscribir a un partido político. Esto significaba unas 480 mil firmas: cuatro veces más la cantidad de adherentes, hasta entonces necesaria, que eran 180 mil firmas. Era claro que el Gobierno quería elevar la valla de la inscripción de los partidos políticos, no para tener organizaciones más fuertes y con respaldo, como decían, sino para disminuir el número de actores políticos en juego.

El proyecto de ley fue redactado el 4 de mayo y presentado al día siguiente a Oficialía Mayor del Congreso con las firmas de los parlamentarios Martha Chávez y Juan Hermoza Ríos. Se le dispensó de todo trámite en la Comisión de Constitución, y su texto original fue sustituido por otro de, igualmente, siete artículos, el último de los cuales señalaba que su entrada en vigencia regía no al día siguiente de su publicación en el Diario Oficial El Peruano –como ocurre con toda nuestra legislación–, sino “desde el día de su publicación”.

Recuerdo que la noche del debate, el jueves 11 de mayo, la sesión del Congreso fue un verdadero pandemonio. La discusión fue ardua, áspera y, en muchos momentos, accidentada. Mientras tanto, en nuestro centro de cómputo, terminábamos de digitar los planillones que seguían atiborrados en los almacenes y que, sorprendentemente, desbordaban nuestra capacidad de trabajo.

Debíamos entregar a tiempo los paquetes finales al JNE. Si la ley se aprobaba sin que entregáramos todas las firmas recabadas, entraría en vigencia la nueva ley y, por consiguiente, nuestro empeño tendría que cuadruplicarse, con los costos en tiempo y esfuerzo que eso significaba.

En un momento de verdadera desesperación, llamé a Lourdes Flores, destacada militante del Partido Popular Cristiano que participaba en el debate del Congreso, y le dije:

–Lourdes, necesito tiempo para llegar al Jurado Nacional de Elecciones con mis últimos planillones y terminar de digitar la documentación que necesitamos para reinscribir a Acción Popular. Prolonga el debate, extiende tu discurso, enférmate, tírate al piso, no sé, pero alarga el debate hasta después de la medianoche.

La noche del jueves 11 de mayo de 1995, Lourdes dio uno de los discursos más largos de su carrera política. Los ánimos en el Congreso se crisparon al máximo. La tensión del debate subió tanto que los parlamentarios de la oposición se retiraron del hemiciclo como protesta. El reloj se acercaba a la medianoche e, inexorablemente, un nuevo día llegaba.

El relator del Congreso llamó lista y vino la votación: 43 votos a favor, uno en contra (de Rafael Rey). El legislador Xavier Barrón presentó un pedido de reconsideración, pero no alcanzó los dos tercios del número hábil de parlamentarios que exige el reglamento del Congreso. Al final, el proyecto fue aprobado. El reloj marcaba más allá de las 12 y 30 de la noche.

Ese mismo día, a las 9 de la mañana, nos acercamos al JNE con nuestro último lote de firmas. Mientras consultaban en una y otra oficina, y revisaban uno por uno los diskettes en los que consignábamos la información electrónica, los nervios templados de los militantes empezaban a sentir la tensión. Nos enviaban de uno a otro lado.

Nadie en el JNE quería recibir los planillones finales. Hasta que, sin argumentos, no tuvieron más remedio que aceptar el ingreso de la última documentación. El matasellos de la Oficina

de Administración Documentaria del JNE indica el día y la hora de la recepción: 12 de mayo de 1995, a las 2:30 p.m.

Lo que pasó de aquí en adelante es digno de contarse porque es una disputa –entre legal y matemática– que llevamos día a día con lápiz y papel en mano.

El viernes 12 de mayo ingresamos el expediente solicitando la reinscripción del partido con un total de 141 mil 744 firmas. El lunes 15 de mayo, un informe extraoficial señalaría que solo contábamos con 98 mil 910 firmas válidas. Al día siguiente presentamos un recurso de corrección de apellidos y nombres con 5 mil 080 correcciones, por lo que se verificó un total de 103 mil 990 firmas. El sábado 20 de mayo, el JNE nos informó oficialmente que se había aprobado 91 mil 941 firmas. El lunes 22 presentamos 11 mil 636 firmas adicionales y un recurso con 5 mil 702 nombres y libretas electorales corregidas.

Esa misma noche nos enteramos, nuevamente extraoficialmente, de que el JNE nos había contabilizado 104 mil firmas presentadas. A partir de esta cifra, mi razonamiento, puesto en blanco y negro en un papel que aún conservo –tengo la manía o la virtud de archivarlo todo–, fue el siguiente:

91,941 firmas aprobadas el 20 de mayo del primer lote.

5,032 firmas adicionales tras las correcciones.

8,295 firmas aprobadas del grupo adicional presentado.

El total fue 105 mil 268 firmas, lo que significaba que en la revisión de firmas nos habían anulado solo 415, lo que finalmente nos dio un total de 104 mil 853 firmas válidas.

El martes 23 de mayo de 1995, el Jurado Nacional de Elecciones no tuvo más remedio que publicar la Resolución N° 276-95-

JNE, por la cual certificaba la aprobación de 104 mil 853 firmas válidas presentadas por Acción Popular, el número exacto que habíamos calculado.

En apenas un mes habíamos logrado lo que parecía imposible: recolectar las firmas necesarias y reinscribir a Acción Popular como organización política. Al tomar la decisión de no descansar ni un segundo tras los resultados electorales, movilizamos el músculo partidario en forma sincronizada y nos sacamos de encima el marasmo de la derrota en los comicios.

Los medios reseñaron mis palabras al conocer la noticia: *“La reinscripción de Acción Popular refleja su vitalidad como partido político y, al mismo tiempo, abre una nueva era y perfila nuevos horizontes a nivel nacional”*.



“ *Hago un llamado a los acciopopulistas, a persistir en nuestros ideales y valores, que son el sustento de nuestra organización, sobre cuya base cumpliremos nuevos retos, que la situación hoy nos exige. (...)* ”



**PRIMERO
EL PERÚ**



DE REGRESO A PALACIO

El tiempo pasa y el país lucha por la recuperación de la democracia. Los partidos vuelven a activarse, y el pueblo los recompensa con su voto. RDCT es elegido en la fórmula ganadora como primer vicepresidente de la República.

Desde un principio, las elecciones presidenciales del 2000 fueron un proceso que enfrentó una severa crisis de credibilidad. La serie de deficiencias e irregularidades de parte del oficialismo, que postulaba nuevamente al candidato-presidente para un tercer periodo, expresaban la percepción generalizada de un inevitable fraude en relación con los resultados, cualquiera que estos fueran.

Fujimori fue reelegido después de una solitaria segunda vuelta electoral ante el retiro del candidato de Perú Posible, Alejandro Toledo. Era julio del 2000, y el descontento ciudadano por la situación social y política del Perú era visible. Todo ello convergió en una de las marchas multitudinarias, llamada de los ‘Cuatro Suyos’, que duró cerca de tres días, llegando a su máxima expresión el 28 de julio de ese año.

El líder del partido Perú Posible hizo la convocatoria, y desde diversos rincones del Perú llegaron delegaciones que se fueron instalando en plazas y calles, pero también estaban los grupos de indignados limeños.

Ese día, mientras en el Congreso se realizaba la ceremonia de juramentación a puerta cerrada, las calles ardían. Se atacó edificios, como los del ex-Ministerio de Educación y del Jurado Nacional de Elecciones, y se incendió el Banco de la Nación,

donde fallecieron seis personas. El nuevo régimen resistió y reprimió, y se mantuvo en el poder hasta el 14 de setiembre, en que los peruanos vimos a Vladimiro Montesinos pagándole 15 mil dólares al parlamentario de Perú Posible Alberto Kouri para que se pasara al oficialismo. Era el principio del fin.

En un sorpresivo mensaje a la Nación, Fujimori convocó a nuevas elecciones, prometió que él no sería candidato y anunció la desactivación del Servicio de Inteligencia Nacional. Al poco tiempo renunció Francisco Tudela a la Vicepresidencia de la República y, luego, la fiscal de la Nación, acusada de corrupción. La persecución a Montesinos fue implacable, pero no fue hallado. En cambio, se presentaron nuevos videos comprometedores con los comandantes generales de las Fuerzas Armadas y los ministros.

Se acercaba el fin. El 13 de noviembre, Fujimori tomó el avión presidencial y viajó a Brunéi para asistir a la cumbre de Estados de la APEC. Ese mismo día, la presidenta del Congreso fue censurada, y tres días después juró Valentín Paniagua como nuevo presidente del Parlamento.

El 19 de noviembre, Fujimori renunció vía fax a la Presidencia de la República. Tres días más tarde, el 22 de noviembre, Paniagua juró como nuevo presidente del Perú con el encargo de realizar las elecciones en abril de 2001.

Aún se conservan frescos en mi memoria los recuerdos de aquella etapa trepidante de la política peruana.

Un día, durante el verano del 2001, recibí una llamada telefónica. Era Alejandro Toledo invitándome a conversar con un desayuno en La Tiendecita Blanca. El tema de la reunión era uno solo: dialogar sobre el proceso electoral de ese año.

REPUBLICA DEL PERU



Jurado Nacional de Elecciones

Credencial

Don Raúl Díez Canseco Terry

ha sido elegido y proclamado
Primer Vicepresidente Constitucional de la República
para el periodo 2001-2006

Lima, Junio 2001

Manuel Sánchez-Palacios Parra
Presidente

Adelaida Bolívar

Carlos Vela

Ramiro De Vallejos

Ramiro De Vallejos

Fernando Bullán-Landa Córdoba
Secretario General

Conversamos largamente sobre el país, el contexto internacional y nacional y las posibilidades que existían de ganar las elecciones. Cortésmente, me propuso que lo acompañara en la Primera Vicepresidencia. Le agradecí la invitación y le dije que, como militante y dirigente de Acción Popular, estaba obligado a respetar las normas y reglas partidarias, y que debería ser consultada, en particular, con Fernando Belaunde.

Belaunde conocía a Toledo desde su destierro, causado por el gobierno militar en la década del 70, cuando fue invitado a dictar cátedra en diversas universidades de los Estados Unidos. Siempre existió una buena relación entre ambos. Incluso el expresidente ayudó a Toledo recomendándolo, mediante una carta escrita, para que continuara sus estudios universitarios.

Personalmente, yo lo conocía desde las elecciones presidenciales de 1995, cuando él era candidato por su partido, País Posible, y yo, de Acción Popular. Guardé por él una auténtica simpatía por el modo en que había logrado superarse profesionalmente gracias a la educación y por no haber olvidado sus raíces andinas. Apreciación que compartí con Belaunde Terry.

Apenas terminamos el desayuno, Toledo se fue a la casa de Belaunde para hablar con él y comentarle que había pensado en mí como candidato a la Primera Vicepresidencia. El arquitecto y Violeta quedaron encantados con la noticia. El expresidente le dio su palabra al candidato de que se encargaría él mismo de tramitar el permiso de Acción Popular. Mi candidatura fue sellada con un abrazo y sonrisas. Risueñamente, Violeta le comentó en broma:

—No te arrepientas después, ¡ah!

Acudí posteriormente al departamento de Belaunde. En el camino pensaba en las razones que habría tenido Toledo para

proponerme como parte de su fórmula presidencial. Llegué a la conclusión de que mi conexión con las mujeres organizadas de los comedores populares y los jóvenes emprendedores, así como mis vinculaciones con el sector empresarial, habrían pesado al momento de preparar la estrategia de su campaña.

Al llegar al departamento de Conde de la Monclova, Fernando y Violeta me abrazaron al mismo tiempo. Estaban muy contentos y me alentaron a trabajar por el Perú.

El presidente Belaunde puso a consideración del Comité Político de Acción Popular, integrado por los exsecretarios generales Gastón Acurio Velarde, Javier Arias Stella, Sandro Mariátegui Chiappe, Javier Alva Orlandini, entre otros, mi postulación en la fórmula presidencial. Obtuve la autorización unánime por la máxima instancia partidaria. Nunca renuncié a AP. Se me otorgó la licencia respectiva. Tengo la carta fechada el 10 de enero del 2001 y firmada por el secretario general del partido y por su presidente, Fernando Belaunde Terry.

Perú Posible ocupó el primer lugar en la primera vuelta, y en la segunda obtuvo el 53,1% de los votos válidos, frente al 46,9% del APRA, liderado por Alan García.

Tras ganar las elecciones, Toledo se reunió con diferentes personas a fin de preparar la conformación de su primer gabinete. Cuando acepté acompañarlo en la Primera Vicepresidencia, le había manifestado mi interés de formar parte activa de su gobierno, sobre todo en temas en los que había adquirido una gran experiencia a lo largo de mi vida, como educación, emprendimiento, turismo y negociaciones internacionales.

La ilusión de buscar una sociedad mejor y nueva ha alentado siempre mi empeño en lograrlo con coraje y esperanza. Había colaborado en la conformación de equipos de trabajo

durante la campaña y en las propuestas del Plan de Gobierno, especialmente en educación –un tema donde el país tenía la imperiosa necesidad de acortar la brecha y preparar mejor a sus recursos humanos–, que por estas razones me hubiera gustado ser el titular de Educación del primer gabinete de gobierno.

Es más, pocos saben que le pedí formalmente al presidente Toledo que me nombrara presidente del Consejo de Ministros y ser portavoz autorizado del Gobierno. Era consciente de tan grande responsabilidad, pero confiaba en mi experiencia para coordinar las políticas, las acciones y las funciones de todos los ministerios de manera correcta. Sin embargo, el presidente ya había decidido llamar a Roberto Dañino, noticia que supe mucho más tarde.

El gabinete empezó a conformarse, y la verdad es que hasta hoy desconozco las razones por las que Toledo no me llamaba; pero, como dice un viejo adagio, si Mahoma no va a la montaña... Hablé con una persona allegada a él y le expresé con sinceridad mis expectativas de colaborar de manera activa en el Ejecutivo; quería retribuirle a mi país algo de lo mucho que me había dado y, también, poner en práctica aquello en lo que me había preparado toda la vida.

Toledo me llamó al poco tiempo y me dijo que el sector Educación ya lo tenía comprometido, por lo que puso a mi consideración el sector Turismo, dada mi experiencia en este campo. Fue así que, finalmente, me nombró titular del Ministerio de Industria, Turismo, Integración y Negociaciones Internacionales (Mitinci), que más tarde, junto con un grupo excelente de gente joven, muy profesional y con mucha mística por promover el país, convertimos en lo que hoy es el Ministerio de Comercio Exterior y Turismo (Mincetur).

Al asumir el Gobierno nos encontramos ante una aguda crisis económica y con las secuelas de escándalos de corrupción en el aparato estatal que involucraban a las Fuerzas Armadas. Uno de los actos positivos que tuvo el presidente Toledo fue viajar. Logró mejorar la imagen internacional del Perú. En su gira a EE.UU. y Europa, por ejemplo, obtuvo el ofrecimiento de créditos y donaciones destinados al financiamiento de los programas sociales y a la reactivación económica. Sus viajes fueron frecuentes durante los primeros años de su gobierno.

Durante su ausencia del país, reemplazaba al jefe de Estado y me encargaba del Despacho Presidencial, de acuerdo con el mandato constitucional. Despedía y recibía al presidente Alejandro Toledo en el Grupo Aéreo N° 8 cada vez que viajaba en visita oficial o de trabajo a algún país del mundo. A su regreso, lo esperaba con una carpeta que contenía mi reporte por escrito de todo lo que había realizado en su ausencia, y se la entregaba apenas bajaba del avión diciéndole: “Todo conforme, señor presidente”.

Fueron más de 60 días los que ejercí el mando como presidente de la República en 29 meses de función pública, desde julio del 2001 hasta enero del 2004, cuando me alejé definitivamente del Gobierno. Pasé 946 días como primer vicepresidente de la República y 865 días como ministro de Estado.

En todo ese tiempo, y gracias a la libertad que me dio el presidente Toledo, pudimos impulsar políticas públicas en Comercio y Turismo –que eran mis sectores como ministro–, y también en otras áreas que no eran directamente de mi competencia, como Vivienda, para lo cual conté con el apoyo del primer ministro y del ministro del sector.

Desde la política de vivienda social que había aplicado Belaunde en sus dos gobiernos –el impulso del Banco Central

Hipotecario, la creación del Banco de Vivienda y del Banco de Materiales, la habilitación de lotes urbanos, la edificación de chalets residenciales para la clase media y un sistema de hipoteca social—, la construcción de viviendas en el país estaba casi paralizada.

Este era un tema de conversación con Miguel Romero Sotelo, un destacado arquitecto egresado de la Universidad Nacional de Ingeniería, que en los años 70 diseñó los planos de Villa El Salvador, quizás la única ciudad en el Perú que, a pesar de haber sido fruto de una invasión, desde el comienzo fue planificada como un espacio no solo para vivir, sino también para que las familias tuvieran acceso a trabajo, estudio y recreación.

Miguel Romero asumió el Viceministerio de Vivienda, así que, a través de él y su equipo, nos dedicamos a diseñar la nueva política de vivienda del Perú. El Estado debía dejar de construir inmuebles para asumir el rol de promover la inversión y facilitar las licencias de construcción, y ser el sector privado el encargado de diseñar, construir y vender las viviendas. De esta manera, la mayor responsabilidad y riesgo recaía en este último.

Al Plan Nacional de Vivienda lo llamamos Vivienda para Todos. Y de aquí se desprendió cada uno de los subprogramas que se diseñó para los diversos estratos sociales: Mi Vivienda, Techo Propio, Techo Propio Deuda Cero y Mejoramiento Integral de Barrios y Generación de Suelos Urbanos.

El problema más serio fue el aspecto financiero. En una oportunidad en que el presidente Toledo salió de viaje, convoqué a Palacio a los principales representantes de la banca y finanzas nacionales para exponer la nueva política de vivienda social del Gobierno y, de ese modo, generar la confianza en ese sector. Acudieron a la cita los grupos Romero, Brescia, Santander, entre otros.

Los programas de vivienda social, digamos, no estaban en su primer cuadrante de interés, así que presenté un plan integral de inversión. Mi pedido fue uno: dinamizar la inversión en construcción y brindar créditos favorables a las familias. Abriríamos una cartera de inversiones en 500 mil hectáreas de terrenos que contarían con todos los servicios básicos de la población. Se trataba de la zona comprendida en el eje de la avenida Argentina y la avenida Colonial, el otrora cordón industrial de la capital que había caído en desuso y abandono, y que, en la mayoría de casos, conservaba cascarones de las antiguas fábricas que eran usadas como depósitos, almacenes, talleres tugurizados y comercio informal.

Luego presenté el proyecto piloto de Techo Propio en Martínete, sobre un terreno de tres hectáreas, en la margen izquierda del



CON MIGUEL ROMERO, VICEMINISTRO DE VIVIENDA, NOS DEDICAMOS A DISEÑAR LA NUEVA POLÍTICA HABITACIONAL DEL PERÚ.

río Rímac, entre los puentes Huáscar y Huánuco, a pocas cuadras del Palacio de Gobierno, en el que un basural se transformaría en un proyecto de vivienda decente para gente de escasos recursos.

Otros proyectos fueron Mi Vivienda en Surco y tres más de Mejoramiento Integral de Barrios: uno en San Juan de Lurigancho (Lima Este), otro en Villa El Salvador (Lima Sur) y otro en Puente Piedra (Lima Norte).

Lo que más impresionó a los banqueros fue la sinceridad y la transparencia. Los modelos los habíamos tomado de tres países latinoamericanos: de Colombia adaptamos el Programa Metrovivienda; de Brasil, el Bono Habitacional, y de Chile, el Programa Chilebarrio. Lo segundo que les dijimos –medio en broma, medio en serio– fue que, si todo esto no funcionaba, restableceríamos una banca de fomento. Todos soltaron la carcajada; era volver a la década de 1970.

Uno a uno, los empresarios mostraron su apoyo y confianza en los diferentes programas. Activada la rueda positiva del crédito masivo para la construcción de viviendas, en los siguientes meses logramos tener al presidente de la República ocupado inaugurando condominios y entregando llaves de departamentos a sus propietarios. Economistas, líderes de opinión, inversionistas y público en general empezaron a hablar, a partir de aquel momento, del “*Boom* de la construcción” y del “*Boom* inmobiliario”.

La ejecución de los proyectos no fue una tarea fácil. Para empezar, se modernizó el Reglamento Nacional de Zonificaciones, que limitaba la utilización de terrenos urbanos o impedía el crecimiento vertical de Lima y que, con el paso del tiempo, se convirtió en una traba para la construcción.

Se superó también algunos tabúes sobre el promedio en metraje de construcción para viviendas, y propusimos cambios en la normatividad vigente. La mayoría de las familias aspiraba a vivir en departamentos de 120 m² o 150 m², pero las condiciones de pago no estaban al alcance de su economía. Usando un terreno de 36 m², propusimos construir viviendas modulares de 52 m², con dos pisos de 26 m². El costo de este inmueble fue de 8 mil dólares y, para adquirirlo, el interesado obtenía del Estado un bono de 3 mil 500 dólares para pagar la diferencia en largas mensualidades. Con estas características se construyó el Complejo Habitacional Martinete, viviendas en una urbanización popular con servicios de agua, desagüe, luz y gas domiciliario.

El proyecto inmobiliario El Mirador, con un total de mil 500 inmuebles con vista al mar, en Pachacútec, Ventanilla, ganó el premio Rafael Leoz de España, otorgado al arquitecto Romero. Su mensaje fue “La ciudad crece por inversión, no por invasión”.

Este cambio de paradigma en el sector público fue un instrumento que sirvió para transformar otros sectores, como el de incorporar a la juventud al más alto nivel de decisiones que existe en el Ejecutivo y darle un asiento en el Consejo de Ministros a través de la creación del Consejo Nacional de la Juventud (Conaju).

Este fue un compromiso que habíamos adquirido durante la campaña y que cumplimos el 28 de julio del 2001 cuando, en su mensaje a la Nación, el presidente de la República anunció la prepublicación de la norma que creaba el mencionado consejo. Los jóvenes pasaron a ser actores del cambio. El país tenía en ese momento más de 16 millones de hombres y mujeres menores de 29 años, que representaban el 62,5% de la población. Sustenté el proyecto de ley de creación del Conaju en junio del 2002, luego

de gestionar el anteproyecto en un amplio debate por todas las regiones. El 28 de julio de ese mismo año fue promulgado por Alejandro Toledo.

Pero no siempre se avanza como se desea. Para gobernar se precisa firmeza, pero también mucha flexibilidad y mucha paciencia. Debo admitir que enfrentamos problemas difíciles y los resolvimos, a veces, literalmente, poniendo el pecho.

El año 2002 fue particularmente muy convulsionado. En junio, en Arequipa, el Frente Amplio Cívico de Arequipa (FACA) se opuso a la medida del Ejecutivo para privatizar la Empresa de Generación Eléctrica de Arequipa (Egasa) y Egesur de Tacna, y convocó a diversas medidas de protesta.

El 13 de junio inició una huelga de hambre en el atrio de la Catedral y, al día siguiente, Arequipa se declaró en huelga indefinida. No había transporte público, los establecimientos dejaron de atender y se suspendieron las labores escolares y académicas. Las movilizaciones y choques con la Policía se acrecentaron.

El día 16, el Gobierno dispuso el estado de emergencia, y Arequipa quedó al mando del jefe de la Tercera Región Militar, general Óscar Gómez de la Torre. Al día siguiente, siete alcaldes y una regidora, con Juan Manuel Guillén, burgomaestre de Arequipa, a la cabeza, se sumaron a la huelga de hambre de los dirigentes.

Esta protesta social se conoció luego como el 'Arequipazo'.

Fui a ver al presidente Toledo. Lo encontré en su despacho alarmado por las noticias y la crispada situación política. Se percibía tensión en la Casa de Gobierno. La situación amenazaba con sembrar dudas sobre la viabilidad de nuestro plan de gobierno. El presidente había confiado en una encuesta

capitalina que daba por hecho la aceptación de los arequipeños al proceso privatizador de las dos empresas públicas. No obstante, la realidad de Arequipa era otra: el 90% rechazaba la medida, según los medios locales.

Tomé la decisión de pedirle al presidente que me permitiera intentar la mediación, consciente del riesgo de que el conflicto se extendiera por todo el sur andino, pues los departamentos de Cusco, Puno, Tacna y Moquegua amenazaban con plegarse a la paralización. Lo único que pedí fue respaldo y poderes plenos a mis gestiones como mediador.



CON LA CREACIÓN DEL CONAJU, LOS JÓVENES PASARON A SER LOS ACTORES DEL CAMBIO.

Raúl Diez Canseco Terry

Lo primero que hice fue llamar a un viejo amigo, monseñor Fernando Vargas Ruiz de Somocurcio, quien durante mucho tiempo había sido arzobispo de Arequipa, muy querido por el pueblo, y le pedí que me ayudara. Aceptó. Ese mismo día, de manera secreta, abordó un avión de la Fuerza Aérea, junto con uno de mis colaboradores, y enrumbó a esa ciudad. Minutos después aterrizaba en la base militar de La Joya. El aeropuerto de la Ciudad Blanca había sido atacado.

Tras algunas horas de conversaciones con los principales dirigentes de la protesta, percibió que los líderes del levantamiento —encabezados por el alcalde de Arequipa, Juan Manuel Guillén— y el Frente Amplio Cívico estaban dispuestos a negociar con los representantes del Poder Ejecutivo. Monseñor Vargas regresó en la madrugada del día siguiente a Palacio de Gobierno y, luego de contarnos sus conversaciones iniciales, nos dijo que podíamos ir:

A borde de un Antonov, y acompañados de funcionarios y asesores, viajamos con los ministros Aurelio Loret de Mola (Defensa), Diego García Sayán (Justicia), Fernando Carbone



EL AÑO 2002 FUE PARTICULARMENTE MUY CONVULSIONADO EN EL SUR DEL PAÍS.
HUBO OPOSICIÓN A LA PRIVATIZACIÓN DE LAS EMPRESAS DE GENERACIÓN ELÉCTRICA.

(Salud) y Nicolás Lynch (Educación). Llegamos a tierra arequipeña en medio de un ambiente de tensión. Tardamos casi una hora en cubrir el trayecto desde el aeropuerto hasta el colegio San José, donde se realizaría el diálogo. Las autopistas estaban tomadas por piquetes de huelguistas, y las barricadas se divisaban por todas partes. En los techos de las casas, la gente golpeaba ollas y mostraba pancartas contra el Gobierno.

El bus en que viajábamos fue atacado violenta y sucesivamente con piedras y ladrillos. En varias ocasiones, mi agente de seguridad, César Chacaltana, debió cubrirme con su cuerpo para protegerme de la lluvia de proyectiles que se estrellaba contra nuestro vehículo. Era evidente que los agitadores no querían que la comitiva llegara a negociar. El caos se había apoderado de la ciudad.

La población rodeó el colegio San José de La Inmaculada, donde finalmente se iniciaron las conversaciones. Esa noche debimos de dormir allí debido al riesgo que significaba salir a la ciudad. En ese clima de tensión y zozobra, las negociaciones fueron tirantes, por momentos infructuosas. En algún momento, Guillén me dijo que la situación se había vuelto inmanejable y que a él y a sus dirigentes se les había escapado de las manos. Comprendí que no había más remedio: no debía insistirse con la privatización de las empresas eléctricas Egasa y Egesur.

Tras dos días de conversaciones interminables, casi sin descanso, y en contacto permanente con el presidente Toledo, finalmente logramos un acuerdo: reconocimos el derecho del pueblo arequipeño a decidir sobre el futuro de las empresas eléctricas y se dejó al Poder Judicial la responsabilidad de resolver la acción de amparo que se había interpuesto contra su privatización.

La firma de la Declaración de Arequipa recuperó la paz social que por momentos había amenazado con desbordarse por el

sur del país, y quién sabe qué habría pasado si nuestra misión hubiera fracasado y no hubiéramos logrado apagar ese incendio.

Sin embargo, hay que decirlo, el 'Arequipazo' frenó el programa de privatizaciones y derribó el gabinete ministerial presidido por el premier Roberto Dañino. Durante la protesta se dieron hechos vandálicos; más allá de las barricadas, se registraron saqueos y se afectó la propiedad pública y privada. Se calcula que se perdieron alrededor de 2 mil 500 millones de soles y se bloqueó el crecimiento de la región.

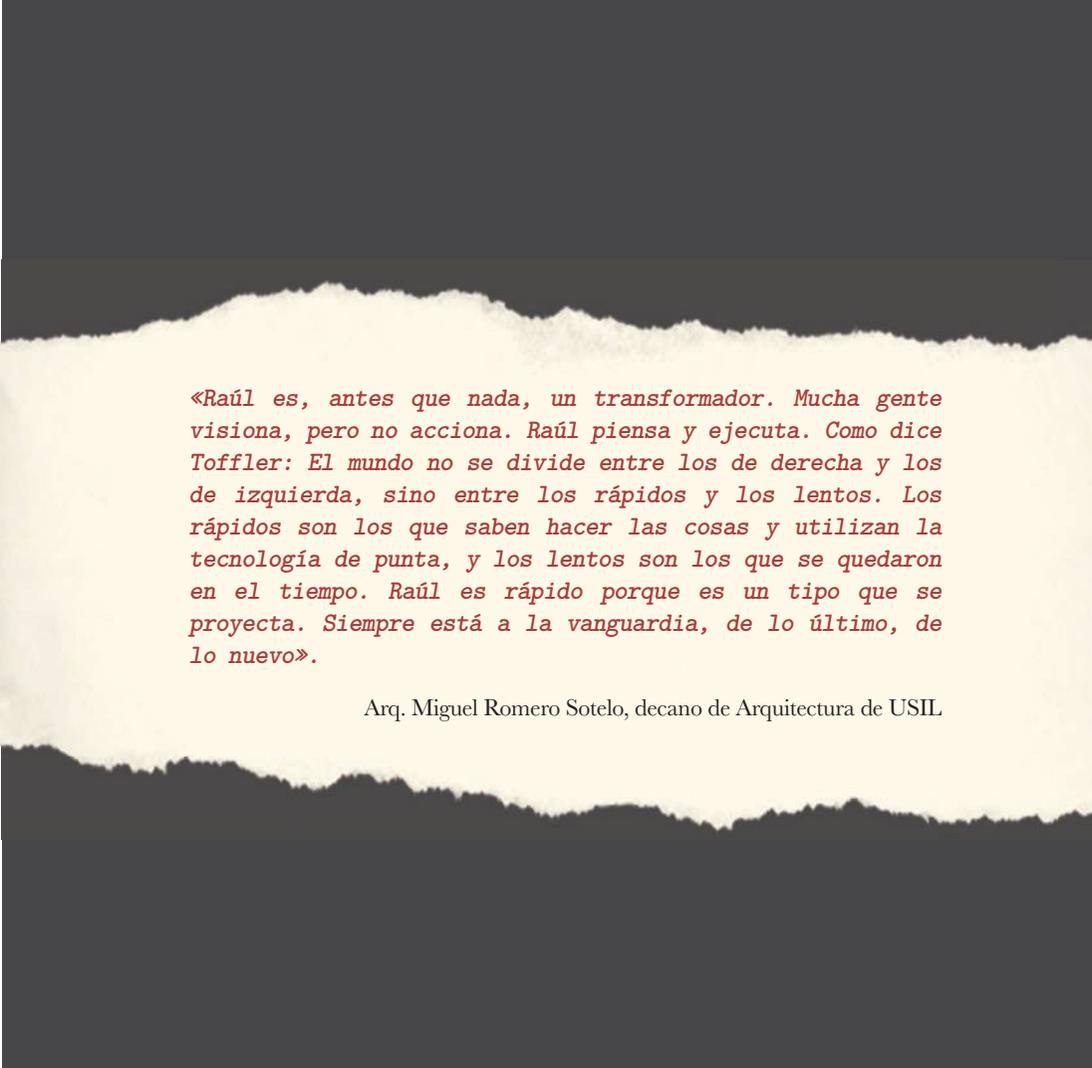
La vida democrática no requiere uniformidad en el modo de pensar, pero sí un sentido común para solucionar los problemas a pesar de las diferencias. Por ello, tenemos la necesidad de reconstruir permanentemente nuestras instituciones democráticas a través de la vigencia de la ley y en contacto con la ciudadanía, sin importar el tiempo que dediques a gobernar, sea de día o de noche.

Pasas horas de horas revisando documentos, analizando estudios, escuchando propuestas, aprobando o rechazando proyectos, resolviendo problemas, agilizando o destrabando procesos, tomando decisiones. Es un trabajo a tiempo completo. La calle es solo un espacio que ves a través del vidrio del auto, mientras te trasladas de un acto oficial a otro, o cuando vas camino a tu hogar. Y aun en ese trayecto, sigues conectado al organismo vivo que es el Estado en el que vives y al que alimentas con tus decisiones; respondes el teléfono, das indicaciones, escuchas consejos, dictas directivas.

Todas las noches, antes de irme a casa, desde las ventanas de mi oficina, en Petroperú, echaba una mirada a la Vía Expresa. Abajo serpenteaban las luces rojizas de los autos, la ciudad era contorneada por los postes de alumbrado eléctrico, y a lo lejos destacaban las luces casi fantasmales que iluminaban las

viviendas construidas en las cuestas de los cerros. En invierno, la neblina reptaba sobre los vidrios de las ventanas y me aislaba de Lima.

Cuando no atendía los asuntos de la Primera Vicepresidencia, estaba sumergido en los temas del Ministerio de Comercio Exterior y Turismo.



«Raúl es, antes que nada, un transformador. Mucha gente visiona, pero no acciona. Raúl piensa y ejecuta. Como dice Toffler: El mundo no se divide entre los de derecha y los de izquierda, sino entre los rápidos y los lentos. Los rápidos son los que saben hacer las cosas y utilizan la tecnología de punta, y los lentos son los que se quedaron en el tiempo. Raúl es rápido porque es un tipo que se proyecta. Siempre está a la vanguardia, de lo último, de lo nuevo».

Arq. Miguel Romero Sotelo, decano de Arquitectura de USIL



PROMOVIENDO PAÍS

A la función de primer vicepresidente se suma la de ministro de Estado. Nuevos retos en escena: duplicar las exportaciones y promover al Perú en el mundo como una potencia gastronómica y turística. Se inician las conversaciones para el crucial Tratado de Libre Comercio entre Perú y Estados Unidos.

Tuve dos despachos en el Ejecutivo: mi oficina de primer vicepresidente, ubicada en uno de los últimos pisos del Edificio Petroperú, en San Isidro, y mi oficina como ministro de Comercio Exterior y Turismo, en el Edificio Corpac, a la espalda del Ministerio del Interior, a pocas cuadras de la primera. Fuera de los viajes que realicé dentro y fuera del país, desde que ingresé al Gobierno hasta que me fui, mi vida transcurrió entre estas dos oficinas y Palacio de Gobierno.

Aun cuando el cargo de vicepresidente tiene como única responsabilidad reemplazar al presidente de la República en su ausencia, todos los días tenía gente en mi despacho solicitando audiencia para tratar algún tema relacionado con el funcionamiento del Estado. Al asumir al mismo tiempo el Ministerio de Industria, Turismo, Integración y Negociaciones Internacionales (Mitinci), pensaba que podía usar sólo esta oficina para despachar, pero me equivoqué. Debí partir mi horario y dividir mi tiempo entre el ministerio y la Primera Vicepresidencia.

Tenía claro que el país debía insertarse, necesaria y adecuadamente, en la economía global. Hasta entonces, los esfuerzos hechos estaban orientados a promover el Perú fundamentalmente en la Comunidad Andina. En ese camino,



DESDE EL MINCETUR, EL OBJETIVO ERA PROMOVER LA COMPETITIVIDAD DE LAS EMPRESAS VINCULADAS AL COMERCIO EXTERIOR Y A LA INDUSTRIA TURÍSTICA.

lo primero que propuse fue una reingeniería: deshacernos del Mitinci y crear el Ministerio de Comercio Exterior y Turismo (Mincetur). Nuestra visión era muy ambiciosa: promover la competitividad de las empresas vinculadas al comercio exterior y a la industria turística en el mundo.

Con esa visión se creó el Consejo Nacional de Competitividad, una comisión de trabajo público-privada en la que intervinieron el Mitinci, Transportes y Comunicaciones, la Cancillería, Comex, la Cámara de Comercio de Lima, ADEX, entre otros. Una de las primeras tareas del Consejo fue elaborar un proyecto para convertir al Perú en un *hub*, un centro radial de operaciones e inversiones para toda América del Sur.

Con el tiempo, esta visión sirvió de sustento para lograr el interés de operadores mundiales de puertos en las concesiones del Muelle Sur y el Muelle Norte, en el Callao, con una inversión cercana a los 3 mil millones de dólares.

Otro objetivo fue asegurar las mejores condiciones de acceso a nuestras exportaciones en los mercados mundiales y la defensa de nuestros intereses en el marco de las negociaciones comerciales internacionales. El primer paso en ese camino era negociar y/o renegociar tratados de acuerdos internacionales, el primero de los cuales fue con los Estados Unidos.

El Perú tenía con los Estados Unidos la Ley de Preferencias Arancelarias Andinas (ATPA, por sus siglas en inglés), que otorgaba beneficios arancelarios a nuestras exportaciones, en especial a las confecciones textiles, sector de gran potencial para el país. El 16 de mayo de 2002 vencía este acuerdo, de manera que, sin pérdida de tiempo, realizamos una visita a Washington D.C. para lograr la renovación y ampliación del ATPA.

En el Congreso estadounidense sostuve reuniones iniciales con los líderes demócratas del Senado y con los principales republicanos y demócratas de la Cámara de Representantes, así como con los copresidentes del grupo de congresistas interesados en apoyar la causa andina, denominada Caucus Andino.

Los frutos de estas primeras gestiones se cristalizaron en octubre de 2002, cuando el presidente George W. Bush firmó la Proclamación de Elegibilidad del Perú, constituyendo así el definitivo paso para concretar los beneficios de la Ley de Preferencias Arancelarias Andinas y Erradicación de la Droga (ATPDEA, por sus siglas en inglés).

Esta nueva ley renovó y extendió los beneficios a nuevos productos, entre ellos las prendas de vestir elaboradas con insumos regionales andinos, de fundamental importancia para el país por sus ramificaciones en toda la economía.

En términos concretos, permitió que el Perú tuviera más de 6 mil 300 partidas arancelarias autorizadas de ingreso al

mercado estadounidense, y que las exportaciones de productos manufacturados hacia el mercado norteamericano aumentarían cerca de 25% en relación con similar periodo del año anterior.

Nuestro objetivo fue duplicar las exportaciones no solo de las grandes empresas, sino involucrar a las pequeñas y medianas empresas, las PYMES. Creamos el Sepimex (D.U. 050-2002), un seguro pro exportación –vía un fondo de respaldo de 50 millones de dólares– que permitía a los bancos prestar capital de trabajo a este tipo de empresas que tuvieran pedidos de compra asegurados en el exterior.

Luis Torres, hoy director de Promoción de Exportaciones de Promperú, manifiesta su satisfacción por los resultados alcanzados. Lleva más de 100 millones de dólares en cuotas retornadas, con una morosidad muy baja, lo cual demuestra que el emprendedor peruano solo necesita confianza y capital para potenciar su trabajo.

Este modelo superó la revisión técnica de la Organización Mundial del Comercio, y hoy es un seguro para capital de trabajo (preembarque) a uno de riesgo comercial (postembarque), constituyéndose en una plataforma de exportación ya no solamente de bienes, sino también de servicios y un ejemplo para la Alianza del Pacífico.

Al asumir el Gobierno, las exportaciones bordeaban los 6 mil millones de dólares, y al final del quinquenio llegaron casi a 20 mil millones, más del triple. Si extraemos los elevados precios que tuvieron los minerales en ese quinquenio, veremos que las exportaciones no tradicionales representaron un comportamiento ascendente, lo que se explica por el aumento de la oferta exportable.

Organizamos diversas ferias de presentación de la oferta exportable con la participación de empresas de los sectores agrario, agroindustrial, pesca, acuicultura, calzado, maderas, manufacturas y artesanía. En Lima se desarrolló la gran feria Perú Exporta en la avenida La Marina, donde participaron más de mil empresas exportadoras de todo el país. Hubo más de 600 compradores regionales, y fue visitada diariamente por más de cinco mil personas.

El espíritu de esta feria se mantiene hasta hoy a través de Perú Norte, Centro, Sur y Amazónica, que organiza Promperú.

Los productores se asociaron por producto: uvas, mangos, paltas, espárragos, bananos, y crearon luego la Asociación de Gremios Productores Agrarios del Perú (AGAP). De los 5 mil 300 millones de dólares que se exportaron en el 2016, más de 3 mil millones se explican por el trabajo de estas asociaciones de exportadores.

«Muchas de las decisiones que se tomaron cuando Raúl fue ministro y primer vicepresidente se mantienen como políticas públicas hasta hoy. Creo que tuvo la visión de proyectar al Perú veinte o treinta años hacia adelante. La asociatividad, la innovación, la promoción de las exportaciones y el despegue turístico se iniciaron durante su gestión. La globalización en ese momento era ya una realidad, y él nos impulsó a mirar más allá de la región, a mirar el mundo sin miedo».

Luis Torres P., director de Promoción de Exportaciones de Promperú

En las ferias internacionales, la gastronomía fue una de las manifestaciones culturales más atractivas de nuestro país, posicionando al Perú como un paraíso gastronómico y un destino turístico privilegiado.

Promovimos la cocina nacional en los principales circuitos turísticos: Buenos Aires, Quito y Sao Paulo (2001); Lafayette en París, Río de Janeiro y Londres, y se apoyó los festivales gastronómicos en Zúrich, New York, Ciudad de Panamá, Frankfurt y Montreal (2002); Hotel Ritz de Madrid (2003), Japón y China (2004).

En la Feria de Frankfurt se instaló una cámara de Gesell para observar la conducta de los germanos al degustar los diversos potajes elaborados con papa amarilla y preparados por el reconocido chef Adolfo Perret. Los sabores de nuestra causa limeña, de langostinos y de pulpo al olivo; la papa a la huancaína, la papa rellena, el puré y las papitas nativas en salsas diversas, hicieron el deleite de los asistentes. El estudio posterior demostró que la amplia aceptación de nuestra gastronomía en el exterior era un *boom* y constituía el pilar del crecimiento de las exportaciones no tradicionales.

Un fenómeno similar sucedió con el pisco.

Recuerdo mucho la anécdota que vivimos con el presidente de Colombia, Andrés Pastrana, quien a fines del 2001 hizo una escala técnica en nuestro país, en el Grupo Aéreo N° 8, rumbo a Chile.

Gran conocedor de nuestra refinada bebida nacional, el presidente colombiano pidió que le sirvieran un pisco sour mientras esperaba la reanudación de su vuelo. Pero no fue posible atenderlo, teniendo en cuenta que su escala técnica era en un aeropuerto militar.



CON ANDRÉS PASTRANA Y SU ESPOSA.
EL PRESIDENTE DE COLOMBIA QUEDÓ MARAVILLADO
CON EL PISCO PERUANO.

Le pedí al presidente Pastrana que, de regreso a su país, parara nuevamente en Lima. Y así fue. La diferencia fue que esta vez llamé al gran promotor del pisco en el mundo, Johnny Schuler, para pedirle que recibiera al ilustre visitante con una refrescante copa de pisco sour. Como recuerda Schuler, “una parada técnica de 20 minutos se convirtió en una parada larga y cordial”.

Nuestro destilado de uva compite sin complejos con los mejores del mundo, y no son pocas las veces en que bodegas nacionales se alzan con medallas de oro en certámenes exclusivos para finos licores.

Defender la denominación de origen del pisco fue una de las tareas que nos impusimos como sector. ¡Y es que el pisco y el aguardiente son cosas diferentes!

Raúl Diez Canseco Terry

Se desarrolló una intensa campaña de promoción de la bebida en las principales ciudades del mundo y, al mismo tiempo, incentivamos su puesta en valor en el mercado nacional. En noviembre de 2002, el Instituto Nacional de Defensa de la Competencia y de la Protección de la Propiedad Intelectual (Indecopi) publicó una nueva norma técnica que precisó los niveles del grado alcohólico volumétrico del pisco, entre 38 y 48 grados.

La norma determinaba, asimismo, las tres características principales que definen al pisco en nuestro país y que lo diferencian de cualquier otra bebida: es un producto de la destilación de mostos frescos, específicamente elaborados para la fabricación del pisco, y no de vinos o mostos añejos previamente fermentados; su destilación se realiza en alambiques discontinuos, de manera que se preservan sus elementos constitutivos esenciales; y no es posible la incorporación de agua para rebajar su grado alcohólico después de la destilación.

**EL PERÚ NO PASABA DE 600 MIL TURISTAS AL AÑO.
EN TRES AÑOS SUPERAMOS EL MILLÓN Y MEDIO DE TURISTAS.**



Foto por PromPerú / Renzo Giraldo

En nuestro país, el pisco se destila; no se deja reposar ni se le añade agua u otros compuestos artificiales. El licor chileno, en cambio, requiere que el jugo o mosto se fermente, se deje en reposo hasta 50 días para “clarificarlo”, y recién, en ese momento, se procede a su destilación.

Todas estas diferencias y características propias de nuestra bebida nacional fueron establecidas en normas técnicas. También aprobamos cambios en el sistema de gravamen. Del impuesto selectivo al consumo aplicado al pisco *ad valorem* (20%) se pasó al *ad volumen* (S/.1.5 por litro), lo que incentivó una mayor producción.

Además, para desarrollar la investigación y homologar estándares de calidad y productividad en el sector, instalamos un CITEvid en Ica y un moderno laboratorio de cromatografía para medir los componentes del pisco peruano.

Por otro lado, presentamos sellos postales alusivos a la historia de nuestro destilado de uva, los cuales formaron parte del programa de difusión de la imagen del pisco como denominación de origen del Perú.

Finalmente, en coordinación con la Cancillería, decidimos que en todos los eventos oficiales –internos y externos– se ofreciera pisco en señal de brindis, en lugar del tradicional vino de honor.

El sector Turismo también lo transformamos.

En aquel momento, el Perú no pasaba de 600 mil turistas al año. Nuestra primera meta fue llegar al millón de visitantes. En tres años pasamos el millón y medio de turistas. Para alcanzar esta meta desarrollamos múltiples planes, programas y actividades de promoción del turismo en el país y en el extranjero.

El Perú se adhirió al Acuerdo Multilateral sobre Liberación del Transporte Aéreo Internacional (MALIAT, por sus siglas en inglés) el 1 de mayo del 2001, en Washington, Estados Unidos, durante el gobierno transitorio de Valentín Paniagua.

El 17 de octubre de ese mismo año, estando el presidente Toledo en Asia, y yo encargado del Despacho Presidencial, rubiqué el D.S. 081, adhiriéndonos al MALIAT “con la finalidad de promover un sistema de aviación internacional, tanto de transporte de pasajeros como de carga, basado en la competencia entre líneas aéreas en el mercado, con un mínimo de interferencia y reglamentación”.

El efecto de este decreto en China fue la declaración del Perú como destino turístico por parte del Buró Chino de Turismo, negociándose, además, la suscripción de acuerdos para el desarrollo sostenible con Japón, Corea y Filipinas.

El denominado Convenio de Cielos Abiertos me originó una acusación constitucional en el Parlamento que duró dos años y ocho meses en investigaciones. Al final, la Comisión Permanente del Congreso de la República aprobó, en 2006, las conclusiones y recomendaciones de la Subcomisión de Acusaciones Constitucionales, que declaró improcedente la denuncia planteada contra mí y Luis Solari de la Fuente, exministro de Salud y encargado de la Cancillería en el momento de expedirse el D.S. 081-2001-RE.

La aprobación de la Ley N° 27889 (2002), que creó el impuesto extraordinario para la promoción y desarrollo turístico nacional –ley propuesta por el viceministro de Turismo, Ramiro Salas–, constituyó un instrumento financiero de primer orden para financiar las actividades y proyectos de diversificación y desarrollo del producto turístico contemplados en el Plan Nacional de

Desarrollo Turístico del Perú (2001-2006) y en el Plan Integral Multisectorial e Interinstitucional para el Desarrollo Turístico.

Pero nada de esto se hubiera podido lograr sin una dosis de ‘Vitamina P’ –de Poder–, ese shock de adrenalina que te otorga el estar en un alto cargo público y servir a tu país.

El ingeniero Jorge Chávez, nacido en Rodríguez de Mendoza, sabe a lo que me refiero. No lo veía hacía mucho tiempo, pero me lo encontré en un acto público, lo saludé y, después de preguntarle en qué estaba ocupado, le pedí que me acompañara al día siguiente a un viaje que tenía planeado a Chachapoyas.

–Te espero mañana, a las 5 de la mañana, en el Grupo Aéreo N° 8–, le dije y me despedí.

Los técnicos en turismo habían analizado el potencial de esa región, cuna de una cultura ancestral con restos arqueológicos muy bien conservados: Kuélap. Fuimos con un grupo de ministros, técnicos y asesores para realizar una incursión multisectorial y estudiar *in situ* la factibilidad de un proyecto para la revaloración de esta ruta turística.

No hay vuelos directos de Lima a Chachapoyas, por lo que llegar por tierra toma muchísimas horas. Se puede ir por avión desde Lima a Cajamarca y, de allí, viajar por tierra nueve horas; otra ruta es vía Tarapoto en avión y, después, otro viaje de ocho horas por carretera; y la travesía más complicada es ir por aire a Chiclayo y, luego, desplazarse más de 11 horas por carretera. En todos los casos, la ruta por tierra es sumamente peligrosa.

El ingeniero Chávez nos acompañó y, mientras regresábamos por tierra, hicimos una parada a la altura de Nuevo Tingo, donde convenimos que lo más práctico para impulsar el desarrollo turístico de Kuélap era construir un teleférico.

Raúl Diez Canseco Terry

En aquel momento, solo había en el mundo dos empresas líderes en este tipo de transporte: una austriaca y otra francesa. Se encargó al ingeniero Chávez visitar ambas y algunas más en diversos países. Al final, decidió que, con un poco de imaginación, nuestros ingenieros podían realizar los estudios preliminares.

Los estudios y consultas generaron el Plan Maestro de Desarrollo Turístico del Valle del Utcubamba, que convertimos luego en un programa de desarrollo en el que se incluyó una serie de obras y mejoras hoy a cargo del Fondo de Cooperación Peruano Japonés (JICA), como el asfaltado de la carretera Aeropuerto-Chachapoyas, el asfaltado de la vía Caclic-Luya, Museo Regional, caverna de Quiocta, catarata Yumbilla y Pueblo Histórico de Levanto; y a través del Plan Copesco se invirtió en la puesta en valor de la Fortaleza de Kuélap, en la mejora de otros monumentos del valle y en el acondicionamiento urbano de pueblos turísticos.



EL TELEFÉRICO DE KUÉLAP FUE UN PROYECTO ANCLA PARA LA REGIÓN AMAZÓNICA QUE EL INGENIERO JORGE CHÁVEZ EMPUJÓ POR CASI 10 AÑOS.

Lo que no se incluyó en ninguno de estos planes y programas fue el teleférico de Kuélap. Parecía increíble, pero a veces el sistema burocrático es así. Los años posteriores fueron una verdadera obsesión para el ingeniero Chávez, quien investigó y estudió todo lo que pudo sobre teleféricos y siguió empujando el proyecto durante casi 10 años más.

Durante el gobierno del presidente Humala se pudo, finalmente, licitar y empezar la construcción de esta obra, considerada siempre por nosotros como un proyecto ancla para la región amazónica.

El tiempo demostró que no nos equivocamos. De enero a julio del 2017, el teleférico de Kuélap, de 4.2 kilómetros de largo, ha transportado a más de 50 mil pasajeros, entre nacionales y extranjeros.

Con el *know how* que adquirió el ingeniero Chávez, constituyó su propia empresa de diseño y construcción de transporte por cable. Fue el responsable de llevar adelante el Programa de Huaros a nivel nacional, pequeños transportes por cable que permiten cruzar ríos y quebradas profundas de nuestra sierra y selva. Y actualmente construye un teleférico en Medellín (Colombia), de cerca de 20 millones de dólares.

Uno nunca sabe en lo que terminará una idea.

Puede que, al principio, muy pocos entiendan un emprendimiento. La persistencia, la disciplina, la fe y la pasión que le pongas a tu trabajo son fundamentales.

Estos lineamientos se plasmaron en el Plan Nacional de Desarrollo Artesanal, que presentamos para potenciar el trabajo de miles de familias dedicadas a productos textiles hechos con fibra de camélidos, cerámica, cuero y joyería.

Para su puesta en ejecución creamos los Centros de Innovación Tecnológica (CITE) de Turismo y Artesanía en toda la república, verdaderos laboratorios para ayudar a diversificar la producción nacional, en los que tuvimos importantes avances en el desarrollo de la oferta exportable de nuevos productos artesanales, diseñados de acuerdo con los requerimientos del mercado.

Destaco el CITE Turístico Artesanal Sipán-Lambayeque, por la formalización de asociaciones de artesanos en Eten, Túcume, Incahuasi y Uyurpampa, y por la instalación de dos *arboretum* de algodón nativo de diferentes colores: uno en el Museo Tumbas Reales de Sipán y otro en el Museo Nacional Sicán; el CITE Joyería Koriwasi-Cajamarca, donde se instaló maquinaria y equipo donados por la Minera Yanacocha por US\$265,000; y la Asociación Civil CITE Joyería Catacaos-Piura, por su participación en ferias nacionales e internacionales en Guayaquil-Ecuador y AF'L'artigiano in Fiera-Italia.

El CITE Camélidos Sudamericanos-Puno tuvo una participación destacada en las ferias internacionales de Las Vegas-USA, Inter Selection-Francia y AF'L'artigiano in Fiera-Italia; el CITE Textil Camélidos-Huancavelica estuvo en las ferias internacionales en Las Vegas-USA y AF'L'artigiano in Fiera-Italia; y, finalmente, el CITE Cerámica Chulucanas-Piura desarrolló colecciones exclusivas de mucho éxito para la Feria de Milán.

Los artesanos solo necesitaban que los ayudáramos a llegar al mercado mundial. La calidad de sus productos fue aceptada con amplitud, y demostró que el Perú es, realmente, un país de oportunidades.

En el I Encuentro Sudamericano de Ministros de Turismo, realizado en Lima (2003), se planteó el diseño de una estrategia de promoción conjunta del turismo entre los países

sudamericanos para enfrentar la crisis mundial, la misma que concluyó con la creación del Programa Sudamérica para los Sudamericanos. En Bruselas (Bélgica) se desarrolló también la reunión Perú, Socio Estratégico de Europa, con la participación de 21 misiones diplomáticas, para la promoción del turismo, el comercio exterior y las inversiones.

En el año 2004 logramos que el Plan Copesco tuviera un doble alcance: uno regional y otro nacional.

Los proyectos de desarrollo turístico promovidos por el Plan Copesco Nacional eran financiados con recursos del fondo y el impuesto extraordinario para la promoción y desarrollo turístico nacional. Ello permitió la ejecución de múltiples planes de inversión dirigidos a la puesta en valor de recursos turísticos, acondicionamiento turístico de plazas, calles, malecones, playas; construcción de paradores turísticos, museos de sitio, salas de exposiciones; rehabilitación de centros arqueológicos, iglesias, museos, y conservación y señalización turística en ciudades y carreteras de todo el país.



Dentro del plan se tuvo especial cuidado en integrar las ciudades fronterizas de Aguas Verdes, Tacna y Desaguadero, puerta de entrada para los visitantes procedentes de los países limítrofes y mercados potenciales para el desarrollo del turismo receptivo.

Una muestra de los trabajos que se realizaron en el periodo 2001-2004, como fruto del esfuerzo conjunto y coordinado del sector Turismo con los gobiernos regionales, fue la intervención en el Cuarto del Rescate, en Cajamarca; en los complejos arqueológicos de Levanto, Revash y Kuélap, en Amazonas; en Chan Chan, Huaca Cao Viejo y Magdalena de Cao, en La Libertad; en Huaca Rajada, en Lambayeque; Chavín, en Áncash; Kotosh, en Huánuco; Caral, Pachacámac y Áspero-Puerto Supe, en Lima; Tambo Colorado, en Ica; y Wari, en Ayacucho.

Y entre los principales proyectos de desarrollo turístico ejecutados destacan en Lima: Plan Maestro Caral y asistencia técnica para la identificación de atractivos turísticos de las cuencas de Lurín, Rímac y Chillón; en Arequipa: Programa de Desarrollo Turístico de Arequipa y Valle del Colca; en Cusco: Reordenamiento Urbano y Desarrollo Cultural en Machu Picchu Pueblo y Plan Maestro de Choquequirao; en Puno: Acondicionamiento Turístico del Lago Titicaca; en Áncash: Proyecto Turístico Cultural Chavín - Pashas y Cabana; en Lambayeque: Santuario Histórico Bosque de Pómac; y en Arequipa: Iglesia de San Agustín y Valle del Colca.

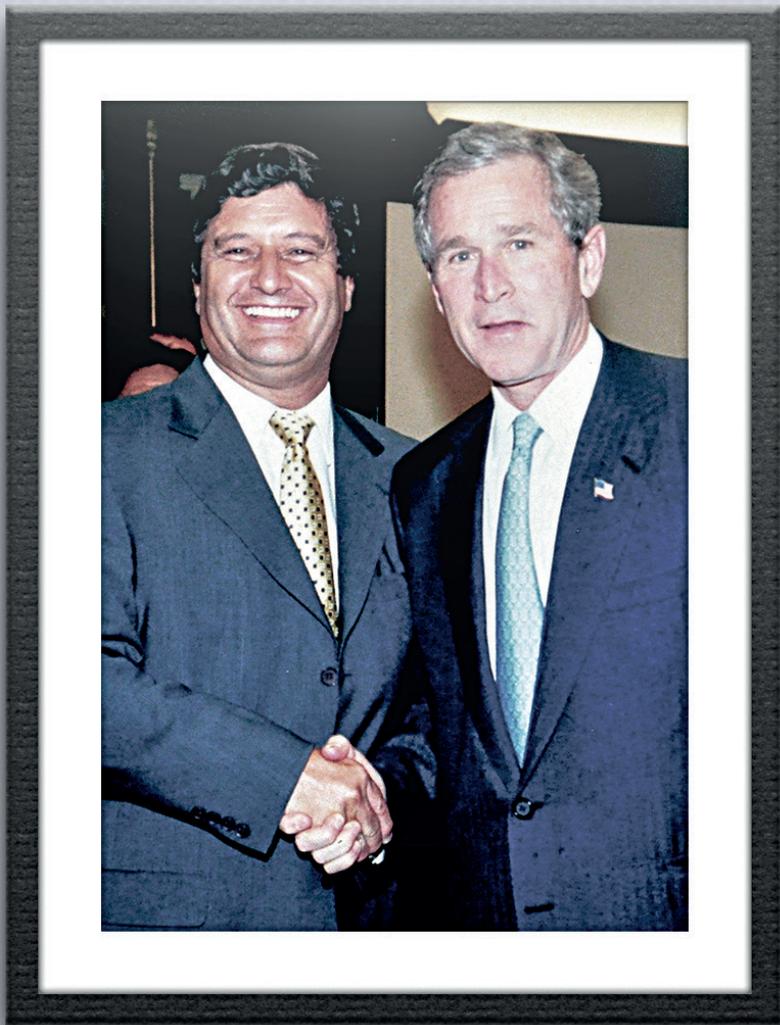
La mejor recompensa que tiene el servicio a la ciudadanía es, precisamente, ese: servir. Sin embargo, el costo de esos prolongados días y noches que le dedicas, indefectiblemente, lo paga la familia. Son momentos en la vida de tus hijos que se te pasan y no se vuelven a recuperar.

El círculo familiar se resquebraja, pero el amor por los hijos se mantiene incólume. Nunca dejas de ser padre y abuelo.

«Con el vicepresidente nos tocó trabajar muy de cerca en los acuerdos comerciales pioneros, comenzando por la renovación y ampliación de la Ley de Preferencias Arancelarias Andinas y Erradicación de la Droga (ATPDEA) y, sobre todo, con el lanzamiento del acuerdo bilateral de comercio con los Estados Unidos (TLC).

A fin de institucionalizar estos esfuerzos, se produjo la creación del Ministerio de Comercio Exterior y Turismo como iniciativa personal de Raúl Diez Canseco. De otro lado, aparte de sus convicciones democráticas y su fe en el libre mercado, lo distinguen su auténtica vocación de servicio público, así como la enorme energía y tenacidad que despliega en todos sus emprendimientos».

Roberto Dañino Zapata, expresidente del Consejo de Ministros (2001-2002)



GRACIAS A LA VISITA DEL PRESIDENTE GEORGE W. BUSH
EN 2002 SE LOGRÓ RENOVAR LA LEY DE PREFERENCIAS
ARANCELARIAS Y ERRADICACIÓN DE LA DROGA.

CONSEJOS PRESIDENCIALES

Las relaciones actuales de los Estados imponen una activa participación de los mandatarios en foros y certámenes internacionales. Surge así la diplomacia presidencial, las negociaciones directas entre los líderes de gobierno.

En el mundo moderno y global, el papel del presidente de la República es fundamental para fortalecer los lazos de amistad y cooperación con todas las naciones del mundo. Sea para atraer capitales e inversiones, abrir nuevos mercados, negociar nuevos tratados, fomentar el intercambio tecnológico-científico o acelerar mecanismos de cooperación en temas diversos. No en vano el artículo 118, inciso 11 de la Constitución Política del Perú, señala que corresponde al presidente de la República “dirigir la política exterior y las relaciones internacionales, y celebrar y ratificar tratados”.

Nuestra Constitución diferencia los términos “política exterior” y “relaciones internacionales”, y es correcto que lo haga debido a que el primero está referido más al comportamiento de los Estados en el ámbito internacional, mientras que el segundo involucra a entes que pueden ser diferentes al Estado, como organizaciones empresariales, sociales o gremiales que actúan con otras instituciones o Estados en el marco de procesos de interacción global.

Como bien sostiene el embajador Óscar Maúrtua de Romaña, quien llegó a ser canciller de la República durante el gobierno del presidente Toledo, “el jefe de Estado puede dirigir el comportamiento externo o la política exterior de su nación, pero no puede ‘dirigir’ las relaciones internacionales, pues estas son

Raúl Diez Canseco Terry

el resultado, entre otros factores, de la interacción de las diversas políticas exteriores de cada uno de los actores del sistema internacional; en todo caso, el líder de una nación puede influir en las relaciones internacionales o en un área de las mismas, pero no puede definir el curso general que ellas adopten”.

Lo que sí es claro es que un jefe de Estado puede tener mayor o menor capacidad de manejo de las relaciones internacionales para influir o impactar positivamente en determinados temas de interés general para su nación. Son las ventajas de lo que hoy en día se llama la “Diplomacia Presidencial”. El presidente Toledo usó mucho este tipo de política porque, según me dijo, buscaba dinamizar la economía, y para eso era necesario convocar capitales en el mundo y abrir nuevos mercados.

Mientras estuve encargado del Despacho Presidencial, y también por encargos directos del presidente Toledo, experimenté el impacto positivo que tiene para un país el manejo prudente, accesible y amable, pero firme y decidido, de las relaciones internacionales.



CON LUIS MORENO, PRESIDENTE DEL BID,
Y ÁLVARO URIBE, ENTONCES PRESIDENTE DE COLOMBIA.

La mejor enseñanza que tuve de los altos dignatarios con los que he cultivado una amistad no ha sido su palabra, sino su ejemplo.

Eso me sucedió con la visita que hice a Colombia para la asunción del mando del presidente Álvaro Uribe.

Informaciones de los servicios de inteligencia habían alertado de un posible atentado contra Toledo en esa ceremonia, por lo que, luego de una conversación con él, y en vista de la trascendencia del acto y de nuestro interés por fortalecer los lazos de amistad, el mandatario me encargó que viajara en su representación.

El presidente Uribe es un personaje político digno de estudio. Ha pasado por todos los niveles de la administración política. Fue concejal de Medellín, alcalde de la misma ciudad, senador de la República, gobernador de Antioquia y, finalmente, presidente de la República. El 26 de mayo de 2002 fue elegido en la primera vuelta, por primera vez en la historia de su país, al obtener 5 millones 862 mil 655 votos, el 54,51% de los mismos.

El día de la juramentación, Colombia se debatía aún en una violencia política que llevaba ya más de 50 años. Era el conflicto armado más antiguo del hemisferio, con más de 260 mil muertos, decenas de miles de desplazados y tragedias personales que afectaron a casi la totalidad de colombianos.

Los orígenes de la violencia armada en esa nación se remontan a los primeros años del siglo XX, con el enfrentamiento entre liberales y conservadores. El asesinato del candidato liberal Jorge Eliécer Gaitán, en 1948, fue la más dura expresión de esta guerra fratricida.

El conflicto interno se prolongó hasta fines de los 50 y se le conoce como la etapa de La Violencia, que dejó más de 200 mil muertos. En este periodo surgió las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), que se inició como

un movimiento de campesinos desplazados durante La Violencia, para convertirse luego en un ejército armado con ideología comunista.

Hoy, tras 34 años de negociaciones y renegociaciones, de varios intentos, pocos avances y muchos fracasos, Colombia vive en paz. No fue así cuando asistí a la ceremonia de transmisión de mando del presidente Andrés Pastrana al presidente Álvaro Uribe, en agosto del 2002: el día que llegué a Bogotá hubo tiroteos en las calles, bombas.

Me impresionó ver a Uribe esperando a sus invitados en la puerta del Palacio de Nariño como diciendo: “Aquí tienen un presidente que no se va a correr”. Y así fue, en efecto.

Su labor se centró principalmente en implementar la política de seguridad democrática, mantener la presencia del Estado y brindar seguridad a la población civil. Buscaba recuperar la credibilidad popular en las instituciones y fortalecer la democracia.

He mantenido una estrecha amistad con el presidente Uribe a lo largo de los años. Lo he ido a visitar varias veces, y él ha venido a verme otras tantas. Por él conocí en Bogotá al Premio Nobel de la Paz 2006, Muhammad Yunus, que revolucionó el sistema de crédito popular para pequeños emprendedores. En aquella oportunidad trajimos muy buenas ideas que las incorporamos en el programa Creer para Crear, que impulsamos después.

Tras varios años de haberlo visto trabajar infatigablemente, y a pesar de todas las dificultades que tuvo, Uribe salió del Gobierno con una alta popularidad en las encuestas. El día en que le dejó la posta al presidente Juan Manuel Santos tuve un diálogo con él.

—¿Cuál es la receta de su éxito?, presidente Uribe—, le pregunté.

Me tomó del brazo y, haciéndome hacia un lado, me respondió:

—Es muy fácil, Raúl. Vea: la mejor gente de Colombia la tuvo el Gobierno de Colombia.

Me contó que cuando se impuso en la primera vuelta contrató una empresa consultora encargada de buscar, a través de los *Head hunters*, a los hombres y mujeres mejor calificados profesional y técnicamente para los puestos de gobierno, ofreciendo buenos salarios, competitivos con los del mercado.

—Me alcanzaron una terna por cada puesto y yo escogí. Nunca se metió la política, es decir, el favor de ocupar un puesto público que a veces esperan algunos cuando ganan las elecciones. La mejor gente de Colombia la tuve yo.

Esto no quiere decir, por supuesto, que los militantes no puedan ocupar cargos públicos. Todo lo contrario: si están preparados para el puesto, tienen todo el derecho de hacerlo y, además, a ser bien remunerados. Por eso, siempre he creído que el primer deber del militante, antes que aprender ideología, es estudiar una carrera técnica o profesional y prepararse con calidad de excelencia. Tenemos que acabar con esa visión romántica de la política. La vocación de servicio tiene sus límites. En un gobierno deben servir los mejores.

En otras ocasiones pude aquilatar las experiencias de gobierno de los presidentes y abreviar los pasos para la implementación de una política de Estado en nuestro país. Es lo que me pasó con Vicente Fox, presidente de México, quien nos ayudó mucho en encontrar la fórmula de promover el consumo de nuestra bebida nacional, el pisco.

Los propios mexicanos son los principales artífices de que el tequila se conozca en el mundo; nosotros queríamos hacer lo mismo con el pisco. Ya habíamos desarrollado en el país un

conjunto de programas de promoción, como la celebración del Día del Pisco y la difusión de un libro sobre la historia de esta bebida, pero no había cómo incrementar el consumo nacional.

Así que, un día, el presidente Fox me invitó a Los Pinos para abordar exclusivamente ese tema. Me acuerdo que me esperó con todos los marketeros de ProMéxico, el poderoso organismo del gobierno federal encargado de coordinar las estrategias dirigidas a promover las exportaciones aztecas en el mundo, apoyando el proceso exportador de empresas establecidas en su país y coordinando acciones encaminadas a la atracción de la inversión extranjera.

—Así que usted quiere posicionar el pisco en el mundo—, me dijo el presidente Fox, y agregó: ¿Y quién cree usted que consume el tequila que producimos en México?... ¡Pues, los mexicanos!



Enseguida me dio su fórmula:

–Tiene usted que cambiar los impuestos. Eso aumentará la producción y el consumo. Y después de que usted se posicione primero en su casa, lo demás vendrá por añadidura.

El ministro de Economía era por entonces el ahora presidente del Perú, Pedro Pablo Kuczynski (PPK). Nuestra producción nacional llegaba apenas a los 350 mil litros por año. Esa cifra no se había movido en los últimos cinco años. Le expliqué el tema a PPK y me entendió. Cambiamos los impuestos, claro. Al terminar el Gobierno, la producción de pisco era cercana a 1 millón de litros por año. Propusimos, además, el Centro de Innovación Tecnológica de la Uva (CITEvid) para aumentar la producción y mejorar la calidad de la bebida para el mercado interno y externo.

Actualmente, la producción anual de pisco llega a 10 millones y medio de litros. ¡Crecimos a un ritmo de 1 millón de litros nuevos cada año en la última década! Tenemos 523 empresas productoras de pisco, que están exportando a Estados Unidos, Chile, España, Holanda, Reino Unido. Pero también hemos comenzado a ganar nuevos mercados, como India, Israel, Bélgica, Noruega y República Dominicana.

Las relaciones con representantes del Gobierno de Estados Unidos fueron muy singulares, en especial en el sector comercial.

La Oficina del Representante Comercial de Estados Unidos (USTR) fue creada en 1962 por el presidente Kennedy. Inicialmente, su misión era negociar todos los programas de acuerdos comerciales. En 1974, el Congreso le añadió la responsabilidad de elaborar y coordinar la política comercial; y, en 1980, el presidente Jimmy Carter le delegó el poder para administrar toda la política comercial. A partir de entonces, el

funcionario a cargo de la USTR es el representante principal de Estados Unidos ante los organismos de comercio internacional.

En 2003, Robert Zoellick fue nombrado representante de USTR por el presidente George W. Bush y, desde ese cargo, cerró las negociaciones para llevar a China y Taiwán a negociar dentro de la Organización Mundial del Comercio (OMC), promovió el tratado de libre comercio con América Central y fue el representante del presidente Bush para negociar el TLC con el Perú.

En la segunda semana de setiembre del 2003, Zoellick y los ministros de Comercio de 148 países participamos en la V Conferencia Ministerial de la OMC, que se realizó en Cancún, México. Fue el más importante foro comercial reunido para negociar asuntos vinculados principalmente a aranceles, subsidios y protecciones a productos agrícolas.

No hubo acuerdo. Los medios internacionales empezaron a hablar de ese foro como el fracaso de la reunión de Cancún. Sin embargo, significó el nacimiento de un nuevo bloque de países menos desarrollados, liderados por Brasil: el G-21, compuesto por Argentina, Bolivia, Brasil, China, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, Egipto, Guatemala, India, México, Nigeria, Pakistán, Paraguay, Perú, Filipinas, Sudáfrica, Tailandia y Venezuela.

Aunque nos adherimos inicialmente a este bloque, teníamos muy clara nuestra estrategia nacional, regional y global de política comercial. En el Plan Estratégico Exportador para el decenio 2003-2013, habíamos fijado los objetivos: intensificar la diversificación y crecimiento de la oferta exportable, así como consolidar y promover la expansión de las empresas, productos y servicios para el mercado externo.

Quizás es bueno recordar aquí que, desde el 4 de diciembre de 1991, los países andinos (Perú, Bolivia, Ecuador y Colombia) gozaban de un régimen de excepción otorgado unilateralmente por los Estados Unidos con el fin de apoyar la lucha contra el tráfico ilícito de drogas.

Alrededor de 5 mil 600 productos ingresaban libremente, sin pago de aranceles, a los Estados Unidos. A este mecanismo se le conoció como la Ley de Preferencias Arancelarias Andinas (ATPA), y en esta primera etapa no se incluía los textiles ni las confecciones.

El ATPA venció el 4 de diciembre de 2001, y a partir de octubre de 2002 se renovó bajo el nombre de Ley de Preferencias Arancelarias Andinas y Erradicación de la Droga (ATPDEA). Se incluyó 700 nuevos productos, entre ellos, ahora sí, prendas de vestir elaboradas con insumos regionales, lo que consideraba productos textiles confeccionados con lana de alpaca, llama y vicuña. Pero nuestro horizonte era suscribir un Tratado de Libre Comercio con el país más poderoso del mundo.



EN EL LANZAMIENTO DEL PRIMER CONTENEDOR BAJO EL MARCO DEL ATPDEA. TAMBIÉN APARECEN LOS MINISTROS JAVIER SILVA RUETE Y LUIS SOLARI.

El embajador Carlos Alzamora Traverso dejó su situación de retiro en el servicio diplomático del Perú para dirigir el equipo negociador del ATPA.

Los países andinos exportábamos 140 millones de metros cuadrados de tela al año, de los que el 90% correspondía a Perú y Colombia. La nueva cuota propuesta comenzaba con 300 millones de metros cuadrados, y para ambos países era claro que la mejor opción de arreglo comercial era con los Estados Unidos. No contra él.

Sintomáticamente, tres semanas después de la fracasada reunión de la OMC en Cancún, Colombia anunció su retiro del G-21. Eran los primeros días de octubre del 2003, y la Oficina del Representante Comercial de los Estados Unidos estaba muy activa, y las llamadas internacionales, también. Tras la ronda de Cancún, Zoellick inició una serie de contactos para promover acuerdos regionales de comercio y de preferencias arancelarias. Esa primera semana de octubre estuvo en Centroamérica y visitó El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, que anunciaron, igualmente, su retiro del G-21.

A Lima llegó una delegación encargada de promover la participación del Perú en la siguiente ronda del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA, por sus siglas en inglés), que se realizaría en noviembre de ese mismo año en Miami, Estados Unidos. La recibí en mi despacho, en el piso 17 del Mincetur.

—¿Cómo es que Perú reclama mejor acceso al mercado norteamericano y, al mismo tiempo, participa en el G-21, que se opone a nuestras políticas comerciales?—, preguntó en un momento el jefe de la delegación norteamericana.

Para entonces, el G-21 había sido entendido no como inicialmente se planteó, un conjunto de países reunidos en

torno a intereses comerciales en materia agrícola, sino como un grupo de países de carácter político, opuesto a Estados Unidos y Europa; algo que, por cierto, nunca estuvo en nuestros planes.

–Tómelo como una política de Estado de mi país. A partir de este momento, el Perú se retira del G-21–, le respondí.

Ante mi anuncio, los directivos de diferentes gremios empresariales y mi equipo asesor, que me acompañaban, quedaron perplejos por un momento; mientras que el visitante cambió repentinamente de semblante y postura crítica. De allí en adelante, la reunión se desarrolló en un ambiente grato y de mayor confianza que facilitó la asistencia del Perú a la siguiente ronda del ALCA.

Una carta enviada por mi despacho al embajador Zoellick el 2 de octubre ratificó esta posición. En ella reafirmaba que:

“El Perú suscribió un documento sobre agricultura, que representaba una amplia gama de intereses comerciales de los países en desarrollo y del Perú en particular, sobre la base de que el conjunto de países que suscribieron el documento (grupo que posteriormente fue denominado G-21) participaran y propiciaran un diálogo fructífero y constructivo que tuviera como meta un acuerdo global y equitativo en el tema de agricultura, y que fuera mutuamente beneficioso para todos los países miembros de la OMC.

No ha sido así, y no es la intención del Gobierno peruano, con su participación en el G-21, poner trabas en el proceso, sino que, por el contrario, en todo momento buscó que el grupo cumpliera un papel conciliador para cerrar las diferencias existentes en el tema agrícola.

En ese ánimo, el Perú no continuará participando en un grupo que plantee posiciones extremas que dificulten el avance de las negociaciones de Doha. El Perú no se asociará a propuestas que propicien las diferencias, en detrimento del consenso. Es por ello que, al concluir la Conferencia de Cancún, ha concluido también nuestra participación en dicho grupo”.

Creo que fue la única vez que el presidente Toledo se molestó muchísimo conmigo. Tuve que explicarle las razones de mi decisión. No había tiempo que perder. O nos íbamos por una vía o por la otra. No había más. Incluso le propuse que, si no estaba de acuerdo con mi posición, escribiera otra carta adhiriendo nuevamente al Perú al G-21, pero, eso sí –le advertí–, que se olvidara de suscribir un TLC con los Estados Unidos.

–Está bien, Raúl. Quédate tranquilo–, me respondió el mandatario, confirmando mi decisión.

Una semana después, el 8 de octubre de 2003, visité Brasil, para promover el turismo y las relaciones bilaterales, en compañía del viceministro del sector, Ramiro Salas, que incluía un recorrido por la fábrica de aviones Embraer en Sao Paulo, cuando de pronto recibí la llamada telefónica del mismísimo Robert Zoellick.

En ese momento llovía a cántaros en Sao Paulo.

La conversación con Zoellick fue tensa, durísima por momentos, y tomó cerca de una hora.

Ese mismo día debimos partir a Río de Janeiro. La lluvia se transformó casi en un diluvio, pero igual abordamos un pequeño jet militar bimotor a doble hélice. Casi no la contamos. La nave se movió como una pluma. En un momento, un rayo paralizó los controles del aparato por breves e interminables minutos. Las luces se apagaron. Parecía ser el final. Pero Dios puso su mano bendita y el avión pudo aterrizar, con dificultad, en Río de Janeiro. Después, Ramiro me contó que los pilotos fueron severamente reprendidos por habernos transportado en esas condiciones meteorológicas.

El tiempo nos dio la razón de lo acertada que fue nuestra decisión. El 18 de noviembre de 2003, Zoellick anunció oficialmente la

intención de su país de iniciar negociaciones hacia un TLC con Colombia, Perú, Ecuador y Bolivia.

El tiempo se encargó de aclarar nuestra posición. La relación que manteníamos con Brasil era estratégica, y con los EE.UU., una alianza comercial.

Esta historia reciente de nuestras relaciones con el Gobierno norteamericano tuvo un trágico antecedente en marzo del 2002, en vísperas de la visita oficial del presidente George W. Bush: el ataque terrorista de Sendero Luminoso a la Embajada de Estados Unidos.

El presidente Toledo se encontraba en Monterrey, México, participando en una conferencia de la ONU sobre financiación del desarrollo. Como era habitual, yo quedé encargado del Despacho Presidencial.

La agenda de ese día, recuerdo, incluía el seguimiento al Programa Mi Vivienda y los preparativos para la visita del presidente Bush. Coordinamos con las autoridades locales para que realizaran obras de pintado de bermas, arreglo de jardines y el embanderamiento de la ciudad.

Esa noche estaba en casa cuando ocurrió el criminal atentado en el Centro Comercial El Polo.

El acta del Consejo de Ministros de ese día consigna que a las 11 y 10 de la noche me desplazé al lugar de los hechos; me acompañaron los patrulleros encargados de mi seguridad. A las 11 y 50 sostuve una conversación telefónica con el embajador de los Estados Unidos en nuestro país, John Hamilton, a quien se le dio información detallada de los acontecimientos.

Mientras analizaba la situación, recibí la llamada telefónica del presidente Toledo, preocupado por la situación general



del país, pero sobre todo por las víctimas. El atentado había dejado sin vida a 10 personas, muchos heridos y cuantiosos daños materiales.

Lo más probable era que el presidente Bush desistiera de venir al Perú. Si eso ocurría, significaba un golpe político terrible para el Gobierno. Ese era el objetivo de Sendero Luminoso.

–Presidente, aún no estoy en condiciones de transmitirle un cuadro cabal de la situación política a raíz del atentado–, le dije.

De inmediato me comuniqué con el presidente del Consejo de Ministros, Roberto Dañino, para transmitirle una decisión trascendente que fue consultada y aprobada por el presidente Toledo.

A la medianoche se convocó de emergencia al Consejo de Ministros en Palacio de Gobierno. La reunión se prolongó hasta las 2:35 de la madrugada. Diez minutos más tarde se dio lectura a un pronunciamiento –preparado por la Presidencia del Consejo de Ministros– ante la prensa, que aguardaba en la Sala de Cronistas de Palacio.

Al amanecer del jueves 21 de marzo se convocó a un Consejo de Ministros Permanente a partir de las 9 de la mañana. Estábamos a 48 horas de que el presidente Bush pisara suelo peruano.

El país sufría una serie de paralizaciones y huelgas. Los sindicatos estaban particularmente activos, y no había día en



que no estuvieran en las calles agitando sus consignas y medidas de lucha.

A las 9 de la mañana ya estaba reunido en Palacio con los representantes de gremios empresariales, sindicales y partidos políticos, para que, en el marco del Acuerdo Nacional, se lograra el respaldo de la sociedad civil y el enérgico rechazo al atentado de la embajada estadounidense.

Cité también a los propietarios y gerentes de los medios de comunicación para invocarlos a aplazar las críticas y, en conjunto, iniciar una campaña de sensibilización que nos uniera como país.

—Es momento de unirnos todos porque, si no lo hacemos, perdemos todos—, recuerdo que les dije.

La campaña en televisión a cargo de José Sotomayor, un antiguo colaborador y experto en medios, cumplió con creces el objetivo y no le costó un centavo al Estado.

Cuando Toledo me llamó nuevamente y preguntó sobre las posibilidades de que el presidente Bush continuara con su plan de viaje al Perú, le respondí con convicción:

—Presidente, dígame al presidente Bush que los peruanos estamos listos para recibirlo.

La visita se desarrolló sin contratiempos. Gracias a ella, en octubre del 2002 logramos renovar la Ley de Preferencias Arancelarias Andinas y Erradicación de la Droga (ATPDEA).

Casi de inmediato nos pusimos a trabajar para ampliar este beneficio y consagrarlo en un documento de mayor alcance: un Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos. Hubo muchas reuniones con grupos de negociación multisectoriales, hasta que casi al finalizar el gobierno del presidente Toledo, en abril del 2006, se logró cerrar el acuerdo, que fue firmado en Nueva York por representantes de ambos países. El Congreso lo ratificó en junio del 2006, mientras que, en Estados Unidos, la Cámara de Representantes lo aprobó en noviembre de 2008, y tanto el Perú como EE.UU. aprobaron su implementación en enero de 2009, durante el gobierno del presidente Alan García.

Estos son los beneficios de continuar una política de Estado. Representar a tu país cumpliendo misiones internacionales tiene, a veces, este tipo de satisfacciones. Otras veces te da la oportunidad de vivir momentos intensos, inolvidables, que te quedan para toda la vida.

Esto último me ocurrió cuando tuve la ocasión de acceder a una audiencia privada en Roma con el papa Juan Pablo II, líder de la Iglesia Católica y, también, jefe del Estado Vaticano.

El Santo Padre había venido dos veces al Perú: la primera, en febrero de 1985, durante el gobierno de Fernando Belaunde, cuando pude verlo en la audiencia familiar que tuvo con el presidente de la República; y la segunda vez, durante el gobierno de Alan García, en 1988, con motivo del Congreso Eucarístico y Mariano de los países bolivarianos.

En esa primera visita fue el arquitecto Miguel Cruchaga Belaunde quien acompañó al Papa durante los cinco días que

estuvo en nuestro país, en los que recorrió ocho ciudades. Eran momentos tensos los que vivíamos en aquellos momentos: el terrorismo, la crisis económica y los rezagos del fenómeno El Niño golpeaban fuertemente al Perú.

“Un apagón afectó anoche Lima a consecuencia del derribamiento de tres torres de alta tensión en Yanacoto (Chosica) y de dos líneas de transmisión en el valle del Mantaro. Cuando el Papa retornaba de Trujillo, encontró una ciudad a oscuras...”, señaló el diario El Comercio en su edición del 5 de febrero de 1985.

Hubo maravillosas anécdotas de aquella visita. Una de las que más celebraba el Sumo Pontífice, según me comentó alguna vez Miguel Cruchaga, fue su presencia en Iquitos y el saludo multitudinario de los lugareños, quienes en determinado momento corearon:

“¡El Papa es charapa, el Papa es charapa!”.



Yo había insistido mucho en tener una audiencia privada con el Papa en el Vaticano, pero los funcionarios de la Cancillería y del propio Estado Vaticano me advirtieron de lo mal que estaba de salud. De todas formas –me dijeron–, venga usted y, si el Papa mejora, le aseguramos que lo recibirá en audiencia. Cuando por fin llegué a Roma, me manifestaron que Juan Pablo II quería verme. En efecto, estaba muy enfermo. Al tenerlo tan cerca, me estremecí y sollocé.

Jamás olvidaré sus palabras al recibirme:

“Señor vicepresidente, el Papa es charapa”.

Tres meses después de mi encuentro con San Juan Pablo II, el Todopoderoso lo llamó a su reino.

«El G-21 se formó en la reunión internacional de la Organización Mundial del Comercio (OMC) de Cancún, con la intención de presionar a los Estados Unidos y a la Unión Europea para la eliminación de los subsidios agrícolas. En ese contexto, al Perú le convenía eliminar los subsidios agrícolas de los Estados Unidos, pero esto no podía ser un tema tal que rompiera la negociación. Perú no podía ponerse en una posición radical de ruptura de las negociaciones, como sí lo hicieron Brasil o India.

Brasil radicalizó su posición, lo que nos puso en la disyuntiva de seguir apoyando al G-21 o de salirnos de ese grupo y apoyar una opción más moderada. Considerando los intereses geopolíticos del momento, decidimos que era más conveniente, de cara al futuro, apoyar una relación estable con los Estados Unidos y la Unión Europea.

Si uno analiza esa decisión a la luz de lo que tenemos hoy, concluiremos que el Perú apostó bien. Apostamos por el futuro del país. Este hecho ayudó a que, más adelante, Estados Unidos decidiera negociar con el Perú un Tratado de Libre Comercio.

Recordemos que, en ese momento, el Perú solo exportaba espárragos. Hoy, con la apertura comercial que logramos con los Estados Unidos, tenemos una oferta exportable diversificada en la agroindustria, que es el principal sector exportador después de la minería. Hoy exportamos paltas, cítricos, uvas, pimientos de piquillo, mangos.

Antes de Raúl, el Ministerio de Industria, Comercio e Integración miraba la Comunidad Andina. Cuando ingresó Raúl miramos al mundo. El cambio a Ministerio de Comercio Exterior y Turismo fue un cambio conceptual, no solo de nombre. Raúl sienta las bases para posicionar el comercio exterior en la 'agenda país'. Cambió el eje del ministerio».

Alfredo Ferrero, ministro de Comercio Exterior y Turismo (2003-2006)



**LUIS LAUREDO, EXEMBAJADOR DE EE.UU.
EN LA OEA (A LA DERECHA DE LA IMAGEN),
CALIFICA A RAÚL COMO UN DEMÓCRATA PROBO Y EMPRENDEDOR.**

«En 1996 conocí a Raúl Diez Canseco en Chicago, en la convención del Partido Demócrata que presentaba a Bill Clinton para un segundo periodo. Hicimos una gran amistad a partir de entonces.

Raúl amplió su abanico de contactos en el área internacional. Y tuvo un papel muy importante en la lucha por la defensa de la democracia. En esos momentos yo fui nombrado por el presidente Clinton embajador de los Estados Unidos ante la OEA, de manera que tuvimos mucho contacto. Los líderes peruanos no luchaban contra Fujimori, sino a favor de la democracia.

Cuando Raúl fue primer vicepresidente, seguimos afianzando nuestro contacto y amistad. Lo vi muy activo promoviendo al Perú cuando fue ministro de Comercio Exterior y Turismo. Recuerdo mucho la promoción de exportaciones no tradicionales. Desplegaba tremenda energía y capacidad de decisión. También recuerdo la etapa de la redacción de la Carta Interamericana donde, personalmente, tuve una gran participación y donde el caso peruano sirvió para obtener un documento que proteja y salve la democracia en momentos de crisis.

Raúl es un demócrata probado, un hombre con visión global y dispuesto a arriesgarse, que es, a fin de cuentas, la definición de un emprendedor».

Luis Lauredo, exembajador de Estados Unidos en la Organización de Estados Americanos (OEA)



CALUMNIA Y CONSPIRACIÓN

Años después de la renuncia a la Primera Vicepresidencia y al Ministerio de Comercio Exterior y Turismo, un agente del Servicio de Inteligencia revela la trama oculta del hecho. Fue una conspiración al más alto nivel.

El ajedrez define mejor la guerra que la política. Se trata de un arte competitivo que involucra mucho ingenio, estrategia, movimientos tácticos, avances y captura de piezas. El juego termina con el derrocamiento del rey.

No hay un juego que represente la política. Tal vez porque ella no solo no es un juego, sino que, además de poder, implica astucia, engaño y, muchas veces, deslealtad, características difíciles de representar en un tablero de 64 casillas. En política, la derrota es solo una arista, una circunstancia del poder. En ella, como sabemos, no hay muertos.

Mi salida del gobierno del presidente Alejandro Toledo tuvo todos los componentes de una calculada estratagema para generar una borrasca político-mediática que me apartara del poder sin causa real que lo justificara.

Me acusaron de favorecer intereses privados a través de la aprobación de un decreto supremo que, supuestamente, exoneraba a una empresa del pago del Impuesto General a las Ventas. Como lo he explicado infinidad de veces, he cometido muchos errores en la vida, pero insistiré hasta el final de mi existencia en que estos no tienen ninguna vinculación con la corrupción, porque no me beneficié ni beneficié a nadie.

Los hechos se explican por sí mismos.

El linchamiento mediático y político del que fui víctima tuvo como punto de partida el D.S. 047, promulgado el 3 de abril de 2003 por el Ministerio de Economía y Finanzas, a cargo de Javier Silva Ruete, y por el Ministerio de Comercio Exterior y Turismo, que yo dirigía.

El dispositivo precisaba que no se consideraban afectos al Impuesto General a las Ventas “la venta de bienes y los servicios de expendio de comidas y/o bebidas prestados a los pasajeros en los locales autorizados y ubicados en la Zona Internacional de los Aeropuertos de la República”.

El espíritu de la norma era facilitar la prestación de adecuados servicios a los turistas que utilizan las zonas internacionales de los terminales aéreos del país. Nadie hizo ninguna objeción a dicha medida.

Con el transcurrir de los meses, la estabilidad del Gobierno era minada con diferentes acusaciones a las decisiones sectoriales de diversos ministerios. Los cuestionamientos a mi gestión no provenían solo de la oposición, sino también de los círculos cercanos al Gobierno, con una notoria intencionalidad de afectar el perfil activo que había mantenido en el ministerio y en la vicepresidencia.

La prensa se encargó de investigarme. El miércoles 5 de noviembre de 2003 me llamó una periodista del diario Correo para decirme que tenía una grave denuncia en mi contra. Recuerdo haberle respondido, en esa misma comunicación, que me diera la oportunidad de hacer mis descargos, exponerle mis argumentos, y que, si estos no la convencían, tenía la plena libertad de publicar su información.

A través de una persona que colaboraba conmigo, quedamos en encontrarnos con la periodista de Correo al día siguiente, a las 7 de la mañana, en La Tiendecita Blanca, un antiguo restaurante en el óvalo de Miraflores. Preparé toda la documentación y esperé.

La periodista no acudió a la reunión; sin embargo, con inusitado despliegue, publicó la denuncia. Ese día, el diario Correo tuvo este titular en primera plana: “*Los pecados de Raúl*”.

Se me acusaba de haber firmado una norma para exonerar del pago del Impuesto General a las Ventas y otorgar supuestos beneficios tributarios a las empresas ubicadas en los aeropuertos.

Ese mismo día convoqué a una conferencia de prensa para denunciar que existía una campaña de demolición política en mi contra y que pretendían “asesinarme políticamente”. Afirmé que el decreto supremo no creaba un régimen de excepción, ni mucho menos una exoneración a ninguna empresa, pues el dispositivo legal no exoneraba nada ni legislaba sobre materia tributaria.

No podía hacerlo porque el artículo 74 de la Constitución señala que “los tributos se crean, modifican o derogan, o se establece una exoneración, exclusivamente por ley o decreto legislativo”. Y el 047 fue un decreto supremo que precisaba el alcance de la ley.

Un decreto supremo no puede estar por encima de una ley o de un decreto legislativo. Jamás.

Al finalizar la conferencia, ofrecí a los peruanos disculpas por los errores cometidos en el ejercicio de mi función. Tenía la esperanza de que la ciudadanía comprendiera que mis actos, independientemente del juicio que merecieran para cada quien, estaban orientados por principios de buena fe.

Con una prontitud inusitada, ese mismo día dos congresistas pertenecientes al Frente Independiente Moralizador (FIM), partido aliado de Perú Posible en el Gobierno, me denunciaron constitucionalmente, así como a Javier Silva Ruete, exministro de Economía, por estos supuestos delitos.

De inmediato llamé al presidente Toledo, quien estaba en su casa. Fui a verlo y le expliqué lo que estaba sucediendo. Me dijo que no me preocupara y que asistiera a la reunión en Washington para negociar el Tratado de Libre Comercio con EE.UU., al que le había puesto todo mi empeño. Con alguna confianza, viajé ese fin de semana con Alfredo Ferrero, viceministro de Comercio Exterior y Turismo.

A partir de ese momento se desató un torrente de infundios y medias verdades que se mantuvo por semanas y meses. El ruido mediático se había desatado, y ya nadie quería escuchar.

A mi regreso, el problema había escalado hasta tornarse inmanejable. Así es que volví a hablar con el presidente y le expresé mi voluntad de renunciar al ministerio.

En una carta dirigida al jefe de Estado, y que fue leída ante la prensa el lunes 10 de noviembre, expliqué las razones de mi alejamiento del Mincetur como muestra de mi responsabilidad y compromiso de asistir ese mismo día a la Comisión de Fiscalización del Congreso de la República “para establecer la verdad de los hechos” y sin que estas falsas acusaciones perjudicaran al Gobierno.

Fui enfático en denunciar que era víctima de una campaña que hurgaba en mi vida privada.

Le sugerí al mandatario que nombrara a Alfredo Ferrero, quien había colaborado con otros gobiernos y contaba con una gran formación académica y profesional en asuntos de comercio

exterior. Inicialmente, no le agradó mi recomendación, pero lo convencí de que, si quería continuidad y seriedad en el sector, al margen de que nos gustara o no, era la persona encargada. Finalmente, asintió.

Despojados de mi cargo de ministro, salí al extranjero. El 26 de noviembre apareció en las primeras planas de El Comercio y de Correo una foto personal en una playa de los Estados Unidos. Nuevamente mi vida privada era el centro de atención de la prensa. La campaña en mi contra seguía su curso.

Al regresar a Lima, en la primera semana de diciembre, me reuní con un alto directivo del diario El Comercio, a quien le manifesté mi sorpresa de que se prestara a este tipo de publicaciones sensacionalistas.

Recuerdo mis palabras durante la conversación: “*Si don Aurelio Miró Quesada, una persona entrañablemente querida por mí –quien personalmente recibía mis artículos, y siempre tuvo la generosidad y la bondad de corregírmelos–, hubiera estado vivo, se volvía a morir*”.

Le pregunté cómo era posible que estuvieran comprando fotografías de la vida privada a los *paparazzis*. Y para mi sorpresa, me respondió que se las habían enviado gratuitamente. Le exigí que me dijera quién, y me contestó: “*El director del diario Correo*”.

¿Un director de un diario comprando fotos privadas para compartirlas con la competencia y publicarlas en la misma fecha? No es la regla en el periodismo. No se comparten las primicias.

Al día siguiente fui a hablar con los dueños del diario Correo. Un sobre manila con las fotos había llegado a su local de manera anónima. Era un juego de intrigas.

¿Quién fue a seguirme y a tomarme fotos privadas?

Durante mucho tiempo, esta pregunta rondó mi cabeza. Hasta que, años después, un hombre del Servicio de Inteligencia me buscó y reveló el misterio.

El agente –de quien reservaré su nombre–, arrepentido de su acto, me narró que fue él quien, por órdenes superiores, había cumplido la misión de seguirme y espiarme.

–Fue una misión oficial–, me dijo.

Me sentí traicionado y víctima al mismo tiempo. Las fichas negras del torcido ajedrez político habían hecho su movimiento.

La única intención que tuvieron mis adversarios –concluí entonces, y lo comprobé con el transcurrir del tiempo– fue alejarme del Gobierno porque me había vuelto un obstáculo para muchos dentro y fuera del entorno del presidente.

Alguna vez le comenté a Toledo: *“Usted creyó que yo estaba en un trabajo para desestabilizarlo y asumir la Presidencia de la República”*. Él reconoció que había sido engañado y que muy tarde se percató de que la Primera Vicepresidencia estaba en peligro. Cuánta razón tiene Cervantes cuando afirma que la falsedad vuela y la verdad camina, y cuando te das cuenta del engaño, ya es demasiado tarde.

La Navidad y el Año Nuevo fueron de soledad y reflexión. Todo lo ocurrido constituía una trascendental lección de vida.

La paz y la concordia no tardaron en desaparecer. El 22 de enero de 2004, el Congreso reabrió el caso. Fui acusado de infracción a la Constitución y de presuntos delitos de negociación incompatible con mi función. El objetivo: deshabilitarme políticamente por 10 años.

Consecuente con mis principios, el viernes 30 de enero renuncié a la Primera Vicepresidencia de la República para afrontar, sin corazas de poder ni ataduras al régimen, la acusación constitucional.

En el momento de escribir mi carta de renuncia estuvo conmigo Javier Diez Canseco, mi primo, quien me ayudó a redactarla. Fue un gesto noble que me hizo apreciar aún más el valor de la familia. Cuando uno de sus miembros tiene problemas, no hay ideología o posición política que impida unirte a él.

Mi carta, fechada el 30 de enero de 2004, señalaba lo siguiente:

“Luego de una seria y responsable reflexión, he tomado la decisión de renunciar irrevocablemente a la Primera Vicepresidencia de la República, función para la que fui elegido por decisión del voto ciudadano. Lo comunico al pueblo peruano, como lo he hecho por escrito al Señor Presidente de la República.

Esta renuncia irrevocable no pretende, ni puede pretender, evadir los procesos de investigación abiertos en el Congreso Nacional, al cual concurriré cuando sea citado formalmente. Se me imputan cargos que considero no he cometido y que me afectan seriamente como persona y como político.

Considero que se me pretendería juzgar y sentenciar políticamente antes de analizar los antecedentes y pruebas de acuerdo al debido proceso. Por ello es necesario que los procesos continúen sin que se argumente que me valgo de algún escudo político, por la vía del ejercicio del cargo de Vicepresidente de la República. Espero que analicen desde un ángulo estrictamente jurídico, sin que intereses políticos distorsionen el buen criterio de quienes investigan los hechos. Consecuentemente, renuncio a mi cargo de manera irrevocable, para afrontar sin armaduras políticas este proceso, donde demostraré la verdad.

No quiero ser instrumento para menoscabar un proceso de transición democrática que el pueblo conquistó con gran esfuerzo y esperanza. Tampoco ser herramienta para derrumbar lo que tortuosa y complejamente comenzó a abrirse paso: la democracia. Ésta, con sus virtudes y defectos, sufre una

ofensiva por quienes están interesados en acabar con un proceso moralizador, que hoy está en cuestión. No me cabe duda de que también, desde dentro del propio régimen, juegan un papel nuestros errores y la evidencia de que no hemos podido cambiar viejos estilos de conducta que han desprestigiado el quehacer político a los ojos de millones de hombres y mujeres del Perú.

Al asumir esta decisión y afrontar como ciudadano común cada una de las acusaciones de las cuales he sido objeto, espero contribuir, con humildad, al fortalecimiento de nuestras instituciones democráticas, a la debida transparencia y fiscalización de la actividad pública.

Espero que se pruebe que los fallos del Tribunal Fiscal, y decisiones anteriores de la propia SUNAT, evidencian que, desde la década del 90, los diferendos respecto a la calidad de los negocios de expendio de comida en las áreas internacionales de los aeropuertos estaban exentos del pago del IGV. Quedará claro que los mismos proveedores no retenían el referido tributo de estos negocios. Así se comprobará que el tema no lo generamos desde la función pública, sino que estaba zanjado desde tiempo atrás, como lo confirma la Resolución del 5 de diciembre de 2003 del Tribunal Fiscal, que resuelve la apelación de la SUNAT y que fue emitida con posteridad al dictamen de la Comisión de Fiscalización del Congreso de la República.

Creo que se comprobará que la propuesta sobre el Tratado de Cielos Abiertos fue promovida y refrendada por nuestra Cancillería. Ésta no era un área de mi competencia y especialidad. No puedo obviar que este procedimiento fue también seguido por gobiernos anteriores con un texto similar en el acuerdo con los Estados Unidos de América, y que posteriormente se hizo lo propio en un acuerdo similar con la República Popular de China, sin pasar por la aprobación del Congreso. Así, el ámbito de las responsabilidades, los procedimientos debidos y el control de la gestión pública se encontrarían en los posibles errores que se hubieran podido cometer, compartidos entre el Ejecutivo y el Congreso, ya que en aquellos casos el Congreso no formuló observación alguna.

Soy consciente de que no resulta fácil ser escuchado en las actuales circunstancias que atraviesa el país. Trato de eliminar barreras para ser escuchado, demostrando que no me aferro a cargo alguno.

La decisión tomada no ha sido fácil, pues no solo me debo a quienes confiaron en mí al elegirme Primer Vicepresidente de la República, sino a los ciudadanos del Perú. Sin embargo, no puede seguir ejerciendo un cargo cuando se me imputa haberlo aprovechado para fines indebidos. Prefiero dejarlo para reafirmar que, por encima de todo, está mi interés en que los peruanos puedan evaluar los hechos lo más desapasionadamente posible. Al final, por encima de cualquier cargo está el poder vivir con tranquilidad de conciencia y mantener el derecho a la invaluable dignidad personal.

Agradezco al pueblo del Perú por la oportunidad que me brindó de desempeñar un cargo de altísima responsabilidad y formar parte de un equipo de Gobierno que ha trabajado con seriedad. En ese esfuerzo se encuentra el incremento de nuestras exportaciones y el turismo, la profundización de acuerdos comerciales con el Brasil y MERCOSUR, la ampliación de la ATPDEA, que ha permitido aumentar significativamente nuestras exportaciones y generar más puestos de trabajo; las bases para lograr un Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos, el inicio del Plan Nacional de Vivienda, la creación del Consejo Nacional de la Juventud, entre otros.

No obstante la labor realizada, lamento profundamente que pueda haber contribuido, con cualquiera de mis actos y en forma involuntaria, a una sensación de frustración respecto al cambio que la inmensa mayoría de peruanos esperaba. Les ruego tomar en cuenta mi compromiso por más de 25 años con los ideales de la democracia, el desarrollo, la juventud y la justicia social en nuestro país.

Agradezco a todos los que colaboraron esforzadamente conmigo en la tarea de servir al Perú. Seguiré trabajando, como siempre lo he hecho, a favor de los que menos tienen.

Confío en que el Señor, que reconoce la verdad de las cosas, me juzgará debidamente, y que los hombres y mujeres del Perú me escucharán antes de sentenciarme y sin apasionamiento político. Entonces podrán emitir su juicio, en pleno ejercicio de sus derechos.

Seguiré soñando con un Perú justo, solidario y de jóvenes emprendedores.

Desde aquí quiero agradecer, una vez más —lo que he hecho una y otra vez a lo largo de estos dos años y medio—, al presidente y amigo Alejandro Toledo, por la oportunidad que me dio. Yo sé que él en este momento no va a entender mi decisión, que podría ser confundida por los momentos difíciles que vive el país. Creo, por el contrario, que le otorgará espacios necesarios para fortalecer su Gobierno y la esperanza de que el pueblo del Perú y los partidos políticos, que sufrimos tanto para recuperar la democracia, sabrán crear los espacios necesarios para seguir avanzando.

Muchas gracias”.

Dejé mi carta en Palacio de Gobierno, en un sobre lacrado, y luego, telefónicamente, le comuniqué mi decisión al presidente Toledo, quien estaba en Puno. Casi a gritos, por encontrarse en un mitin, me pidió que no renunciara, que esperara, que quería conversar conmigo.

—Raúl, por favor, no renuncies, yo ya regreso—, me dijo.

Yo tenía la conferencia de prensa convocada en el despacho de la Primera Vicepresidencia de la República, y la hice esperar.

Mientras tanto, vino a buscarme el presidente del Consejo de Ministros, Carlos Ferrero, un gran señor, quien me pidió que fuera a su casa porque Toledo iría directamente del aeropuerto hacia allá para hablar conmigo.

En la casa de Ferrero esperé al presidente en la biblioteca. Hablamos de manera franca y directa, como solíamos hacerlo siempre. En un momento de la conversación le dije:

–Presidente, ¿cómo quiere que me quede si está rodeado de traidores? ¿O va a deshacerse de ellos?

–Nombres, Raúl, dame nombres.

Le di nombres. Toledo escuchó y se quedó callado.

En ese momento nos sorprendió a todos escuchar la lectura de la carta de mi renuncia en Radioprogramas del Perú (RPP), emisora líder en sintonía en el país. Nadie supo cómo había llegado la carta a la radio.

El presidente aceptó mi decisión de marcharme.

Hoy, la vida me ha permitido comprender que no me equivoqué. En ese juego de ‘tronos’ presidenciales, mucha gente ‘amiga’ no quería al presidente Toledo y buscaba vacarlo a como diera lugar. Algunos advirtieron que el medio para concretar sus intenciones no era yo, y tocaron otra puerta, la que seguía.

Después de mi renuncia le preguntaron a mi sucesor:

–Señor vicepresidente, ¿qué haría usted si vacaran al presidente Toledo?

–Yo estoy listo para hacer lo que la Constitución dicte–, respondió él.

Mi renuncia no apaciguó los ánimos en el Parlamento, ni mi solicitud de derogatoria del D.S. 047. El caso se vio en la Comisión de Fiscalización y Contraloría, en la Subcomisión de

Acusaciones Constitucionales, en la Comisión Permanente y en el Pleno del Congreso de la República. La sanción que se me quiso imponer fue 10 años de inhabilitación política.

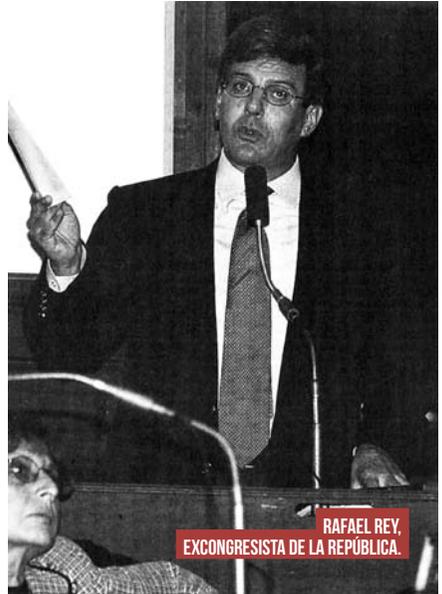
Obra en los archivos del Diario de Debates del Congreso lo que fue aquel proceso. No quisiera aquí detallar cada una de las intervenciones, excepto la del parlamentario Rafael Rey, que me parece sustantiva por la lógica argumental:

“...Si a un ministro acude un ciudadano cualquiera a explicarle que la Sunat, según su punto de vista, está interpretando indebidamente la ley y pretende cobrar el IGV, cuando en realidad está exonerado de ese impuesto, y le pide al ministro que aclare dicha norma, él, en ejercicio de sus funciones, puede disponer que se estudie el asunto en su sector y, después, solicitar al Ministerio de Economía y Finanzas que haga lo mismo. Y si el MEF responde favorablemente al reclamo del ciudadano, ¿cuál es entonces el cuestionamiento del decreto aclaratorio?

¿Cómo se puede calificar que haya cometido una infracción constitucional?

Quiere decir entonces que cuando un ciudadano, y amigo a la vez, solicita algo a que tiene derecho en un ministerio, y da la casualidad de que el ministro es amigo suyo, ¿lo que tiene que hacer el ministro es negarle el derecho o negarse a que el ministerio cumpla su deber?

Me parecería absurdo pensar así. Por lo tanto, en este caso no hay ninguna infracción; técnicamente



está claro que el Ministerio de Comercio Exterior y Turismo tenía que intervenir, y así lo hizo”.

El 14 de diciembre de 2004, tras un apasionado debate en el Congreso de la República, después de una larga, agotadora y dura batalla política y legal, se archivó la acusación constitucional.

Por otro lado, el Poder Judicial, en un proceso que llegó a la última instancia y demoró –con marchas y contramarchas– 10 años, llegó al final a la misma conclusión: no hubo irregularidad, ni falta, ni delito en la dación del D.S. 047. La venta de bienes y los servicios en las tiendas libres de los aeropuertos –los *Duty Free*– eran y siguen siendo inafectos al pago del IGV.

La denuncia se había basado en la errada premisa de que el mencionado dispositivo consagraba exoneraciones del IGV, cuando tan solo precisaba una inafectación preexistente.

El tiempo, finalmente, me dio la razón, y demostré mi inocencia sin más ayuda que mi conciencia y el apoyo de la persona a quien más amo: Luciana. La renuncia a la Primera Vicepresidencia me hizo libre para defenderme y decir la verdad. Una a una, las acusaciones fueron desvirtuadas, y los infundios e injurias fueron silenciados por la verdad de los hechos.

Muchos amigos me han preguntado si mi decisión de renunciar fue la correcta. Hay quienes creen que no debí hacerlo, que no tenía la obligación de despojarme de un título que el pueblo me había conferido en las urnas. Sin embargo, en política, tu credibilidad es todo; no se puede aceptar ni permitir que el apellido y el honor sean mancillados. En esas circunstancias, pensaba en lo que mi padre me decía: *“Lo único que siempre debes defender es tu apellido”.*

Reflexionando, como lo hago ahora en estas páginas, reconozco que en este episodio de mi vida no fui un buen discípulo del

presidente Belaunde. En el momento en que había aceptado ser candidato a la Primera Vicepresidencia él, con la sapiencia de los años y el cariño que me tenía, me había recomendado que, por favor, no solicitara cargo alguno en el Ejecutivo “porque tarde o temprano te van a llamar”.

Debo admitir, ahora, que cometí el error de no escuchar la exhortación de quien sabía mucho, pero, sobre todo, del hombre al que más quería.

Debo confesar que me entristeció dejar el Gobierno. Admito que me dio muchas satisfacciones, pero también me laceró el alma. Por eso afirmo que soy una de las pocas personas que, actuando en política, vio su entierro mientras estaba vivo.

El tiempo pasó y, como diría el poeta, la experiencia de todo lo vivido se empozó en el alma.

Corría el año 2006, y mi madre enfermó gravemente. La tristeza nubló mi corazón.

Recordaba una situación similar cuando era niño. Los médicos le diagnosticaron miastenia grave, un trastorno neuromuscular muy doloroso. Le recomendaron que se tratara en los Estados Unidos. Así que, un día, mi madre —acompañada por mi abuela— viajó para allá y nos quedamos solos con mi padre.

Todos esperábamos que ella regresara pronto, pero la espera se fue alargando y alargando. Un año estuvimos sin ella. Mi padre tenía que trabajar, y debimos repartirnos entre la familia. Yo fui a una casa, Charito a otra. El que más sufrió con la ausencia de mi madre fue mi hermano ‘Calín’.

Cuando podía, nos enviaba unos discos grabados con su voz. Nos reuníamos para escucharla y, conforme su voz invadía nuestros corazones, terminábamos llorando, incluido mi padre.

Mi madre sufrió muchas enfermedades; gemía sus dolencias, pero nunca la escuché quejarse de los males que la aquejaban. Hallaba consuelo rezando el rosario diariamente y se lamentaba por hacernos sufrir con sus padecimientos.

Ese año, 2006, está grabado por siempre en mi memoria. Ante su lecho le prometí cuidar a mis hermanos, principalmente a ‘Calín’; lágrimas brotaron de sus ojos cerrados, y su último aliento lo dio en mis brazos.

Alejado de la política, retorné al punto de inicio con el que había empezado mi vida, aquel que mi madre siempre me había impulsado a seguir: el emprendimiento educativo.

“

El tiempo, finalmente, me dio la razón, y demostré mi inocencia sin más ayuda que mi conciencia y el apoyo de la persona a quien más amo: Luciana.



UNIVERSITY OF SOUTH FLORIDA (USF), JUNIO 2015. EL FUNDADOR PRESIDENTE DE USIL, RAÚL DIEZ CANSECO TERRY, RECIBE EL PREMIO "PRESIDENT'S GLOBAL LEADERSHIP AWARD", EN MÉRITO A SU DESTACADA TRAYECTORIA EN EL SECTOR EDUCACIÓN. LO ACOMPAÑAN JUDY GENSHAFT, PRESIDENTA DE LA USF Y HAROLD MULLIS, DIRECTIVO USF.

**EMPRENDEDORES QUE
FORMAN EMPRENDEDORES**



RECIBIENDO EL PREMIO PRIYADARSHINI ACADEMY DE LA GLOBAL AWARDS POR SU CONTRIBUCIÓN A LA LUCHA CONTRA LA POBREZA Y FOMENTO DE LA CULTURA DE LOS EMPRENDEDORES, MUMBAI-INDIA, 2010.

EMPRENDEDORES DE LA EDUCACIÓN

Desde la fundación de la Academia, la Corporación Educativa USIL ha dado un salto cualitativo, logrando hoy integrar todos los niveles de formación académica: inicial básico, primaria, secundaria, educación técnica, universitaria y postgrado.

El colegio San Ignacio de Recalde nació en una casita alquilada en San Isidro, y luego pasó a un pequeño local en Miraflores. Empezamos con 198 alumnos. El colegio secundario fue la consecuencia directa de mi experiencia en la Academia.

Había encontrado que entre el nivel universitario y la escuela secundaria había una brecha, un disloque, que dificultaba a los chicos aprobar el examen de admisión para seguir estudios superiores. Las academias preuniversitarias llenaban ese vacío.

En los colegios no se enseñaba razonamiento matemático ni razonamiento verbal, pero estos temas representaban casi el 50% de las preguntas de los exámenes de admisión. Responder ambos con propiedad era, muchas veces, la diferencia entre ingresar o no a la universidad.

Por la experiencia con los jóvenes de la Academia SIL, sabíamos que, si queríamos terminar con este desfase entre uno y otro nivel educativo, había que prepararlos desde la secundaria.

Nuestro rápido crecimiento hizo que pocos años después ampliáramos nuestras instalaciones en un terreno de 11 mil metros cuadrados en Santiago de Surco. Hemos agregado otro campus inmenso en Huachipa, de 30 mil metros cuadrados,

Raúl Diez Canseco Terry

nuestra sede ecológica, donde pensamos instalar una planta de transformación para despertar el interés de nuestros estudiantes por la industria de las yerbas aromáticas y el café procesado.

Hoy, San Ignacio de Recalde tiene 2 mil 200 alumnos y es considerado uno de los colegios emblemáticos de Lima, con cursos dictados íntegramente en inglés y francés, y con laboratorios y ferias científicas que permiten a los estudiantes desarrollar sus capacidades de investigación e innovación.

El salto hacia adelante fue siempre nuestra característica en educación. En 1983, cuando una nueva ley de educación incentivó la educación técnica, creamos el primer Instituto de Educación Superior Técnica San Ignacio de Loyola, orientado a formar especialistas en computación, a desarrollar competencias en lenguajes de programación, sistemas de cómputo y en soporte técnico a sistemas electrónicos para procesamiento de datos, así como a realizar el control digital de procesos automáticos, especialidades novedosas y de gran demanda en el sector laboral.

En la actualidad, nuestro Instituto de Emprendedores USIL tiene una moderna sede en Lima Norte y otro local en Magdalena, donde los jóvenes pueden seguir carreras atractivas como Administración de Empresas, Negocios Internacionales,



Servicios de Hostelería y Restaurantes, Administración de Redes y Comunicaciones, Computación e Informática, Contabilidad, Diseño Gráfico, Enfermería Técnica, Gastronomía, Marketing, Medios Digitales y Publicidad y Seguridad Integral.

Los cursos son continuos, de manera que al terminar su carrera pueden continuar sus estudios en la USIL y obtener el grado de bachiller. Esta modalidad, de unir las carreras técnicas con las universitarias, es lo que se debe hacer a nivel de política de Estado.

La educación es un proceso continuo de cumplimiento de metas, formación por competencias y desarrollo de capacidades y habilidades.

Pero mi sueño más profundo siempre fue promover una universidad.

Toribio Arce recuerda con nitidez aquella reunión de 1973, cuando manifesté que, algún día, la academia que en ese momento dirigíamos se convertiría en una universidad. Pasaron 23 años y aquella frase se volvió realidad.

Fue en 1996 cuando el ingeniero Domingo Palermo, entonces ministro de Educación del gobierno de Fujimori, publicó el



Decreto Legislativo 882, que produjo un cambio notable al promover la inversión privada en dicho sector. Hasta antes de esta ley, solo el Congreso podía crear universidades, y el Estado no tenía el dinero para hacerlo ni las personas adecuadas para gestionar rubros tan importantes como la Educación.

En el país había una gran demanda por crear nuevos espacios educativos, pero no existía normatividad legal que garantizara la inversión de los promotores. Si algún promotor privado estaba interesado en crear una universidad, esta debía pasar por un periodo de prueba de cinco años, tiempo en el que la asamblea universitaria tomaba el control del centro de estudios y expulsaba al promotor. No había seguridad jurídica para invertir en educación.

El D.L. 882 nos permitió concretar la idea de crear una universidad de calidad que no solo atendiera la demanda profesional de las mejores y más grandes empresas, sino que tuviera la plana docente adecuada y el soporte académico, tecnológico y en infraestructura necesarios para formar a los emprendedores de hoy y del mañana.

El expediente para la creación de la Universidad lo presentamos un año antes de que se dictara la norma, de manera que, cuando el D.L. 882 se publicó en El Peruano, ya habíamos dado un sólido primer paso para el nacimiento de nuestro centro superior de estudios.

El primer pabellón de la Universidad, el Campus 1, se construyó en un terreno de una hectárea en La Molina, en el tiempo récord de seis meses, trabajando un turno y medio, de domingo a domingo. Me gustaba supervisar las obras y ver el crecimiento de las aulas, los laboratorios, la biblioteca y las oficinas para los profesores.

Misa de Consagración de la USIL a la Santísima Virgen María y Bendición del Anda del Señor de los Milagros

El 18 de mayo de 2016, mes Mariano, consagramos la Universidad San Ignacio de Loyola a la Virgen María, en una emotiva ceremonia realizada en el campus de esta casa de estudios en La Molina, que se inició con una misa celebrada por el cardenal Juan Luis Cipriani Thorne, arzobispo de Lima y primado del Perú.

Ante más de mil personas entre alumnos, personal administrativo y docentes, el cardenal Cipriani destacó que tanto la iglesia como la universidad buscan servir al hombre de una manera desinteresada, tratando de responder a sus aspiraciones morales e intelectuales más altas.

Fue un acto de renovación de la fe que no interfiere la libertad de enseñanza ni impone la religión católica en la universidad. La ciencia y la fe no son antagónicas, por el contrario, dialogan porque ambas buscan la verdad. Se estudia, se aprende y se puede practicar la fe de manera libre y personal. Ese día, se procedió también a la bendición de la nueva anda del Señor de los Milagros, la cual fue llevada en procesión por los miembros la cuadrilla de alumnos USIL hacia el frontis de la capilla de la universidad.



La Universidad San Ignacio de Loyola abrió sus puertas el primer semestre académico de 1996 con 52 aulas, en las que se enseñaron las primeras carreras: Administración en Turismo y Hotelería, Ingeniería Agroindustrial, Informática y Marketing. Fue un recorrido contra el tiempo que hoy rememoro con satisfacción y orgullo.

Mucha gente creyó en el proyecto: para empezar, nuestra plana docente de la Academia, que formó el núcleo de nuestro primer grupo de catedráticos universitarios. Entre ellos estuvo un brillante profesor de matemáticas, egresado de la Universidad Nacional de Ingeniería, hombre con ideas de izquierda, idealista, solidario, preocupado por los demás, José Martínez, Pepe Martínez.

Nos hicimos muy amigos y compadres espirituales. A él le encargué que supervisara la educación de Raulito, mi primer hijo, sobre todo para que lo ayudara con los números, pero Pepe fue más allá: tomó el encargo como si fuera para su propio hijo; preparó a Raulito no solo para que ingresara a la universidad, sino también para la vida. Mi hijo le tenía un cariño inmenso.

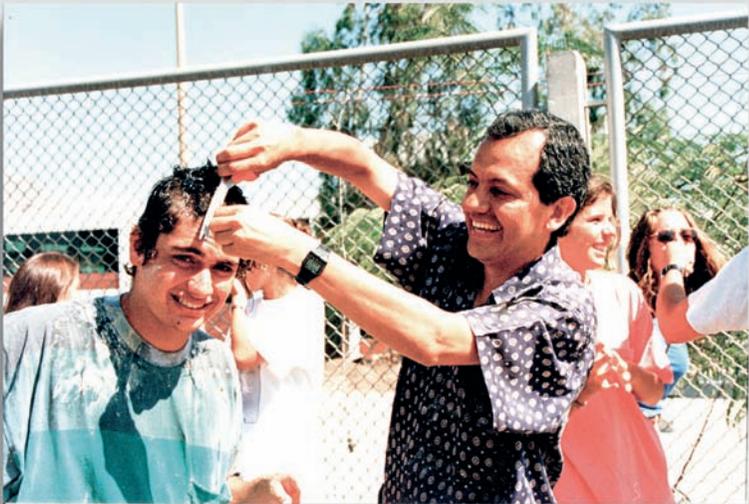
Tengo una fotografía que, cada vez que la veo, me transporta a un punto de felicidad, a un espacio donde los sueños coronados de tus hijos son como tus propios sueños conquistados. En la imagen, Martínez y Raulito celebran el ingreso a la universidad. Uno festeja el éxito como profesor; el otro, como ‘cachimbo’.

Dios recogió a Martínez a una edad temprana. Se fue sólo en cuerpo ya que, en espíritu, él sigue siempre en mis oraciones. Y estoy seguro de que también en las de Raúl.

La Universidad introdujo nuevos cambios en el sistema de la educación peruana.

Una de nuestras primeras acciones fue innovar las metodologías de ingreso y la estructura curricular, que tenía un formato de dos años de cursos generales y tres de especialidad. El nuevo enfoque era que los alumnos estudiaran sus cursos de carrera desde el primer ciclo, combinándolos con estudios generales, además de clases de inglés intensivas durante los cinco años que duraban las carreras.

El principal elemento que nos distinguió fue la incorporación de la cultura emprendedora. El alumno de la USIL recibía formación en gestión y administración de negocios desde el primer día de clases.



A PEPE MARTÍNEZ ENCARGUÉ SUPERVISAR LA EDUCACIÓN DE RAULITO, MI PRIMER HIJO, Y ÉL LO FORMÓ TAMBIÉN PARA LA VIDA.

Economía y Administración de Negocios fueron, desde el comienzo, dos de las carreras que mejor nos integraban a la corriente emprendedora. En los primeros años de funcionamiento nos identificaban como la universidad que formaba empresarios, aunque nosotros siempre buscamos posicionarnos como la universidad que forma emprendedores, porque nos reconocíamos entonces, y ahora, como un centro de formación que fomenta la innovación, el cambio, antes que la sola constitución de empresas.

Ese mismo año se incorporó Jorge Talavera como asociado en el lanzamiento de la Escuela de Postgrado. Él fue su primer director, con quien organizamos el primer Master Business Administration (MBA) en el Perú con doble titulación con la Universidad Laval de Canadá.

Jorge venía de trabajar muchos años en Chile, donde llegó a ser decano de la Escuela de Negocios de la Universidad Adolfo Ibáñez. Gracias a su gestión vino al Perú el padre de la estrategia competitiva, Michael Porter, para una conferencia en la que participé como panelista.

Durante el tiempo que trabajó en tierras chilenas, Jorge notó que, pese a que la población y el crecimiento económico del Perú y Chile eran muy similares, la demanda por acceder a estudios de postgrado en Economía, Administración y Marketing era variada. Mientras que en el Perú era cubierta por solo tres universidades, en Chile estaba mucho más diversificada. Analizando el crecimiento de los servicios de educación para altos ejecutivos, y comparando la dinámica económica de las dos naciones, llegó a la conclusión de que en el Perú existía un nicho de amplia expectativa por atender.

Y tuvo razón. El postgrado en USIL tuvo un gran éxito desde el inicio. Hasta antes de nuestra propuesta, los estudios de

postgrado en Administración en el Perú se denominaban maestrías o magísteres en Administración (MA). Nosotros los identificamos como Magister Business Administration, MBA, lo que fue todo un éxito.

Hubo otras innovaciones que funcionaron muy bien. Una de ellas fue la alta tecnología para conferencias en vivo interactivas, con destacados conferencistas internacionales, las primeras de su tipo en el país. No eran clases en video, como se daban en ese momento, sino participaciones en vivo de profesores en cualquier parte del mundo conectados con nuestros alumnos a través de un sistema de transmisión en vivo, con interacción directa ISDN-RSDI, que trajimos del Massachusetts Institute of Technology (MIT) de los Estados Unidos.

Un cambio sencillo, pero vital, fue reestructurar los horarios de clases que, por entonces, las maestrías dictaban dos veces por semana y tres horas cada día. Nosotros propusimos tres veces por semana, con lo cual aumentamos en 50% las horas de dictado y redujimos a 18 meses la duración total de la maestría.

También trajimos profesores extranjeros que enseñaban de manera presencial dos semanas completas, de lunes a viernes, en el primer semestre, y otras dos semanas completas en el segundo semestre.

Como la Escuela de Postgrado nació casi al mismo tiempo que el Pregrado, nuestros primeros graduandos fueron del MBA, antes que del bachillerato. Cuando el pregrado cumplió cinco años, salió la primera promoción de bachilleres USIL. Entre esos graduandos estuvieron Raulito, mi hijo, y Karem, la hija de Jorge Talavera, quien tras dirigir el postgrado fue rector de nuestra USIL.

Entregar personalmente el diploma de estudios a nuestros hijos fue una de las mayores satisfacciones que me ha dado la vida.

Pasaron algunos años y hacia el 2008 –según recuerda Javier Alva, jefe de Marketing de USIL–, tras una serie de análisis y *focus group*, concluimos que los emprendedores en nuestra universidad debían ser formados por otros emprendedores; de allí nació el eslogan que aún hoy nos diferencia: “Emprendedores que forman emprendedores”.

Se discute mucho si el emprendedor es solo aquella persona capaz de formar una empresa. Pero muchos jóvenes no siempre desean ser empresarios, sino trabajar en una empresa y desarrollar allí su espíritu emprendedor. El emprendedor es, por esencia, aquella persona capaz de generar un cambio. Está en permanente proceso de innovación. Es no solo querer, o pensar, o soñar, con hacer algo nuevo; es tener actitud y aptitud para hacerlo. En términos simbólicos, ser emprendedor es mirar más allá del horizonte.

Pensar así nos ayudó a acuñar, en un eslogan, el espíritu de nuestra universidad: somos emprendedores que forman emprendedores y, al mismo tiempo, somos emprendedores para el mundo, emprendedores globales, emprendedores sin fronteras.

He tenido muchas satisfacciones a lo largo de mi vida y de mi experiencia en el emprendimiento educativo. Una de ellas vino a través de una persona que no conocía, pero que con el tiempo se convirtió en una especie de consejero espiritual que en muchos sentidos me tendió, más de una vez, una mano generosa. Me refiero a Miguel Ángel Manzoni, uno de los empresarios más importantes del Paraguay.

Miguel Ángel nació en 1940, en Asunción. Es el sexto de 10 hermanos: ocho mujeres y dos varones. Hijo de padre



diplomático, vivió sus primeros años de vida en diversos países, entre ellos, Bolivia, México y Argentina. Cuando llegó la hora de ingresar a la universidad, se inclinó por el Derecho. Fue entonces que su padre le recomendó que estudiara en Asunción.

–Si quieres ser abogado, debes estudiar en tu tierra–, le dijo.

Pero Miguel Ángel tenía otra vocación, la de ser empresario. Estaba en su segundo año de Derecho cuando formó su primera compañía. Al cuarto año de estudios ya era un hombre de empresas importante. En 1966 se graduó de abogado; pero, a pesar de no haber ejercido ni como

defensor privado ni en los tribunales de justicia, su profesión le sirvió para crear empresas que se convirtieron en grandes firmas, como la consultora de medio ambiente Monitor y Electromón.

Con esta última ganó todo el proceso de fiscalización y, también, algunas obras de ingeniería de la famosa represa hidroeléctrica de Itaipú, una construcción binacional de Paraguay y Brasil, sobre el río Paraná, considerada una de las más grandes obras de ingeniería del mundo.

Hace 46 años se casó con Raquel Riart, maestra de profesión, con quien tiene cinco hijas. Ella se dedicó a la familia, por lo que algunas veces, cuando yo hablaba con Miguel Ángel,

sentía que él tenía una deuda pendiente con su propia carrera y con su país. Fue así que los esposos decidieron hacer un colegio en Paraguay.

Un día, mi socio de entonces viajó a Asunción y, mientras dialogaba con Manzoni, le comentó nuestro proyecto de crear un centro de estudios con un nombre, además, tan significativo para el Paraguay: colegio San Ignacio de Loyola. Se interesó mucho en nuestra propuesta y envió a uno de sus gerentes a Lima para conocer, de manera directa, los detalles del emprendimiento. Cuando este volvió a Paraguay, le contó lo observado a Miguel Ángel, quien de inmediato me llamó para hacerme una propuesta.

Me expresó su interés en trasladar el *know how* de San Ignacio a su país. Recuerdo haberle dicho que estábamos muy halagados de que hubiera pensado en nosotros y que también teníamos interés en expandir San Ignacio de Loyola a su país, pero que, en lugar de exportar solo nuestra experiencia, lo que nos interesaba era formar parte del proyecto.

Yo no conocía a Miguel Ángel.

Después de un tiempo le propusimos formar una sociedad con el 50% cada uno. Nosotros no contábamos con el capital necesario, por lo que Manzoni hizo un préstamo para la puesta en funcionamiento del colegio San Ignacio de Loyola del Paraguay. Nunca cobró intereses y, con el tiempo, se le devolvió la inversión con las utilidades del negocio.

Hoy en día, SIL Paraguay es un colegio bilingüe, de mucho prestigio, que figura entre los más destacados de ese país y que causó mucho impacto porque propuso algo que no había allá: el bachillerato técnico.

Con el tiempo nos conocimos y se convirtió en un amigo entrañable. Me trata como si fuera parte de su familia. Cuando me separé de mi socio, le sugerí que adquiriera esa parte de la sociedad, pero él, generosamente, me respondió que no podía comprar en una coyuntura complicada para mí, y me prestó una cantidad muy importante para que fuera yo quien adquiriera dichas acciones sin que mediara alguna garantía, letra o papel firmado.

Fue un gesto magnánimo y altruista, sustentado solo en la confianza, que jamás olvidaré.

Así es Miguel Ángel Manzoni, un hombre desprendido, muy cristiano, de valores, que me regaló la Virgen de Schoenstatt, la misma que hoy está en el Campus 1 de la USIL.

El colegio en Paraguay es dirigido por su esposa, Raquel Riart de Manzoni, profesora de profesión y emprendedora de corazón.

Toda esa generosidad que he ido recibiendo en el tiempo he tratado de devolverla –siempre que he podido– con la mejora en la calidad educativa para los jóvenes o con la ampliación de las oportunidades para que ellos puedan acceder a la misma aunque carezcan de medios económicos suficientes.

La primera oportunidad para hacerlo fue un convenio por 65 millones de dólares que firmaron USIL y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) –pionero de su tipo en América Latina–, el mismo que sirvió para invertir en el mejoramiento y la ampliación de la infraestructura de la Universidad (equipamiento, laboratorios, etc.) y, sobre todo, en otorgar créditos educativos para los jóvenes que, teniendo condiciones para seguir una carrera, no podían estudiar por motivos económicos. De aquella suma, 25 millones de dólares

Raúl Diez Canseco Terry

provinieron del BID y 40 millones de dólares del Banco de Crédito del Perú.

El convenio, como he señalado, creó un Fondo de Garantía para Préstamos Estudiantiles, lo que les permitió a los jóvenes acceder a un financiamiento para pagar sus estudios y poder finalizar sus carreras. USIL avalaba al estudiante –es decir, asumía el riesgo de la garantía–, y el alumno se beneficiaba con un préstamo financiado a largo plazo, con bajísimos intereses y que recién se comenzaba a pagar cuando aquel empezaba a trabajar y se desarrollaba profesionalmente.

Fue un gran logro que el BID nos eligiera para ser la primera universidad en el Perú que ofrecería este tipo de fondo. Debo agradecer la visión e inteligencia de un alto funcionario, colombiano de nacimiento y latinoamericano de corazón, Luis Alberto Moreno, presidente del BID, quien con diligencia y liderazgo nos avaló desde el inicio. Igualmente, el Banco de Crédito confió una vez más en nosotros y apostó por la educación.

El modelo ha tenido tanto éxito que, luego, el BID lo ha replicado en otras universidades de América Latina.



CON LUCIANA DE LA FUENTE DE DIEZ CANSECO, HILLARY CLINTON Y LUIS MORENO, PRESIDENTE DEL BID, QUE LE OTORGÓ UN VALIOSO CRÉDITO A USIL EN 2013.

«Raúl es un hombre apasionante. Es un hombre leal. Hoy, él es mi hermano menor. Nos tratamos con mucha fraternidad. Es un hombre penetrante. Lo conquista a uno. Es de muchos valores, que los tiene muy ordenados y priorizados. No esconde nada. Es un hombre muy abierto, de mucho afecto y de mucho corazón. Es un facilitador de las relaciones humanas. Es un hombre auténtico».

Miguel Ángel Manzoni, fundador presidente de
San Ignacio School Paraguay

«Yo tengo solo palabras y sentimientos de agradecimiento para USIL. Pasé diez años de mi vida en esa casa de estudios: cinco años como director de Postgrado y cinco años como rector de Pregrado. Hicimos grandes cosas. Quiero contar un detalle: yo me considero un hombre racional, no temperamental. Nunca he llorado, ni cuando murieron mis padres. Pero el día que renuncié a USIL no pude contenerme; se me cayeron las lágrimas».

Jorge Talavera Traverso, rector de la Universidad ESAN

«Admiro mucho la capacidad de emprendimiento que tiene Raúl. Y eso es objetivo. Siempre está pensando en nuevas ideas para emprender, cambiar y mejorar. Además, como tiene muchos contactos y relaciones internacionales, siempre está interesado en escuchar y aprender cosas nuevas, y llevarse esos nuevos conocimientos al Perú. En ese aspecto, es un patriota de admirar».

Pablo Rivas, presidente ejecutivo de Global Alumni

«Conocí a Raúl cuando yo era director de Casa de América y él fue a presentar su libro El arte de emprender. Nos llevamos bien desde el principio. Lo que admiro de él es su capacidad de buscar talento. Y, en lo posible, el mejor talento. Posee, además, una capacidad de trabajo muy grande. Tiene inteligencia innata y un liderazgo con organización de equipos».

Tomás Poveda, representante de USIL Europa



EL PROGRAMA CREER PARA CREAR FUE LANZADO EN 1998.
FIGURAN, ENTRE OTROS, GASTÓN BARÚA, EL EMBAJADOR
DENNIS JETT, BEATRIZ BOZA, ALFREDO BARNECHEA Y ÁLVARO CARULLA.

CREER PARA CREAR

El espíritu emprendedor es uno solo, sea que se trate de empresarios grandes, medianos o pequeños. Es una fuerza interior que los lleva a concretar los sueños, a realizar las ideas, y que los distingue de los demás. Están convencidos de que pueden cambiar el mundo. Y lo hacen, empezando por sus propios mundos.

Hay dos tipos de personas en el mundo: las que pasan por tu vida y las que te dejan huella. Estas últimas son modelos inspirativos, que marcan tu existencia, sea porque las admiras y despiertan en ti el deseo de imitar sus acciones o porque su halo de referencia trasciende el campo profesional en el que se desarrollan.

Dionisio Romero Seminario es uno de esos personajes que siempre he admirado. No solo por su vida como empresario, sino también en el plano personal. La imagen de sencillez y quietud que transmite al escuchar con atención y decir con claridad lo que piensa es ejemplar. Lo aprecio como un emprendedor exitoso y, al mismo tiempo, sencillo y humilde.

En 1968, al fundar la Academia San Ignacio de Loyola, decidí abrir una cuenta bancaria para administrar los primeros ingresos que empezaba a generar. El Banco de Crédito del Perú (BCP), del Grupo Romero, era ya un prestigioso banco y tenía mucho arraigo entre el público y clientes, entre ellos, mi propia familia. Decidí abrir mi primera cuenta en sus oficinas en el Centro de Lima.

A lo largo de mi vida he tenido diversos encuentros con él que quiero, ahora, testimoniar. No recuerdo exactamente la fecha en

que lo conocí personalmente, pero sí tengo vívidas las reuniones sostenidas, a tal punto que, cada vez que necesité el consejo desprendido de un líder, acudí a visitarlo.

Una de las reuniones que mejor recuerdo fue cuando tuve que buscar un compañero de ruta como contrapartida del crédito por 25 millones de dólares que nos había otorgado el BID para invertir en infraestructura, laboratorios y préstamos educativos para los estudiantes –la primera de su tipo en América Latina–. Acudí a Dionisio y tuve el apoyo del BCP, que nos dio una mano y puso otros 25 millones de dólares.

Y cuando en los momentos más difíciles de mi vida necesité el consejo de un amigo, allí estuvo. Es una persona que, sin ser familia, me trató como tal. Mi gratitud a un emprendedor que tanto apostó por el Perú, y que tanto ha dado por él, es eterna.

Junto con Dionisio, Walter Bayly Llona, gerente general del BCP, fue quien no dudó en apoyarnos en circunstancias en que la USIL estaba entrampada con una operación de crédito, motivada por la separación de bienes que, a nivel personal, yo afrontaba. A él le debemos mucho por la continuidad de las operaciones y el crecimiento de San Ignacio de Loyola como entidad educativa.

En una reunión inolvidable, Walter citó a los abogados del banco, los escuchó y les dijo:

–Así que ustedes temen que acá pueda haber un riesgo. De ninguna manera. Dónde firmó, porque yo lo asumo.

Mis padres me enseñaron a ser un hombre agradecido. Por esa razón, debo reconocer que el programa Creer para Crear, que hicimos con Pro Bienestar y Desarrollo (PROBIDE), la asociación que fundé en 1998, no habría sido posible sin la

intervención y el compromiso directo del líder empresarial del Grupo Romero.

Le gustó tanto ese proyecto que cuando su hijo Dionisio Romero Paoletti regresó de sus estudios de postgrado en el extranjero, Dionisio padre me llamó para pedirme que lo recibiera y le contara con todo detalle el proyecto de apoyar las ideas emprendedoras de los jóvenes que nosotros fuimos descubriendo por todo el país.

Todas las empresas del Grupo Romero se comprometieron con Creer para Crear. Incluso, la primera premiación que se hizo para alentar a los nuevos emprendedores se realizó en el BCP, en el auditorio de La Molina.

Siempre admiré el papel promotor que desempeña el Banco de Crédito en los ámbitos educativo, social y cultural, y que tiene también, en la labor institucional, un importante frente para contribuir con el desarrollo del país.



DIONISIO ROMERO SEMINARIO, PRESIDENTE DEL DIRECTORIO DEL BCP, FUE UN GRAN SOPORTE ECONÓMICO PARA USIL. AQUÍ CON SU HIJO, DIONISIO ROMERO PAOLETTI.

Por tal razón, en mayo del 2010, la Universidad San Ignacio de Loyola le rindió un homenaje y le otorgó un Doctorado *Honoris Causa* a este hombre que tanto ha hecho por el país.

Aquel día, frente al auditorio, sostuve que los principios y los valores que encarna Dionisio Romero nos comprometen a imitarlo en lo que se denominan las buenas prácticas empresariales y el sentido social.

“La calidad en la producción, la fe en el país, el compromiso de servicio, el comportamiento ético, la identidad institucional, el apoyo a los trabajadores, entre otros valores, como la responsabilidad social que promueve la realización de proyectos sostenibles, configuran ideales corporativos que se traducen, de manera constante y consistente, en el bienestar del consumidor y de los clientes”.

En su discurso de orden, Dionisio se centró en su experiencia de vida, no en los secretos para emprender una empresa y tener éxito, sino en la manera personal en que él entendía el éxito de una empresa.

“¿Quiéren una receta fácil para el éxito? Escojan cualquier giro de negocio, armen un equipo ganador y competente, y dedíquense a darles orientación y reconocimiento como personas. Punto. Esa es la mejor receta. Sin embargo, por alguna razón, el tema de la gente tiene una importancia como cien, pero una dedicación como diez”.

La decisión más importante que un empresario debe tomar —subrayó— es elegir a los líderes que gestionarán la empresa. Esa fue su lección de aquella noche: la gente es lo más importante para que cualquier emprendimiento sea sostenible y rentable.

De alguna manera he seguido la misma hoja de ruta. Eso me enseñó que, si escoges a los colaboradores correctos, comprometidos con la visión y los valores de la empresa que pretendes dirigir, no hay obstáculo que no puedas vencer,

lo que te enseña, a la vez, a ser humilde en el éxito y gigante ante los obstáculos.

Pero Dionisio no solo inspiró mi vida. Su decisión de apoyar Creer para Crear les cambió la vida a miles de jóvenes que soñaban con emprender y que venían haciendo grandes esfuerzos para poder financiar sus proyectos.

En una visita que realicé a Washington D.C., pude darme cuenta de los cambios que se generan en la vida de una persona cuando encuentra el apoyo de alguien que la entiende.

Había ido con Daniel Diez Canseco a la Organización de Estados Americanos (OEA) para participar en un foro hemisférico sobre emprendimiento cuando, de pronto, un joven nos salió al encuentro, extendió su mano y, mirándonos fijamente, se presentó con estas palabras:

—Raúl, Daniel, bienvenidos a la OEA. Ustedes cambiaron mi vida. Gracias a ustedes estoy aquí. Quería agradecerles por eso.

Me sorprendí, por supuesto, mientras trataba de acordarme dónde lo había visto. Pero Daniel lo recordaba perfectamente. Era uno de los finalistas de los primeros concursos que hacíamos a fines de los 90 y principios de los 2000, Creer para Crear, donde impulsamos a los jóvenes que tenían buenas ideas y proyectos de empresas, pero que carecían de financiamiento.

Luis Viguria como muchos jóvenes talentosos, había terminado su carrera de Economía en una universidad privada y, a pesar de sus excelentes calificaciones, le resultó difícil encontrar trabajo. Se reunió con Roberto Vargas, uno de sus amigos, para desarrollar una novedosa idea de negocio: ayudar a rentabilizar el dinero en lugar de depositarlo en un banco. El proyecto consistía en desarrollar un software para asistir en línea a todo tipo de ahorradores —agresivos, moderados o intermedios— para

convertirlos en inversionistas y generosos ganadores de renta de diversos y atractivos “portafolios de inversión”. La novedad era la asistencia en línea, en tiempo real. Con esta propuesta se presentaron a Creer para Crear.

El proyecto de asesoramiento financiero en línea de Luis no ganó, pero le permitió a él y a sus socios conocer a representantes de compañías y del sistema financiero. Sostuvieron reuniones con una serie de organizaciones empresariales e institucionales que, antes de que finalizara el concurso, ya tenían asegurado el financiamiento para su propuesta. Así conocieron el Fondo Iberoamericano de Jóvenes Emprendedores, liderado por el entonces príncipe Felipe de España.

Viguria viajó a Madrid para presentar su nueva idea de negocio. Al regresar, decidió hacer una pasantía en la OEA. Se fue por tres años. Al terminar lo contrataron por un año como asesor de proyectos; luego lo nombraron gerente; más tarde fue director, y ahora es CEO de la Young Americas Business Trust (YABT), organización internacional sin fines de lucro que trabaja, en cooperación con la Secretaría General de la Organización de los Estados Americanos (OEA), para promover el desarrollo económico y social de los jóvenes en el hemisferio occidental y en todo el mundo.

PROBIDE apostó por los jóvenes emprendedores que no tenían forma de avalar financieramente sus proyectos. Al comienzo nos apoyaron empresas peruanas, y luego, cuando el proyecto creció y dio resultados, se sumaron instituciones cooperantes, como el propio Banco Interamericano de Desarrollo, la Corporación Andina de Fomento (CAF) y la Comunidad de Madrid.

Debo reconocer que fue Alfredo Barnechea quien me presentó a Enrique Iglesias, presidente del BID, gran uruguayo y latinoamericano que hizo tanto por su país, por el Perú y por la Patria Grande.



Durante el trabajo semillero de Creer para Crear, visité a varios líderes empresariales para contarles de la propuesta y contagiarlos con la experiencia de confiar en los jóvenes emprendedores. Me reuní con la familia Wong, emprendedores que revolucionaron el servicio de los supermercados o *retail*.

Me recibieron en su oficina de San Antonio, en Miraflores. Estuvieron todos los hermanos.

Les propuse que eligieran y avalaran proyectos por un monto no mayor de 20 mil dólares. Mi encargo era convocar el concurso, capacitar a los participantes y realizar una preselección para que los empresarios eligieran el suyo con absoluta transparencia.

Al final de toda la explicación, mi *speech* de cierre –recuerdo– fue más o menos así:

–Como entenderán, queridos amigos, no he venido a pedirles dinero, sino una cuota de confianza para los jóvenes peruanos. Porque si empresarios de éxito, visionarios y emprendedores, como ustedes, no creen en nuestra juventud, esta no tiene ningún futuro.



CASA DE AMÉRICA, MADRID, ESPAÑA.
PRESENTACIÓN DEL LIBRO *EL ARTE DE EMPRENDER*.
CON ENRIQUE IGLESIAS, EXPRESIDENTE DEL BID,
Y JOSÉ MARÍA AZNAR, EXPRESIDENTE DEL GOBIERNO ESPAÑOL.



LOS HERMANOS EFRÁIN Y ERASMO WONG ACEPTARON LA PROPUESTA
DE CREER PARA CREAR Y APOSTARON POR LOS JÓVENES DEL PERÚ.

Raúl Diez Canseco Terry

Los hermanos Wong apostaron por los jóvenes y les dieron su confianza.

Algo parecido ocurrió con Dionisio Romero. Apoyó encantado la iniciativa y escogió un proyecto. Así logramos identificar y fomentar proyectos de negocios de diversas regiones del país, lo que confirmó que, en efecto, tenemos una reserva de talento juvenil que ansía contar con personas y empresas que compartan sus sueños.

Hay mil y un historias maravillosas que podría contarles; casos de éxito les llaman los especialistas. Como el del joven Luis Antezano, quien después de mucho tiempo en Lima, a la muerte de su padre, regresó a Chupaca, Huancayo, para hacerse cargo de su familia y de sus tierras.

Un día, mientras caminaba por el campo, Luis observó que la gente lavaba las zanahorias en un recodo del río Cunas y que tomaba mucho tiempo en ese proceso manual de limpiar, seleccionar y colocarlas en costalillos para venderlas en Lima. Pensó que debía haber un proceso más rápido, mecanizado y eficiente. Tardó ocho meses en concretar su idea: fabricar una lavadora mecánica de zanahorias. Fue objeto de burlas. Tuvo múltiples fracasos en los intentos de hacer funcionar el



equipo, diseñado en base a un motor de camión. Se empeñó y no renunció a su sueño. Cuando la máquina estuvo lista, los resultados fueron notables.

Luis fue a Indecopi para patentar su invento. Ahí le hablaron de Creer para Crear. Se presentó con su proyecto y fue finalista en el concurso. El Grupo Wong lo avaló. Con lo que ganó, introdujo un cambio en su invento: ahora la máquina ya no solo lava; también selecciona y encostala zanahorias.

Historias de emprendimiento, de gente joven que se atrevió a hacer cosas diferentes, hay muchas.

Claudia Gonzales, de Industrias SISA, en el valle del Sisa, en la provincia de El Dorado, San Martín, transformó el sachu inchi en *snack* orgánico, que es vendido embolsado en diversas presentaciones: crocante, natural, con queso, con ají, confitado y con arare. Hoy, su producto se exporta –en pastas, cremas y salsas– a Francia, Bélgica, España y Estados Unidos.

Dante Chávez, del Cusco, vio una oportunidad en los animales que la Policía decomisaba por tráfico ilícito, y diseñó un proyecto para habilitar un zoológico en Cochahuasi. Usando el manual de emprendimiento del BID colgado en la página web de PROBIDE, realizó su proyecto de inversión y se presentó a nuestra institución, que lo ayudó a contactar con un banco para obtener el financiamiento.

El santuario de animales abrió con dos guacamayos y una tortuga como principales atractivos. El primer día recaudó 2 soles por ingreso. Dos años más tarde, la furia de la naturaleza se ensañó con el santuario. El río se desbordó y el lodo destruyó jaulas y tiendas. Pero, aun así, Dante y su familia persistieron en su idea.

Raúl Diez Canseco Terry

Hoy realizan campañas educativas para la protección de especies nativas, uno de los recursos naturales más importantes del país. La principal atracción es el cóndor andino. Y ahora, para el recorrido turístico, tienen guías que atienden a los visitantes en inglés, francés, portugués, italiano y español.



Estas historias prueban, por sí mismas, que el emprendedor no nace, sino que se hace. Es que emprender no es fácil. Se requieren herramientas técnicas, financiamiento, pero el primer ingrediente que diferencia a un emprendedor es la perseverancia, la pasión, la fuerza y el cariño que le pone a su sueño. Todo a la vez.

Hoy PROBIDE ingresa a una nueva etapa.

Evolucionamos, como la vida. Ingresamos, de manera inexorable, a la Cuarta Revolución Industrial o Industria 4.0, un mundo en el que las máquinas interactúan entre ellas y donde se fusionan la robótica, la ingeniería genética, las telecomunicaciones, el diseño industrial y la inteligencia artificial.

La base de este desarrollo es la innovación tecnológica, lo tengo claro. Esto nos lleva a revisar nuestros sistemas de aprendizaje y desarrollo de capacidades. Las exigencias son enormes frente a un mercado global altamente tecnologizado. Los cambios atraviesan toda la sociedad e impactan en la forma en que entendemos la política, la economía y los negocios.

Por eso, ahora en USIL estamos desarrollando una nueva área de emprendimiento tecnológico para impulsar proyectos de *startups* provenientes de todo el Perú. Las cosas han cambiado y, también, la forma de los emprendimientos. El mundo se halla enlazado, interconectado, por bytes, un mundo virtual que cada vez es más real. Hoy hablamos de ángeles inversionistas, mentores, proyectos incubadora.

Los nuevos emprendedores ya no comienzan solo con una idea original e innovadora, sino que, además de esta, tienen una base tecnológica y, necesariamente, funcionan sobre ella. Ahora estamos enfocados en eso. Buscamos aprovechar las ventajas de la plataforma tecnológica, que es global.

Hoy en día tienes internet y mucha tecnología en los smartphones, en las computadoras. Y estamos a punto de pasar del 4G de los celulares a la generación 5G, que vendrá unida al Internet de las Cosas (IoT), lo que nos integrará mucho más al mundo de las máquinas. Hay bastantes programadores, desarrolladores independientes. La magia consiste en juntarlos y tratar de generar soluciones a problemas cotidianos. Así nació Uber.

Ese talento para crear soluciones es el que queremos apoyar. Queremos –como lo planteó Fukuyama– fortalecer ese capital social que tienen las naciones y que debemos construir día a día.

Un país es grande cuando su capital social es sólido y cuando conceptos como obligación, cumplimiento, reciprocidad, disciplina y confianza están impregnados en los actores sociales, en las personas e instituciones.

Por eso, Creer para Crear es también ahora creer para innovar, creer para solucionar, creer para crecer, creer para desarrollar.

Ingresamos al Bicentenario de la República; como diría Vallejo: *Perú, al pie del orbe*. Inmersos en la globalización, con una economía con signos alentadores durante años, pero que requiere, hoy más que nunca, del esfuerzo de todos para recuperar su dinamismo. Crecer sostenidamente entre 6% y 7% es necesario para cerrar las brechas económicas y sociales que aún tenemos como sociedad.

No podemos permitir que, tras 27 años de disciplina monetaria y fiscal, tengamos cinco regiones con más de 20% de desnutrición crónica infantil. Aspiramos a ingresar a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), pero aún hay peruanos sin acceso a servicios de agua potable y alcantarillado. Todavía tenemos jóvenes sin seguridad social que trabajan en condiciones de semiesclavitud, encerrados con cadenas y candados.

Un viaje pueblo por pueblo, como nos enseñó Belaunde, nos permitirá comprobar que, en muchos lugares de la Patria, el desarrollo aún nos sigue siendo esquivo. Es responsabilidad nuestra acabar con esta situación de desventaja social. El Estado es el que debe brindar esas oportunidades que los de menos recursos no encuentran.

La descentralización, siendo un imperativo para el desarrollo, se ha ido transformando en un lastre. Hay que repensar el proceso, pensar en candados que pongan freno al cáncer que amenaza con convertirnos en un Estado fallido: la corrupción.

La corrupción ha envilecido la política. Y es la primera responsable de que los hombres y mujeres honestos se alejen de la actividad pública. Este es un problema serio porque, si los buenos rechazan la política, ¿a quiénes les estamos dejando esta tremenda responsabilidad?

El factor determinante de este cambio sigue siendo el conocimiento. La educación y formación profesional y/o técnica es la herramienta más eficaz para alcanzar el desarrollo. De ahí el imperativo de aumentar el presupuesto nacional en ciencia y tecnología.

La empresa y su rol en la sociedad también han cambiado. No estamos solo ante organizaciones creadas por lucro. Hoy se necesita instituciones que respeten el medio ambiente y que creen valor para el entorno en el que se desarrollan.

La libertad económica ha triunfado en el mundo. Cayeron los muros creados por el hombre, aunque nuevos muros se intentan levantar, ya no por razones ideológicas, sino por miedos. La democracia sigue siendo, sino el mejor, el menos malo de todos los sistemas de gobierno, a condición de que se sostenga en la libertad y en la independencia de poderes.

No hay democracia sin justicia, como no hay justicia sin ley y sin privilegios.

Requerimos hombres y mujeres solidarios, que vuelvan al origen de la política y del servicio público, que sientan que encargarse de los asuntos locales, regionales o nacionales es, primero que todo, un honor que conlleva una responsabilidad y un reto.

Raúl Diez Canseco Terry

Necesitamos una generación de nuevos misioneros de la política. Jóvenes bien formados, profesional y técnicamente, con alto sentido social, con la autoestima elevada, que quieran cambiar su país.

Necesitamos nuevos valores, y con talento, para un nuevo Perú.

«Raúl tiene, sobre todo, liderazgo. Y eso es muy importante a la hora de emprender. Además, tiene mucho vigor, mucha energía, más allá de su carácter. Tiene bastante energía. Eso lo ayuda a hacer muchas cosas a la vez. Se levanta a las 6 de la mañana y se acuesta a las 10 de la noche, todos los días, y siempre está con la misma energía, durante años. Eso es algo que solo lo tiene él».

Daniel Diez Canseco Terry, director ejecutivo de PROBIDE

«Raúl es una persona abierta, que te escucha, y si está a su alcance, te da una mano. Siempre está pensando en qué hacer, en cómo hacerlo. Cuando habla de emprendimiento, no se queda en la teoría, sino que pasa de inmediato a la práctica. Y eso es bueno, porque enseña con el ejemplo. Su propia experiencia de vida y su constante apoyo a diversas iniciativas hacen de él no solo un emprendedor, sino un emprendedor exitoso».

Luis Viguria, presidente ejecutivo de Young Americas Business Trust (YABT) -
Organización de los Estados Americanos (OEA)

GUINNESS WORLD RECORDS

Nada es imposible. Con esa motivación trabajamos para colocar en los ojos del mundo nuestros productos naturales más emblemáticos. A través de actividades que ponen a prueba nuestra capacidad de organización, trabajo en equipo y entrega de resultados en producción de alimentos, hemos logrado records supervisados por la reconocida marca internacional de sucesos asombrosos: Guinness World Records.

Antonio Tacchino Del Pino, vicepresidente de Relaciones con Organizaciones Estatales de la Universidad San Ignacio de Loyola (USIL), señala que el objetivo de estas competencias es poner en valor nuestros productos naturales, destacando sus potencialidades nutritivas, gastronómica y de salud. Y en los años que vienen... ¡iremos por más!



28 de octubre de 2015

'La ensalada de quinua más grande del mundo', en Frost Art Museum de la Florida International University (FIU), en Miami, Estados Unidos.



27 de noviembre 2016

'El plato de rocotos rellenos más grande del mundo', en la Plaza de Armas de Arequipa.



12 de noviembre de 2017

'La ensalada de aceitunas más grande del mundo', en el Parque Perú de la ciudad de Tacna.



BECA AL TALENTO

Una magnífica oportunidad para los jóvenes con talento y escasos recursos económicos aparece con esta nueva y promisorio política de Estado: Beca 18. La Universidad San Ignacio de Loyola se suma con entusiasmo a la tarea de seleccionar, formar y colocar a estos jóvenes en el aparato productivo del país.

El Perú tiene jóvenes talentosos. Los he encontrado, a lo largo de mi vida, en todas las regiones y en muchas disciplinas: en el estudio, el arte o el deporte. Es el mejor recurso humano que tiene el país. Pero el talento, para que dé frutos, debe cultivarse. Si no se abona el terreno, es decir, si no se preparan adecuadamente las condiciones en las que el talento debe desarrollarse, todo esfuerzo será estéril.

Eso sucedió, en el transcurso de nuestra historia, con miles –acaso millones– de jóvenes cuyo talento se desvaneció por falta de oportunidades o de apoyo.

El acceso a la educación básica en América Latina es casi universal; lo que preocupa es la calidad de la misma. En lo que respecta a comprensión lectora y matemática, si bien hemos mejorado, las pruebas PISA indican que estamos en los últimos lugares. En esas condiciones, los niños no pueden comprender lo que leen ni interpretar mapas y gráficos o establecer secuencias lógicas, básicas para su plena inserción en un mundo laboral cada vez más tecnologizado. La situación problemática se mantiene en el nivel secundario. En el Perú se conoce que solo el 37% de nuestros jóvenes adolescentes estudian en educación superior.

Los esfuerzos de muchos países por tener un programa que apoye financieramente los estudios de los alumnos más sobresalientes comenzaron mucho antes que el nuestro. Argentina, Brasil, Chile y Colombia son algunos ejemplos. Sin embargo, como se dice, nunca es tarde y, al menos, ya empezamos.

El programa Beca 18, iniciado durante el gobierno del presidente Ollanta Humala, es hoy una política de Estado orientada a garantizar oportunidades educativas para estudiantes de hogares pobres o pobres extremos, pero también considera otras vulnerabilidades, como el lugar de origen, el grupo étnico al que pertenecen, su trayectoria familiar y educativa. Muchas veces, ser pobre y pertenecer a un grupo étnico determinado es un factor de exclusión. Esta es una realidad que debemos cambiar si aspiramos a un desarrollo con todos y para todos.

En USIL, cuando supimos de la puesta en marcha del programa Beca 18, empezamos a trabajar no solo para captar el talento joven que provenía de distintos puntos del país, sino también para hacer de su formación en nuestra universidad una experiencia única que les cambiara la vida.

En el momento de cerrar este libro, de los más de 21 mil alumnos que estudian en nuestras aulas, 3 mil 500 provienen de Beca 18. Desde el Rectorado hasta nuestros promotores, recorrimos cada región del país y nos propusimos organizar eventos de información sobre el programa y, luego, preparar los exámenes de selección supervisados por la oficina del Estado –Pronabec–, para lograr que el talento juvenil eligiera estudiar con nosotros.

Los estudiantes seleccionados que llegaron a USIL cambiaron su vida. Apenas estuvieron en nuestras aulas, los introdujimos en un sistema de tutorías especializadas para que se adaptaran a las nuevas condiciones que debían enfrentar en la ciudad. Contratamos psicólogos y sociólogos. Se les enseñó desde

tomar el Metropolitano y el Tren Eléctrico hasta manejar una tarjeta en cajeros automáticos, ir a los supermercados, museos, bibliotecas y cines.

Nuestro compromiso y preocupación por esos jóvenes es integral y permanente. Supervisamos las habitaciones que debían alquilar mientras duraran sus estudios, y cada cierto tiempo los visitábamos en sus residencias para saber si necesitaban algo o si requerían algún apoyo adicional para su completa comodidad.

El otro efecto maravilloso de Beca 18 es el crisol de jóvenes de distintos lugares de origen que se encuentran hoy en las aulas, los pasillos y las bibliotecas de la Universidad. Trabajamos en fortalecer el concepto de convivencia y tolerancia. Actualmente no hay cómo diferenciarlos: se visten igual, escuchan la misma música, tienen las mismas aspiraciones de salir al mundo y ganar. Unirnos todos y fusionarnos es la única manera de que el Perú salga adelante.

Muchos de estos chicos se gradúan con el grado de excelencia y sienten que, ahora que están preparados, deben retribuirle a su país lo que él les ha dado, y la mejor forma de hacerlo es trabajar en lo que saben en sus regiones de origen.

Por eso, nuestro compromiso no termina con su formación profesional en USIL. Esas son las satisfacciones que hacen que, a mis 70 años, recorra el país cada semana para visitar empresas líderes en cada región y presentarles a nuestros egresados de Beca 18 que están listos para insertarse laboralmente en sus provincias. La respuesta es alentadora. Las compañías requieren que los mejores hijos de la zona trabajen en su localidad, y los becarios se sienten orgullosos de volver a su tierra siendo profesionales altamente calificados, encontrarse con sus familias y aportar al desarrollo de la tierra que los vio nacer.

Raúl Diez Canseco Terry

Me siento reflejado en ellos cada vez que recibo a los miles de cachimbos que ingresan a la Universidad. Porque emprender es una filosofía de vida, una actitud, un modo de ser que permanentemente busca lo nuevo, lo diferente, lo imposible. Emprender es hacer. No es solo pensar. Es realizar los sueños.

«Dios me puso en su camino. Era el año 1982. Conocí al señor Raúl en mi tierra: Carhuaz, Áncash. Yo terminaba el colegio y él me preguntó si me gustaría estudiar informática, computación. En aquella época, yo no tenía ni la menor idea de lo que era eso. Quería ser historiador en San Marcos. Pero, después de dos intentos de no poder ingresar, lo busqué, me preparé en la Academia San Ignacio de Loyola e ingresé al Instituto SIL. Terminé mi carrera en el segundo puesto, en orden de méritos.

Fue así como empecé a trabajar en la Academia San Ignacio de Loyola, primero como digitador; luego fui ascendiendo y llegué a ser el jefe de cómputo. Después enseñé en el Instituto, dictaba cursos de lenguaje de programación. Más tarde seguí la carrera de Educación; fui bachiller y licenciado. Posteriormente, hice una maestría en Docencia Universitaria. Luego pasé a la Universidad San Ignacio de Loyola.

Ahora soy director de Servicios y Registros Académicos; tengo 32 años en la organización. A Raúl le guardo una eterna gratitud porque me cambió la vida».

Juan Alfaro, director de Servicios y Registros Académicos de USIL



FRANCESCO VANI DARC HIRAFI, CEO CITI HOLDING JA WORLDWIDE BOARD OF GOVERNORS Y ASHEES ADVANI, CEO JA.

Formando el espíritu emprendedor

Junior Achievement Perú es una asociación educativa no lucrativa que tiene como fin impartir a niñas, niños y jóvenes entre 5 y 25 años de edad, una formación emprendedora que les permita alcanzar todo su potencial. Buscamos desarrollar en los jóvenes emprendedores las aptitudes y los valores necesarios para un exitoso futuro laboral.

Nos iniciamos con el programa La Compañía dirigido a estudiantes de educación secundaria. Hoy contamos con más de 20 programas educativos basados en tres pilares fundamentales: Preparación para el Trabajo, Emprendimiento y Educación Financiera.

Desde hace unos años formo parte del directorio de J.A. *Las Américas*. El año pasado en base a los exitosos resultados obtenidos en J.A. Perú, se realizó en nuestro país la cumbre mundial de la organización J.A. Worldwide. Era la primera vez que una reunión de esta envergadura se realizaba en América Latina. Nuestros logros se pueden ver reflejados en más de 952 mil clases realizadas con más de 170 mil escolares beneficiados a nivel nacional.

WALT DISNEY World.

Donde los sueños se hacen realidad

El Disney International College Program representa la oportunidad ideal para aquellos alumnos que son admitidos en el proceso de preselección realizado por el Vicerrectorado internacional de la USIL y seleccionados por el International Recruiting Team de la más grande organización Walt Disney World.

Un extraordinario y exclusivo programa que desde hace más de diez años brinda a nuestros alumnos la oportunidad de tener su primera experiencia internacional de trabajo, viviendo la experiencia de realizar sus prácticas remuneradas y enriquecer para siempre su vida profesional y personal.

Esta increíble vivencia le permite a nuestros jóvenes emprendedores compartir con personas de diferentes culturas, ampliar sus conocimientos y alcanzar un excelente dominio del idioma inglés. Formar parte del equipo de colaboradores de la compañía de entretenimiento más importante del mundo es también vivir un sueño hecho realidad.





CON KRISTI BREEN, VICEPRESIDENT, DISNEY INTERNATIONAL AND CAMPUS RECRUITING, DISNEY CRUISE LINE RECRUITING AT THE DISNEY COMPANY Y JOSÉ MARÍA AZNAR, EXPRESIDENTE DEL GOBIERNO ESPAÑOL, PADRINOS DE SAN IGNACIO COLLEGE (HOY SAN IGNACIO UNIVERSITY) Y COLORING DREAMS EN EL DORAL, MIAMI, ESTADOS UNIDOS.



CADA AÑO, ESTUDIANTES DE USIL VIAJAN A EE.UU. PARA TRABAJAR EN DISNEY WORLD. AQUÍ CON SU PRESIDENTE GEORGE A. KALOGRIDIS.



LA USIL OBTUVO EL PRIMER LUGAR EN LA COMPETENCIA DE VELEROS INTEROCEÁNICOS COPA GALÁPAGOS 2017. ESTE EQUIPO FUE LIDERADO POR NUESTRO EXALUMNO RAÚL DIEZ CANSECO HARTINGER, EMPRENDEDOR SIN FRONTERAS, QUIEN CUMPLIÓ UNO DE SUS SUEÑOS: FORMAR UN GRUPO DE ALTA COMPETENCIA INTERNACIONAL Y REPRESENTAR AL PERÚ EN LOS MARES DEL MUNDO.



PUENTE AL FUTURO

El cambio es una dinámica constante. Ingresamos al siglo XXI como Corporación Educativa San Ignacio de Loyola, la única en el Perú que integra verticalmente toda la cadena de formación pedagógica, desde educación temprana hasta doctorado. Estamos listos para navegar en el fascinante mundo de la educación digital y la vida saludable.

En los últimos 15 años, la Educación Superior en nuestra región ha crecido exponencialmente. Del 2000 al 2013, los jóvenes entre 18 y 24 años que se matriculaban en una universidad se duplicaron. Esta expansión de la Educación Superior ha dado lugar a un nuevo y complejo panorama.

Los estudiantes que ingresaron a las universidades en este periodo lo hicieron en un momento de crecimiento económico, abundancia fiscal y expansión de la clase media. Aumentó el acceso para los jóvenes, especialmente aquellos procedentes de entornos socioeconómicos bajos y medios.

Estos “nuevos” estudiantes constituyen hoy un elemento crucial del nuevo panorama educativo. Las preguntas que saltan de inmediato son: ¿Qué estudian y qué deben estudiar ahora? ¿Qué mundo vivimos y qué tipos de carreras demanda este nuevo mundo?

Desde comienzos del 2000, en América Latina se ha abierto aproximadamente 2 mil 300 instituciones educativas superiores y se ha creado 30 mil programas. Esto quiere decir que al menos una cuarta parte de los centros de formación y la mitad de los programas han aparecido en los últimos 17 años.

Raúl Díez Canseco Terry

La reunión del World Economic Forum (WEF) 2016 señaló que por lo menos el 35% de las destrezas exigidas para empleos en todas las industrias cambiará en el 2020. Más temprano que tarde, esta tendencia hacia la modernidad llegará también a nuestros países, lo cual significa que debemos cambiar nuestra forma de encarar la educación.

El Foro Económico Mundial de Davos del 2016 identificó 10 competencias que debemos priorizar en la formación de los recursos humanos para hacer frente a este nuevo mundo: solución de problemas complejos, pensamiento crítico, creatividad, gestión de personas, coordinación de equipos, inteligencia emocional, análisis y toma de decisiones, orientación del servicio, negociación y flexibilidad cognitiva.

La educación sigue siendo la mejor herramienta que tienen los pueblos para lograr su desarrollo. Fomentar habilidades especializadas y avanzadas promueve la productividad y contribuye al crecimiento económico general.



**INSTITUTO TECNOLÓGICO DE SINGAPUR.
LA REVOLUCIÓN TECNOLÓGICA HA HECHO
QUE LAS PERSONAS CAMBIEN DE EMPLEO MÁS A MENUDO E, INCLUSO,
QUE CAMBIEN DE PROFESIÓN.**

Pensemos ahora en la ola tecnológica que sacude al mundo.

A medida que la tecnología se desarrolla, altera la estructura de los empleos y, por consiguiente, las carreras académicas y el modo en que se forman estos profesionales.

El resultado de ese impacto tecnológico ha hecho que las personas cambien de empleo más a menudo e, incluso, que cambien de profesión. Por lo tanto, debemos pensar en la creación de nuevos programas o carreras, así como también en el replanteamiento de los actuales. Según los expertos, la educación ya no será por ciclos etarios; será continua, permanente.

¡Estudiaremos toda la vida!

La mayoría de los países de la región han implementado mecanismos de garantía de la calidad educativa y han establecido procesos de acreditación de su respectivo nivel universitario. En el Perú, este proceso está a cargo de la Superintendencia Nacional de Educación Universitaria (Sunedu). De las más de 140 universidades que hay en el país, hasta noviembre del 2017 solo 24 han cumplido con el proceso de licenciamiento.

El 8 de octubre de 2017 se publicó en el Diario Oficial El Peruano la resolución de la Sunedu que otorgó a la Universidad San Ignacio de Loyola el licenciamiento institucional exigido por la Ley Universitaria, beneficiando a nuestros cerca de 21 mil estudiantes, distribuidos en 87 programas (54 de pregrado y 33 de posgrado) y en cinco locales.

Un factor de importancia para este licenciamiento han sido nuestros 256 acuerdos de cooperación académica con universidades de los cinco continentes, en 29 países, y la capacitación de más de 5 mil estudiantes extranjeros en nuestras sedes de Lima y Cusco, desde el 2007 a la fecha.

Pero las preguntas siguen vigentes. ¿Qué tipo de nuevas carreras debemos crear? ¿Hacia dónde debe moverse nuestra nave USIL? ¿Cómo debemos emprender este viraje para que sea compatible con el mundo nuevo que vivimos?

Una semana después de que la Sunedu nos comunicara la noticia del licenciamiento, convocamos a una reunión en Cajamarca con la plana directiva y los asesores para definir nuestro Plan Estratégico.

Antes de empezar las sesiones de trabajo, presentamos un video de un velero en altamar. La metáfora alude a que el viaje hacia nuestro destino depende de nosotros mismos, de nuestro esfuerzo y nuestra capacidad para trabajar en equipo.

La conclusión fue una sola:

El futuro es hoy.

Para empezar, muchas palabras ya no son de uso común, y han surgido otras que no existían hace pocos años: el internet móvil, la nube, el aumento del poder de los procesadores, el big data, las energías alternativas, el Internet de las Cosas, la economía colaborativa, la robótica y el transporte autónomo, la inteligencia artificial, la impresión 3D, la biotecnología. Todas estas nuevas tecnologías han cambiado nuestra perspectiva de la vida, los negocios, la economía, la política y la sociedad.

La educación del futuro no estará basada solo en el conocimiento. Hoy, el conocimiento no es un problema. Se produce a niveles siderales. En un segundo hay tal cantidad de conocimiento en internet que es imposible que el cerebro humano lo procese todo.

El componente tecnológico es uno de los factores que debemos tener en cuenta en nuestro tiempo. El otro es el tipo de vida

que nos está llevando a un desequilibrio interno, a un aumento de las enfermedades no transmisibles y a una alteración del medio ambiente.

En este tema debo reconocer la visión lúcida de mi querida Luciana, que ha logrado involucrarnos en una nueva percepción con respecto a la salud.

Las cifras le dan la razón.

Las tendencias demográficas en el Perú indican que, de manera acelerada, nos vamos convirtiendo en un país con más población adulta mayor. Según datos del INEI, la esperanza de vida pasará de 74.6 años en el 2015 a 79.3 años en el 2050.

La población menor de 14 años se reducirá de 27,9% a 18,5%, mientras que los mayores de 60 años se duplicarán, pasando de 9,7% a 21,8% en la pirámide poblacional. Los médicos saben que, si la población envejece, lo que prevalecerán serán las enfermedades crónicas.

En realidad, ya vivimos una pandemia de enfermedades crónicas no transmisibles. De cada cuatro muertes ocurridas en todas las Américas, tres se deben a este tipo de males.

El origen de dichas enfermedades se encuentra –como bien recuerda Luciana en sus intervenciones sobre el mencionado tema– en el estilo de vida.

“Comemos alimentos con alto contenido calórico, tomamos bebidas azucaradas en exceso y casi no tenemos actividad física”.

Tenemos un millón y medio de diabéticos crónicos en nuestro país. Y otro millón y medio ya la padece y no ha sido aún diagnosticado y, menos, tratado. El cáncer es la segunda causa de muerte en el Perú. Todos los años tenemos casi 50 mil nuevos casos, la mitad de ellos con consecuencias mortales.

En estos temas, Luciana ha pasado de la palabra a la acción a través del Modo USIL, una nueva forma de vida que va desde el hogar hasta la corporación.

En casa, con mis hijos, conmigo mismo, hemos cambiado nuestra perspectiva de la alimentación, la meditación y el ejercicio, para adoptar un estilo de vida basado en el equilibrio funcional de los componentes y nutrientes que contienen todos los alimentos, equilibrados con el trabajo y el descanso del cuerpo, la mente y el espíritu. Esta misma práctica la llevamos a la vida de nuestros colaboradores en San Ignacio de Loyola.

El doctor Antonio Escribano, a quien le entregamos un Doctorado *Honoris Causa* en USIL por sus investigaciones en nutrición y rendimiento y salud en deportistas, es uno de los que más lejos ha llevado la combinación de vida saludable y deporte.

A través de su trabajo y sus libros, verdaderos *best seller*, como *Aprende a comer y a controlar tu peso*, *Come bien, vive más y mejor* y *Batidos para la vida*, él ha contribuido a mejorar la calidad de vida de miles de personas y ha enrumbado el deporte hacia la formación de atletas de élite.

Esa misma performance de alto nivel queremos llevarla a la selección peruana de fútbol, fortaleciendo nuestra relación con el deporte. En esto contamos con el apoyo de Enrique Vidal, amigo entrañable de tantos años, director del canal de televisión de la universidad, USIL TV, en el que se transmite el exitoso programa de coyuntura nacional “Los desayunos de USIL y Correo”.

El Gobierno del Perú está realizando gestiones para ingresar a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Si queremos hacerlo en serio, el Perú debe mejorar, entre otros, sus indicadores de salud de la población y, por ende, de profesionales que la atienden.

La conclusión es que requerimos fortalecer la formación de los recursos humanos en salud, en general, y de los médicos, en particular. Para estar al nivel de la OCDE se necesita triplicar la cantidad de médicos en el Perú y pasar de 12.7 a 30 médicos por cada 10 mil habitantes.

Con esta argumentación y lógica de solución al problema es que presentamos a la Sunedu nuestro expediente técnico para solicitar formalmente que se nos autorice a abrir la nueva carrera de Medicina Humana.

Además, el Instituto de Emprendedores –que dirige diligentemente Mariella Sánchez– abrió la Escuela de Formación de Enfermeras, vía un acuerdo con el Grupo Auna, la red peruana de centros de salud que brinda uno de los mejores servicios médicos en el país. Nuestros estudiantes realizarán



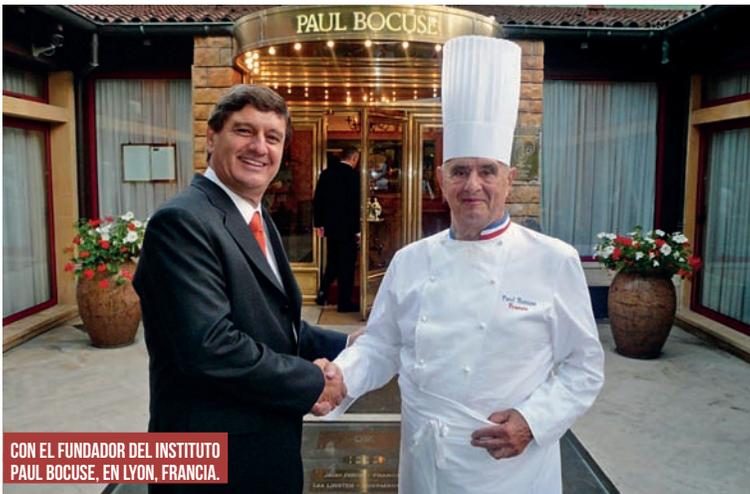
CON EL MÉDICO ESPAÑOL ANTONIO ESCRIBANO,
A QUIEN USIL LE CONCEDIÓ UN DOCTORADO HONORIS CAUSA
POR SUS INVESTIGACIONES EN NUTRICIÓN Y SALUD EN DEPORTISTAS.

Raúl Diez Canseco Terry

sus prácticas en la clínica Delgado y en las 13 sedes del grupo médico, así como también en Oncosalud, institución médica contra el cáncer, liderada por el Dr. Carlos Vallejos, exministro de Salud, amigo y médico de cabecera de Belaunde.

Este reimpulso de las Ciencias de la Salud en USIL fortalece la cadena de valor que, desde su origen, construimos en nuestra universidad. Hace muchos años empezamos con la carrera de Ingeniería Agroindustrial, que sugiere producir alimentos orgánicos; luego abrimos Ingeniería de Alimentos, que busca procesarlos adecuadamente; Gastronomía, que los presenta apetecibles, y Nutrición, para lograr un enfoque saludable de la alimentación.

En 1998 inauguramos nuestra Escuela de Chefs, una de las primeras en su tipo en el país. Veinte años después, todos en el mundo reconocen el éxito de la gastronomía peruana. Tres de nuestras publicaciones han sido seleccionadas para participar este año en el prestigioso concurso Gourmand World Cookbook Awards, que se realizará en Yantai, China.



CON EL FUNDADOR DEL INSTITUTO
PAUL BOCUSE, EN LYON, FRANCIA.

La carrera de Medicina Humana con énfasis en la prevención y la vida saludable complementa muy bien este círculo virtuoso o Árbol de la Vida, como le dice Luciana.

En su programa de televisión *Divina Manzana* –que transmitía desde Miami para toda Hispanoamérica–, ella hablaba de esos temas. Actualmente, Luciana sigue un doctorado en Nutrición en USIL, lo cual le ha permitido organizar diversos y exitosos seminarios, conjuntamente con el Instituto de Medicina Funcional de los Estados Unidos, trayendo al Perú a destacados especialistas en la materia, como los doctores Patrick Hanaway, Shilpa Saxena, entre otros.

En el Perú, el doctor Federico Martínez es uno de los pioneros en Medicina Funcional, a la que define como *“un abordaje diferente que debemos tener los médicos para atender todas las necesidades de salud en el siglo XXI. Tenemos una epidemia de enfermedades crónicas que están afectando a nuestras sociedades, y no contamos con una metodología para poder evaluar realmente a nuestros pacientes. Si nos concentramos solo en*



CON LUCIANA DE LA FUENTE DE DIEZ CANSECO Y LOS DOCTORES PATRICK HANAWAY, SHILPA SAXENA Y FEDERICO MARTÍNEZ EN LA INAUGURACIÓN DEL PRIMER SIMPOSIO INTERNACIONAL SOBRE MEDICINA FUNCIONAL EN EL PERÚ.

los síntomas, no estamos impactando las prevalencias de reincidencia de las enfermedades crónicas”.

La economía, en general, ha cambiado. Un convencido de esto es Pablo Rivas, director ejecutivo de Global Alumni, con quien venimos desarrollando un programa intenso de transformación de nuestra matriz de enseñanza convencional hacia un modelo de educación virtual. Vivimos ya dentro de la economía digital.

Desde la llamada crisis de las “puntocom”, en 1999, y de la internet, en 2001, y la aparición de los celulares inteligentes, lo que tenemos es otro mundo. Hoy, la economía está interconectada, y los prosumidores buscan, más que un bien, un servicio, y más que eso, un servicio de calidad.

El bien está a disposición del servicio. Uber, por ejemplo, es la principal compañía de taxis sin tener un solo auto de su propiedad; Amazon es la más grande distribuidora de libros sin tener locales propios para librerías.

Este es un cambio radical de la economía. Y, sin embargo, cree Pablo, los métodos de enseñanza no se han transformado casi nada, o muy poco, por lo menos en los últimos 2 mil años. *“Seguimos con el sistema de ágora tradicional de una persona que transmite conocimientos a un grupo de personas”.*

Lo cual me lleva a sostener que debemos transformar la manera en que los profesores enseñan y en que los alumnos aprenden. El modelo universitario tiene que cambiar con la finalidad de formar profesionales y técnicos con un alto nivel de empleabilidad.

Debemos enseñar competencias y desarrollar habilidades muy concretas porque el mundo cambia muy rápidamente. Con Global Alumni, por ejemplo, ya tenemos desarrollados

programas de Executive Education, Marketing Digital, Analítica o Comercio Electrónico a disposición de nuestros alumnos.

Es probable que, en el futuro, la educación convencional a nivel de pregrado siga siendo mayoritariamente presencial, mientras que el postgrado será cada vez más semipresencial o virtual, tal como sucede en Estados Unidos, está comenzando a suceder en Europa y sucederá, también, en América Latina.

Ello nos obliga a estandarizar nuestra oferta educativa y abrirnos al mundo, a universalizarnos, como le gusta decir a Tomás Poveda, exdirector de Casa de América en España, hoy vicepresidente para Europa de la USIL y gran amigo:

“No hay universidad que no sea universal, global, y eso es lo que San Ignacio de Loyola siempre ha buscado ser”.

Hemos creado una oficina de representación en Europa para fortalecer las relaciones institucionales de la USIL. Tenemos más de 100 alianzas con organizaciones de educación superior europeas que destacan en investigación. Un caso muy concreto es el proyecto para enseñar la culinaria peruana en la Escuela de Gastronomía del Ayuntamiento de Trujillo, en España.

Para ampliar este conocimiento, debemos considerar la transformación digital. I-GASTROLAB USIL tendrá un fuerte componente digital, porque el conocimiento se ubica hoy en el espacio tecnológico, en la nube, lo cual permitirá que un profesor dicte sus clases desde La Molina, en Lima, para los alumnos que lo sigan en Trujillo (España), en la San Ignacio University de Miami, en la Universidad San Ignacio de Loyola de Paraguay o en cualquier parte del mundo.

La base de tal desarrollo –como es fácil entender– es la innovación tecnológica. Ese es el escenario que tenemos ahora delante de nosotros, y debemos estar preparados para hacerle



frente. Eso nos lleva a revisar nuestros sistemas de aprendizaje y desarrollo de capacidades.

El crédito obtenido del BID en 2013 fue nuestro primer hito de crecimiento institucional, un paso firme en el proceso de expansión de la USIL para transitar el camino de ser una organización educativa con alcance local y nacional, con una importante presencia internacional, hacia la nueva definición de organización educativa de alcance global. Acceder a un fondo otorgado por un organismo multilateral significó un respaldo a la gestión emprendida y una coincidencia de objetivos con el BID, que buscaba invertir, en ese momento, en el desarrollo del sector Educación en un país emergente.

Este primer crédito nos condujo a introducir elevados estándares en la gestión administrativa del gobierno corporativo. Los fondos de un organismo multilateral exigen el cumplimiento de normas

regulatorias muy estrictas y alineadas con los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) aprobados por Naciones Unidas.

En San Ignacio de Loyola asumimos esos mismos compromisos para redirigir toda nuestra institución hacia dichos parámetros, que buscan un mundo con oportunidades de educación, salud y menos pobreza. Un mundo más tolerante, con trabajo bien remunerado y respetuoso del medio ambiente.

Los ODS están integrados en nuestros cuatro pilares institucionales: Emprendimiento, Investigación y Desarrollo, Responsabilidad Social/Sostenibilidad y Globalización.

El edificio de Lima Norte, una de nuestras sedes del Instituto de Emprendedores, se construyó, por ejemplo, bajo normas técnicas ecoeficientes de cuidado y ahorro de agua y energía, con un impacto mínimo en el medio ambiente.

Hoy en día, esa obra tiene certificación Leed Gold y es una de las más modernas de Lima en diseño, edificación, operaciones y mantenimiento, lo que permite tener un espacio para el estudio y el trabajo de alto rendimiento, saludable y rentable. El tema de fondo es uno solo: la adaptación al cambio.

Las exigencias son enormes frente a un mercado global y altamente tecnologizado. Los cambios atraviesan toda la sociedad y, por supuesto, impactan en la forma en que entendemos la política, la economía y los negocios.

Para continuar el ciclo evolutivo institucional, durante más de un año nuestro equipo de ejecutivos analizó los mecanismos para dar este nuevo salto hacia adelante. El primer paso fue buscar un socio que compartiera nuestra visión de hacia dónde vamos y cómo nos proyectamos en el tiempo para iniciar un proceso de fortalecimiento del patrimonio corporativo.

Ese nuevo momento llegó a pocos meses de que cumplamos 50 años como experiencia educativa y a pocas semanas de que yo cumpla 70 años de vida.

Esa ingeniería financiera fue un fondo de inversión –Kandee– que, tras competir con una decena de postores internacionales de primera línea, acordamos que, vía un aumento de capital, se sumara a la Corporación Educativa San Ignacio de Loyola, la única en el Perú integrada verticalmente a toda la cadena de educación, desde educación temprana hasta el doctorado.

Este proceso se desplegó en dos etapas: la primera, fundamentalmente a cargo de nuestras áreas Legal, de Desarrollo de Negocios y de Finanzas, fue de preparación de las estructuras legales, financieras y organizacionales, para que el capital adicional pudiera recibirse de la forma más adecuada posible. La segunda implicó la negociación, adopción de acuerdos y su plasmación en los respectivos contratos y documentos legales, necesarios en este tipo de operaciones. En dicha etapa, además de nuestros propios equipos, contamos con la asesoría legal de un prestigioso estudio de abogados de Lima, así como con la asesoría financiera de reconocidos especialistas.

Todo esto no habría sido posible sin el trabajo intenso, exhaustivo, y a veces agotador, de un grupo de colaboradores que quisiera destacar en estas páginas:

Juan Manuel Ostoja, a quien conocí como organizador de Perú Exporta, el último megaevento que se hizo en la ex-Feria del Pacífico para promover las exportaciones del país, y que me acompaña desde hace 10 años en la Universidad San Ignacio de Loyola, hoy como gerente general.

Diego Castrillón Dioses, inteligente exalumno de Economía y MBA de USIL y, ahora, vicepresidente de Desarrollo de

Negocios e Innovación de nuestra organización, quien lideró –junto con Juan Manuel Ostoya– el largo proceso de negociación con 10 fondos de inversión.

María Julia Garay, integrante de la exitosa segunda promoción de la Academia San Ignacio de Loyola, y que ahora está con nosotros en el estratégico puesto de vicepresidenta de Finanzas de la Universidad.

César Díaz, joven y dinámico abogado, vicepresidente legal de nuestra organización, quien tuvo a su cargo la delicada tarea de supervisar la estructura y los aspectos legales del proceso de incorporación del fondo de inversión.

Juan Carlos Fonseca, exalumno de pregrado y postgrado de USIL, exprofesor de su misma alma mater y, en la actualidad, vicepresidente de Administración y Operaciones de nuestra organización educativa.

A todos ellos, mi reconocimiento y gratitud por el trabajo realizado; ustedes tienen el ADN USIL.

Este segundo hito de crecimiento, al que decidimos incorporar el fondo de inversión Kandeo, tras un proceso de evaluación y *due diligence*, nos permite renovar y potenciar nuestra oferta educativa poniendo un acento muy especial en la innovación, la transformación digital y la salud. Todo ello incorporando nuevas carreras y fortaleciendo las que ya tenemos.

Dinamizar, profundizar y modernizar la educación y la salud en el Perú requiere, a su vez, un escenario político estable, un gobierno democrático sin miedo a emprender las reformas económicas y las políticas necesarias para seguir desarrollándose, y una sociedad incluyente que responda al cambio.

Esto pasa por políticas de Estado permanentes en el tiempo, lo que nos lleva a la necesidad de fortalecer el sistema político, participando de manera activa en él, y a dar lo mejor de cada uno en el lugar donde nos encontremos.

Hablando del rol de la empresa y la sociedad, Michael Porter señaló el principio del “valor compartido”, que significa crear valor económico de una manera que también cree valor para la sociedad al abordar sus necesidades y sus desafíos.

En un país con tantas necesidades como el Perú, las organizaciones empresariales y gremiales necesitan reasumir su liderazgo y lograr que el éxito de unos vaya de la mano con el progreso social.

Lo que quiero decir es que el valor compartido debe ser una nueva forma de asumir el crecimiento de una organización, una empresa, un país.

Crear valor compartido no es únicamente generar utilidades; es generar una nueva relación con la sociedad, con beneficios para todos. La creación de valor compartido es volver a mirar al ser humano en su integridad, no solo como un agente de producción.

Esa es una de las razones por las que he reactivado mi participación política. Toda mi vida pertencí a Acción Popular, y continúo siendo parte de él. Como acostumbro a decirles a quienes me conocen: “Por mis venas corre sangre acciopopulista”.

Aprendí de Fernando Belaunde a trabajar para fortalecer la institucionalidad partidaria. Es con esa convicción que en los últimos años he viajado al interior del país para tomar contacto con las bases que tenemos en los puntos más alejados del territorio.

Lo hago convencido de que el mensaje de Belaunde sigue vivo: *“La carencia de partidos tiene grandes ventajas para los oportunistas. Les permite llegar, súbitamente, a los cargos públicos, a manejar los asuntos de Estado sin haber acreditado interés o competencia en ellos. (...) La improvisación es lo más grave que le puede ocurrir al país”*.

Apoyé la elección de Edmundo del Águila Herrera a la Secretaría General de AP porque creo en la renovación y el cambio, pero también en las nuevas generaciones que siguen pensando en el interés general, el bien común y la igualdad de oportunidades para todos.

Son estas nuevas generaciones las llamadas a luchar contra el principal flagelo que abate a la sociedad: la corrupción.

La corrupción en política es una doble traición. Se traiciona la confianza que el pueblo deposita en el político, y se traiciona la política como instrumento de convivencia democrática.

La corrupción erosiona la confianza ciudadana, debilita el sistema político y, a la larga, termina socavando el sistema democrático.

Camino al Bicentenario, el país debe pensar y asumir en serio el objetivo de terminar con esta lacra y orientar todo su esfuerzo a promover a los jóvenes y desarrollar el talento nacional.

Finalmente, estoy particularmente en deuda con las muchas personas sin cuya ayuda estas memorias nunca se hubieran escrito, en especial al director y al editor del Fondo Editorial, José Valdizán Ayala y Luis Alberto Chávez, respectivamente, quienes han hecho posible la narración de mi vida en estas páginas.

EDUCACIÓN: INVERSIÓN PARA EL DESARROLLO

«La USIL es una corporación educativa que destaca dentro del universo de instituciones académicas en el Perú. Es una organización pujante y emergente que ha logrado posicionar una universidad entre las 'Top Ten' del Perú en tan solo 20 años, partiendo de cero y apalancándose, precisamente, en esa institución que, a la fecha, celebra 50 años de operaciones.

Debido a la recientemente alcanzada acreditación por parte de la Sunedu, la corporación cuenta con planes de expansión, tanto de la oferta educativa como de la cobertura geográfica del mercado, con el objetivo no solo de cubrir la plaza limeña de manera más eficiente, sino de consolidar su presencia a nivel nacional e impulsar sus sedes universitarias en el exterior, principalmente la de Estados Unidos, que se ha constituido en una fuente de retroalimentación de las más exigentes y mejores prácticas educativas del primer mundo, permitiendo ofrecer el doble grado.

La educación va a seguir experimentando el impacto de la tecnología. El mundo digital continuará absorbiendo la actividad académica, y las prácticas académicas susceptibles de ser asimiladas por el mundo virtual proseguirán su proceso de virtualización.

Desde sus inicios, Kandeo busca oportunidades de inversión en el sector educativo con la finalidad de contribuir en la implementación y/o desarrollo de mecanismos de financiamiento que permitan a estudiantes de escasos recursos económicos acceder a una educación de calidad y llegar a ocupar posiciones que ayuden al crecimiento de los países donde opera. Nuestra tesis de inversión es buscar participaciones principalmente en empresas en Colombia, México y Perú.

Al margen de todos los merecidos elogios por su visión empresarial y por la hazaña de haber construido una exitosa y reconocida oferta integral de educación en el Perú, es de destacar la transparencia y honestidad con la que presenta su oferta de valor al mercado.

En tal sentido, el mensaje para Raúl es el de continuar siendo tan visionario y perseverante; el no cejar en sus planes y proyectos, que no solo contribuyen a atender el mercado con una mejor oferta educativa, sino que también aportan al desarrollo de un país que tanto lo necesita».

Eduardo Michelsen Delgado
Fondo de Inversiones Kandeo



CON EDUARDO MICHELSEN DELGADO, CEO MANAGING DIRECTOR;
Y EDUARDO MICHELSEN CUÉLLAR, CHAIRMAN OF THE INVESTMENT
COMMITTEE, DE KANDEO FUND.



Ramiro Salas Bravo

El amigo que todo te entrega sin pedirte nada

«Más que amigos, hermanos entrañables,
soñadores incansables, luchadores
inquebrantables...

Eso es lo que somos Raúl y yo; llevamos casi la mitad de nuestras vidas alimentando un vínculo que no nos lo dio la sangre, sino que tuvimos la suerte de elegir al conocernos.

Este vínculo de amistad está basado en diferencias y coincidencias, pero sobre todo en la complementariedad y en la búsqueda constante de lograr un sueño común: un Perú mejor.

Ese ideal fue el primer lazo que nos unió, y es el que fortalece día a día nuestra amistad, porque por él venimos trabajando juntos, ya sea desde las canteras del turismo, donde todo se inició, o ahora, desde la educación, que es nuestra pasión.

Por eso me siento afortunado de contar con un amigo como Raúl, con el cual he podido construir una amistad que va más allá de los afectos sinceros, de la complicidad, la sinceridad, el compromiso y la incondicionalidad, porque está basada en la lealtad verdadera, que es lo que ha hecho que se mantenga a lo largo de todos estos años.

Se dice que, a través de los amigos, la vida adquiere sentido. Cuando uno tiene el privilegio de ser amigo de Raúl, este sentido adquiere otra dimensión».

Ramiro Salas
Rector de la USIL

Augusto Ferrero Costa

Consejero prudente y amigo leal

«A fines del siglo pasado, empecé asesorar a Raúl Diez Canseco Terry como accionista de gran importancia en diversas empresas, así como a la Universidad San Ignacio de Loyola. Desde entonces he mantenido con él una relación afectuosísima.

Entre el 2001 y 2004, quedé encargado varias veces del Despacho Presidencial, de lo cual soy testigo presencial. Recuerdo lo grato que fue para nosotros experimentar el impacto positivo que tiene para un país el manejo prudente, accesible y amable, pero firme y decidido, como lo demostró Raúl.

Durante los últimos años ha sido un gusto colaborar con él y Luciana en los temas universitarios, políticos, empresariales y familiares. Ambos son grandes emprendedores, verdaderos gestores de su entusiasmo.

Especial sensación tuvimos cuando los alojamos en la embajada del Perú en Roma en la Piazza del Pantheon y recorrimos todos los lugares característicos de la ciudad.

Nos hace ver que el emprendedor está en permanente proceso de innovación. Se dedica no solo a querer o pensar o soñar en hacer algo nuevo. Debe tener actitud y aptitud para hacerlo, asumir nuevos retos, involucrarse en nuevos proyectos; ir siempre un paso más allá con los demás. Es, también, proponerse a sí mismo nuevas metas y nuevos retos.

En términos simbólicos, Raúl es un emprendedor que mira más allá del horizonte».

Augusto Ferrero Costa
Magistrado del Tribunal Constitucional





Un pájaro posado en un árbol nunca tiene miedo de que la rama se rompa, porque su confianza no está en la rama, sino en sus propias alas.

Pensamiento oriental

**EL ÁRBOL
DE LA VIDA**

NUEVO AMANECER

*¿La ola no tiene forma? / En un instante se
esculpe / y en otro se desmorona / en la que
emerge, redonda. / Su movimiento es su forma.*

Octavio Paz
Frente al mar.

Lo que pasé tras mi renuncia a la Vicepresidencia, en enero de 2004, fue peor que un calvario. Tuve que ausentarme del país por algunos años, separarme de mis seres amados y de mis amigos. Regresaba al Perú sólo para acudir a las citas de la Fiscalía en un proceso que se prolongó por una década. Al final hice conocer la verdad, pero una cosa es sentir la desgracia y, otra, expresar bien lo que sentí.

Fueron largos los años en los cuales los pocos amigos que más quería desaparecieron. No soy un hombre que se alimente de rencor ni de odio, pues el olvido es el único perdón.

La desgracia me hizo descubrir la luz que durante mis momentos de felicidad no logré percibir. Cuando llegas al pozo profundo de la soledad, la palabra de un amigo es suficiente para aliviarte. Lo que sí puedo asegurar es que hoy vivo en paz y que, si no tuviera ese sosiego, no sería feliz, y eso se lo agradezco a Dios y a quien tanto quiero, la Virgen Santísima.

Hoy hago un alto en el camino de mi vida para reflexionar. Bertrand Russell afirma que para ser feliz en este mundo hay que tener plena conciencia de que el hombre no es solo un individuo aislado, sino parte de la humanidad.



Uno forma parte de ese fluir constante que está presente y se prolonga más allá de nuestras vidas, en los seres que amamos y nos aman.

Si Dios me permitiera regresar en el tiempo y me preguntara qué cosas de mi vida me agradecería cambiar, le diría:

–Me diste tantas cosas bellas que repetiría todo de nuevo.

Volvería a besar a mi madre y rezar a su lado en las noches largas y tristes.

Volvería a aprender el oficio de marino y contar las estrellas en la oscuridad.

Volvería a recorrer la selva virgen y sentir las maravillas de la Creación.

Volvería a emprender mi propio destino.

Volvería a enseñar a los jóvenes de la Academia San Ignacio de Loyola que creyeron en mí.

Volvería a creer en los jóvenes que soñaron con los ojos abiertos y crearon empresas en el país y se proyectaron al mundo.

Volvería a creer en la educación como la mejor herramienta para enfrentar la pobreza y la desigualdad.

Volvería a decirle sí a Violeta para trabajar con las madres humildes de las cocinas familiares y los centros comunales de nuestro Perú.

Volvería a decirle sí a Fernando Belaunde cuando me dijo que la democracia es el único camino a seguir si quiero cambiar a esta tierra que me vio nacer.

Volvería a recorrer mi país, pueblo por pueblo, absorbiendo la energía y aprendiendo las lecciones de hermandad de nuestros antepasados.

Volvería a servir a mi patria en el lugar que el pueblo lo decida.

Y volvería a cruzar el desierto de la desventura si, al final, voy a llegar nuevamente al oasis de la paz y el amor en el que hoy me encuentro.

Porque si vivir feliz implica perder todo lo que me regaló la vida en el tiempo —y arriesgarme a no tenerlo—, prefiero volver a sufrir para volver a tener todo lo que gané.

Porque he descubierto que los días y las noches son más breves para todo el amor que siento por la vida.

Porque en esta ruta de encuentros y desencuentros, de sonidos y silencios, he hallado un remanso de paz.

Porque no se trata solo de vivir, sino de ser feliz. Y disfrutar las bendiciones que la vida te brinda.

Conversando de la vida, como en tantas ocasiones lo hacemos, en atardeceres infinitos, en playas solitarias, en los acantilados frente al mar, caminando en el campo o a la sombra de los árboles, una vez mi Luciana me dijo:

—La vida es como una montaña.

De niños la vemos a la distancia y no sabemos lo que nos espera si decidimos remontarla. La vida nos impele a subir. Pensamos en llegar a la cima; pero, muchas veces, el destino se interpone y nos pone pruebas en el camino. Para unos, el ascenso es tortuoso. Para otros, más ligero. Pero hagas lo que hagas, tengas lo que tengas, vayas como vayas, la ruta siempre es hacia arriba. Siempre avanzas, porque te vas a caer. Conforme





subes, entiendes que la magia de vivir no es llegar a la cima, sino remontarla.

En un momento de mi vida me detuve. Ni siquiera tenía la fuerza para continuar.

Luciana fue mi impulso y mi guía.

Ella estuvo a mi lado en los años más dramáticos y aciagos, en los meses de desesperanza y en los días de soledad. Fue el espíritu celeste, ese rayo de luz que iluminó nuevamente mi vida en medio de la noche más sombría.

—Luciana fue esa luz. La luz de Luciana. Dios me la puso en el camino, lo sé.

Con ella aprendí que no hay escollo pequeño o grande que no se pueda superar. Que hay que aprender a levantarse una y otra vez.

Que no hay que detenerse en los agravios. Que hay que saber perdonar, pero no olvidar. Que no hay que guardar rencor, como me lo enseñó el presidente Belaunde, de quien aprendí tanto pero no lo suficiente como para emularlo.

Eso sentí mientras seguía la Ruta del Rosario, guiado por el padre Emerson, en camino al encuentro con la Virgen de Medjugorje, en Bosnia-Herzegovina: las piedras en el camino son obstáculos que vencer, pero también lecciones que aprender.

Con mi Luciana me he atrevido a creer de nuevo en la vida. Veo cómo la vida se ha tornado más rica, más saludable y más colorida al lado de ella. Horacio, el pensador, decía que cada día es una pequeña vida, y cada mañana se inicia para mí con un jugo verde y una ensalada de colores.



BOSNIA-HERZEGOVINA, OCTUBRE DE 2017.
PEREGRINACIÓN A LA VIRGEN DE MEDJUGORJE.

Tengo una esposa maravillosa como mi Luciana y mis dos pequeños, Ignacio y Cristóbal; mis hijos grandes, Raúl (casado con Ximena), Jana (casada con Michael), Pamela (casada con Diego) y Milagros; y mis nietos, Alec, Anael, Salvador, Rafael, Mateo, Sofía y Raulito Jr., hijo de Raúl, quien junto con su esposa, Ximena, me honró con ponerle mi nombre al último de mis nietos. Todos ellos nutren mi espíritu con su amor y cariño.

Jana, Raúl, Pamela, Milagros, Ignacio y Cristóbal son mi energía para seguir adelante. Verlos hoy juntos es el regalo y la felicidad más grande que Dios me ha dado en esta etapa de mi vida.

Me reconforta tener pocos amigos que siempre confiaron en mí. No me juzgaron, no se sumaron al agravio, no se convirtieron en acusadores perpetuos, sino que abrieron sus corazones y me cobijaron en un abrazo.

En esa amistad debo recordar a Ramiro Salas, ese buen samaritano que te entrega todo sin pedirte nada, y que es un tesoro difícil de encontrar. Ojalá Dios me dé la oportunidad de devolverles ese inmenso cariño a él y a su esposa, Patty, que siempre me regalaron.

Una de las alegrías de la amistad es saber en quién confiar. Y por toda la vida estarás en deuda con el amigo que te da toda su confianza en los momentos de adversidad. Ese es Augusto Ferrero Costa, el amigo que todos desearían tener, pues resplandece con su talento y sabiduría cuando todo se oscurece. Su compañía y prudente consejo, como sombra vespertina, se ha ensanchado a lo largo de mi existencia. Siempre lo recordaré con aprecio por su espíritu humanista y con inmensa gratitud por haber confiado en mí. Cuando la amistad y la gratitud se juntan, las palabras sobran.

Mi agradecimiento, desde lo más profundo de mi corazón, a los amigos que estuvieron al lado de mi madre en esos momentos tan dolorosos, y que sirvieron de consuelo cuando estuve ausente, y enjugaron en silencio sus tristes lágrimas.

Mi madre nunca lloró frente a mí. Sin embargo, cuando fue a reunirse con mi padre, mi entrañable hermana Charito me comentó su pena, su lloro, su dolor, al saber de las injustas acusaciones de las que yo era víctima.

Cuando los padres se van, los hermanos son tu fortaleza y refugio. Charo, 'Calín' y Daniel, gracias por ser mi bastón en tiempos difíciles. A mis sobrinos Francis y Percy, hijos de Charo, a quienes he visto crecer muy cerca de mí, gracias.

La familia es el primer y último soporte que uno tiene; es la columna y nuestra fortaleza para enfrentar los infortunios que nos depara la vida.

Hubo poca gente que luchó para ver mi nuevo amanecer, y este libro se lo dedico a ellos. Cada página, cada coma y cada aliento:

-Gracias.

Gracias a todos por haberme ayudado a no claudicar, por hacerme ver que la justicia tarda, pero llega. Que Dios es más grande de lo que podemos imaginar.

COMO SI FUERA EL ÚLTIMO AVE MARÍA DE UN EXTENSO ROSARIO, CONCLUYO ESTAS LÍNEAS AGRADECIENDO A LA VIRGEN LA OPORTUNIDAD QUE ME DIO DE CONOCER, EN LOS MOMENTOS MÁS DRAMÁTICOS DE MI VIDA, A QUIEN ME DEVOLVIÓ LA ESPERANZA DE VER UN NUEVO AMANECEER: MI LUCIANA.

Queridos Ignacio y Cristóbal:

Cuando lean estas páginas, conocerán algo de lo poco que hice en esta vida. Debo confesarles que he dedicado parte de ella a la larga agenda del Perú. Sé que en ocasiones me ha restado tiempo para estar con ustedes, así como con sus cuatro hermanos mayores, que en su momento, espero, lo hayan comprendido y me hayan sabido perdonar.

Hoy estoy recuperando esos instantes de inmensa felicidad de tenerlos a los seis juntos, que se abracen y se quieran.

Finalmente, cuando transite la montaña en su tramo final, quiero decirles que tienen cuatro hermanos y a mi Luciana, a quien acompañarán, amarán y cuidarán más allá de mi propia vida.

Lima, 23 de enero de 2018



ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Acha Cruz, Enrique 73
Acosta, Alejandro 95
Acosta, Martín 95
Acurio Velarde, Gastón 213
Advani, Ashees 321
Aguilar, Ángel 108, 156, 157, 160
Alarco, Luis Felipe 95
Albarracín, Juan 84, 86, 108
Alfaro, Juan 86, 320
Alva, Javier 294
Alva Orlandini, Javier 96, 129, 213
Alva Orlandini, Miguel 95
Alva, Felipe 95
Alvarado, María Fernanda 86
Antezano, Luis 308
Arce, Toribio 86, 89, 287
Arias Stella, Javier 96, 213
Aznar, José María 307, 327
Aznavour, Charles 48

B

Bach, Johann Sebastian 48
Baduy, Antonio 99
Baduy, Mercedes 99

Balta, José 92
Barclay Rey de Castro, Henry 72, 73
Barnechea, Alfredo 195, 306
Barrón, Xavier 203
Barzola, Rafael 162
Bayly Llona, Walter 302
Becerra Sotelo, Álvaro 131, 132, 133
Beethoven, Ludwig van 48
Belaunde Terry, Fernando 18, 19, 20, 25, 43, 44, 48, 49, 51, 53, 54, 56, 58, 62, 70, 91, 92, 93, 105, 106, 108, 119, 124, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 137, 138, 139, 140, 141, 143, 144, 145, 148, 149, 156, 173, 177, 195, 196, 197, 201, 212, 213, 215, 260, 280, 312, 332, 340, 341, 351, 354
Bello, Juan Carlos 47
Belmont, Ricardo 183, 190,
Bertrand Russell 349
Boloña Behr, Carlos 73
Breen, Kristi 323
Bush, George W. 162, 229, 252, 257, 258, 259

C

Cabero, Octavio 44, 86
Campos Aguilar, Emerson
(padre Emerson) 354
Caravedo, Luis 42, 44, 51
Carbone, Fernando 222
Carmona, Juan 86
Castilla y Marquesado, Ramón
91
Castrillón Dioses, Diego 338
Chacaltana, César 160, 223
Chamochumbi Durán, María
86
Changanaqui, Consuelo 46, 47
Changanaqui, Inés 46
Chávez, Dante 309
Chávez, Jorge 237, 238, 239
Chávez, Martha 202
Chávez Risco, Luis Alberto
341
Chocano, 'Tito' 74
Churchill, Winston 9
Cipriani Thorne, Juan Luis 289
Clinton, Bill 265
Conniff, Ray 48
Correa, Violeta 117, 119, 120,
121, 122, 123, 124, 125, 127,
130, 131, 132, 133, 137, 140,
141, 143, 144, 170, 172, 201,
212, 213, 351

Cox Álvarez del Villar, Ana 73
Cruchaga Belaunde, Miguel
260, 261

D

D'Althaus, Jaime 148
Dañino Zapata, Roberto 214,
224, 243, 258
De Ferrari, Alfredo 111, 157
De Ferrari Morello, Aldo 111
De la Fuente, Luciana 279,
329, 330, 333, 352, 354, 355,
357
De Varona, Donna 47
De Zela Hurtado, Matilde 144
Del Águila Herrera, Edmundo
341
Del Águila Morote, Edmundo
147, 148, 196
Del Carpio, Norka 96
Delgado, Carlos 148
Desmaison, Alejandro 86, 108,
113
Díaz, César 339
Díaz Herrera, Saúl 163
Díaz León, Jorge 147
Diez Canseco Cisneros, Javier
92, 273, 305,
Diez Canseco de la Fuente,
Cristóbal 355, 357

Diez Canseco de la Fuente,
Ignacio 355, 357
Diez Canseco de la Romaña,
Carlos 92
Diez Canseco Hartinger, Jana
355
Diez Canseco Hartinger,
Milagros 355
Diez Canseco Hartinger, Raúl
290, 293, 355
Diez Canseco Hartinger,
Pamela 355
Diez Canseco Magill, Julio
Raúl 19, 24, 31, 32, 34, 39, 42,
79, 80, 81, 94, 117, 118, 119,
279, 280, 356
Diez Canseco Terry, Raúl 26,
31, 63, 67, 133, 134, 141, 142,
151, 169, 181, 198, 243, 265,
Diez Canseco Terry, Rosario
31, 34, 36, 37, 55, 80, 280, 356
Diez Canseco Terry, Carlos 31,
40, 86, 280, 281, 356
Diez Canseco, Daniel 86, 314,
356
Diez Canseco, Francisco 91
Diez Canseco, Manuel 91, 92
Diez Canseco, Pedro 91
Diez Canseco, Santiago 94

E

Esparza, Fernando 44
Espinoza, Graciela 147
Espósito, Bruno 42

F

Ferrero Costa, Augusto 47,
345, 355
Ferrero Costa, Carlos 276, 277
Ferrero, Alfredo 263, 270,
Flores, Lourdes 179, 203
Fonseca, Juan Carlos 339
Fox, Vicente 249, 250
Freundt, Raúl 147
Fujimori, Alberto 170, 171,
173, 175, 176, 177, 178, 179,
180, 184, 185, 190, 195, 209,
210, 265, 287
Fukuyama, Francis 312

G

Gaitán, Jorge Eliécer 247
Gálvez, Luis Enrique 147
Garay, María Julia 339
García Pérez, Alan 144, 148,
171, 172, 213, 260
García Sayán, Diego 222
García, S.J., Benito 80
Genshaft, Judy 282

Gómez de la Torre, Óscar 220
Gonzales, Claudia 309
Granda, Chabuca 117
Guillén, Juan Manuel 220, 222,
223
Guillort, S.J. 80
Gutiérrez, Pablo 190
Guzmán, Manolo 86

H

Hamilton, John 257
Harman Guerra, Henry 73
Hemingway, Ernest 173
Hermoza Ríos, Juan 202
Hoyos Rubio, Rafael 129, 130
Huaranga, Edwin 141
Hueschmann, Guenter 104,
105
Humala, Ollanta 239, 318
Hurtado Miller, Juan Carlos
171, 175

I

Iglesias, Enrique 306, 307
Incháustegui Vargas, Juan 148,
149, 184, 187, 196

J

Juan Pablo II 260, 262

K

Kalogridis, George A. 323
Kennedy, John F. 43, 251
Kouri, Alberto 210
Kuczynski, Pedro Pablo 251

L

Lauredo, Luis 265
Ledgard, Walter 47
Lerner, Jaime 189
Lynch, Nicolás 223
Llosa, Alfredo 86
Loret de Mola, Aurelio 222
Luque Casanave, Manuel 42,
44, 85

M

Macera, Norma 86
Manzoni, Miguel Ángel 22,
294, 295, 296, 297, 299
Mariátegui Chiappe, Sandro
140, 144, 147, 213
Marrou, Estuardo 73, 74, 82
Martán, Nina 147
Martell Rivera, Luis 42
Martinelli, Augusto 187
Martínez, Federico 333
Martínez, Francisco 43
Martínez, José 86, 290

Massa Valles, Vilma 73
Matos Mar, José 124
Maúrtua de Romaña, Óscar
245
McQueen, Steve 44
Michelsen Cuéllar, Eduardo
343
Michelsen Delgado, Eduardo
343
Miró Quesada Rada, Francisco
42, 151, 187
Miró Quesada, Aurelio 271
Monteagudo, Ricardo 95
Montes, Eva Emperatriz 91,
93, 172
Montesinos, Vladimiro 180,
210
Morales Bermúdez,
Raymundo 73
Moreno, Luis Alberto 298
Moretti Vidal, Juan 73
Muñiz Luna, Jorge 129
Mullis, Harold 282

N

Nicolao, Luis Alberto 46, 47

O

Orrego Villacorta, Eduardo
174, 189

Ortega Navarrete, Luis 187
Ortiz de Zevallos, Raúl 132
Osterling Parodi, Felipe 176
Ostoja, Juan Manuel 338, 339
Otero, Fernando 159, 165

P

Palermo, Domingo 187, 192,
287
Paniagua Corazao, Valentín
148, 187, 210, 236
Pastrana, Andrés 232, 233, 248
Pedreros Fitzgerald, Jaime 73
Pérez de Cuéllar, Javier 195
Perret, Adolfo 232
Pestana, Carlos 144
Porter, Michael 292, 340
Pourcel, Franck 48
Poveda, Tomás 299, 335
Prado, Manuel 70
Prado, Mariano 94

Q

Quintanilla, Edgardo 187

R

Revoredo, Constantino 44
Rey, Rafael 175, 203, 278
Riart, Raquel 21, 295, 297

Rivas, Pablo 299, 334
Rodríguez Lara, Guillermo 99
Rodríguez, Patricia 135, 355
Romero Paoletti, Dionisio 303
Romero Seminario, Dionisio
19, 301, 304, 308
Romero Sotelo, Miguel 187,
216, 219, 225
Rospigliosi, Fernando 164
Rossi Velasco, Alda 73

S

Salas, Ramiro 135, 136, 236,
256, 344, 355
Salazar Mourré, Luis 86, 100,
108, 111, 157,
Sánchez, Luis Alberto 144
Sánchez, Mariella 331
Sandoval Tirado, Benjamín 74
Santos, Juan Manuel 248
Schuler, Johnny 233
Segalá, Juan 138
Sharon Finneran 47
Silva Ruete, Javier 268, 270
Silva, Rosa 120, 125, 172
Solari de la Fuente, Luis 236
Sotomayor, Augusto 83, 84,
86, 89
Sotomayor, José 259
Surco, Antonia 123

T

Tacchino Del Pino, Antonio
315
Talavera Traverso, Jorge 292,
293, 299, 342
Tataje, Jorge 86, 108
Terry García, Pedro 42, 81, 91
Terry Montes, Eva 20, 31, 32,
33, 34, 35, 37, 39, 40, 42, 45,
46, 80, 92, 93, 280, 281, 351,
356,
Terry Montes, Jorge 91
Terry Montes, José 91, 93, 95
Terry Salazar, Pedro 91
Terry, Teodorico 91
Terry, Francisco Antonio 91
Terry y Álvarez Campana, José
Antonio 91
Terry, Semich 95
Toledo, Alejandro 56, 164,
209, 210, 212, 213, 214, 215,
216, 220, 223, 236, 245, 246,
247, 256, 257, 258, 259, 260,
267, 270, 272, 276, 277
Torres Aciego, Jorge 176
Torres, Luis 230, 243
Torres, Óscar 42
Tse Tung, Mao 174
Tudela, Francisco 210

U

Uribe, Álvaro 14, 247, 248

V

Valdivia, Willy 86

Valdizán Ayala, José 341

Valega, Ingrid 108

Vani D' Archirafi, Francesco
321

Vargas Llosa, Mario 150, 169

Vargas Ruiz de Somocurcio,
Fernando 222

Vargas, Roberto 305

Vásquez Bazán, César 177

Velasco Alvarado, Juan 19, 49,
56, 79, 91, 93, 94, 99, 130

Velasco Ibarra 99

Velásquez, Javier 147

Vidal, Enrique 330

Viguria, Luis 305, 306, 314

Villagrasa, Raimundo 80

Villanueva, Armando 105

W

Wong, Erasmo 308

Wong, Efraín 308

X

Xiaoping, Deng 174

Y

Yoshiyama, Jaime 178, 179,
180

Yunus, Muhammad 248

Z

Zapata, Coty 156

Zoellick, Robert 252, 254, 255,
256

Zúñiga Quiroz, Carlos 40, 86,
108, 111, 157

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE

Tarea Asociación Gráfica Educativa

PASAJE MARÍA AUXILIADORA 156 - BREÑA

CORREO E.: TAREAGRAFICA@TAREAGRAFICA.COM

PÁGINA WEB: WWW.TAREAGRAFICA.COM

TÉLÉF. 332-3229 / 424-8104 / 424-3411

ENERO 2018 LIMA - PERÚ

“En la soledad de mi biblioteca escribo mi carta de renuncia irrevocable a la Primera Vicepresidencia de la República del Perú. Decidí dejar el cargo para recuperar mi honor, lo más sagrado que tiene uno en la vida.

Me acusan, sin fundamento, de aprovechar mi cargo para favorecer intereses privados. Esto me lacera el alma. En el plano personal, estoy alejado de mis hijos; algunos de mis amigos ya no lo son. En unos casos me han juzgado; en otros me han sentenciado”.

Así empieza Raúl Diez Canseco Terry esta autobiografía, que ha sido escrita con el corazón en la mano porque él atravesó el desierto y hoy vive en paz, muy tranquilo con su conciencia, y volvió a encontrar el amor para apreciar y amar la vida como cualquiera.

Emprendedor, político, ser humano —en el sentido de Miguel de Unamuno, afectivo y lleno de sentimientos—, a sus 70 años hace un alto en el camino para reflexionar sobre su vida, sus primeros años, su vocación política y su visión y acción emprendedora.

Esta es la historia de un hombre que vio su entierro estando vivo y que sobrevivió a él para contarlo todo.



FONDO
EDITORIAL